

coleccion de
historia y terror

EL GUARDIÁN DE LAS SOMBRAS

VIDAL FERNÁNDEZ SOLANO

Bresca
B
BRESCA
LIBRERÍA Y EDITORIAL
FUNDADA EN 1984

El guardián de las sombras

Vidal Fernández Solano
Prólogo de Carlos Polite

© Vidal Fernández Solano, 2019

© De esta edición: Ediciones Rubeo-Bresca Editores, 2019

www.edicionesrubeo.com

© Diseño de portada: Angélica McHarrell

www.mcharrell.com

Queda terminantemente prohibida, salvo las excepciones previstas en las leyes, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y cualquier transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de propiedad intelectual.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual según el Código Penal.

*Los espíritus frecuentan los lugares
donde más solían acudir sus cuerpos*

Charles Dickens

Prólogo

Conocí a Vidal Fernández Solano allá por el dos mil catorce, cuando yo, por juego, me probaba como narrador de historias. Era uno de esos concursos en canal, anónimo, pero abierto a la participación y comentario de todo aquel que lo deseara. Y chocamos. Nuestros gustos no coincidían ni en temática, ni en estilo. Sin embargo, de ese choque inicial nació lo que hoy es una buena amistad basada en el respeto mutuo y en la comprensión de las diferencias. Tanto es así que en más de alguna ocasión hemos llegado a colaborar juntos armando historias a cuatro manos con resultado más que satisfactorio para ambos. O eso quiero creer yo. Así pues, la encomienda de prologar uno de sus libros me supone una labor grata pero no exenta de cierto desasosiego por la novedad que un tal empeño supone para mí. Y no sé si sabré hacerlo de modo suficiente, a pesar de que puedo presumir de que he leído todo cuanto Vidal ha alumbrado al mundo de las letras, incluso de casi todo aquello que permanece inédito.

Es así como he ido descubriendo a un autor de —lo que no es nada sencillo— fácil escritura y de prosa bien armada que construye sus tramas sobre diálogos naturales y usa las descripciones solo para lo esencial, huyendo de perifollos y exhibicionismos. Todo lo sacrifica Vidal en aras de la utilidad para una neta, limpia y eficaz emisión de aquello que quiere transmitir y provocar en el lector, ya sea, a veces, una reflexión, ya sea, en otras ocasiones, simple divertimento.

Es también Vidal un autor versátil. Ciertamente es que sus preferencias personales en cuanto a temática, se hallan orientadas hacia el mundo de lo *fosco* y del terror, aunque, afortunadamente, sin el exceso y sobreabundancia de truculencias y casquería que predomina hoy en el subgénero. Si hubiera de relacionarse el estilo y la atmósfera de la narrativa de Vidal con la de otros escritores, pienso yo que, tal vez, tiene algunos puntos de encuentro con las del Stephen King inicial, o con las de Clive Baker. No hay más que leer sus novelas *Molobo* y *Jack vuelve* para apreciar proximidades. Incluso el cuento que abre la presente antología es buena prueba de ello.

La novela *Entre las cenizas*, por el contrario, es un ejemplo claro del interés de Vidal por el mundo de la Ciencia Ficción de orden social y

postapocalíptica, aunque en sus relatos destaquen aspectos tecnológicos propios de la Ciencia Ficción *Hard* o las paradojas cuánticas espaciotemporales. Algún buen testimonio también puede ser encontrado por el lector aquí, en *El guardián de las sombras*.

Existe un tercer subgénero narrativo que ha sido hollado con pie firme por Fernández Solano: la narrativa histórica, aunque sus obras siempre lucen, aun en este subgénero, aspectos relacionados con esos otros mundos interiores y oscos en los que Vidal explora los huidizos límites del *otro lado* de la realidad. Su relato *Grigori* o los varios basados en las culturas nativas americanas recogen ambos aspectos.

Por último, los mundos de la Literatura *Pulp* y del *Steampunk*, tan en boga hoy en día en determinados ambientes creativos, no han dejado de recibir la visita de la pluma de Vidal, lo que prueba, sin dejar duda alguna, la ya referida versatilidad del autor de esta antología. Una antología que, por otra parte, recoge la mirada literaria y la evolución de Vidal desde sus inicios como, tal y como él se denomina a sí mismo, *juntalettras* —término que utiliza, estoy seguro, de forma apotropaica, a fin de conjurar la mala suerte que toda exhibición de orgullo atrae, pues es bien sabido que los dioses de Olimpo castigan con saña la *hybris* de los mortales— hasta el momento actual. Incluso ha tenido la deferencia de incluir entre los suyos el primero de cuantos relatos hemos construido entre los dos y al cual ambos dos tenemos gran cariño, pues a ambos nos pareció un inesperable y extraordinario milagro su nacimiento.

Y, ahora, como custodio de las puertas que esta colección de relatos abre al intramundo vitaliano, no me queda, lector, sino dejar de importunarte y abrirlas de par en par a la espera de que, como a mí me pasó antes que a ti, disfrutes o padezcas, según sea tu mejor gusto, de las luces y oscuridades que se esconden en las historias creadas por la mente y la destreza narrativa de nuestro autor, el cual, a pesar de cuanto él mismo y sin verdad dice, no *junta letras*, sino que las arma para tejer con ellas historias extraordinarias o cotidianas, luminosas o sombrías, mas siempre interesantes.

Carlos Polite

NAGI GLUHAPI

Al principio todo era luz. Los hombres no habían llegado a la tierra, tampoco las otras criaturas. Solo existían ellos, los gemelos, perfectos en todos los aspectos, con su plumaje iridiscente y luminoso, preparándose para poblar el mundo, dando vida a las especies una por una, hasta que le tocó el turno al ser humano. Entonces surgió una diferencia entre hermanos, durante un instante la envidia habitó en el corazón de uno de ellos, que quiso hacer prevalecer su idea de cómo debían de ser los hombres. En ese momento, ambos se separaron y el alma de Noche Negra se quemó, al igual que su plumaje. Los cuervos, reflejo del aspecto de los hermanos, hasta ese momento habían lucido maravillosos e indescriptibles colores en su abrigo de plumas, se volvieron negros. Y el alma de los hombres, recién llegados a la tierra, también. El otro hermano, Cuervo de Muchos Colores, se sintió morir de pena, pero tuvo que superarla: su misión a partir de ese momento sería cuidar de que los actos de su hermano caído en desgracia no destruyesen la obra que ambos habían elaborado con tanto esfuerzo. Encargó a sus criaturas favoritas, los cuervos, la labor de vigilar el paso entre el mundo de los vivos y el de los muertos, de acompañar a los espíritus en su retorno al WakanTanka, el lugar donde nacieron, de impedir que se extraviasen por el camino.

Cuatro Muertes se enjugó la frente. Llevaba varias horas cavando. Por fortuna la tierra aún estaba suelta y removerla no resultaba tan difícil, pero aun así, a su edad, el trabajo suponía un esfuerzo titánico.

La pala emitió un sonido seco cuando tocó algo duro. Ya había llegado. Terminó de descubrir el ataúd y se sentó a descansar. Solo cinco minutos. El alba estaba próxima y lo último que deseaba era ser descubierto allí. Eso le traería graves problemas con el sheriff Graves, justo lo que no le convenía ni a él ni al resto de habitantes de la reserva. Bastantes dificultades encontraban para que les dejaran vivir según sus costumbres y creencias ancestrales en el escaso territorio que les habían dejado, como para añadir cuestiones legales. Y profanar una tumba era una cuestión de las más graves.

Echó una mirada a su alrededor. Sobre la tapia del cementerio media docena de cuervos contemplaba su actividad. Respiró aliviado. Los

guardianes vigilaban. Se sintió algo más tranquilo.

Abrió la tapa de la caja sin siquiera arrugar la nariz por el olor de la descomposición ya iniciada. La baja temperatura y el hecho de que solo llevara tres días enterrado habían conservado el cuerpo en un estado aceptable. En su larga vida había contemplado cadáveres en peores condiciones. Los antiguos lakhota dejaban a sus parientes fallecidos en la Casa de los Muertos hasta que la carne se desprendía de los huesos y era devorada por los gusanos. Así el espíritu de los familiares se liberaba del cuerpo y podía permanecer junto a ellos, velar por su seguridad y su fortuna hasta que llegase el momento de reunirse junto a ellos al otro lado. El rito, como tantos otros, había cesado con la llegada del hombre blanco. Sus muertos también se enterraban en el cementerio del pueblo, con los demás. Cuestión de higiene.

Solo que este caso era especial. El que yacía en el ataúd era su nieto Agua Plateada. De haber muerto por causas naturales, una enfermedad o incluso un accidente, Cuatro Muertes no estaría allí sacándolo de su tumba. Se limitaría, junto con el resto de la familia, a hacer sus ofrendas en privado, rezar por el espíritu del muchacho y honrarlo según la tradición. En la zona de la reserva donde antaño se irguió el túmulo que albergaba los huesos y los objetos de los muertos. El montículo desapareció cuando los blancos les despojaron de todo, pero ellos conocían el lugar y seguían acudiendo cuando era oportuno. Y él los dirigía, para eso era el jefe. Se ocupaba de mantener vivo el espíritu de la tribu, de conservar todo lo que tanto se habían afanado en quitarles.

Pero Agua Plateada no había fallecido en circunstancias convencionales. Su asesinato no podía quedar impune, exigía una restitución. De no llevarse a cabo, el alma del muerto permanecería atormentada vagando sobre la tierra y no podría regresar al lugar de origen, el *Wakan Tanka*, trayendo una desgracia tras otra hasta que se ocuparan de devolverle en paz a su lugar en el mundo de los ancestros.

Envolvió el cuerpo con una manta y después en un plástico que sacó de la parte trasera de la camioneta. El muchacho pesaba bastante pero él era corpulento y fuerte, así que no le costó cargarlo y subirlo al vehículo. Una vez acabada la parte más pesada del trabajo, volvió a cerrar el ataúd y a llenar la fosa de tierra. Aplanó el terreno para que no se notase demasiado la manipulación y se puso al volante. Nadie prestaría atención a la tumba, ni se preocuparía de que el terreno pareciese removido. Menos aún tratándose de la

de un piel roja. Cuatro Muertes se equivocaba, ignoraba que al día siguiente una anciana que llevaba flores a su difunto esposo repararía en la tierra revuelta del sepulcro. La mujer acudió presta a la oficina del sheriff a denunciarlo.

Arrancó el motor y volvió a la reserva, mientras se abandonaba a los recuerdos, dolorosos, punzantes. Le quedaba mucho que hacer por delante.

Toda la comunidad había estado pendiente del nacimiento. El mago, Medio Hombre, así llamado por su estatura, había vaticinado que el bebé no iba a ser uno más. Todos en la tribu reverenciaban a Medio Hombre, todos veneraban sus visiones, su magia. Cuando Luna Llena, la hija del jefe, anunció que estaba embarazada, Cuatro Muertes solicitó sus servicios. Los jefes de tribu siempre lo hacían desde muchas generaciones atrás. Solicitaban las bendiciones del chamán, deseaban saber si nacería varón, si sería fuerte y valeroso, si conduciría a su pueblo por el camino correcto.

Tres días permaneció encerrado en una choza construida dentro de un bosquecillo de alerces cercano al poblado. La magia necesitaba retiro, concentración, conexión con el mundo de los espíritus. Allí, cerca del lugar de enterramiento de los ancestros, allí el poder se sentía con mayor intensidad. Cuatro Muertes esperó, paciente, sentado sin moverse, fuera de la choza. El mago podía salir en cualquier momento y no quería estar lejos cuando eso sucediera.

Dentro, Medio Hombre preparó un buen fuego, al que añadió unas hierbas secas que solo él conocía, y que solo transmitiría a su sucesor cuando se le revelase su identidad. El humo sobresalía por la parte superior de la construcción pero también anegaba el interior. Al poco tiempo el cuerpo del mago yacía inerte en el suelo de la cabaña. Su espíritu se elevó y contempló su propia espalda desde el techo. Después salió fuera de la estancia y subió más y más, durante un tiempo que no supo precisar, quizás fueron lunas enteras, tampoco importaba. Por fin sus pies se posaron sobre la cima de una montaña, sobre la hierba fresca. Se sentó y esperó. Cerró los ojos y recordó la historia que había fluido a través de las generaciones, la historia de la vida, la historia de sus razas.

La luz lo inundó todo, como otras veces. Tan intensa que casi podía sentirla dentro de sí. No abrió los ojos, sabía que no podría soportar el resplandor por mucho tiempo. De todas formas, la imagen se formó en su mente, nítida, perfecta. Allí, cerca de él, se encontraba Cuervo de Muchos

Colores.

«Has invocado mi presencia. ¿Qué necesitas?»

Las palabras no se adentraron en él a través de los oídos, se formaron dentro. Medio Hombre notó que sus sentidos ya no le pertenecían, el espíritu puro se había adueñado de todo su ser. Aún así, pensó sobre lo que le había traído allí.

—Cuatro Muertes vino a verme. Necesita saber.

«El niño que ha de venir, sí. Es un enviado, su luz guiará a los demás. Crecerá y conducirá a las naciones sioux, unidas, hacia la liberación. Él es el Gran Guerrero, el elegido para la labor sagrada. Puedes transmitirlo. El guerrero llegará. Vuestro pueblo volverá a la libertad y a vivir en paz con la tierra»

En ese momento, un halo de negrura se abrió a través de la luz. Noche Negra se posó cerca. Su cólera se expandió como el viento del norte, heladora y mortal.

«¿Por qué no he sido convocado? Yo también manejo el destino de los Siete Clanes»

El terror hizo presa en Medio Hombre. Sus pensamientos le traicionaron.

«Así que es eso. El guerrero llegará, sí, así lo ha establecido mi hermano. Pero el destino es oscuro, se arrastra como serpiente para atacar y matar. ¿No se lo has dicho, hermano?»

Cuervo de Muchos Colores calló. Una carcajada retumbó en el cerebro de Medio Hombre. Noche Negra, antes de levantar el vuelo, sentenció:

«Cuidad de vuestro guerrero o lo perderéis antes de que cumpla con su misión»

Un abismo se abrió debajo de Medio Hombre y lo engulló. Cayó a gran velocidad durante horas, días, lunas... Había perdido el sentido del tiempo cuando abrió los ojos, sofocado por el polvo. Estaba tumbado boca abajo en el suelo polvoriento de la choza.

El jefe permanecía sentado mascando unos pedazos de carne seca que le había traído su mujer cuando el hechicero salió de la choza, tambaleante.

Cuatro Muertes se puso en pie dispuesto a ayudarle, pero Medio Hombre le contuvo con un gesto de la mano.

—Los espíritus se han manifestado —dijo con voz apenas audible.

El jefe esperó, no era necesario preguntar.

—Será un varón, y ha sido tocado por las plumas de Cuervo de Muchos

Colores. Él nos conducirá lejos de la vida de perros a la que estamos sometidos. Su valor nos defenderá ante nuestros opresores —Medio Hombre dudó antes de seguir—: pero he visto sombras, peligro y oscuridad. Depende de nosotros.

Agua Plateada nació una tarde, en medio de un aguacero de tal intensidad que el jefe casi se vio obligado a arrastrar a la doctora local, la que atendía la reserva. «Otras mujeres de la tribu pueden hacerlo», aseveró Medio Hombre. Sin embargo, Cuatro Muertes no quiso correr ningún riesgo. Confiaba en su gente, mas la visión había sido dudosa: el peligro acechaba la vida del nuevo miembro de la tribu.

El niño se hizo mayor y creció, convirtiéndose en un joven de iris plateados en medio de cientos de ojos negros como la noche. El detalle era más llamativo si se tenía en cuenta que su piel era tan oscura como las de sus congéneres. En la reserva todos lo adoraban, sabían que esos ojos eran la señal, la prueba de la presencia de Cuervo de Muchos Colores entre ellos.

Además, el chico era especial también por dentro. Irradiaba serenidad, todos en su presencia dejaban de gritar, los ánimos se calmaban de un modo inexplicable. Cuando él aparecía, era como una oleada de agua que aplacaba las llamas del fuego ajeno.

En el exterior, sin embargo, era objeto constante de burla. Los otros niños en la escuela se reían de aquel ser peculiar, jamás delante de él. El pequeño creció fuerte y musculoso, valiente como el gran guerrero que estaba destinado a ser, pocos se hubieran atrevido a enfrentarse con él cuerpo a cuerpo. Siempre estaba solo, pero no le importó. Había algún otro niño de la reserva en la escuela, demasiado pequeño para compartir juegos.

Abandonó los estudios cuando le fue posible y se puso a trabajar en un almacén, cargando y descargando camiones. Tampoco se hizo muy popular entre sus compañeros, todos se referían a él como «el mestizo», en el mejor caso, o «ese piojoso» en muchos otros, con cuidado de que él no estuviera presente. Tampoco le importó, nunca necesitó ser popular o admirado por nadie. Vivía su vida según los parámetros de su gente, tal y como su abuelo le había enseñado. Hasta que la sombra anunciada por Medio Hombre hizo acto de presencia. Entonces el mundo real y Agua Plateada colisionaron.

Alyssa ayudaba a Mitch en la barra. Había dos camareras, pero esa noche su compañera no se había presentado, algo referente a su hijo, le había

explicado Mitch. Cuando cerraron el local él se ofreció a acercarla a casa.

—Ahora mismo salgo. Espérame junto a la camioneta, toma las llaves. Voy a comprobar que todo está en su sitio para mañana. No tardo más de dos minutos.

Tardó cinco. Suficiente.

—¿Dónde vas tan sola, muñeca? —la voz borracha de Big Horn fue secundada por un coro de risas y comentarios.

Alyssa ni se volvió. De sobra sabía de quiénes se trataba. Los Ángeles del Infierno, una panda de moteros violentos que asolaba las calles de cuando en cuando, sin que el sheriff ni nadie hicieran mucho al respecto. Habían bebido durante varias horas esa noche, no habían montado ningún jaleo y eso los hacía más peligrosos aún. Apretó el paso para llegar al coche. Una palanca metálica se lo impidió, apoyándose contra el lateral de un vehículo y cortándole el paso como una valla.

—Te he hecho una pregunta —el tufo del alcohol le llegó cálido a pesar del frío de la noche.

—No es de tu interés. No quiero problemas, Mitch está a punto de salir por esa puerta. Marchaos.

—Uuuuuuh... ¿has oído eso, HardStick? ¡Qué miedo! La muñeca dice que papito vendrá a protegerla.

Varios cuerpos se acercaron. Grandes y amenazantes. Borrachos y con ganas de juerga. De la mala. Uno de ellos se adelantó, empujando a Big Horn a un lado y agarrando a Alyssa por un brazo. Ella se revolvió, intentando zafarse sin éxito.

—¡Suéltame, animal! No estáis en uno de vuestros tugurios, sino en plena calle. ¡Me estás haciendo daño! Hijo de p...

La bofetada le hizo volver la cara. Con la mejilla ardiendo, hizo un esfuerzo por no llorar. Eso sería su perdición. En lugar de amedrentarse, lanzó una patada a la entrepierna del hombre, pero este la vio venir y esquivó el golpe. Entonces volvió a golpear a la muchacha y la lanzó contra el vehículo, dejándola sin respiración. Con un hilo de sangre manando de la nariz ella se puso en pie y repitió la patada, esta vez con más puntería.

HardStick se dobló sobre sí mismo bufando de dolor, pero se recuperó un poco, lo suficiente como para hablar. Sonrió, mostrando una hilera irregular de dientes negros y plateados.

—¿Sabes por qué me llaman HardStick, nena? Seguro que no, pero lo vas

a averiguar en breve. Chicos... primero yo, los demás iréis después, si queréis.

Aplausos y silbidos acogieron esta última frase. Un par de hombres se acercaron con la intención de sujetar a la chica contra el vehículo. Ella quedó inmovilizada mientras HardStick le rasgó el vestido y le arrancó el sujetador, dejando sus senos a la vista. Mientras se masajeaba el paquete con un mano, con la otra sobaba los pechos de Alyssa, babeando. A punto estaba de desabrocharse el pantalón cuando la voz, baja y profunda, retumbó como un trueno a unos metros de distancia.

—Dejadla en paz.

Durante un momento todos callaron, la jarana se detuvo y las cabezas giraron hacia el dueño de la voz, que no era otro que Agua Plateada. Alyssa aprovechó la oportunidad para propinar un rodillazo y aplastar los huevos a su violador en ciernes. Este se dobló con un gruñido mientras ella corría y se perdía en la noche, mientras intentaba cubrirse con los jirones de su vestido.

Tras el desconcierto, cundió la burla. Una víctima había escapado, pero la noche no se había echado a perder. No del todo.

—¿Habéis visto a ese piojoso? ¡Se planta ahí y nos ordena que dejemos a la chica! ¡Ver para creer!

—¡Eh, Stick! ¿Vas a dejar que se salga con la suya?

El aludido se incorporó a duras penas y regaló una mirada asesina a Agua Plateada.

—¡Cogedle! ¡Se va a arrepentir de la chulería!

El muchacho no hizo ademán de huir. Tampoco tenía posibilidad alguna. Los otros eran más y estaban motorizados. Mientras dos de los moteros le agarraban, HardStick se acercó.

—¡Vaya! ¡Pero si es el bastardo de la reserva! Vas a pagar caro el haberme jodido la diversión esta noche. Eso y el dolor que ahora mismo tengo en los huevos.

Antes de dar tiempo a nada, la palanca apareció en sus manos y propinó un golpe en un costado a Agua Plateada. Este se encogió de dolor, pero no emitió sonido alguno. Al contrario, se irguió y dijo, con suficiente claridad para que todos le oyeran:

—Lo lamentaréis. Desearéis no haber estado aquí esta noche.

Todos empezaron a reírse por el atrevimiento, y entonces HardStick lanzó de nuevo la palanca. Esta vez el golpe fue en la nariz. El crujido del hueso fue

audible, y Agua Plateada no pudo por menos que aullar mientras un torrente de sangre le bañaba el rostro y la pechera de la camisa. Las risas se helaron al instante. Aquello había tomado un giro inesperado. Semejante brutalidad no estaba en el plan de ataque. Una buena paliza era suficiente. Los ojos de HardStick ardían con una rabia inusual. Una sombra de inquietud se cernió sobre el aparcamiento de Mitch's. El final de la historia comenzó a ser evidente por encima de la borrachera.

—¿Y ahora, indio de mierda? ¿No te ríes? ¿Se te ha pasado la bravuconería? ¿Eh?

Otro golpe, esta vez en la rodilla. Sonó un crac cuando el hueso se partió. Agua Plateada chilló de puro dolor.

—¡Sigue, cabrón no te detengas ahora! —HardStick estaba fuera de control, la saliva volaba cada vez que hablaba. Siguió propinando patadas al chico mientras sus compañeros contemplaban, inmóviles. La cabeza de Agua Plateada se quedó colgando, floja.

—¡Levanta la puta cara de cerdo y mírame, hijoputa! ¡Mírame y vuelve a decirme que la deje en paz! —la palanca acertó esta vez en una sien. La luz se apagó para Agua Plateada.

—Oye, Stick —dijo alguien— ¿No te parece que es suficien...?

—¡Cállate! ¡Cierra la puta boca si no quieres que te dé a ti también! —el otro calló, no era cuestión de ponerse a tiro de la barra metálica.

Los golpes siguieron y siguieron. Cuando Mitch salió no encontró a Alyssa esperándole, sino un fardo sangriento en el suelo del aparcamiento y el ruido de las motos alejándose.

El último tramo hubo de hacerlo a pie. No podía adentrarse en tierra sagrada con la camioneta. No estaba bien, los espíritus no lo recibirían con agrado. Y él necesitaba su ayuda. Agua Plateada merecía descansar en paz, reunirse con ellos.

Cargó el fardo con el cuerpo de su nieto y las herramientas en una carretilla y se puso en marcha. En este caso nadie le molestaría, dispondría de todo el tiempo que fuese necesario para llevar a cabo su labor. La senda que conducía hasta el claro del bosque se había llenado de hierbajos que dificultaban su avance. Se prometió a sí mismo limpiarla más a menudo, o al menos ocuparse de que alguien lo hiciera, sus huesos de viejo ya crujían por cualquier esfuerzo. No tardaría mucho en traspasar él también la línea, de reunirse con sus padres y parientes muertos. Quizás, si todo salía bien, con su

malhadado nieto también.

Cuando llegó al lugar sagrado el alba despuntaba ya en el cielo. En los árboles que rodeaban el claro los cuervos graznaban, excitados. Ellos cuidarían del cuerpo del muchacho. Intercederían ante los ancestros para que se hiciese justicia. Ellos, los guardianes, los que vigilaban la frontera entre ambos mundos.

Eligió el lugar que le pareció más apropiado, a un lado del terreno, donde la tierra parecía más blanda. Abrió una fosa. No tenía ningún sentido dejar el cuerpo muy abajo, así que solo excavó lo necesario para que quedara cubierto por la tierra sagrada. Se dispuso para llevar a cabo el *nagigluhapi*, el rito de purificación de las almas, que permitiría que Agua Plateada retornase a su lugar de origen, el *WakanTanka*, y no tuviese que andar errante por la tierra para siempre.

Detectó un aleteo a sus espaldas, seguido de un graznido. Uno de los cuervos se había posado junto al fardo con el cadáver. A saltitos se acercó, parecía observarlo con atención. Luego miró a Cuatro Muertes con sus ojillos brillantes, como preguntándole. Él respondió en voz alta, seguro de que el ave podía entenderle.

—Sí, amigo, es él. Aún no puede acompañaros. No hasta que su espíritu se sienta en paz y pueda liberarse.

El cuervo se acercó a Cuatro Muertes y se paró al lado de la fosa. Cuando pareció satisfecho con lo que veía, levantó el vuelo y se posó junto a sus congéneres, entre las ramas de los árboles. La algarabía cesó y todos vigilaron la labor del anciano en silencio.

Cuatro Muertes se quitó la chaqueta. Hacía frío, pero eso carecía de importancia. En circunstancias normales, sus familiares y amigos se encontrarían allí con él, celebrando el rito juntos, acompañando al alma del finado. No obstante, esto debía hacerlo solo, Medio Hombre le había indicado qué hacer para invocar a los espíritus de los muertos, para que ellos se hicieran cargo.

De su mochila extrajo un pequeño bote con pintura, que procedió a extender por su torso y su cara. Se puso collares y pulseras suministrados y bendecidos por el chamán. Sacó su navaja, un pedazo de piel de ante y suspiró. Era la hora de la verdad.

Deshizo las costuras del fardo, dejando el cuerpo al descubierto. Con la navaja cortó un trozo del cabello del muerto, manchado de sangre vieja.

Prendió un pequeño fuego con pasto seco y pasó el mechón a través del humo tres veces. Lo elevó hacia el firmamento, dijo las oraciones y prendió su pipa, la que todos deberían haber fumado para indicar el camino al alma del muerto. Inició la danza alrededor del cadáver, en sentido contrario a la rotación del sol. Cuando acabó se encontraba agotado, pero aún le faltaba una parte, tan importante como el resto.

Envolvió el mechón de cabello en el trozo de ante y lo colocó sobre el pecho de su nieto. Tomó de nuevo la navaja y efectuó un corte limpio en la palma de su propia mano izquierda. La sangre chorreó un poco sobre el rostro hinchado de Agua Plateada. Ahora él, Cuatro Muertes, se había convertido en el depositario del alma del chico, hasta que esta retornase a su lugar natural. Colocó el cuerpo dentro de la fosa y lo cubrió de tierra, de la tierra donde moraban sus antepasados. Ellos harían el resto.

Cuando terminó se sintió exhausto. Esa noche la había pasado cavando y sus huesos y articulaciones gritaban en su interior. Se había negado a hacerles caso mientras no acabase su cometido, pero al detenerse, el dolor físico era tal que a duras penas pudo regresar a casa y derrumbarse sobre la cama. Su mujer le ayudó a quitarse la ropa y durmió el resto del día y toda la noche. Soñó terribles pesadillas. En ellas aparecía Agua Plateada, contemplaba su muerte una y otra vez desde lo alto, a través de la mirada de un cuervo que volaba sobre el lugar en aquel momento. La rabia y el odio afloraron con toda su fuerza, azotándole como un vendaval. Lo único que le causó algo de alivio fue saber que pronto el orden sería restablecido. Nadie podría devolverle a su nieto, pero la balanza natural estaría de nuevo en equilibrio.

El sheriff Graves conducía hacia la reserva lakhota. Rozaba la cincuentena y llevaba en el cargo media vida. Ser el representante de la ley en Ravenna, Nebraska, no era el sueño dorado de ningún agente de la ley. El sueldo no era gran cosa, pero el trabajo tampoco. En aquel miserable pueblo lo peor era mantener a raya a los borrachos. La juventud era tan escasa que ni siquiera había problemas de drogas: si no hay demanda, no hay oferta.

Los indios lakhota de la reserva tampoco suponían un quebradero de cabeza. Si uno no se metía con ellos, ni se notaba que estaban allí. El viejo jefe Cuatro Muertes dirigía a su gente desde mucho antes de que él entrara como sheriff en el pueblo y las relaciones entre ellos siempre habían sido más bien cordiales. Cuando descubrieron el cuerpo del nieto del jefe temió un levantamiento de la tribu, pero nada había ocurrido. Y eso era peor que una

revuelta. Pasaron por la morgue a reconocer el cuerpo, asunto hartó difícil teniendo en cuenta que estaba machacado. Hubo un entierro sencillo y volvieron a su lugar sin decir nada. Ni quejas, ni protestas, ni manifestaciones. Solo silencio.

Mientras pensaba todo esto, llegó y detuvo el coche patrulla frente a la casa de Cuatro Muertes. No necesitó llamar a la puerta para saber si el jefe se encontraba en casa. Estaba allí, en el porche, sentado en una mecedora con una pipa humeante en la mano. Ni se movió para recibir al sheriff. Nada en su semblante reflejaba emoción alguna. Así era él. Una estatua viviente. Graves se apeó y saludó tocándose el ala del sombrero.

—Hola, jefe.

—Sheriff —Cuatro Muertes inclinó un poco la cabeza, pero no se incorporó.

—Parece que las aguas andan revueltas en este pueblo últimamente.

Cuatro Muertes le miró desde lo más profundo de sus ojos negros. Lo que anduviese por su mente solo él lo sabía, pensó Graves. Ni una sola expresión. Tendría que ir directo al grano.

—Supongo que sabes por qué estoy aquí.

—Habéis encontrado a los que destrozaron a mi nieto.

Ironía. Sarcasmo. Amargura. Todo ello sin reflejarse ni en la voz ni en el semblante.

—He venido porque la tumba de tu nieto ha sido profanada. Alguien sacó el cadáver de la caja. ¿Tienes idea de quién puede haber sido?

Cuatro Muertes se removió, incómodo, en su asiento. Por fin una reacción, aunque fuese mínima. «¿Qué esperabas, una confesión con lágrimas en los ojos? Te estás haciendo mayor, muchacho», pensó Graves. El jefe tardó un segundo en contestar, y cuando lo hizo su voz sonó calmada, pero sus palabras estaban llenas de tensión.

—A pesar de los años, mi gente no ha dejado de ser perseguida, odiada y maltratada. Aunque la gente no lo muestre, la aversión sigue ahí debajo, en sus rostros cuando te cruzas con ellos por la calle o en la tienda. No dicen nada, pero lo sienten por dentro. Lo único que las autoridades nos dejan hacer —con un gesto acalló la protesta que Graves estaba a punto de esbozar— es extinguirnos, desaparecer para siempre, consumidos en un rincón, donde no molestamos a nadie. Hace unos días tuve que enterrar a Agua Plateada. Lo habían molido a palos, sheriff, tenía rotos la mitad de los huesos, la sangre de

mi sangre, el que debía sucederme al frente de mi gente, el que se iba a encargar de este puñado de desgraciados encerrados en la reserva. Y tú te presentas en mi casa solo para aumentar el dolor, o quizás con otro propósito. ¿Estás intentando decirme que uno de nosotros fue el que hizo semejante cosa? ¿Alguna vez que tú recuerdes ha sucedido algo así?

—No, no es eso —«sí que lo es, el viejo no tiene un pelo de tonto y ha sabido acorralarte»—. Pero tengo que investigar, y no debo descartar ninguna posibilidad. Créeme que siento haberte importunado en un momento así, pero mi obligación es atrapar a los culpables, del crimen y del asalto. Debes entenderlo.

—Tú sabes como yo quiénes son los culpables. Todo el mundo lo sabe.

—No vale con eso, y no puedes negarlo. Hay que tener pruebas para incriminar a alguien, de lo contrario al día siguiente estará caminando a sus anchas por la calle. Yo también deseo que el culpable o culpables acaben en la cárcel. Y me gustaría que la paz siga reinando en este pueblo. No sé si serás capaz de contener a tu gente, no quiero ningún tipo de revuelta ni nada por el estilo ¿Podrás encargarte de eso?

—¿Y quién se tomará la justicia por su mano? ¿Un puñado de hombres y mujeres cansados de esta vida? Yo diría que puedes estar tranquilo respecto a esa parte, jefe. No habrá disturbios en «tu» pueblo.

—Bien, tengo que marcharme, aún tengo asuntos que atender. Si averiguas algo me lo comunicarás, ¿verdad?

Cuatro Muertes se limitó a asentir. No había nada más que añadir a la conversación.

Graves permaneció un segundo de pie. La excursión no había salido como él había pensado, pero Cuatro Muertes tenía razón. Ese era un diálogo de sordos. Se despidió y se marchó dejando una nube de polvo tras su automóvil mientras el jefe lo observaba alejarse, fumando su vieja pipa.

La luna se alzaba en el cielo llena, majestuosa. Roja, como en el verano más caluroso, teñida de sangre. Un jirón de nubes la atravesaba otorgándole una sonrisa siniestra y malvada. El claro en el bosquecillo semejaba un escenario de teatro. El público se hallaba dispuesto en sus asientos, centenares de pares de ojillos que brillaban de expectación, impacientes. Sus picos y su plumaje, negros como el carbón, eran invisibles entre el ramaje y en plena noche. Graznaban inquietos, anticipando el momento. Las nubes pasaron y la luna completó su círculo perfecto. Entonces todos callaron. Callaron y

centraron su atención en el lugar donde Cuatro Muertes había elevado sus oraciones solo unos días antes.

Algo se movió en el suelo. Imperceptible al principio, como un polluelo al salir del cascarón, más evidente después. La tierra se removió desde dentro, se rasgó y a través del orificio emergió una garra, huesuda y llena de pelo, con largas y afiladas uñas. A la garra le siguió un brazo y a este el resto del cuerpo. Unos minutos después, la eclosión había terminado. En pie sobre la hierba, aún vacilante e indecisa, la criatura acostumbraba su vista a ese nuevo mundo que se presentaba ante ella. Su rostro, mitad lobuno, mitad reptiliano, examinó todo lo que le rodeaba a la vez con cautela y con curiosidad. Con un bufido, recordó el motivo de su presencia allí. Los vio posados en los árboles. Un atisbo de memoria asaltó la masa que rellenaba su cabeza en lugar de un cerebro. Seguirlos, eso era lo que debía hacer.

Los cuervos, que habían contemplado toda la escena en calma, se dieron cuenta de que aquello que arrastraba pies y manos ya estaba listo. Con un alborotado batir de alas se elevaron, primero unos pocos, luego todos los demás a la vez, y surcaron el aire. No tan bajo como para ser vistos por ojos humanos, no tan alto como para perder al ser que les habían enviado los muertos.

El engendro se puso en marcha, no erguido como un humano, sino a cuatro patas, como una bestia. Como la bestia sanguinaria que era. En poco tiempo alcanzó gran velocidad, mirando hacia arriba de cuando en cuando para no perder el rastro.

Se habían reunido para beber, fumar un par de canutos y divertirse un poco, en un callejón a las afueras del pueblo, lejos de la vista de los vecinos y, sobre todo, de los ayudantes del sheriff. Nadie que pudiese aguarles la fiesta.

HardStick le pasó la botella de bourbon al que tenía al lado.

—No la pierdas de vista. Voy a echar una meada.

—¿Serás capaz de encontrártela con la tajada que llevas encima? —rió el otro a través del humo de la marihuana.

—¿Prefieres venir a echarme una mano, gilipollas? —contestó el aludido.

—Antes muerto. No tocaría una polla ni con cuchillo en la garganta. Que lo disfrutes, mamón.

HardStick anduvo un centenar de metros hasta que llegó al descampado. Podía haberse meado en el mismo callejón, pero no le apetecía sacarla delante

de las chicas y del resto del grupo. Era de los que pensaban que esas cosas necesitaban su punto de privacidad. Cuando pensó que ya se había alejado bastante, se detuvo y se bajó la bragueta.

Mientras el líquido caliente dibujaba una parábola hasta el suelo resonaron en su mente las última palabras de su amigo. Menudo subnormal pichacorta.

Un ruido le sacó de sus pensamientos. Un suave arrastrar de pies, justo detrás de él.

—¿Qué pasa, no hay campo suficiente para mear, pedazo de maricon? Ya te estás alejando por lo menos cinco metr...?

No acabó la frase. Algo frío le rodeó la polla, apenas un instante, tan poco tiempo que ni siquiera pudo reaccionar. Cuando se dio cuenta, se la habían arrancado. El dolor ascendió como un cuchillo mientras un chorro de sangre había sustituido a la orina. Empezó a gritar, pero tampoco pudo completar la acción. Unas mandíbulas llenas de afilados dientes se cerraron en torno a su cabeza. Los huesos crujieron y la carne se desgarró mientras cabeza y tronco se separaban para siempre.

Big Horn magreaba, entre vapores etílicos, el culo de la chica que se había subido a su moto esa noche. Lo que quedaba de su mente se dio cuenta entonces de un detalle.

—Ese meón de Stick se debe haber perdido por el campo. Eso o es que tiene una cagalera del demonio. Hace por lo menos media hora que se fue. Hasta el más lerdo tiene tiempo de hacer de todo en ese rato.

El motero que había vacilado con Stick expulsó el humo del porro que tenía en la mano y dijo.

—Igual le ha sentado mal algo y se ha caído redondo por ahí. Voy a buscarle. Esto no es normal.

Se incorporó y echó a andar hacia el final del callejón. Las risas y las voces se habían detenido durante un momento. Entre las sombras, vieron acercarse un bulto de gran tamaño, una silueta que lejanamente podía recordar a la de una persona. Enorme, pero ninguno se lo cuestionó en ese momento.

—Tú, hijo de perra —dijo el que iba a buscar a Stick—, pírate de aquí ahora mismo si no quieres... pero... ¿qué coño...?

Todos contemplaron estupefactos cómo la criatura salía de entre las sombras, justo delante de su camarada y extendía una mano hacia él, como si fuera a saludarle. El chasquido de las costillas al quebrarse y de la carne al

desgarrarse hizo eco en el silencio que se había impuesto. El hombre ni siquiera gritó. La sangre empezó a manar por su boca mientras le extraían el corazón junto a un puñado de vísceras y los arrojaban hacia sus compañeros.

Big Horn fue el primero en reaccionar. En dos pasos, se plantó junto a su moto, desató las cinchas de cuero, sacó la pistola que llevaba dentro y apuntó.

—¡Me cagüen la puta! Si das un paso más te vuelo los sesos, cabrón!

La bestia no dio un paso más, sino varios. Agarró a la chica del que había caído, completamente borracha, y la arrojó contra la pared. El cuerpo golpeó con violencia. Sonó un crujir de huesos y cayó al suelo, roto como el de una muñeca.

Big Horn iba a apretar el gatillo cuando otro de sus compañeros se puso en medio, enarbolando una gruesa barra de acero, dispuesto a hundirla en el cráneo del engendro que se erguía dos palmos por encima de su cabeza. Un segundo después, se volvía tambaleante con la misma barra atravesada desde el pecho a la espalda. La criatura mordió la cabeza del desgraciado y arrancó la mitad. Parecía que se la iba a tragar, pero hizo un extraño movimiento y la escupió, junto con los sesos, como el que escupe un pelo que se ha encontrado en el puré. Dejó caer al suelo lo que quedaba del hombre y miró alrededor, dispuesta a acabar su tarea.

—¡No os pongáis en medio, joder! —chilló Big Horn—. ¡Necesito vía libre para disparar!

Otro de los hombres saltó sobre el ser, armado con un machete, y se le clavó a la criatura a un lado del cuello. El hombre gritó en señal de victoria, un líquido oscuro y espeso comenzó a manar del corte, manchando el rostro y las manos del motero. La alegría le duró poco. La criatura pareció recuperarse del desconcierto inicial y le agarró por una de las botas militares, arrastrándole al suelo, arrancando brazos y piernas igual que un niño cruel arranca las alas de una mosca. Los gritos cesaron pronto.

Big Horn tuvo su ocasión. Dos fogonazos y dos truenos en la calle. Las balas penetraron en la carne de la criatura, pero esta ni se inmutó. En menos de lo que se tarda en tragar saliva, su garra tenía asido a Big Horn por la muñeca. Tiró y le arrancó el brazo con la misma facilidad que se deshuesa un muslo de pollo. El hombre gritó apenas un segundo, lo que tardó la bestia en partirlo por la mitad.

El resto de los moteros empezó a correr, desorganizados y cegados por la sangre, atontados por el alcohol y la droga que corrían por sus venas. Con una

rapidez que parecía impropia de semejante mole, la criatura los fue atrapando uno por uno, mutilándolos, desgarrando sus cuerpos y reduciéndolos a una masa informe de brazos, piernas, cabezas, torsos, que casi flotaban en un amasijo de sangre, sesos y vísceras que ocupaban toda la superficie del asfalto.

En menos de dos minutos todo había acabado. La criatura se detuvo, indecisa, y se volvió. Al fondo del callejón, la luz de la luna recortaba una silueta humana, la de Cuatro Muertes. Lo había presenciado todo, pero en su corazón no había lugar para el asco ni para la lástima. La sangre es el precio de la sangre, su pueblo lo sabía desde muchas generaciones atrás.

La bestia avanzó un paso hacia él, pero en ese momento, igual que una lluvia negra, los cuervos cayeron del cielo y se lanzaron sobre ella. Cientos, quizás miles, tantos que en poco tiempo cubrían por completo su silueta. Con sus picos afilados arrancaban pedazos de la carne putrefacta y los dejaban caer. El ser no se defendió, consciente quizás de que la misión que le había traído a este mundo se había cumplido.

Al día siguiente, los lakhota y las profanaciones de tumbas pasarían al final de la lista en los comentarios del pueblo. El sheriff Graves y sus hombres tendrían bastante con precintar la entrada del callejón para impedir que los curiosos se asomaran mientras el forense del condado se entretendría en recoger los pedazos de los Ángeles del Infierno, al tiempo que lamentaba su suerte al estar de guardia aquel día.

Cuando los cuervos empezaron a retirarse, Cuatro Muertes contempló cómo los huesos del ser se deshacían en cenizas, quedando en su lugar una silueta traslúcida que le era conocida, la de Agua Plateada. Los ojos grises del muchacho le miraron por última vez, mientras se diluía en una nube de puntos brillantes que se elevó junto a los guardianes, alto, muy alto, para confundirse con la luz de las estrellas que tapizaba el firmamento.

Cuatro Muertes respiró hondo, aliviado. Dio media vuelta y volvió a casa. Cuando llegase la hora de que los ancestros le reclamaran se reuniría con su nieto y con el resto de jefes lakhota, con una sonrisa en sus labios resecos.

Aquella noche por fin, durmió en paz.

LA ISLA DEL NO RETORNO

La escasa luz del día se desvanecía ya, empujada por un inquietante muro de niebla que se estaba levantando sobre las aguas que rodeaban la isla. Aguas quietas, silentes, cómplices de los horrores pasados y presentes recludos en el pequeño terruño para toda la eternidad. La noche se avecinaba, fría, incómoda, al tiempo que la muerte se abría paso entre los jirones que reptaban hacia la costa.

Los tacones de Paola elevaban un lúgubre salmo por los pasillos del sanatorio mental. Apenas llevaba trabajando allí unos meses, pero estaba decidida a no ver pasar un segundo más entre aquellos muros. Sus nervios se hallaban tensos como cuerdas de violín, y no solo era debido a lo que ocurría en el campanario, ni a los gemidos originados en las mentes torturadas de los enfermos. Lo que se hallaba en el exterior era tan malo como lo que sus ojos veían y sus oídos escuchaban. Mientras atravesaba la galería que daba al mar, se detuvo un segundo para observar la niebla rodeándolos. Un escalofrío hizo que temblara de pies a cabeza. De pronto tuvo la sensación de no estar sola, incluso le pareció sentir una respiración cerca. Se giró, esperando lo peor. Al fondo del pasillo, durante un breve instante, hubiera jurado que una sombra desaparecía tras la esquina. «No seas boba, eres una mujer práctica, tú no crees en estas cosas, te estás dejando llevar por el ambiente reinante y por los chismes de tus compañeras», pensó, en un intento fútil de convencerse. Se arrebujó bajo el chal, la brisa venía helada, y apretó el paso, ya llegaba a la oficina del director.

Se había cruzado por la mañana con el doctor Ferretti, director de la institución y jefe del equipo médico de la misma. Era un hombre bajo y grueso, de ojos oscuros y enfebrecidos que la hacían sentir incómoda cuando su dueño los posaba sobre ella, atravesándola desde detrás de unos lentes redondos de montura metálica.

—*Dottore*, necesito hablar con usted. Es importante.

Él se quedó unos segundos callado, escrutándola de un modo extraño. Durante un momento Paola tuvo la impresión de que iba a objetar algo. No obstante, debió de cambiar de idea y se limitó a asentir. No era la primera ni seguramente la última vez que se veía en esa misma situación.

—La veré en mi despacho al término de la jornada —le había respondido su voz fría y siseante—. Si le parece bien.

Él dio media vuelta y desapareció apenas ella había movido la cabeza para mostrar su acuerdo. Su trabajo consistía en atender a los enfermos, muchos de ellos impedidos, incapaces de valerse por sí mismos para las funciones más básicas. Nada complicado para una enfermera experimentada como ella. Había aceptado el trabajo en Poveglia, un lugar como cualquier otro, a pesar de los oscuros rumores y las leyendas fantasmagóricas que lo rodeaban, excelso honor debido a épocas pasadas y a las gentes supersticiosas. Ella se tenía por una mujer moderna, libre de temores, por encima de las creencias antiguas de sus mayores, o al menos así había sido hasta llegar allí.

Su padre había montado en cólera cuando dijo en casa que había aceptado un trabajo en «la isla de los muertos». Su madre se hallaba presente en la discusión, y Paola sabía que en el fondo estaba de su lado, pero jamás había levantado, ni lo haría, la voz en contra de su marido. Para su madre contrariar a su esposo era poco menos que un pecado capital.

—¡No irás a ese lugar maldito y lleno de fantasmas! —había gritado él, por tercera vez, exasperado. Sin embargo Paola permaneció tranquila, su decisión estaba tomada y la negativa de su padre la empujaba aún más en su convencimiento de que estaba haciendo bien, de que ella podía trazar su camino sin depender de un padre o un esposo. No faltaban más que unos años para la década de 1930, el mundo había cambiado mucho en poco tiempo y aún vendrían más cambios, de ello estaba convencida.

—Claro que iré, padre. Soy una mujer adulta, es mi trabajo, debo pensar en mi futuro.

—¡En buscar un marido, en eso deberías estar pensando! A tu edad cualquier muchacha decente ya está casada y tiene un par de críos.

Paola respondió, con voz gélida.

—Me casaré cuando así lo considere y tendré los niños que quiera yo. Tengo una profesión, padre, soy enfermera para cuidar de la gente.

—¡No te consiento esa impertinencia! ¡No mientras vivas bajo mi techo!

—Entonces el camino está claro.

El padre, hombre humilde pero inteligente, vio con claridad que nada iba a lograr plantándose delante de la hija. Era tan parecida a él, ese genio y esa seguridad los llevaba en la sangre, así que decidió cambiar de estrategia.

—Pero hija —argumentó en tono conciliador—. Ese lugar es insano. Tú sabes que ni siquiera los pescadores se atreven a acercarse a la isla de los muertos. Temen pescar huesos humanos. De vez en cuando los restos llegan flotando hasta esta orilla. Nadie sabe cuánta gente fue quemada allí, o abandonada a una muerte atroz.

—Eso fue hace siglos, padre. Ya no se puede hacer nada por los muertos, son los vivos quienes deben preocuparnos.

De poco sirvieron argumentos y amenazas. Paola cogió su maleta y se presentó en la puerta del sanatorio, dispuesta a cuidar a los enfermos. Para ella, en ese momento, se trataba de hacer un bien a otros seres humanos. No tardó mucho en cambiar de opinión.

La barcaza se deslizaba, indolente, sobre las aguas plácidas por encima de las cuales se había formado una algodonosa capa de bruma, a causa del relente nocturno. La carga en esa ocasión era más bien escasa: menos de una veintena de cuerpos se apilaban en la parte de atrás, pero eso no era lo que suponía una diferencia con las demás noches. Los cargamentos más grandes se hacían de día. Acarreaban los cadáveres, amontonados en las calles de Venecia, mediante carretones, y los depositaban en el pequeño muelle. Allí los cargaban en las embarcaciones y los llevaban a Poveglia. Los viajes nocturnos, como aquel, eran más bien escasos.

Lo especial aquella vez no era la carga, sino el pasaje. Protegida del frío con una capa con capucha, se había unido a los guardias y su «mercancía» una figura robusta y misteriosa, amparada en la oscuridad de la noche para ocultar su identidad. Una vez a bordo Filippo, el capitán, acomodó al pasajero lo mejor que pudo. Este se descubrió y dejó a la vista ricos ropajes, propios de un noble caballero. De su boca no salió una palabra. Se limitó a mirar hacia adelante, hacia un punto invisible en el destino de la nave.

—Sigo sin comprender cómo habéis hecho para convencerle de este despropósito, Filippo —el que habló fue Piero, el segundo en el mando. El resto se afanaba en remar y solo pensaba en volver a su casa. A pesar de que la Peste Negra había segado la mayoría de las vidas en cada familia, siempre se estaba mejor allí que en el desempeño de lo que les habían encomendado.

—Calla, Piero, que no he sido yo el que le ha convencido de nada. Se acercó hace unos días y me ofreció una saca llena de dinero a cambio de admitirle a bordo. Su esposa falleció del gran mal, y ya sabes que se decretó

que todos los cadáveres debían ser llevados a Poveglia para frenar la propagación. Según se ve, los ricos no se libran ni de la enfermedad ni de las decisiones de los que mandan en la ciudad. El caso es que el *cavaliere* está convencido de encontrarse con su amada por última vez, de poder despedirse de ella «como Dios manda». Eso dijo. Yo más bien creo que la enfermedad o la pérdida le han trastornado.

—Pues en mi opinión la idea de sacar los cadáveres de en medio no es tan mala, capitán. El olor, la putrefacción y las alimañas se estaban imponiendo por doquier. Los muertos se hacinaban por las calles y flotaban en las aguas. Era espantoso.

—No mucho más que el olor a carne achicharrada cuando levantan las piras purificadoras para calcinar la montaña de cuerpos en ese maldito lugar. En días de viento las cenizas humanas caen como lluvia sobre la ciudad. Dime algo más asqueroso que eso.

—La ciudad era un infierno para los que quedamos vivos. A veces uno llegaba a pensar si no sería mejor traspasar el umbral y dejar de padecer.

—Ya no padeceremos mucho, compadre. Con los dineros de don Desconocido el hambre nunca volverá a nuestra casa.

—Si vivimos para contarlo. La Peste aún no ha remitido del todo. Y además ya sabéis lo que se dice de ese lugar —espetó, señalando hacia adelante—. Está maldito, las almas de tanto condenado vagan a sus anchas clamando por una sepultura cristiana. Sobre todo desde que, además de los muertos, también hemos de llevar allí a los moribundos o a los que muestran síntomas del mal. Sin ir más lejos, juraría haber visto que alguno se movía bajo el montón —y volvió la cabeza hacia la pila de cuerpos que transportaban.

—Por poco tiempo, compañero. Dudo que se mueva mucho más. Creo que mañana es día de incineración. Ya se amontonan demasiados allí adelante.

—Perdonad —la voz sonó como salida del abismo, de tan grave y marmórea—, en lugar de guardias parecéis mujeres cloqueando en la plaza del mercado ¿Falta mucho para que acabe este periplo? Se me está antojando eterno.

—No, señoría —Filippo intentó efectuar una suerte de reverencia, torpe e impropia—, nuestro destino se halla cerca. La noche es cerrada y brumosa, de no ser así podríais contemplar el perfil de la isla. Os ruego paciencia.

—Os he compensado generosamente por hacer este viaje. Dejad la

cháchara y echad una mano a los remeros.

Pero no hizo falta. La silueta oscura y lóbrega de Poveglia emergió de entre las sombras ante ellos. La orilla se hallaba en calma, ajena a lo que acontecía unos cientos de metros más adentro. Un día tras otro, sin descanso, las cenizas de los muertos sembraban el suelo de la isla, miles y miles de desgraciados al cabo de los años. Los hombres guardaron silencio. Atracaron en el pequeño embarcadero de la isla, tras enfilarse por el estrecho canal que separaba las dos partes de la misma. Los guardias bajaron y amarraron la embarcación, mientras Filippo se esmeraba en ayudar al caballero a tomar tierra evitando que cayese al agua por el bamboleo de la nave.

—Recordad lo pactado —afirmó el capitán antes de que el hombre se cubriera con la capa y se dispusiese a dar media vuelta y alejarse— Antes del amanecer debéis estar de regreso. Sin falta. No podemos permanecer aquí más tiempo. Nos demoraremos en nuestra tarea lo máximo posible, pero debemos partir antes del alba. De lo contrario, la siguiente embarcación nos sorprendería aquí y vos seríais descubierto —«por no hablar del problema en que te verías envuelto tú mismo, compadre», pensó Filippo, «difícilmente serías capaz de explicar lo de tu noble pasajero y el precio de su viaje».

—Descuida, no faltaré a la cita —dijo el misterioso caballero, al tiempo que se alejaba por un sendero entre la maleza.

Aún recordaba su llegada a la institución. Nada de particular, no era su primer trabajo. No le impresionó el lugar en sí; un paisaje de ensueño y unas vistas inmejorables. La vegetación cubría por completo una de las dos partes de la isla, separadas por un canal. En la otra parte era donde se había edificado el manicomio, como decía la gente.

Las leyendas acerca de espíritus errantes, las almas torturadas de la ingente cantidad de personas allí quemadas durante la Edad Media, a raíz de las epidemias de peste que habían asolado Venecia, no la habían impresionado. A pesar de ser una fervorosa creyente, ella opinaba que toda esa historia de apariciones y espectros que mortificaban a los vivos eran pamplinas, cuentos populares. Las condiciones en que vivían los enfermos de la institución no eran mucho peores que en cualquier otro sanatorio. Tampoco se arredró al oír sus gritos desesperados, por encontrarse muchos de ellos inmovilizados para evitar que se lastimasen, otros campando a sus anchas por las salas del edificio.

Se presentó ante el doctor Ferreti y este llamó a la enfermera jefe, María, para que la acompañase en una panorámica rápida de las diferentes salas. Visitó la cocina, el ala reservada a los dormitorios del personal y las salas comunes donde pasaban sus horas los enfermos. María era una mujer de mediana edad, parlanchina y agradable. Su primera mañana allí se había ido en un suspiro.

—Vayamos a almorzar, querida. Me ruge el estómago como un león —dijo la enfermera mientras atravesaban una gran sala donde una veintena de enfermos «de los inofensivos», según le había explicado su recién estrenada guía, paseaban o permanecían sentados, murmurando cosas o contándose las al de al lado—. No temas, no son dañinos. Solo han perdido la razón, no son asesinos ni violadores. El comedor del personal está por allí —su dedo señalaba una puerta que daba a una galería acristalada.

Ambas llegaban casi a la puerta cuando una mano aferró el brazo de Paola. No pudo reprimir un grito, circunstancia que causó cierto revuelo entre los pacientes. Tiró de la mano, pero la tenaza era firme. Justo detrás de ella, tan silencioso que no se habían percatado cuando se había acercado, un hombre de cabello ralo y blanco, la observaba. Sus ojos eran verdes, saltones, por encima de una boca que apenas se marcaba como una línea de apretados labios.

—No salgas al exterior. Vendrán por ti y te llevarán.

María intervino. Su voz sonó calmada, pero detrás Paola detectó una nota discordante, un sustrato de nerviosismo contenido.

—Vamos, Amadeo. Ve a descansar bajo aquellos ventanales, así te dará el sol. No intentes asustar a nuestra nueva enfermera.

El hombre dedicó a la enfermera una mirada llena de desprecio. Solo fue un segundo, luego su rostro volvió a ser la máscara desquiciada de antes. Ignoró a María y se dirigió a Paola. Acercó su rostro al femenino en demasía, y ella intentó apartarse, pero él la obligó a permanecer allí. «Posee una fuerza considerable», pensó Paola. Muchos de aquellos enfermos obraban igual, no podían controlar sus actos. Dejó de resistir, quizás así su captor se relajaría un poco.

—Amadeo —el tono de María sonó tenso y amenazador en esta ocasión. La amabilidad se había esfumado—. Suéltala o de lo contrario avisaré a...

—Por las noches entran aquí —la voz áspera del hombre interrumpió la advertencia—. Los muros no les suponen un impedimento. Se arrastran por los

pasillos, yo los he visto. Si sale por la noche, no la volveremos a ver.

De pronto, la presión se aflojó. La mirada del hombre se perdió en un punto lejano detrás de Paola. La tormenta cedió de improviso, y él dio media vuelta y se alejó distraído hacia un rincón de la sala, donde se sentó en el suelo y se dedicó a mirar algo muy interesante en sus uñas.

—Tranquila, querida. Amadeo no es el único que dice ver fantasmas, aunque supongo que ya estarás al tanto de esas cosas. Supongo que no creerás en ellos, ¿verdad? —la mujer dejó escapar un risilla burlona—. Claro que no, de lo contrario no habrías venido a trabajar aquí.

Pero los ojos verdes de Amadeo la acompañaron durante más de una noche, volvían a sus sueños y la despertaban en medio de alguna pesadilla, helada de frío a pesar de que el verano aún no se había esfumado.

Por fin llegaron a una bifurcación. María tiró suavemente de su brazo hacia el pasillo de la derecha.

—¿A dónde se va por ahí? —inquirió ella señalando hacia la izquierda.

—Por ahí se va al campanario.

—Sí, se ve desde mucha distancia, ¿se puede visitar?

María desvió los ojos durante un lapso de indecisión. Después se recompuso, se atusó el pelo y mintió. Paola lo supo en ese momento, sin ningún género de duda. La vacilación al responder y un leve tartamudeo delataron a la mujer.

—Esa parte está cerrada. Solo el doctor Ferreti y unas pocas personas más tienen acceso a esa ala. Si un día quieres verla puedes preguntarle a él.

Antes de que Paola tuviera ocasión de solicitar dicho permiso, ya había averiguado que no deseaba en absoluto entrar allí.

Lo que le había llevado a ese lugar maldito no estaba resultando tan sencillo como él había estimado. Leone di Monterroso, don Leone, como todos solían llamarle, se tenía por un astuto comerciante. La marcha de sus negocios así lo indicaba. Viajaba a menudo, cruzando el Mediterráneo a tierras infieles, arriesgando su vida contra tormentas y contra asaltantes, pero el resultado merecía la pena. Multitud de mercancías exóticas, sedas, cerámicas o especias le había hecho medrar y habían llenado sus arcas al mismo tiempo que incrementaban su fama. Ni siquiera la Peste, que arrasaba poblaciones enteras, había conseguido detenerle. Sus negocios se habían resentido un poco pero su poder era tanto que cuando aquel castigo divino hubiera cesado él seguiría

siendo uno de los mercaderes más ricos de toda Venecia.

Sin embargo, un par de semanas antes, al volver del anterior viaje, había averiguado que, si sus cuentas se erigían como un bastión inexpugnable a las oleadas de contagio y muerte, su casa no lo era. Su amadísima Isabella yacía en cama, postrada en los últimos estertores, aquejada de la maldita enfermedad. Ni despedirse de ella había podido, pues esa misma mañana se la llevaron antes de que él pusiera los pies en su hogar. Entonces fue cuando averiguó que las autoridades habían dado orden de llevar los cadáveres, así como a todo el que manifestase síntomas de la enfermedad a Poveglia. Allí los cuerpos se amontonaban y después se quemaban en una enorme pila que ardía días y días hasta consumirse. Como la isla poseía dos partes, el amontonamiento y la incineración iban alternándose de un lado al otro. La muerte de su esposa le había sumido en tal dolor que ni siquiera había recordado las bodegas del barco en el que había venido, llenas a rebosar de mercancías. Por fortuna, sus hombres de confianza sabían qué hacer y se habrían hecho cargo de la situación. Pero no haber podido dar un último beso a su mujer, que lo había acompañado y amado durante tantos años, estaba destrozándole por dentro. No podía perdonarse haber estado ausente de casa cuando todo había ocurrido. «Fue muy rápido, la pobre no sufrió», le habían contado, pero eso no reducía su sufrimiento y su sentimiento de culpabilidad ni un ápice. Por eso había tomado la decisión. Iba a rendirle un último homenaje a su Isabella, no podía permitir que las llamas devorasen su carne sin al menos rezar junto a su cuerpo unas oraciones, agradecerle la felicidad que le había proporcionado, rozar su mejillas muertas por última vez. No resultó difícil encontrar un guardia que estuviese dispuesto a aceptar una generosa cantidad de dinero a cambio de llevarle a la isla. Estaba prohibido y, de saberse, el honor de sus hijos y de su apellido se vería apagado de súbito como una vela bajo una ráfaga de viento. Pero a su edad ya sabía lo que debía hacer, aparte de las opiniones ajenas, y allí se hallaba, vagando entre montones de cadáveres malolientes, siguiendo las indicaciones que le había suministrado el guardia acerca del lugar donde quizás podría hallar a su esposa. «Aquí es donde se depositó la carga hace un par de semanas, *signore*», le había indicado con un dedo sucio sobre un pergamino donde había bosquejado un burdo mapa del lugar con una astilla quemada. Aunque lo guardaba bajo su ropa, no lo había necesitado; lo tenía grabado en la memoria.

Durante más de una hora había vagado por allí sin éxito. Por fortuna la

luna brillaba en lo alto del cielo, una luna llena en un firmamento libre de nubes. Ni siquiera había necesitado la ayuda de una lámpara. De vez en cuando le parecía ver algún cadáver con ropas elegantes, de calidad. Los criados le habían explicado que la señora llevaba el vestido de terciopelo verde que él le había traído de uno de sus viajes y que tanto le gustaba, así que al menos tenía por dónde empezar la búsqueda. Había dado la vuelta a varios de los cuerpos que le habían parecido de ella con resultado negativo en todos los casos.

En ese momento, al rodear uno de los montones, la vio. Una figura erguida, ataviada de verde esmeralda, con el rostro oculto en la penumbra bajo un arbolillo. No podía creerlo. Apenas daba crédito a sus ojos, se los frotó para cerciorarse de que su mente no le estaba jugando una mala pasada. Sus sospechas eran ciertas. Su Isabella no había muerto. Habían cometido un error y la habían trasladado allí en vida. Quizás sufrió un desvanecimiento y los criados se alarmaron sin motivo. Los azotaría por no asegurarse de la enfermedad y muerte de la señora antes de dar aviso del hecho. Llamar a un físico en una ciudad donde más de la mitad de sus habitantes ya había sucumbido al mal y casi la totalidad del resto estaba contagiada era impensable, pero al menos deberían haberle esperado, sabiendo que volvería en breve de su viaje.

«Vamos, Leone, no pierdas más tiempo pensando estupideces», se reconvinó a sí mismo. Y avanzó en pos de su dama.

Una lluviosa tarde de septiembre Paola averiguó el motivo de que el campanario se hallase cerrado bajo llave. Los enfermos se encontraban algo alterados, circunstancia normal en una tarde de revoltura, truenos y relámpagos como aquella. A pesar de que la isla se hallaba guarecida del mar abierto por un espigón, las aguas embravecidas chocaban contra la orilla y el conjunto producía escalofríos, incluso a ella.

Uno de los pacientes había ingresado poco tiempo atrás. Padecía violentos ataques de ira y en esos lances se requería el empeño de varios enfermeros para poder controlarle y atarle a la cama. Entonces ella se encargaba de atenderle hasta que volvía a serenarse y podían soltarle.

En esta ocasión, el hombre fue reducido pero no amarrado a su cama, sino que se lo llevaron hacia el campanario. Paola dejó la sala y recorrió los pasillos, en busca de María. Cuando la halló, cerca del lugar en cuestión, la

mujer se veía alterada, nerviosa. Nada más vislumbrar a Paola asomar por el extremo del pasillo, su expresión se suavizó en una sonrisa.

—¿Por qué le han llevado allí? —inquirió la primera, señalando la puerta. La muchacha achacaba la afable complicidad que había surgido entre ellas al hecho de que la mayor no se había casado ni tenido hijos, y ella era la más joven y nueva de las enfermeras del centro. El instinto protector de María había despertado con su llegada al centro, o al menos eso era lo que ella pensaba.

La mujer cambió su cara. La habitual sonrisa desapareció y la sombra de una duda atravesó su rostro regordete. Al fin decidió confiarse:

—El *dottore* interviene allí a los pacientes más problemáticos. La sala de operaciones se encuentra en esa parte del sanatorio. Está más... aislada del resto.

—No sabía que en una institución como esta se llevaran a cabo operaciones ¿Cómo es que nadie lo ha mencionado en ningún momento?

—El motivo es... porque... Bueno, el *dottore* experimenta con nuevas «técnicas» desarrolladas por él mismo. No me refiero a que el hecho de llevar a cabo una lobotomía sea nuevo, sino a que él... bueno, lo especial es el material que emplea. Pero esto es un secreto, confío en que no se te ocurra mencionarlo a nadie jamás. No quiero decir al personal del centro, sino a tu familia o cualquier persona del exterior. El *dottore* emplea, en lugar del material quirúrgico habitual, herramientas más «comunes», no te lo puedo explicar de otro modo. Según he oído alguna a vez a sus ayudantes de quirófano, en lugar de bisturí utiliza un vulgar escoplo y un martillo, taladros de mano y cosas así. Por lo que se ve, él dice que el resultado es más efectivo y duradero.

A Paola le faltó el aire un segundo solo de imaginarlo.

—¡Eso es una locura! ¡No pueden permitirlo! Dudo mucho que a los familiares de esta gente les parezca correcto. Si llegan a enterarse...

—Pero querida, ¿dónde crees que estás? —una risa que rozaba peligrosamente el cinismo brotó de los labios de María—. Los enfermos mentales que tenemos aquí no tienen donde caerse muertos, son poco menos que menesterosos. La gente adinerada no enviaría aquí a un familiar suyo ni en sus peores pesadillas. Mira a tu alrededor: un lugar aislado de cualquier núcleo habitado, lleno de las cenizas y los huesos de los apestados de hace casi seiscientos años. No hay nadie ahí fuera a quien importe esta gente. El

problema es que si vas con chismes por ahí, nadie más querrá contratarte en ningún otro lado. Los sanatorios mentales no son precisamente instituciones con buena imagen, figúrate qué dirían de ti si fueses relatando historias macabras de tus anteriores trabajos. Y no te engañes, pequeña, solo eres una mujer. El mundo es de los hombres. Ellos son los que deciden.

Paola permaneció en silencio. Lo que la mujer le había dicho era cierto, punto por punto. Los hechos por ella relatados constituían una atrocidad, pero el resto del razonamiento era verídico. Si acusaba al *dottore* de algo o le denunciaba, ya podía ir pensando en mudarse de ciudad o incluso de país. La información volaba entre este tipo de establecimientos, era una comunidad cerrada y gobernada por hombres, como bien acababa de decir María. A punto estaba de replicar algo cuando un alarido proveniente del campanario desgarró el aire enrarecido de la tarde. Tras el primero llegó otro, y otro más. Gritos de dolor, de sufrimiento. Lo que Paola imaginó en ese instante casi hizo que vomitase allí mismo. Dio media vuelta y salió corriendo hacia el otro extremo del edificio, lejos de aquel infierno y con los gritos de aquel hombre pegados en los tímpanos, o en el cerebro.

Jamás volvió a hablar del tema ni con María ni con nadie. El hombre volvió a su cama para convertirse en un bulto babeante de mirada vacía, incapaz de levantar la cuchara para llevarse las gachas a la boca o de controlar sus esfínteres.

Un par de semanas después, el *dottore* también se volvió loco. Eso es lo que todos pensaban, al menos. Y eso, junto a sus pesadillas, por llamarlas de algún modo, es lo que la llevó a tomar la decisión de abandonar aquel maldito lugar para siempre, por eso había pedido la cita con Ferreti aquella tarde.

Los minutos se les hacían horas mientras esperaban. Esa noche terminaron pronto de deshacerse del cargamento, no habían llevado muchos cuerpos. Piero estaba en lo cierto, uno de ellos aún respiraba mientras lo depositaban en una pila junto con los cadáveres. El desgraciado no tardaría en reunirse en el más allá con sus compañeros de viaje.

Lo usual era terminar la tarea, subir de nuevo a la barcaza y volver a casa como si el mismo diablo les persiguiera. A ninguno de ellos le agradaba la idea de permanecer en aquel lugar maldito más de lo necesario. En las noches de bruma pegada al suelo, como aquella, el olor a putrefacción y a muerte se enroscaba entre los miembros y los ropajes junto con el tufo a carne y huesos

chamuscados, haciendo poco menos que imposible la sencilla labor de respirar. Cuando les tocaba servicio no comían nada durante las horas anteriores al transporte; de nada les servía, pues acababan vomitando.

En esa ocasión el ilustre viajero les había obligado a esperar con su tardanza. La propina para todos bien lo merecía, pero los guardias se estaban impacientando. El horizonte clareaba por momentos y hacía ya mucho tiempo que debían estar en la otra orilla, descansando en sus jergones.

—No podemos demorarnos más —afirmó Piero, que daba vueltas, incapaz de contenerse—. Hemos de ir en su busca.

—Me ordenó expresamente que aguardásemos a su vuelta sin importunarle —replicó Filippo—, pero me temo que tienes razón. Vosotros dos —señaló a dos de los guardias—, acompañadme. El resto quedaos aquí. Este lado de la isla no es muy grande, no tardaremos en estar de vuelta.

El trío avanzó a través de la incipiente claridad del amanecer. Durante un trecho, solo veían montones de cuerpos sobre los que correteaban las ratas tras despacharse a gusto una buena cena, y que huían acobardadas por la presencia de los hombres.

—Míralas, qué tamaño tienen. Nunca les falta el rancho, claro. Apenas se enfrían los rescoldos de una hoguera comienza de nuevo el montón —murmuró uno de los guardias a su compañero.

—Calla y camina —terció Filippo—. No veo el momento de salir de aquí. Maldita la hora en la que acepté el encargo. Prestad atención, quizás el caballero se haya desvanecido y no desearía por nada del mundo dejarle aquí para que luego le encuentre el turno siguiente.

No se les pasó. Al girar tras uno de los montones, un guardia señaló una figura que se recortaba a contraluz. Sin lugar a dudas, se trataba del egregio pasajero. Allí, de pie, inmóvil, apoyado sobre un arbolillo que había sobrevivido a las sucesivas cremaciones como por un milagro. Filippo avanzó, decidido.

—Perdonad, *signore*. Se hace tarde y hemos de partir.

La silueta no se movió. Filippo sintió el impulso de tocarle en el hombro para que se diese la vuelta, pues parecía no haberle oído, pero se dio cuenta de que el gesto sería impropio y seguramente mal recibido. En su lugar, rodeó al hombre y se situó frente a él.

—De verdad lamento tener que insistir, pero si no salimos ahora el día nos sorprenderá...

La frase quedó suspendida en sus labios. El hombre que tenía frente a sí tenía los ojos en blanco. Había muerto.

La tarde era monótona, en nada diferente a cualquier otra. Sin embargo, para Paola supuso un antes y un después. De algún extraño modo, a pesar de que los acontecimientos nada tuvieron que ver unos con otros, al menos desde el punto de vista racional, ella sabía que el cúmulo de circunstancias no pudo ser fortuito. Desconocía el motivo, pero aquella tarde aburrida de principios de otoño la Paola racional que había ingresado como enfermera en el sanatorio de Poveglia se desmoronó. Todo su ser desechaba la idea, pero por dentro algo le decía que su padre, sus amigos, los enfermos y los enfermeros que murmuraban en voz baja, estaban en lo cierto.

A través de los ventanales contempló cómo unos lánguidos rayos de sol traspasaban con esfuerzo el manto de nubes que cubría el cielo. Ella se encontraba en la sala de curas, procurando que los enfermos incapaces de valerse por sí mismos, los inmovilizados para que no se lesionasen y los que habían pasado por el campanario, tomasen unas cucharadas de gachas, escasa e invariable cena. En ese momento, acercándose por el pasillo en dirección a la enfermería, escuchó un creciente tumulto. Posó el plato sobre la mesita que había junto a la cama y se acercó para indagar sobre el origen de las voces.

Al asomarse por la puerta divisó a un grupo de enfermeros que se apresuraba portando una camilla sobre la que reposaba un hombre presa de terribles convulsiones. Tanto era así que dos de los enfermeros se afanaban en mantenerle sobre la camilla, pero a duras penas lograban controlarle, tal era su estado. Delante de la comitiva, María, como si fuese la capitana de un pequeño ejército, daba órdenes con voz calmada mientras extraía una jeringuilla de un bolsillo de su delantal. Paola se sorprendió muchísimo cuando, al acercarse la comitiva, se percató de quién iba sobre la camilla. Era Ferreti.

—¿Qué ocurre? —Paola no salía de su asombro.

—El *dottore* ha sufrido una crisis nerviosa —aseveró María—, vamos a suministrarle un tranquilizante suave para que el médico —Paola tardó un segundo en darse cuenta de que el «médico» era el doctor que atendía la salud física de los enfermos, pues Ferreti era el que normalmente ostentaba ese título — pueda hacer una exploración más a fondo.

Ferreti se debatía y luchaba para deshacerse de las manos que le

sujetaban. Se volvió, con los ojos fuera de las órbitas, y pareció reparar en Paola.

—¡Han entrado! —gritó de repente— ¡Han traspasado los muros del sanatorio! ¡Vienen por nosotros! ¡Nuestras horas están contadas!

—Silencio, *dottore* —María consiguió sonar firme y condescendiente a la vez—. En un rato se sentirá mejor, tenga un poco de paciencia.

—¿Qué es eso que dice? ¿De qué habla?

María sacudió la cabeza y chasqueó la lengua, el mismo gesto que cuando se refería a los «locos» allí ingresados.

—Habla de los muertos, de la gente cuyas almas se supone que moran en esta isla, ya conoces la leyenda. Los que perecieron a causa de la Peste, ¿te imaginas? El *dottore* se está dejando llevar por sus propios pacientes, creo yo. Una lástima, un hombre tan inteligente.

—¡Han regresado del infierno! —volvió a gritar el director— ¡Nos arrastrarán con ellos!

María repitió el gesto de caso perdido, e indicó a los hombres que siguieran su camino.

—Y tú no te quedes ahí mirando. Sigue con lo tuyo.

Paola regresó a su trabajo, y el *dottore* se recuperó un par de días más tarde, en contra de lo que parecía opinar la jefa de enfermeras. Al menos lo suficiente como para volver a realizar sus inspecciones matutinas por las salas. Sin embargo, su aspecto empeoraba de un día para otro, su carácter se volvió cada vez más huraño, sus murmuraciones, sus conversaciones a solas no pasaron desapercibidas para ninguno de los integrantes del personal.

Esa misma noche Paola empezó a sentirlos a su alrededor. No es que viese nada, apenas un movimiento furtivo por el rabillo del ojo, una súbita corriente de aire helado cuando las ventanas estaban cerradas. Eran simples tonterías, pero el cúmulo de circunstancias hizo su vida imposible en apenas unos días.

Le tocaba a ella la última ronda. Se cercioró del orden y de la tranquilidad en la enfermería, de que no hubiese nadie en los pasillos y de que todos los enfermos se hubieran acostado. Cuando se disponía a apagar las luces, una voz se elevó sobre el silencio reinante.

—¡Ya han llegado!

En ese momento no supo si se había sorprendido por la exclamación o por el tono impersonal con que se había lanzado, como si proviniese de una persona dormida, carente de emoción. Nadie se movió, no hubo conversación,

así que llevó la mano hasta el interruptor. Y entonces la oleada se expandió como el ladrido de un perro seguido por todos los que se encuentran en las proximidades. Primero hubo una réplica, luego otra y otra más. Antes de poder reñir a quien alborotaba, la sala se llenó de voces.

—¡Han traspasado los muros!

—¡Vienen por nosotros, no permitirán que sigamos aquí!

—¡Los vivos no deben perturbar el sueño de los muertos!

Paola se vio sobrepasada por el canto de gemidos y lamentos; tan impotente se sintió para contenerlos que estuvo a punto de salir corriendo para pedir ayuda. Sin embargo, del mismo modo que el parloteo se había elevado, cesó. En un segundo el silencio se hizo dueño de la situación con la misma celeridad que había perdido el control de la misma. Ella esperó un poco antes de apagar la luz, y permaneció allí, muy quieta, pendiente de que todo estuviese en calma. Después se retiró a su cuarto.

Al girar la esquina de un pasillo, se llevó una mano al corazón cuando contempló una figura al fondo. Suspiró aliviada. Era el *dottore*. Venía hablando consigo mismo; murmuraba algo y esperaba una contestación que no llegaba, para luego volver a replicar. Cuando llegó a su altura, Paola le deseó buenas noches. Él se volvió y la miró sorprendido, como si no la hubiese visto venir. Tras el desconcierto, le devolvió el saludo con una leve inclinación de cabeza y siguió adelante, esta vez callado.

Paola no pudo dormir esa noche. Quizás fue por la escena en el dormitorio común, quizás por el extraño encuentro con Ferreti. También pudo ser porque empezó a escuchar sonidos en los que nunca antes había reparado. Oía crujir las puertas, el aire ululando por las rendijas de las ventanas. Hasta hubiera jurado que podía sentir, más que escuchar, suaves pasos arrastrándose por los pasillos, incluso sobre su cabeza, en la planta superior. «Te estás dejando influenciar por lo de antes, querida», intentó convencerse, «son enfermos mentales, dicen ese tipo de cosas». Casi podía escuchar la voz de María reprendiéndola por dejarse llevar por los «locos».

No obstante, la inquietud nocturna ya no cesó. Unos días después, se le hizo tarde para cenar. Sola por el corredor, mientras acudía aprisa al comedor a cenar, notó cómo una mano la retenía por un brazo. Se sobresaltó y se giró. Esperaba quizás ver una cara conocida, alguien que también llegaba tarde. No reparó en que de ser así esa persona la habría llamado antes de alcanzarla. Para su sorpresa no había nadie allí. Pero estaba segura de haber sido

agarrada. Atemorizada, salió corriendo hasta que tropezó con uno de los enfermeros. Disculpándose, llegó al comedor, pero no pudo probar bocado. Cuando se vio rodeada de otras personas, se sintió estúpida. María y otras enfermeras le hicieron señas para que se sentase a su lado y así lo hizo. Retornó a las habitaciones con ellas, no deseaba hacerlo sola. Por un instante pensó en contarle lo sucedido a la enfermera jefa, pero lo pensó mejor. No quería convertirse en una loca más.

La inquietud nocturna continuó, y los días se convirtieron en semanas. Cada vez que tenía que ir sola de un lado a otro lo hacía tan rápido como le era posible. Un día se dio cuenta de que no podía seguir así ni un minuto más. La mañana siguiente, cuando se encontró con Ferreti, solicitó hablar con él para despedirse.

Los guardias esperaban, impacientes, incapaces de aguantar ni un minuto más mientras Filippo murmuraba algo con Piero, ambos apartados un poco del grupo.

—¿Y le habéis dejado allí, muerto? ¿Ni siquiera una pizca de caridad ha asomado a vuestra alma? Es un caballero, no un zarrapastroso, deberíamos llevarle de vuelta.

—¿Y qué propones hacer con él? ¿Lo dejamos a las puertas de la catedral y huimos como maleantes? Ya he aleccionado a los hombres. Nadie sabrá que ese hombre ha venido con nosotros. Y si se lo ha contado a alguien, bien podemos decir que mostraba las pústulas características del mal, o incluso desmentirlo. Ni siquiera sabemos su nombre, la mentira será diminuta.

Piero pensó unos segundos. Tampoco existía otra posibilidad. Ya era casi de día e iban muy retrasados en su encargo. Al final se verían en un lío, con el caballero o sin él.

—Muy bien, sea. Ya es demasiado tarde para él.

Los hombres subieron a la barcaza. Piero se dispuso a soltar el cabo para liberar la nave, cuando uno de los guardias señaló hacia el camino que habían seguido tanto el caballero como Filippo y sus hombres.

—¡Mirad! ¡Allí!

Una silueta se recortaba sobre el claror del alba. La figura femenina llevaba un suntuoso vestido verde, y avanzaba de un modo extraño, como flotando. Cuando vieron su rostro, quedaron horrorizados. Era el rostro de la muerte, descompuesto y descarnado. Aquel día fue el primero en que se

mencionó a *La Signora della Isola*. Los viajes nocturnos a Poveglia cesaron en poco tiempo, nadie osaba poner un pie sobre la tierra maldita si no era a la luz del día.

Apenas le faltaban dos decenas de pasos para llegar a la puerta del despacho de Ferreti, situada al fondo de un pequeño corredor muy cerca de la puerta de acceso al campanario. No fue capaz de evitar un escalofrío al pasar por delante de ella, no solo por el fresco de la tarde. A su mente volvieron las imágenes de lo que quedaba de aquel hombre, vivo pero sin vida, tras pasar por el quirófano que se ocultaba tras la misma, y los horrores que allí se llevaban a cabo. Además estaban los otros, las sombras que sentía a su alrededor al caer la noche, las almas de los que moraban en la isla desde tanto tiempo atrás. Seres atormentados que, de alguna manera, se habían levantado para reclamar algo, quizás su descanso. A ella misma le costaba creer que estuviera pensando en algo así, pero una vez dentro de la institución, la existencia de aquellos «fantasmas» era innegable. Los otros miembros del personal negaban todo, pero bajaban la vista de inmediato y cambiaban de tema de conversación, nerviosos.

La puerta del despacho se abrió antes de que Paola llegase a ella, y el *dottore* salió, murmurando para sí mismo como era habitual en él. A punto estaba de hablarle cuando se dio cuenta de que el hombre no se había percatado de su presencia, su mirada estaba perdida en algún punto lejano. Pasó por su lado sin mirarla siquiera, como si no existiera. Daba la sensación de que había salido con un propósito cierto, se dirigía a algún lado en concreto. Aún así, ella lo intentó:

—¡*Dottore, dottore!* ¡Teníamos una cita, ¿recuerda?

Ferreti no dio señales de haberse percatado de su compañía. Se detuvo un momento e inclinó la cabeza, como si estuviese escuchando una voz inaudible para Paola. Tras ello, siguió su camino. Llegó hasta la puerta del campanario, extrajo un llavín de un bolsillo de su bata y abrió. Paola no lo pensó dos veces y le siguió. Cuando él se giró para volver a cerrar la puerta, ella se coló por su lado. Tal y como pensaba, su acto pasó inadvertido. Ferreti cerró la puerta por dentro aunque, para alivio de Paola, dejó la llave dentro de la cerradura.

Ambos, ella tras él, subieron un tramo de escaleras que les llevó a una primera habitación donde se amontonaban utensilios de limpieza, trapos, un armario cerrado que Paola no pudo investigar por no quedarse atrás; el

dottore seguía su camino como un sonámbulo sin detenerse para nada. Abrió una puerta lateral y enfiló otras escaleras hasta el segundo piso.

Paola le siguió. Las escaleras discurrían estrechas, giraban alrededor de la torre, y carecían de iluminación. Ferreti ascendía seguro y rápido pero ella se guiaba a tientas. Al llegar al segundo piso se encontró en la sala de operaciones, alicatada en blanco y presidida por una mesa metálica con varios carritos alrededor, que contenían el instrumental quirúrgico. El aire, que apestaba a cloroformo y a detergente, hizo que se le levantase el estómago. No pudo evitar una náusea solo de pensar cuántas personas habían perecido allí o se habían convertido en una sombra balbuceante sometidas a los crueles tratamientos de choque del *dottore*. La sala se encontraba vacía, Ferreti le llevaba bastante ventaja y había abandonado la habitación antes de su llegada hacia un nivel superior. Paola se dispuso a traspasar la puerta que se abría cuando un frío helador la invadió. La temperatura descendió tan de repente que la dejó paralizada un segundo antes de acometer el primer peldaño. La idea fugaz de que había cometido un error al seguir a aquel hombre empezó a planear sobre ella como un ave carroñera. Precedida por la nube de su propio hálito y con el corazón encogido por una inexplicable angustia, ascendió tras el *dottore*.

Una vez alcanzado el nivel superior, el intenso olor a salitre la estaba esperando. La estancia se veía llena de cajas y otros bultos, esparcidos sin ningún orden, pero no fue eso lo que llamó su atención: una ventana enorme, abierta de par en par, dejaba traslucir algo de claridad desde el exterior; la niebla se había espesado apenas unos metros sobre el suelo y una cierta claridad difusa proyectaba algo de luz a través del hueco abierto.

Para su sorpresa, una figura femenina se recortaba contra el marco del gran ventanal. Apenas si pudo vislumbrar algún detalle de su rostro, pero iba ataviada de un modo extraño, arcaico, con un largo vestido verde con brocados dorados. Ferreti permanecía de pie, observándola, como si entre ambos se hubiese establecido una conexión, como si él se hallase hipnotizado.

La imagen se mantuvo durante unos fugaces segundos. La mujer, de cuya existencia Paola dudaría el resto de sus días, tendió los brazos hacia Ferreti y desapareció por el hueco de la ventana. Entonces él se dispuso a seguirla, avanzando hacia la abertura en el muro.

—¡*Dottore*, no lo haga! ¡Despierte!

Paola se lanzó hacia el caminante que ya apoyaba un pie sobre el alféizar.

Ella cubrió los metros que los separaban en menos de un segundo, pero sus dedos apenas llegaron a rozar el vuelo de la bata blanca del *dottore* mientras él saltaba al vacío.

De nada sirvieron sus gritos de desesperación. Cuando se asomó a la ventana, Ferreti se hallaba sobre un charco oscuro que se iba extendiendo bajo su cuerpo quebrado. La niebla se había abierto a su alrededor, acogiéndole en su seno. Paola, consternada, pudo darse cuenta de que el hombre no estaba muerto, agonizaba sobre su propia sangre, despierto al fin de su pesadilla.

En ese momento unos jirones de niebla se materializaron en la forma de unos tentáculos que aferraron a Ferreti, arrastrándolo lejos, hacia el interior de la isla, mientras él aullaba con las escasas fuerzas que le quedaban.

Cuando el personal consiguió acceder al campanario, encontraron a Paola acurrucada en un rincón, en lo alto de la torre, aferrada a sus propias rodillas, perdida la cordura, murmurando una extraña historia sobre una niebla con brazos que se lleva a los vivos al otro mundo.

EL DIABLO VISITA SALEM

Maniatada, a empujones sobre el barro que salpicaba las calles, Sarah Osborne intentaba no tropezar con sus propias faldas y caer de bruces sobre algún charco. Los dos guardias que habían ido a detenerla no habían mostrado contemplaciones y la conducían al calabozo como si de un animal se tratase. Se había resistido un poco al principio, cuando se presentaron en su casa para arrestarla, pero de poco le había servido. Nada podía hacer una débil mujer frente a dos fornidos representantes de la ley dispuestos a tumbarla de un puñetazo ante la más mínima excusa.

Los vecinos de Salem se habían amontonado a ambos lados de la calle para contemplar cómo la bruja era conducida a la cárcel del condado, donde sería interrogada antes del juicio. Muchos de ellos, la mayoría, la miraban con desprecio, escupían a su paso y alguno llegó a arrojar un tomate podrido que fue a estrellarse sobre la pechera de su pobre vestido.

—¡Bruja! ¡Recibirás el castigo que mereces! ¡Concubina del diablo! — gritaban cuando Sarah pasaba por delante de ellos.

—¡Arderás en el infierno, junto a tu amante!

—¡Sí, pero antes la veremos colgando de una soga —gritó una mujer que había sido amiga de Sarah hasta unos días antes de su detención— y todos iremos a contemplar el espectáculo! —el comentario arrancó una carcajada general.

Nadie se atrevió a esgrimir argumento alguno a favor de Sarah. El reverendo Parrish, acompañado de su esposa y su hija Elizabeth, junto con algunos fieles, contempló la comitiva desde la puerta de la iglesia, aferrando con fuerza un crucifijo de madera contra su cuerpo. Miró de soslayo hacia la niña, mientras murmuraba una oración. «Señor, no permitas que mi pequeña se haya contagiado del Mal que nos acecha por todas partes», rezó mientras recordaba lo cerca que su retoño había estado de esas personas insanas que adoraban a Satán.

Poco antes de llegar al edificio que albergaba los calabozos, pasaron por delante de la casa de Mae Putnam. Junto a ella se hallaba su hija Ann, que observaba con expresión insolente el desprecio al que era sometida la mujer a la que ella misma había acusado de brujería. Lo había hecho en medio de una

confesión contrita y llorosa, frente al pastor Parrish. Nadie reparó en la sonrisa pintada en el rostro de Mae.

Pocas semanas antes, Ann Putnam, de doce años de edad, jugaba junto con sus amigas Elizabeth Parrish y Abigail Porter, algo más jóvenes que ella. Se hallaban al cuidado de Tituba, la esclava de origen caribeño de los Porter.

—¡Cuéntanos más sobre tu niñez, Tituba! —exclamó Abigail, la más pequeña— ¡De esas terribles historias con fantasmas y hechizos!

—¡Sí, por favor, Tituba! —secundó Elizabeth, atemorizada por lo que haría su padre, el pastor, si supiera algo acerca de aquellas conversaciones.

Tituba sonrió y comenzó una historia sobre los ritos que su pueblo practicaba desde tiempos remotos: bebedizos que se usaban para atraer a los hombres, pociones que bebían algunas mujeres que deseaban quedar encintas... Las niñas escuchaban con los ojos muy abiertos, se dejaban arrastrar hacia un mundo de fantasías oscuras y de temores prohibidos por sus mayores.

Hasta que el secreto dejó de serlo.

Las malas cosechas se sucedían. El hambre se apoderaba poco a poco de los hogares de Salem y el ambiente que se respiraba cada vez era más enrarecido. Los vecinos escuchaban, domingo tras domingo, las arengas del pastor acerca de la ira del Señor, que era quien los estaba castigando por sus continuos pecados. El consumo de alcohol, el amancebamiento, cualquier conducta que se desviaba ligeramente de los preceptos bíblicos servía como ejemplo de la conducta que Dios censuraba.

En el pueblo se instauró la costumbre, promovida por el mismo reverendo Parrish, de que fueran los propios habitantes los que se encargaran de velar por una convivencia de acuerdo con los mandamientos divinos. Todos y cada uno de ellos vigilaban a sus vecinos en busca de conductas reprobables y contrarias a la fe cristiana. En caso de observar algo que contraviniera a las enseñanzas, debían ponerlo en conocimiento del pastor sin demora. Él sabría qué hacer en cada caso.

Una mañana, el pastor encontró a su esposa zarandeando a la pequeña Elizabeth, que lloraba a mares.

—¿Qué ocurre aquí, Melissa? —la niña miró a su padre con ojos aterrorizados, anticipando la paliza que se avecinaba.

—¡Se trata de tu hija! ¡La he encontrado corriendo a cuatro patas y

ladrando como un perro!

El pastor, en un gesto de ira, apretó los labios con tanta fuerza que su boca se redujo a una fina rendija marcada en su rostro.

—¿Es eso cierto, Elizabeth?

La niña trató de excusarse como pudo, sabiendo que de nada serviría. Tenía que pensar en algo rápidamente si quería librarse del cinturón del padre.

—No hacía nada malo —gimió—, solo estaba jugan...

El eco de la bofetada resonó en las cuatro paredes.

—¿Estás loca? ¿Es esa la educación que estás recibiendo?

Elizabeth sintió el calor en la mejilla. Las lágrimas empezaron a rodar de nuevo.

—No he sido yo, padre. Fue... ha sido... fue ella. ¡La esclava me hechizó! ¡Es una bruja!

La madre de Elizabeth reprimió una exclamación de asombro. El pastor permaneció mudo un segundo, indeciso.

—¿Una bruja? ¿De quién hablas? Piensa bien lo que dices, mocosa malcriada, o te marcaré las posaderas de tal forma que no podrás sentarte en una larga temporada.

Elizabeth, aterrada como estaba, refirió su versión de los hechos con detalle. Refirió extraños ritos, magia negra, pactos con el mismo Diablo para conseguir a través de retorcidas oraciones lo que el trabajo y la honestidad no podían proporcionar. Brebajes preparados para hacer enfermar a los vecinos o invocaciones y sacrificios para arruinar las cosechas de buenos cristianos que trabajaban de sol a sol para llevar el pan a sus hogares. Al día siguiente, la esclava fue arrestada y encarcelada. Su condena no tardó mucho en llegar. Después de un breve y violento interrogatorio, confesó haber practicado ritos para invocar a Satanás. Unos días después fue ajusticiada en la horca, tras una mera y simple audiencia preliminar Oyer&Terminer, vista la rotundidad de las declaraciones de los vecinos de la población, pues la costumbre permitía que las autoridades locales que impulsaban tales audiencias pudieran resolver que algunos acusados fueran condenados de forma definitiva sin llegar a los tribunales del condado.

Las acusaciones se multiplicaron como las gotas de lluvia. La pequeña Abigail Porter fue interrogada tras la confesión de Elizabeth, pero fue incapaz de pronunciar nada coherente en medio del ataque de histeria y llanto que la asaltó, debido a su corta edad y a la presión a la que se vio sometida. Sin

embargo, Ann Putnam no dudó en señalar a unos y a otros, aleccionada por su madre. Susannah Martin fue acusada de embrujar a los bueyes de su vecino para que murieran tras discutir con él. Sarah Good, una indigente que fumaba en pipa, también murió en la horca. El anciano Giles Corey, de 81 años, fue condenado a morir aplastado por grades piedras por negarse a testificar...

Joseph Putnam llegó a casa al atardecer, cansado y hambriento. Su esposa se hallaba sentada cerca de la chimenea frente a un tapiz que estaba tejiendo. Levantó la cabeza de la costura y se dispuso a dejarla a un lado para preparar la cena a su esposo. Él la detuvo con un gesto de la mano.

—Tranquila, Mae, voy primero a asearme un poco. Me urge más que la cena en este momento. ¿Qué es eso que estás haciendo? —se acercó y se inclinó sobre el tapiz. En él se representaba la plaza del pueblo, eso era indudable. Mae tenía gran talento para tejer y bordar, pensó Joseph mientras identificaba sobre la tela los edificios de la plaza.

—Es para el salón de reuniones de la parroquia —contestó ella, inexpresiva. Su marido jamás había puesto el más mínimo interés en ese tipo de cosas. «Son cosas de mujeres», pensó Mae mientras él inspeccionaba la labor ligeramente inclinado sobre ella—. En las reuniones de mujeres que celebramos los sábados, además de rezar por nuestras almas y las de los pecadores, nos dedicamos a tejer juntas un rato. La laboriosidad es el alimento del espíritu, el pastor Parrish lo repite siempre.

«A tejer y a chismorrear», se dijo Joseph. Entonces se fijó en un detalle apenas esbozado en el centro del tapiz. No estaba bien definido, pero parecía...

—¿Qué es esto que hay en el centro de la plaza, querida? Tiene pinta de ser un patíbulo igual al que montaron hace poco para ajusticiar a esa pobre mujer, esa...

Mae detuvo su tarea y se volvió hacia su esposo.

—¡Por supuesto que no es un patíbulo! ¡No digas tonterías! Y esa «pobre mujer», como tú dices, era una bruja. Por si fuera poco, tu hija y sus amigas jugaban a menudo con ella, porque estaba al cargo del cuidado de los niños Porter, y Ann es amiga de la mayor de ellos. Agradece al Señor que nuestra hija no haya sido contagiada por el Mal que se oculta tras las puertas de las casas de este pueblo —dejó la costura a un lado y se puso en pie—. Y ahora será mejor que vayas a lavarte, mientras tanto me acercaré al gallinero a

recoger unos huevos y en unos minutos tendrás la cena.

Mae se dirigió al gallinero, cerciorándose de que ni Joseph ni Ann venían detrás por algún motivo casual. Al final del cobertizo donde se encerraban las aves había un destartalado armarito donde debían estar guardados cuencos, cestas y demás cosas para atender a las aves. Lo abrió. En los estantes superiores se hallaban unas velas negras, una cruz invertida y una muñeca adornada con un pañuelo de Sarah Osborne que Ann había obtenido a través de su amiga Mary Jo, vecina de Sarah.

Prendió las velas y murmuró unas palabras con premura. Después, dándose prisa por si su esposo la estaba esperando, recogió unos huevos y volvió a la casa.

El único mobiliario que poblaba la sala consistía en una mesa y una silla. Las paredes se hallaban desnudas por completo. Sobre la mesa lucía un viejo candil, que apenas si bastaba para lanzar algo de claridad sobre la escena, pues por el minúsculo ventanuco solo lograba colarse un lánguido rayo de sol que no conseguía imponerse a través de la densa atmósfera.

Sobre la silla, Sarah Osborne había perdido la noción del tiempo. El alcalde, el pastor Parrish y un par de guardias se encontraban allí también, pero tras varios días sin probar más que un pedazo de pan revenido y un poco de agua, horas y horas de gritos y golpes, la consciencia de la mujer permanecía ligada a la realidad por un débil hilo. Si alguien le hubiera preguntado su nombre en aquel momento, probablemente no habría acertado a decirlo.

—¡Confiesa, maldita bruja! —el alcalde Bottoms se había subido las mangas de la camisa tras quitarse la levita para aliviar un poco el sofoco que le producía el esfuerzo de intentar que aquella mujer explicara sus diabólicos manejos. Su rostro, congestionado, parecía a punto de estallar—. ¿Es cierto que conjurabas al señor de las tinieblas en el establo de los Williams? ¿Es por eso que sus cerdos murieron uno tras otro?

Sarah levantó el rostro, con un ojo cerrado por la hinchazón a causa de un puñetazo, intentando localizar la procedencia de aquella voz. Un hilo de voz salió de su reseca boca.

—Yo no... no he hecho nada malo. No sé porqué... estoy aquí.

—¡Mientes, sucia embustera! ¡Varios testigos te han visto realizar extraños conjuros cuando creías que nadie te estaba mirando! ¡Han confirmado que en

tu casa se han hallado extraños objetos destinados a tus rituales! ¿Lo vas a negar también?

—No he hecho mal a nadie. Lo juro...

—¡No se te ocurra utilizar el nombre de Dios en vano, servidora de Satán! —el pastor Parrish elevó la voz y esgrimió un crucifijo como para espantar al Maligno—. ¡No delante de mí! ¡No te lo consiento!

Sarah pareció recuperarse unos instantes. La rabia y el odio consiguieron sacarla de la semiinconsciencia en la que se hallaba.

—¡Soy inocente! ¡Lo repetiré las veces que sea necesario! ¡Nunca he hecho nada malo a nadie! ¡Quién diga lo contrario, miente!

El pastor se encolerizó, su hija había aportado, junto a Ann Putnam, uno de los principales testimonios que habían llevado a la detención de Sarah.

—¡Tú —el pastor remarcó el «tú» mientras extendían un dedo acusador hacia la inmovilizada Sarah— eres la que miente, sucia ramera del Diablo! ¡Estás infectada por el mal hasta la médula! ¡No oses levantar calumnias sobre buenos cristianos que velan por la moral en nuestra comunidad! ¡Confiesa quiénes son los demás adoradores del Maligno y obtendrás el perdón del Nuestro Señor! —el pastor se santiguó a la vez que decía estas últimas palabras.

—¡No he hecho nada, todo esto es una trampa! ¡Si hay algún culpable, seguro que ha sido la persona que me ha acusado falsamente!

El pastor Parrish le propinó un sonoro bofetón cuyo eco reverberó en las paredes de la habitación. Sarah cayó de la silla y quedó en el suelo como un guiñapo. El alcalde sostuvo al pastor de un brazo.

—Déjala. Mañana tendrá lugar el juicio en su contra. El jurado decidirá tras conocer las declaraciones de los testigos y su negativa a confesar la verdad. Llévosla de nuevo al calabozo —hizo un gesto a los guardias—, y adecéntadla un poco para mañana. Apesta a varias millas de distancia.

La plaza del pueblo estaba abarrotada. Unos habían acudido por gusto, otros por obligación. Todos debían estar allí para presenciar el ajusticiamiento, el alcalde había ordenado que así fuese para que sirviese de escarmiento a aquellos que estaban a punto de apartarse del camino de Dios.

Josephine Benson, vecina de Sarah Osborne, abrazaba a su pequeña Mary Jo, que lloraba y escondía su rostro entre las ropas de su madre. Le parecía mentira que aquel despojo humano que se erguía sobre el patíbulo hubiese

sido alguna vez su vecina Sarah. Apenas si se tenía en pie. Toda ella estaba cubierta de una gruesa capa de mugre de la cabeza a los pies. Tenía la mirada clavada en el suelo. «Gracias a Dios», pensó Josephine, «no podría soportar contemplar su rostro en un momento así».

Josephine obligó a la pequeña a girar la cabeza hacia el centro de la plaza. Varios guardias se encargaban de que todo el mundo presenciara la ejecución, golpeando al que miraba hacia otro lado.

—Vamos pequeña, has de ser valiente.

—Pero mamá, Sarah es nuestra amiga ¿por qué van a colgarla?

—Dicen que es una bruja. Es una acusación terrible, cariño.

Los ojos de Mary Jo reflejaban la incredulidad de la niña, en su inocencia no podía aceptar lo que estaba punto de ocurrir.

—No es cierto, mamá, y tú lo sabes. Ella siempre se porta bien con nosotras. Es buena, mamá. No puede ser una bruja —el tono de la niña era suplicante—. Tenemos que decírselo a alguien, que todo el mundo lo sepa.

Josephine recordó en cuántas ocasiones Sarah había compartido su escasa comida con ellas, cuando no tenían qué llevarse a la boca. Había cuidado a Mary Jo mientras ella trabajaba de sol a sol para poder alimentar a su pequeña. Desde que quedó viuda, el hambre y la pobreza se habían adueñado de su hogar. Sarah había evitado que su hija muriera de hambre y ahora estaba allí, de pie, esperando una muerte misericordiosa a juzgar por su aspecto. Hizo un esfuerzo por contener las lágrimas antes de contestar a su hija.

—No podemos hacer eso, hija. Entonces seríamos nosotras las que estaríamos ahí arriba, con Sarah.

El alcalde subió a la plataforma para leer en voz alta las acusaciones y el veredicto del jurado. Por último, se dirigió a la condenada como era obligado.

—Sarah Osborne, esta es tu última oportunidad. ¿Te arrepientes de todos tus pecados ante el Supremo y repudias todos tus malvados actos?

Sarah ni siquiera se movió. El alcalde hizo una señal al verdugo.

—Mamá, ¿también nos acusarán a nosotras? ¿Vendrán a prendernos y nos colgarán como a Sarah? —los ojos de Mary Jo imploraban a su madre, llenos de pavor.

Mary Jo no supo qué contestar. Con un nudo en la garganta, salió del brete como pudo.

—No cariño —fingió un convencimiento que no sentía para tranquilizar a su pequeña—, no vendrán por nosotras. Nosotras no somos brujas —las

lágrimas empezaron a brotar sin permiso mientras la trampilla se abría bajo los pies de Sarah y el cuerpo maltratado quedaba colgando como un fardo—. No temas, nadie vendrá a arrestarnos. Puedes quedarte tranquila. «Ojalá fuese verdad y ajusticiasen solo a quien lo merece», pensó Josephine, «Sarah estaría viva ahora mismo». Entre sollozos se llevó a su hija de nuevo a casa al tiempo que sentía su corazón invadido por la negrura y la impotencia. «Señor, te suplico que pongas fin a esta locura. No permitas que los malvados nos hagan daño a mí y a mi pequeña». Josephine no pudo conciliar el sueño hasta el alba, repitiendo sin fin esa letanía para sus adentros.

Un incómodo silencio reinaba en el salón parroquial. Era sábado por la tarde y el habitual grupo de mujeres se dedicaban con afán a sus tareas de costura. Algún carraspeo ocasional quebraba el vacío dejado por la ausencia de conversación. El tapiz que Mae Putnam había acabado por fin lucía sobre la pared. La labor había recibido numerosos elogios a medida que las mujeres habían ido llegando.

El transcurso de los meses había traído el final de los juicios, las acusaciones, los testimonios y las ejecuciones. Sin embargo, el malestar se había quedado aferrado a las casas, las calles, las familias. Nadie se saludaba apenas por la calle y hasta los chiquillos parecían haber cesado en sus juegos.

El grupo de mujeres se había sentado, cada cual a lo suyo, y la conversación, de normal animada, había muerto antes de prenderse. Meredith Jones se atrevió, indecisa, a levantar la vista hacia el tapiz de Mae, en un burdo intento de romper la gélida atmósfera.

—Desde luego, Mae, posees un don especial para la costura. La representación de la plaza del pueblo ha quedado maravillosa. Jamás había visto nada igual, con tantos detalles. Debiste emplear muchas horas.

—Así fue —la interpelada contestó sin levantar la vista—, pero todo es poco por el bien de la comunidad. Lo donaré para la próxima subasta a favor de la parroquia.

—Sin embargo, tiene un pequeño defecto. Ahí, en el centro, es como si hubiese un pequeño corte, como si hubieses eliminado algo.

—Seguramente se me acabó el hilo. Nadie es perfecto, querida.

Si Meredith hubiera sido un poco más sagaz se habría dado cuenta de que su comentario no había sido bienvenido. Ignorante del efecto de sus palabras, pensando que había conseguido algo parecido a un tema de conversación,

insistió.

—No, no, es algo más grande. Mirad, allí —y señaló con el dedo una zona más irregular y oscura en el centro de la plaza representada en el tapiz—. Es... es... os parecerá una estupidez, pero tiene la misma forma que... que... un patíbulo.

Mae Putnam soltó la labor con brusquedad. Su voz sonó cortante y amenazadora.

—¿Qué estupideces estás diciendo, Meredith Jones? ¿Un patíbulo, dices? ¡Mejor harías en tener cuidado con esa lengua! Si alguien te oyera, pensaría que estás influida por el mismísimo Diablo —se santiguó al mismo tiempo que la palabra salía de su boca—. Y si ese alguien lo comentara cerca de oídos indebidos, no quiero ni pensar lo que podría ocurrir.

Un leve murmullo remató las palabras de Mae. Meredith había empalidecido.

—No, yo no... quiero decir..., por supuesto, no es un patíbulo. Mi imaginación me ha jugado una mala pasada. Eso es, sí. Lo imaginé. Te ruego me disculpes, Mae.

Todo volvió a quedar en silencio. Las mujeres siguieron cosiendo y Meredith intentó centrarse en su propia tarea, sin mucho éxito. Le temblaban las manos.

COSAS QUE NUNCA CAMBIAN

Un involuntario gemido escapó de los labios de Rachel a medida que la delicada palidez de su piel era recorrida por unos labios. Labios que describieron con fruición una suave curva sobre su vientre, rodeando el ombligo. Ascendieron primero y descendieron después por la pendiente de sus senos, no sin entretenerse en medio, jugueteando con la cumbre de sus pezones erectos. Dedos ansiosos acariciaban su entrepierna, enredándose con el vello castaño y rizado, adentrándose en la profundidad rosada y húmeda, arrancándola del mundo hasta un cielo que jamás había sospechado que existiría.

En el exterior, las hojas ya caídas de los árboles volaban sobre las calles de Londres, empujadas por el viento gélido de últimos de octubre. Dentro de la habitación, sin embargo, el aire se había vuelto denso y cálido, casi bochornoso, en parte por la lumbre que crepitaba en la chimenea, en parte por el aliento de las amantes entregadas a la pasión.

La espalda de Rachel se arqueó una última vez antes de caer sobre el colchón, ahíta de placer. Los labios de Evelyn alcanzaron los suyos y quedaron prendidos en ellos, en un largo y anhelante beso lleno de impaciencia, cargado de desesperación, como si fuesen incapaces de obtener lo suficiente la una de la otra.

—Te amo —murmuró Evelyn junto a su oído—. Siempre estaré a tu lado. Nadie podrá impedirlo.

Rachel se perdió un instante en aquellos ojos oscuros, brillantes por el deseo, encendidos por el reflejo de los rescoldos.

—El mundo no lo permitiría, cariño —susurró, abrazada a su amante—. La sociedad a la que pertenecemos nos maldeciría por ello. No solo los hombres, que a la postre son los que mandan, sino también las mujeres. Dentro de poco entraremos en un nuevo siglo, el siglo XX, pero hay cosas que permanecen siempre igual por mucho tiempo que pase. De cara a los demás hemos de ser solo amigas, mantener nuestros encuentros ocultos bajo la apariencia de simples visitas de cortesía. Si alguien siquiera albergase la más mínima sospecha acerca de nuestra relación, todo habría acabado para nosotras.

—No digas eso —suplicó Evelyn con vehemencia al tiempo que sus miembros se enredaban aún más con los de Rachel y ambas se abrazaban con fuerza. Nada ni nadie podrá separarme de ti jamás. Nunca. No lo olvides.

Rachel sonrió ante la ingenuidad de Evelyn. La vida no era tan sencilla. Para las gentes corrientes esas cosas eran toleradas de otra manera, ellos vivían de un modo similar a los animales, pero ellas eran damas, sus familias frecuentaban los altos círculos de la sociedad británica, y su amor sería visto como un pecado horrible, una degeneración contra natura, una ofensa contra la moral más básica. Si lo suyo salía a la luz, sus vidas se derrumbarían como un castillo de naipes, su futuro se vería truncado de forma irreversible. No iban a permitir semejante vergüenza en el seno de sus respectivas familias. Las separarían y las harían desaparecer de la sociedad, jamás volverían a verse.

Una ráfaga de aire frío las estremeció al abrirse la puerta, pero no tanto como el grito de la madre de Evelyn, quien supuestamente había acudido a una reunión benéfica de la Liga Femenina y no debía regresar hasta después de la cena.

—¡Dios mío! —aulló la mujer con los ojos desorbitados—. ¿Qué es esto? ¡el diablo ha entrado en esta casa! ¡James! ¡Jaaames! ¡Sube aquí ahora mismo!

Una tarde, mediada la primavera siguiente, Rachel se hallaba en el jardín de su casa, sentada en un banco de piedra, a la sombra de un cenador rodeado de celosía cubierta casi por completo por la madreselva. Delante de ella, sobre una mesa, reposaban una jarra y un vaso lleno de limonada. Una de las doncellas se lo había traído por encargo de su padre. «Para que se refresque la señorita», había dicho antes de retirarse. Pero ella no tenía sed, no necesitaba ningún tipo de refresco. La tenían allí encerrada, en su propia casa, para evitar la vergüenza. Aún recordaba los gritos de su madre, entre lágrimas, cuando se enteró; llanto falso para conseguir su voluntad delante del padre, hombre de naturaleza tranquila y ajena a discusiones. Sin embargo, después, a solas, le había advertido a Rachel en tono de soberbia:

—Pagarás muy caro este bochorno, querida. Nadie sabe nada de esto, pero puede que no consigamos ocultarlo por siempre. Tu padre siempre te ha mimado, pero no volverás a aparecer en público hasta que todo el mundo haya olvidado tu nombre y tus actos. Los demás miembros de esta familia no tenemos por qué sufrir las consecuencias del pecado mortal que has cometido. Dios te castigará en su momento. Por ahora, te quedarás entre estos muros para

expiar tu culpa.

Y así había sido. Solo le era permitido salir en algunas ocasiones para acudir al servicio religioso, obligada a cubrir su rostro con un tupido velo. A pesar del mismo, podía sentir con claridad las miradas sobre ella, el reproche y la censura clavadas en su carne como agujas al rojo vivo, el vacío creado a su alrededor.

—El momento ha llegado —la voz de Evelyn sonaba triste, como de costumbre, haciendo a Rachel volver a la realidad, al jardín y a la limonada. Pese a ello, no se giró, su vista siguió perdida en el infinito—. Esta es la última vez. Ya no podemos seguir así por más tiempo.

Rachel suspiró. Sabía que no se podía hacer nada para evitar aquel desenlace. Todo ese tiempo había vivido con la angustia del no saber, la terrible amenaza de que más pronto que tarde, al final todos se saldrían con la suya. Todos menos ellas. La fatalidad había impuesto su ley. Pensó en el futuro negro como un tizón que la aguardaba.

—Me niego —sacudió la cabeza en un gesto de súbita decisión—. No puedo seguir adelante. No sin ti. Dijiste que nada nos separaría. Esto no puede acabar de esta manera.

—No depende de nosotras. Lo sabes. Hemos de despedirnos... —Evelyn tendió la mano y acarició la mejilla de Rachel, como si fuese a recoger una lágrima que rodaba por ella.

Un cielo plomizo y amenazante los recibió a los tres a la salida del servicio religioso. El padre de Rachel abrió la portezuela del coche para que su mujer y su hija subiesen. El cochero hizo restallar el látigo y los caballos tiraron obedientes. Rachel, como de costumbre, ni siquiera retiró el velo oscuro que cubría su rostro. Al principio lo odiaba, detestaba lo que significaba, pero con el transcurso de los meses había dejado de sentirse viva, le daba igual la ropa que llevaba, las ojeras, las mejillas demacradas, la pérdida de peso. Su padre se había mostrado preocupado, pero su madre había apostillado:

—Es la culpa, que la recome por dentro. No está en nuestras manos, sino en las Suyas —aseveró mientras elevaba la mirada hacia el techo del salón.

A medida que el coche avanzaba, la madre simuló una idea repentina y tocó en la ventanilla que comunicaba con el pescante. El cochero la abrió y preguntó qué se ofrecía a los señores.

—Deténgase un momento en el cementerio, Elmer. Me gustaría dejar unas flores en la tumba de mis padres.

El velo negro ocultó la sorpresa y el alivio de Rachel. Se detuvieron a las puertas del camposanto. El padre se acercó a una vendedora de las que pululaban por allí y adquirió un ramo de crisantemos. Los tres recorrieron los pasillos hasta llegar ante las tumbas. Entonces Rachel fingió haber olvidado su pañuelo y pidió permiso para volver al coche a recogerlo.

—No te demores —advirtió la madre—. En cualquier momento empezará a llover.

Rachel desanduvo el camino pero no llegó hasta la salida del cementerio. A mitad del trayecto se desvió y recorrió otra serie de senderos hasta llegar frente a una lápida. Entonces lloró. De rabia, de indignación, de impotencia, de pura soledad. Frente a la inscripción “Evelyn Verinder, 1868-1888. Tus seres queridos te añoran” recordó el dolor, interminable y oscuro. Ella escuchaba desde la escalera mientras su madre relataba a su padre cómo los Verinder habían hallado el cuerpo sin vida de Evelyn, colgado de la lámpara de su habitación. No había oído más, la noticia le había desgarrado las entrañas y se había desvanecido allí mismo, junto al pasamanos. Luego habían llegado las «visitas». De algún modo, ella había intuido que su amor seguía junto a ella. No podía verla, pero la escuchaba, la sentía, podía oler su perfume. Eso le había dado algo de ánimo, hasta que se despidieron junto a la celosía del jardín, meses atrás. Recordó las palabras, flotando lejos en el pasado. «Nada ni nadie podrá separarnos», había dicho Evelyn.

—Nada ni nadie —murmuró en voz alta—. Dio media vuelta y regresó junto a sus padres.

A través del cristal de la ventana, Rachel no veía los copos de nieve caer, ni las ramas peladas de los árboles que flanqueaban el sendero de entrada a la casa, ni el pequeño estanque congelado, sobre el que le gustaba patinar cuando era niña. Tiempos felices, tiempos pasados. Todo aquello ya había quedado atrás, cediendo su puesto a la negrura, la agonía en vida, día tras día, hora tras hora. Interminables minutos para pensar en qué habían hecho de malo, cuál era el horrible pecado que habían cometido ella y Evelyn, por qué tenía que resultar tan espantoso enamorarse, querer a alguien más que a una misma.

Casi podía ver reflejada sobre el cristal su imagen, sus rizos cobrizos derramándose sobre sus hombros. Aquellos ojos violeta en los que una se

podía perder, abandonarse y olvidarlo todo. Sin ningún esfuerzo era capaz de imaginar la manera en que ella le censuraría. «Te lo suplico, no lo hagas», habría dicho de estar a su lado. Así era ella, no necesitaba imponer su criterio, simplemente suplicaba con aquel mohín de leve disgusto y Rachel no se sentía con voluntad suficiente para negarle nada.

Se giró y permaneció un segundo frente a la bañera humeante. Un poco más allá, un brasero se encargaba de caldear el ambiente. Se desprendió de la ropa y dio un paso adelante. «El primer paso es siempre el peor», solía decirle a Evelyn cuando dudaba ante hacer algo o no. «No temas, el resto será más fácil después». «Qué sencillo es decir las cosas a veces y qué complicado llevarlas a cabo», pensaba mientras se introducía en el agua tibia que la doncella había preparado. Cuando estuvo completamente sumergida pensó cómo sería todo después, si sería como estar bajo el agua, ajena al mundo exterior. Sacó la cabeza y notó cómo las lágrimas anegaban sus ojos de nuevo. «No llores», le pareció oír la voz fantasmal de Evelyn, «Tú eres la más fuerte. Ceder jamás será tu lema». Hasta después de muerta, su amada Evelyn tenía razón. El llanto ya no cabía en ella.

Nada más abrir la puerta para recogerlo todo, la doncella supo que algo no iba bien. Nadie había contestado cuando tocó con los nudillos, y la señorita Rachel solía quedarse un buen rato en el cuarto de baño, cepillando su larga melena o admirando su figura frente al espejo. Pero ese día no estaba allí, ni frente al espejo, ni en la bañera ni en ninguna parte. La muchacha fue recogiendo las ropas de la señorita y cuando se acercó para apagar el brasero pasó junto a la tina y vio el agua roja y la figura humana que se adivinaba en el fondo. Gritó y gritó hasta quedar afónica, alertando a todo el servicio y a los señores, que unos segundos después abarrotaban la estancia, entre lloros y lamentos.

Si alguno se hubiera asomado por la ventana en ese momento, quizás hubiera contemplado dos sombras que se alejaban de la mano por el camino principal de entrada. Libres de la censura de los otros, de prohibiciones, de cadenas, de condenas, de encierros.

Ya nada ni nadie podría separarlas. Nunca.

HIJO DEL MAR

Bahía de Cádiz, mayo de 1679

Las olas se habían reducido a un mero vaivén a medida que el sol se llevaba los últimos jirones de brisa, muy cerca de la costa. Los pescadores lanzaban y recogían con desánimo sus redes, convencidos del escaso provecho que iban a obtener ya ese día.

—Una vez más —dijo Miguel escurriendo el sudor que le chorreaba por la frente— y nos vamos. Bien creo yo que los peces no andan por aquí hoy.

Un chapoteo inusual y brusco llamó la atención de los hombres. A media distancia entre la barca y la playa, algo se había rebullido. Algo de gran tamaño.

—¡Mirad! —Manuel se hacía sombra con una mano cortada y callosa para evitar la reverberación del sol sobre las aguas tranquilas— ¡Allí!

Todos volvieron la cabeza. Una forma voluminosa emergió un segundo antes de volver a desaparecer bajo el agua. Apenas diez o veinte brazadas más allá de la borda de la embarcación.

—¡Menudo *pescaíto*! —resopló «El Tuerto», un hombre achaparrado y ancho de hombros que tiraba con ahínco de la malla—. Igual sí que arreglamos el día.

—Un poco raro es —replicó Miguel—. Un pescao tan grande en tan poca agua.

—A la suerte hay que ayudarla. ¡Vamos un poco más cerca!

Movieron la barca remando con cautela para no espantar la prometedor pesca. Apenas unas paladas lentas y superficiales y la barca se deslizó indolente, acercándose a la playa.

—¡Ahí! —susurró El Tuerto, demostrando que su único ojo suplía el trabajo del que le faltaba.

Cerca de ellos, una forma de color claro se removió bajo el agua, apenas unos instantes, suficiente para que todos pudieran apreciar su tamaño. Luego desapareció entre el bosque de algas, que crecían en abundancia, animadas por el sol y la moderada profundidad.

—Que me parta un rayo si eso es un pez —dijo Manuel—. Es la cosa más rara que he visto en mi vida. Seguro que es una sirena. He oído a los

marineros hablar de ellas en la taberna.

—Déjate de «bobás» —le contestó Miguel—. Ya me dirás qué iba a hacer una sirena aquí.

Los hombres recogieron las redes e hicieron señas a los de las otras barcas para regresar. Mientras volvían a casa, la conversación giró sobre la extraña aparición. Todo habría quedado en una burla en la taberna a costa de los protagonistas del suceso si este no se hubiera repetido unos días después. Y otra vez más, jornadas más tarde, en la misma zona. El extraño pez fue avistado por diferentes grupos de pescadores. En seguida le achacaron al singular ser la reducción de la pesca durante las últimas semanas, así que una tarde, reunidos en el embarcadero, acordaron una estrategia para capturarlo.

—Lo cebaremos con pan y lo atraeremos, formando un círculo con las barcas —dijo Miguel, coreado por asentimientos de cabeza—. Si arrojamos dos o tres redes a la vez, no tendrá tiempo de sumergirse.

Así lo hicieron, y la presa no se hizo esperar. Esparcieron pedazos de pan a su estela y se sentaron en las barcas. No había mediado la mañana cuando el chapoteo conocido les sacó de la modorra que producía el sol cayendo en perpendicular sobre sus cabezas. Algo se movía cerca, muy cerca. Uno de ellos dejó caer un gran chusco de pan en el centro del hueco formado por las embarcaciones. Al poco tiempo una forma alargada y clara se acercó a la superficie. Los pescadores contemplaron con asombro cómo al emerger, los brazos y las piernas se perfilaban cada vez con más claridad.

—¡Ahora! —gritó Miguel.

Cayeron las redes sobre el agua y la presa dentro de ellas. Se debatía con fuerza, pero no suficiente para escapar de la trampa. Tiraron con cautela para no perderlo, hasta arrimarlo a la barca de Miguel. Cuando lo izaron, quedó claro que el pez no era tal, sino un hombre que parecía joven, de pelo ralo y rojizo. Al desenredarlo de la malla, contemplaron con espanto que tanto en su pecho como en su espalda la piel ofrecía una apariencia escamosa. El hombre los miraba con una mezcla de extrañeza y miedo.

—¿Quién eres? ¿Qué haces aquí? —interrogó Miguel.

Pero el joven no dejó escapar palabra alguna para contestar a las preguntas. No se mostraba agresivo, ni siquiera hizo intento alguno de escapar. Solo permaneció allí, tirado bajo la lluvia de preguntas y amenazas, con aspecto de no comprender.

—Bien puede ser que perdamos el tiempo. Puede que sea un náufrago, un

extranjero. Por eso no responde.

—¿Y entonces qué hacemos con él? ¿Lo devolvemos al mar? —preguntó El Tuerto.

—Calla, que tú también pareces bobo como él —dijo Miguel—. Se lo llevaremos a los franciscanos. Ellos se ocuparán. Tiene pinta de ser un menesteroso, mirad las uñas, casi no tiene. Por no hablar de su estado. Parece que ha pasado más hambre que un perro pequeño.

Cádiz, junio de 1679

El hermano Juan Rosendo avanzó por la galería, arropado por el frescor de la sombra y de la vegetación del jardín que ocupaba el centro del patio. Bajo las ramas de un manzano, sentado en un banco, le esperaba el Padre Rufo, abad de la congregación.

—Siéntate a mi lado, hermano, —ofreció el abad— y cuéntame las novedades de los últimos días. Ya sabes a qué me refiero.

Juan obedeció. Antes de empezar, se humedeció los labios.

—Lo sé. El hombre que sacaron del mar. Me ocupé, como me encargaste, de su aseo y de su alimentación. Hemos intentado hablar con él, pero sin éxito. Parece no comprender nuestro idioma. Lo intentamos en latín y en griego, con el mismo resultado. Es un ser dócil, no ofrece resistencia a que lo lavemos o lo vistamos, pero él no lo hace por voluntad propia. La mayor parte del tiempo se le ve ausente. No pide comida, ni tampoco la rechaza. Lo único que hace es dormir, más bien en el suelo que en el catre que le hemos proporcionado. Solo permanece ahí, todo el tiempo, embelesado o perdido, sin hacer nada. A veces se decide a salir de su celda, pero no va muy lejos, como si temiese no hallar el camino de vuelta.

—¿Eso es todo? Poca cosa, la tarea que te encomendé era sencilla.

—También le llevamos al Oficio de la Santa Misa varias veces, pero él sigue igual, sin prestar atención a nada.

El abad se tomó unos instantes antes de hablar.

—Esta noche, después de completas, iré a verle. Ha de haber alguna manera de recuperar esa oveja perdida.

Fray Juan se despidió y se levantó para seguir con sus tareas diarias. Nada más abandonar el patio y adentrarse por un pasillo, divisó la menuda figura del hermano Lucas, el cillerero, a quien había encomendado echar un ojo al nuevo huésped del monasterio. Venía corriendo en su dirección, a una

velocidad inaudita dada la escasa longitud de sus piernas, haciendo volar el hábito como si lo empujara la galerna. Fray Lucas se detuvo a su lado, sin respiración.

—¡Hermano! Ha... ocurrido... algo...

—Respira, Lucas. Toma aliento y habla. De lo contrario no acabaremos nunca.

Tres resoplidos más tarde, el fraile aspiró una gran bocanada de aire y soltó:

—¡Ha hablado!

—¿Qué ha...? ¿No te referirás a quien yo pienso?

—¡Sí! ¡El hombre pez! ¡Ha hablado!

Fray Juan notó los nervios trepando por su estómago. Por fin lo habían conseguido.

—¡No me tengas en ascuas, Lucas! ¿Qué es lo que ha dicho? ¿Ha explicado quién es y cómo llegó a dónde lo pescaron?

Fray Lucas adoptó una expresión algo contrariada.

—No, no. Solo ha dicho una palabra.

—¿Una solo? ¡Válgame Dios! ¿Y que ha sido? ¿Tengo que sacártelo todo pieza a pieza?

El gesto contrito de hombrecillo hizo que Fray Juan no presagiara nada bueno.

—Ha dicho «Liérganes».

Liérganes, febrero de 1674

El viento helado que bajaba de las montañas había amainado, dando una corta tregua a los habitantes del pueblo. En su lugar, una cortina de copos blancos se había apoderado no solo del terreno, sino de los sonidos y ecos habituales. La capa algodonosa crecía más y más alto, y con ella la amenaza de no poder salir de casa en muchos días.

Doña María del Casar retiró un cazo de la lumbre, lo sujetó con un trapo, lo acercó hasta la mesa y llenó dos tazones de achicoria. Su cuñada Isabel, la hermana de su recién enterrado esposo don Francisco de la Vega, miraba de forma alternativa la nevada que iba en aumento y el rostro demacrado y lleno de ojeras de María. Esta se sentó en una banqueta y, antes de tomar entre las manos su tazón, se enjugó las lágrimas con el mandil.

—No te preocupes, María —Isabel sabía que era inútil lo que iba a decir,

pero no podía por menos de añadir la cantinela acostumbrada en esas ocasiones—, Dios proveerá. Todo irá a mejor, ya verás.

La mujer levantó los ojos enrojecidos e hinchados.

—No sé cómo me voy a apañar ahora sin Francisco. Con cuatro bocas que alimentar. Joaquín ya tiene edad de trabajar pero...

María giró el rostro hacia el muchacho que se hallaba sentado junto a la ventana, mirando embobado a través del vidrio como si nunca hubiera visto nevar. Francisco, el segundo de sus cuatro hijos, el tonto. Al nacer había sido un niño normal, pero cuando se fue haciendo mayor algo cambió. Poco a poco fue perdiendo el contacto con el mundo, no jugaba como los otros niños, no contestaba cuando le hablaban, no reaccionaba cuando se le mandaba algo. Don Francisco padre dejó de sonreír al hijo bobo, evitaba llevarle consigo para escapar de las miradas de sus vecinos, de sus amigos. Y ella también, para qué negarlo. Nadie les decía nada, pero no era necesario. No necesitaban volver la vista atrás para saber lo que la gente murmuraba. El hijo deforme, el castigo de Dios. El muchacho llegó a los diecisiete años en el mismo estado mental que si tuviera tres. Y por si fuera poco estaba lo otro: la joroba que se le iba formando, el pelo que se le caía, los ronchones que se le formaban en la piel antes de pelarse y volverse roja. María reprimió un escalofrío de pura repugnancia y de vergüenza; no estaba bien que una madre pensase eso de su propio hijo, pero no podía evitarlo. El muchacho había mejorado algo al llegar la hombría, habían conseguido que aprendiera ciertas tareas sencillas y que cumpliera ciertos recados, pero no tenía iniciativa ni responsabilidad alguna.

Isabel observó el gesto en la viuda de su hermano. No se le escapó la carga que suponía el chico en la casa, ni el bochorno que producía en su familia. Entonces pensó algo. Es posible que sí pudiese ayudar de alguna forma.

—Escucha, María, tengo que marcharme antes de que no pueda llegar a casa a causa de la nieve, pero se me ocurre que podrías enviar a Francisco a para aprender un oficio.

María giró el rostro hacia su cuñada, perpleja.

—¿Un oficio, dices? No te burles de mí, Isabel, no en estos momentos.

—No me burlo. Andrés tiene que viajar a Bilbao como cada primavera, a comerciar con el cuero y el ganado. Él conoce a mucha gente, creo recordar que hay un carpintero allí que le debe más de un favor. Es posible —dijo,

acariciando la mano de María a modo de consuelo— que necesite tomar un aprendiz en su taller.

La otra mujer la miró, aliviada y agradecida.

—Eres muy amable, pero no creo que nadie...

—Calla, calla —Isabel la cortó, cada vez más convencida de que su idea era una solución excelente se mirase por donde se mirase—. No se hable más. Lo hablaré con Andrés y escribiremos una carta al maestro Nicolás. Si se aviene a nuestra solicitud, en abril Francisco se trasladará a Bilbao en calidad de aprendiz de carpintero.

María derramó de nuevo algunas lágrimas, esta vez de gratitud. Dificilmente podría saldar algún día una deuda como esa. Se levantó y abrazó a Isabel, antes de que esta agarrase su chal de lana y se dispusiese a salir.

—Muchísimas gracias —dijo María—. Nunca podré agradecerte esto.

—No digas bobadas. Para eso está la familia.

La figura de Isabel se perdió entre la nieve. Francisco abandonó la contemplación del exterior durante un momento, y miró a su madre como si comprendiese lo que acababa de ocurrir.

Cádiz, julio de 1679

El rumor arrasó Cádiz de punta a punta, más rápido que la llama sobre la tea. La conversación favorita durante días fue el hombre que habían sacado del mar, ya oficialmente bautizado como «el hombre pez», y su extraño comportamiento, que había trascendido los muros del convento en boca de un hombre del pueblo encargado de llevar tela a los frailes.

Asomado a la ventana de su despacho, don Domingo de Cantolla, secretario del Santo Oficio de la Inquisición, contemplaba un grupo de personas reunidas abajo en la calle, parloteando en voz alta. En ese momento, un mozalbete que parecía estar relatando algo muy interesante, o así le pareció al secretario a la vista de la atención que todos le prestaban, elevó un poco la voz y pronunció el extraño vocablo, provocando un silencio de asombro contenido, como si la palabreja conllevase algún tipo de invocación al mal. Extrañado, tocó la campanilla que descansaba sobre su mesa. Al poco unos golpes en la puerta precedieron a la entrada de su ayudante, como siempre solícito a la llamada de su señor. Don Domingo le hizo un gesto para que se acercara.

—Decid, Excelencia.

—Hay un grupo de gente ahí abajo en la calle, no muy lejos de mi ventana...

—Descuidad, Excelencia. Ahora mismo bajo y...

—Espera, Sebastián, que no he acabado. Lo único que necesito es lo siguiente. Entre ellos hay un mozo, bastante sucio y de corta edad, pero no lo reconocerás por eso. Les está explicando una historia a los demás.

Sebastián esperó paciente. A veces su señor daba demasiadas vueltas para solicitar algo simple.

—Bien, quiero que bajes ahora mismo antes de que el grupo se disgregue y hagas subir al muchacho.

—¿Alguna cosa más, Excelencia?

—Que te des prisa. No quisiera que cuando salgas por la puerta vuelvas con las manos vacías.

—Como gustéis —Sebastián hizo la correspondiente reverencia y salió por la puerta.

Los ecos de sus zapatos resonaron a la carrera por los pasillos de piedra, cada vez más débiles y lejanos. Casi sin mediar más de unos minutos, el trote de los mismos regresó *in crescendo* hasta detenerse al otro lado de la puerta. Tras los consabidos toques y la venia, Sebastián comunicó que traía consigo al rapaz mencionado por don Domingo.

—Que pase.

Medio a empujones, la temblorosa y menuda figura fue introducida hasta más o menos la mitad del camino entre la puerta y la suntuosa mesa de maderas nobles. Don Domingo hizo señas a Sebastián para que les dejase a solas y, poniéndose en pie, miró al zagal de arriba abajo, mientras el chico, cabizbajo según le había explicado (más bien amenazado) Sebastián por el camino mientras subían, lanzaba mirada furtivas a su alrededor. No era más que un crío, el bozo no había asomado aún a su rostro, pensó don Domingo, aunque el día que lo hiciese nadie se daría cuenta, con toda probabilidad, debido a la ingente cantidad de suciedad que cubría al mocoso.

—¿Cuál es tu nombre? —dijo el secretario.

El chico murmuró algo con una voz inaudible.

—Soy un poco sordo, chico. Habla alto y con claridad. Te he preguntado tu nombre, pues supongo que tendrás uno.

—P-Pedro, señor.

—Excelencia. Debes llamarme excelencia. Bien, Pedro, no has de temer

nada de mí, solo soy un hombre curioso y necesito satisfacer una cuestión que revolotea en mi mente. Apuesto a que tú podrás ayudarme, ¿lo harías?

El chico respiró, algo más aliviado. Sin embargo, no terminaba de fiarse. Todo el mundo sabía quién era ese hombre que le había hecho arrastrar hasta allí. Más que saber quién era, sabía lo que representaba. Y él, por muy niño que fuese, también.

—Claro, señ... excelencia.

—Ajá. Solo deseo saber de qué estabais hablando ahí en la calle. Os he visto por la ventana y me he dado cuenta de la atención que te prestaban. ¿Qué era eso tan interesante, si puede saberse?

El chico levantó un poco la vista. Después de todo, no parecía haber nada oculto ni terrible en aquella estancia ni en aquel hombre.

—Es acerca del hombre pez, excelencia. Ya sabéis, ese hombre que sacaron del mar...

—Sé a quién te refieres —interrumpió don Domingo, acompañándose de un gesto de la mano como si espantase una mosca.

—Pues ha hablado. Más o menos, quiero decir.

—¿Más o menos? ¿Ha hablado o no? ¿Y qué es lo que ha dicho? ¿Cómo sabes tú eso?

Pedro le miró, confundido ante tanta pregunta.

—Me lo ha contado mi padre, excelencia. Lleva lana y paño al convento de los franciscanos. El hombre pez solo ha dicho una palabra. No es hablar, pero ha dicho algo. Ha dicho «Liérganes».

El secretario abrió un poco la boca, sorprendido. Tardó un segundo eterno en reaccionar.

—Muy bien, chico. ¿Ves? Ha sido fácil. Ya puedes irte.

No bien se quedó a solas, don Domingo se sentó en su sillón a meditar. Y lo hizo rápido. Tomó un pliego de papel y la pluma y escribió una carta. Él era natural de Liérganes, un pequeño pueblo cerca de Santander dependiente del arzobispado de Burgos. Lo chocante era que la criatura que habían rescatado los pescadores hubiese pronunciado ese nombre. La carta iba dirigida a un primo suyo, que aún residía en el municipio. Le explicó todo lo sucedido y le preguntó acerca de algún hecho extraño que hubiese acontecido por aquellos lugares, algo que relacionase ambos puntos de la geografía, tan distantes en principio, pero misteriosamente unidos en aquel ser del que había oído hablar.

Liérganes, agosto de 1674

María se sentó en un banquito a la sombra del castaño que presidía la entrada de su casa desde tiempos inmemoriales, a juzgar por la envergadura de sus ramas y el grosor de su tronco. Así consiguió espantar el calor, pero no la miríada de moscas y otros bichos que también se resguardaban de la canícula bajo el ramaje protector.

Se dispuso a leer la carta. La había traído Alfredo, el menor de sus hijos, a la vuelta de un mandado. Se la había dado su tío, eso dijo. El marido de Isabel. «Qué extraño que llegue a su casa una carta para mi», pensó la mujer mientras desdoblaba el papel. María provenía de una familia acomodada en Santander y había recibido suficiente educación como para descifrar la tambaleante caligrafía de quien le había escrito la misiva.

En Bilbao, el día de Nuestro Señor de 24 de junio de 1674

Para doña María del Casar, madre de Francisco de la Vega

Muy señora mía:

Dirijo esta carta a su cuñado pues no dispongo de su dirección. Me veo en la muy triste situación de tener que comunicarle un hecho lamentable y desgraciado para todos, referido a su hijo Francisco, aprendiz de carpintero en mi taller.

Ocurrió ayer en la tarde, víspera de San Juan, que su hijo, junto con otros mozos amigos de él, salió a nadar a la ría de Bilbao, como tantas otras veces. El muchacho, su hijo de usted, se alejó nadando de los otros. Ninguno le dio importancia, él es buen nadador y todos conocen dicha circunstancia. Sin embargo, al cabo del tiempo no regresó y nos tememos lo peor. Las corrientes aquí son fuertes y traicioneras y, tras haber pasado un día, aún no ha regresado. Mucho nos tememos que pueda haber ocurrido lo peor.

De este modo, me veo en la poco agradable obligación de comunicarle el deceso por ahogamiento de su hijo. Vaya de mi parte y de todos lo que le conocimos el más sentido pésame. Era un joven agradable y de espíritu noble, su pérdida es lamentable. Que el Señor acoja su alma en la Gloria y guarde a usted muchos años de vida.

Fdo: Nicolás Arizkun, Maestro Carpintero

María arrugó el papel al tiempo que se arrugaron sus entrañas. Nunca había querido como es debido a ese hijo que tanta vergüenza le había causado durante tantos años, y en ese momento la culpabilidad y el arrepentimiento se

abalanzaron sobre ella, recordándole el deber de una madre, y cómo ella había faltado al mismo. No había tratado por igual a sus hijos, y eso había hecho daño a su marido y, de forma inmerecida, a su hijo. En ese momento la idea de que no había sido más que un desvalido más, pero una criatura de Dios a fin de cuentas, retorció su conciencia de un modo que no había hecho nunca antes. Y lloró. Lloró en parte por el hecho de no haberse podido despedir de ese hijo tan poco querido, pero también, sin querer admitirlo ni para sí misma, lloró a causa de un leve destello de alivio que se ocupó de enterrar mucho antes de que pudiese aflorar a su rostro.

Cádiz, septiembre de 1.679

El Padre Rufo ascendió los últimos escalones hasta la planta superior, siguiendo los pasos del criado. Este le condujo hasta la puerta del despacho de don Domingo, se detuvo y le hizo un gesto con la mano que le indicaba que esperase. Tocó en la puerta y entró cuando la voz grave del secretario dio la venia. Entró y cerró la puerta tras de sí. El abad de los franciscanos se preguntaba una y otra vez qué podía haber motivado su llamada por parte del secretario del Santo Oficio, circunstancia que había ocurrido rara vez durante los años que llevaba a cargo del convento. Unos segundos después, el criado salió de nuevo.

—Podéis pasar. Su excelencia espera.

Don Domingo esperaba en su sillón, tras la enorme y suntuosa mesa.

—Pasa, Rufo, y toma asiento. No te entretendré mucho.

—Para mí será una satisfacción si os sirvo de ayuda en algo, excelencia. Decidme.

El secretario se tomó unos instantes antes de comenzar a hablar, como si pretendiese intensificar la intriga del momento.

—Te he hecho llamar para preguntarte algo acerca de ese hombre que mantienes en tu convento. Ese que sacaron del mar. El hombre pez, le dicen por ahí.

Rufo pareció perplejo. No esperaba que algo tan insignificante fuese lo que le había traído hasta allí.

—Ya sabéis lo dada que es la gente a sacar las cosas de quicio. No es más que un menesteroso. Extraño y apático, pero un hombre como los demás. Yo diría que quizás sufre algún tipo de locura o trastorno, nada más. Una criatura de nuestro Señor. Poco agraciada, pero no encierra ningún mal en su interior.

Don Domingo suspiró, impaciente por mostrar todo lo que había averiguado. Eso le daba, a pesar de tratarse de una curiosa coincidencia, una posición de superioridad mayor incluso que la que conllevaba su cargo.

—En realidad, Rufo, hay más. Ese hombre, según me han informado, no habla ni se relaciona con los demás.

—Así es —afirmó el abad—. Apenas si ha pronunciado, en los meses que lleva con nosotros, algo más aparte de «pan», «vino» o «tabaco». Y no parece que para él esas palabras vayan relacionadas con el hambre o la sed. Es probable que sea extranjero.

—Si por eso fuese, ya habría aprendido a hablar en español, ¿no te parece? El caso es que ha llegado a mis oídos que también mencionó, en algún momento la palabra «Liérganes».

—Sí, excelencia, en efecto. No sabemos lo que puede significar. El hombre no responde en otras lenguas conocidas, ya lo hemos intentado, pero se muestra dócil y acude al oficio siempre que se le conduce. No parece poseer voluntad propia suficiente para saber cuándo toca, del mismo modo que ocurre con la comida o con el resto de actividades.

Los dedos del secretario tamborilearon sobre la superficie lisa de madera.

—Bueno, yo he hecho mis averiguaciones. Resulta que Liérganes es una población cercana a Santander. Tengo conocidos allí y les pregunté por si saben algo que pueda estar relacionado con nuestro misterioso visitante.

Rufo enarcó una ceja. Prefirió no interrumpir a don Domingo, aunque no veía dónde quería llegar el secretario.

—Hace poco llegó su respuesta. En principio afirmaban no conocer circunstancia extraña alguna, excepto...

«¿Excepto? Llegamos al meollo de la cuestión», pensó Rufo. «La araña cierra la tela». En breve se iba a enterar del motivo de su presencia allí.

—Hace unos años, un muchacho del lugar desapareció. Estaba en Bilbao, de aprendiz en un taller. Según me han explicado, se fue a nadar una tarde y no regresó. Pensaron que se había ahogado, pero es posible que no. Sospecho que aquel muchacho es nuestro silencioso invitado.

—¿Queréis decir que ha llegado a nado desde Bilbao hasta Cádiz? Disculpadme, pero me cuesta creerlo. La distancia es enorme, aunque hayan pasado cinco años.

—Cierto, Rufo. Pero me temo que solo hay una manera de saber si se trata de la misma persona. Y aquí es donde llega tu cometido.

Totalmente desorientado, Rufo no contestó. No hubiera sabido qué decir, de todas formas.

—Hay que devolver al joven a su casa, o a la que creemos que lo es. Haz que uno de tus monjes le acompañe. Así saldremos de dudas y, si estoy en lo cierto, podremos retornarle junto a su familia, que le cree muerto.

Rufo tragó saliva antes de replicar. Por un lado, sintió una oleada de alivio al pensar que la causa de su llamada ante la presencia del secretario era un tema tan baladí. Por otro, sintió una punzada de fastidio. El secretario había dispuesto todo solo para satisfacer un capricho absurdo y pueril. Sin embargo, no había nada que él pudiera hacer, salvo obedecer lo mandado.

—Se hará como indicáis, excelencia.

Don domingo de Cantolla se repantingó en su asiento, complacido.

—Perfecto. Cuando sepas algo házmelo saber.

—Por descontado, excelencia.

—Y ahora puedes retirarte. Supongo que tus tareas habituales te esperan.

—Como gustéis.

Rufo se retiró tras la debida reverencia. A medida que se acercaba al convento, la indignación iba adueñándose de él.

Bilbao, junio de 1674

Una deuda de gratitud a veces es cara de pagar. Eso pensaba Nicolás mientras levantaba el botijo y dejaba que el chorro de agua le refrescase el gaznate reseco. El verano había llegado demasiado pronto, apenas había pasado San Juan y ya hacía un calor de mil demonios.

Miró hacia el fondo del taller, una figura que acercaba unos tableros, los dejaba donde le habían enseñado y a continuación se quedaba inmóvil, como un trasto abandonado allí en medio. Nicolás miró a Agustín, uno de los oficiales del taller, que también se acercaba a beber.

—Mírale —señaló a Francisco—. Dios no le ha otorgado ni una pizca de inteligencia. Le acepté como aprendiz como pago de un favor, pero no he dejado de arrepentirme casi desde el primer día.

—En un mozo fuerte —apuntó Agustín— y obediente. No es difícil enseñarle tareas simples, y además es bien mandado. Antes tiene uno que acompañarle para que aprenda el trayecto, pero luego no se desvía ni se entretiene. Sin embargo, una vez acaba lo que le encargas, hace lo mismo que ahora: nada. Se queda embobado, perdido dentro de sí mismo.

—Pero no sirve para nada más. Trae el agua, va a por vino o pan y esas cosas, pero desde luego jamás llegará a ser un buen carpintero. En realidad no será nada, a la vista de lo que hay. Si hubiera sabido que iba a hacerme cargo de un inútil habría buscado una excusa para escabullirme de mi obligación con mi amigo.

Agustín asintió, bebió y se alejó sacudiendo la cabeza, en un gesto que indicaba que él también daba por perdido al muchacho.

Nicolás pensó unos minutos. Tenía que haber alguna manera de... Sí, la había. Sonrió para sí mismo y siguió con sus quehaceres hasta que acabó la jornada. Entonces, cuando todos se marchaban, se acercó al joven.

—Francisco, tengo que hacerte un encargo. ¿Me entiendes?

Los ojos marrones se volvieron, inexpresivos, pero no hubo respuesta. «Quizás un lejano asomo de entendimiento», pensó Nicolás, pero lo descartó de inmediato con un gesto de hastío. De todas formas ya daba igual.

—Ven conmigo. Tienes que ir a por tabaco, pan y vino. Te mostraré el camino, ven conmigo.

Caminaron juntos hasta la salida de la ciudad, al camino que llevaba hacia el sur. Si uno no se desviaba de él, al final llegaba a Burgos y a Palencia. Ambas estaban a muchas jornadas de camino, pero en medio había pueblos donde el chico podría...

—Toma, un poco de comida y ropa —le entregó un hato—. Ve por ahí y cuando llegues a un pueblo o ciudad, traes lo que te he dicho.

Francisco siguió con la vista la dirección que le indicaban. Se volvió un momento antes de alejarse. «Como si estuviera a punto de despedirse, o de reprocharme el engaño», dijo la conciencia de Nicolás. Una punzada de culpabilidad pugnaba por emerger en su cabeza, pero la aplastó de inmediato. No podía devolver al muchacho a su familia, eso parecería una descortesía tremenda a los ojos de su amigo, el tío del mozalbete, ni tampoco colocarle en ningún otro lugar, nadie iba a querer hacerse cargo de él.

Nicolás dio media vuelta y regresó a su casa. Saludó a su mujer, se lavó y cenó. Al día siguiente, antes de partir hacia el trabajo, se sentó y escribió una carta a doña María del Casar, la madre del chico.

Al principio una lucecilla dentro de su cabeza le guiaba hacia su objetivo: el encargo que le habían dado. Caminó hasta que se sintió cansado y hambriento, y entonces se sentó y se comió casi todo lo que le habían dado. Tener el estómago lleno le sumió en un sopor más fuerte que su voluntad, ya de

por sí escasa.

Cuando despertó el sol se ponía y no tuvo más remedio que buscar un lugar al abrigo de la intemperie para pasar la noche, bajo unos arbustos lo bastante densos como para permitirle escapar del rocío. Al alba volvió el hambre y entonces recordó lo que padre le había enseñado, y se dedicó a cazar un conejo pequeño a pedradas. Al final lo consiguió. Tenía un sabor extraño sin cocinar, pero cuando la necesidad obliga eso carece de importancia.

De este modo siguió su camino un día y otro. A medida que avanzaba sentía más la fuerza del sol, tan diferente del que dejaba atrás. A veces se cruzaba con otras personas por el camino, pero nunca se detuvo ni se apartó del que fue su objetivo, ya olvidado hace tiempo.

Atravesó pueblos, pero nadie reparó en él ni le dirigió palabra alguna. Unos le miraban al pasar, otros apartaban la vista. Él comía lo que cazaba, o robaba la comida si se hallaba en algún sitio poblado. Comía frutos que colgaban de los árboles del camino, o entraba en algún huerto y se despachaba. Mientras hizo calor durmió al aire libre, pero luego llegó el frío y se vio obligado a buscar refugio para pasar las noches, y así se fueron alternando las estaciones.

Un día le llegó un olor extraño, húmedo. El mar, la palabra se formó con dificultad en su cerebro pero la imagen y la sensación aparecieron claras. El aire se volvió húmedo y agobiante, y al coronar un cerro lo vio, brillante y tranquilo, diferente de cómo lo recordaba, pero era el mismo. Corrió y se metió en el agua. De algún modo sorprendente, estaba tibia a pesar de que él esperaba lo contrario.

Allí encontró una pequeña cueva que le sirvió de refugio, y seres fáciles de atrapar, duros por fuera pero de buen sabor una vez quebrada la cobertura con una piedra. También unas plantas dentro del mar, había muchas, y cuando las comía se sentía bien, lleno de energía. Ya no siguió su camino, el recuerdo de su vida anterior se fue borrando hasta convertirse en una diminuta nube oscura que solo se mostraba cuando estaba dormido.

Liérganes, invierno de 1679

Los huesos ya habían dejado de dolerle a fray Juan Rosendo muchas jornadas atrás. El traqueteo del destartado carruaje hacía rebotar a sus pasajeros una y otra vez durante la interminable cantidad de horas acumuladas a lo largo de un viaje, que no parecía llegar a su fin. Sin embargo, una mañana

gris y helada, el arriero dio la voz de que ya se aproximaban a Santander y detuvo el carro, según le habían mandado.

Juan se volvió hacia su silencioso compañero. Había aguantado la tortura del viaje sin decir una sola palabra, con la vista perdida, para no variar. Ni siquiera se le veía sensible al frío de la región, mientras que él mismo tiritaba de la cabeza a los pies.

—Vamos, Francisco, o como te llames. Nuestro viaje toca a su fin.

Juan tiró un poco de la manga del otro, que se levantó y se apeó, obediente. El monje pagó al cochero y este arreó a las mulas, que retomaron su paso al ritmo del chasquido del látigo. Cuando el revoltijo de polvo levantado por las ruedas desapareció tras un recodo del camino, el monje apremió al joven.

—Ven, el desvío que hemos de tomar está un poco más adelante, según me explicó el último posadero.

Caminaron juntos un trecho no muy largo, hasta que llegaron a una bifurcación del camino. Durante la parada de la noche anterior, el posadero había indicado a Juan que ese era el sendero que llevaba a Liérganes. A partir de ahí la distancia hasta el pueblo era de poco más de una legua. El monje detuvo su paso y se frotó las manos, en un inútil intento de calentárselas.

—Ahora veamos si el secretario tiene razón en sus suposiciones —y empujó un poco al muchacho para que se adelantara. Este se detuvo, con aire confuso, miró hacia adelante y olisqueó algo en el aire, «Como perro que huele gazpacho», pensó Juan. Sin embargo, algo curioso ocurrió. El joven pareció tomar orientación y echó a andar sin dudar, igual que si recorriese el camino un día más de tantos. Unos pasos vacilantes al principio, luego la duda desapareció y el caminar se volvió seguro y firme. Juan tuvo que apretar el paso para no quedarse atrás.

—¡Aguarda, desagradecido! ¡Te traigo hasta aquí y tú te largas sin despedirte!

«Al menos», rumiaba el monje mientras seguía el paso apretado, «esto me servirá para entrar un poco en calor». No debía de haber transcurrido demasiado tiempo cuando unas casas aparecieron a los lejos, al fondo de un valle. Se agrupaban a ambos lados de un río, y desde la loma donde se encontraba, Juan distinguió la iglesia y un puente de piedra sobre el curso de agua.

—Así que esto es Liérganes. Vamos, muchacho, un poco más.

Como si le hubiera oído, el joven apretó el paso un poco más, quizás porque caminaban cuesta abajo, quizás por algún tipo de premura que había despertado en su interior. Llegaron hasta el pueblo y el joven siguió un trecho hasta llegar a una casa de chimenea humeante. La anticipación del calor de la lumbre mejoró un poco el ánimo del monje.

—¡Qué frío hace aquí, compañero! No veo la hora de regresar a mi Cádiz.

El muchacho se detuvo frente a la puerta de la casa. Juan se adelantó y tocó con energía. Al poco se oyó cómo alguien corría la tranca por dentro. En el umbral apareció una mujer mayor y canosa, de expresión cansada. La sorpresa se reflejó en su rostro cuando vio a un fraile frente a su casa, pero sus ojos se agrandaron aún más y se quedó boquiabierta cuando reparó en el hombre que le acompañaba. Hubo un momento en que Juan pensó que se iba a desmayar, pero de alguna manera recuperó el aliento. Todo menos la alegría se reflejó en la faz arrugada en apenas un abrir y cerrar de ojos, justo antes de exclamar:

—¡Francisco! ¿Eres tú? ¡Nos dijeron que te habías ahogado!

Bahía de Cádiz, mayo de 1679

Nunca antes había experimentado un calor como el de aquel lugar. Ya de madrugada despertaba empapado en sudor, y sumergirse en el agua le refrescaba mientras se zambullía; en cuanto salía de nuevo sentía el ahogo de no poder respirar.

Si en su mente hubiera podido formar el concepto de felicidad, habría podido nombrar aquello que palpitaba en su mente. Sin embargo, se limitaba a capturar aquellos seres tan deliciosos y aquellas jugosas plantas que proliferaban bajo las cálidas aguas. Asombrado, mientras contenía la respiración, contemplaba el gran número de peces y otros seres que compartían con él sus excursiones submarinas.

Un día había buscado una zona nueva para procurarse alimento, y allí observó en la superficie la sombra de varias barcas. Nadó con cuidado y se asomó por debajo, muy pegado al casco, para escuchar las voces de los hombres que las manejaban. Hacía mucho tiempo que no había tenido contacto con otros semejantes a él, y eso indujo una punzada en su interior de algo desagradable, algo que otros hubieran denominado nostalgia o tristeza. Así que siguió visitando el área y a los pescadores, sin ser consciente de que lo que buscaba era un remedio para su soledad.

Ese día, mientras nadaba entre una barca y otra, uno de sus pies se enganchó. Forcejeó para liberarse, pero tras varios intentos lo único que logró fue enredarse aún más. Cuando se le acabó el aire no tuvo otra opción que salir a la superficie para aspirar una bocanada y llenar de nuevo sus pulmones. No había sacado la cabeza del agua cuando varias redes cayeron sobre él. Manoteó, mordió y tiró, pero no sirvió de nada. Antes de tener siquiera la ocasión de pensarlo, se vio arrastrado e izado sobre una de las barcas. Varios rostros le miraban, ceñudos. Esos hombres no parecían amistosos, le preguntaban cosas todos a la vez, le empujaban e incluso alguno llegó a patearle.

Liérganes, primavera de 1680

El frío del invierno no se había contentado con quedarse en el exterior, sino que había invadido la casa de María del Casar. Aunque sus dos hijos menores, pues el mayor ya se había casado y no vivía con ella, se habían llevado a Francisco para que les echase una mano con el ganado, ella arrastraba sus pasos por la casa. Pensaba qué era lo que había hecho tan mal para que Dios le diera un hijo como aquel, un ser que no hacía sino avergonzarla y hacerla sentir culpable por no quererle como a los otros. Y no es porque fuera malo, al contrario: era un ser pacífico y tranquilo. Pero hasta un cordero mostraba más cariño que él por la persona que le cuidaba; su mirada vacía parecía estar siempre lejos. Y ahora, después de creerlo muerto durante cinco años, se lo devolvían sano y salvo, con mejor aspecto casi que cuando le había visto por última vez. Ella era ya mayor, y un día faltaría de la casa. Mientras tanto le tendría a su lado, como una carga que ya no podía soportar más, castigándole algún pecado que ella no era capaz de localizar en su recuerdo.

Emilio, el menor de los chicos, la había visto llorar una mañana.

—¿Qué pasa, madre? ¿Estás enferma?

Ella se enjugó las lágrimas con la muñeca.

—No, hijo. No lo estoy. Al menos del cuerpo.

Transcurrió un segundo de indecisión antes de que el hijo replicara.

—Es por Francisco, ¿verdad? Por su regreso.

—¡No digas bobadas! —replicó ella, en un tono que dejó claro exactamente lo contrario.

Emilio, inteligente, se dio cuenta. Pensó unos instantes y apretó los labios

antes de contestar.

—No sufras, madre. Todo se arreglará. Estoy seguro. Dios proveerá.

Emilio e Ignacio fueron, como cada mañana, a buscar a Francisco para llevárselo al trabajo. El ganado les esperaba arriba en el prado. El muchacho estaba sentado sobre una roca, junto al puente de piedra, contemplando el cauce del río, abundante y de corriente rápida durante la estación húmeda. Los tres subieron por el camino y se dedicaron a sus faenas. A media mañana, mientras hacían un alto para comer algo en la cabaña donde guardaban los enseres, Emilio tomó un balde con una soga y le dijo a Francisco.

—Anda, ve al pozo y trae un poco de agua. Olvidé el pellejo del vino en casa.

Ignacio se volvió y estaba a punto de replicar, pero su hermano le cortó con una mirada.

—¿Sabes hacerlo, no? —Insistió Emilio—. Vas hasta allí, bajas el balde y lo subes lleno de agua. Toma —y le tendió el balde.

Francisco dudó unos segundos, pero al final cogió la cuerda y el balde y se alejó.

—Nunca vamos al pozo —dijo Ignacio—. Las paredes no están en buen estado y resulta peligroso. Tú lo sabes.

—No es para tanto. Es una tarea fácil —Emilio se veía nervioso, pero su hermano no preguntó nada. Había algo raro, pero sabía que se enteraría llegado el momento.

Pasaron unos minutos. Como Francisco no volvía, Ignacio se ofreció.

—Voy a buscarle, ya tarda.

—No —Emilio le sujetó por un hombro—. Lo haré yo. Tú quédate ahí.

Emilio salió de la cabaña, caminó hasta rebasar la loma y al bajar vio la figura de Francisco al lado del pozo, de pie, mirando hacia abajo. Se acercó y se dio cuenta de que el balde no estaba a la vista. Seguro que se lo había dejado caer dentro del pozo. Ni para eso servía. De todas maneras, tanto daba. Recorrió el trecho que los separaba y se paró junto a su hermano.

—¿Qué haces ahí mirando al pozo? ¿Has dejado caer el balde dentro? Mira a ver si puedes recuperarlo.

Francisco le miró un instante, con ojos acuosos. Tardó un buen rato en reaccionar, tanto que Emilio pensó que iba a ser más difícil de lo que había pensado. Sin embargo, Francisco se giró y se inclinó sobre el pozo para mirar dentro una vez más.

Se abrió la puerta de la casa y dos figuras entraron por ella. María se volvió para saludar a sus hijos. Ignacio traía muy mala cara, y eso hizo que un presentimiento la sacudiera de arriba abajo.

—¿Y Francisco? ¿Dónde está?

Emilio carraspeó y se demoró en contestar más de lo previsto. Miró a su hermano, que bajó la vista al suelo. Luego encaró a su madre.

—Lo dejamos al lado del río — su voz mostró una ligera vacilación, casi imperceptible, pero fue modulada de inmediato—. Quizás quería darse un baño. El agua está fría aún, pero ya sabes que eso a él poco le importa.

Una madre sabe cuando un hijo miente, pero a veces la mentira es preferible a la verdad. María decidió no enfrentarse a la suya, así que se dio la vuelta y regresó a sus pucheros. Tenía que terminar de preparar la cena.

¿ESPACIO O TIEMPO?

Una mota de polvo flotaba plácida bajo la luz aséptica de la Sala Uno en la estación lunar. De haber reparado en ella, el general McYntire la hubiera fulminado y convertido en antimateria. Alrededor de la mesa, en silencio, además de los mandos militares de la Colonia L-17 se encontraba el equipo compuesto de científicos y militares, nueve hombres dispuestos a arriesgar sus vidas para solventar el problema.

El primero en hablar fue Roland, el antropólogo. Todos habían cruzado una mirada de extrañeza, si no de escepticismo, cuando habían hecho las presentaciones, una hora antes. Un antropólogo destacaba entre un grupo de técnicos de grado máximo tanto como un tarbea de Orión en el huerto biorregenerable de la colonia.

—¿Lo han verificado todo de nuevo, general?

—Tres veces —replicó el aludido, molesto por la posibilidad de que su capacidad y exhaustividad fuesen puestas en tela de juicio—. Y se han vuelto a tomar las mediciones en varias frecuencias. Se trata de un S.O.S. No hay duda alguna.

—Piense que estamos hablando de un mensaje de origen indiscutiblemente humano, no solo por su contenido, sino por la forma de la transmisión, mediante radiomagnetismo. Esa tecnología se abandonó hace siglos, por no hablar del lenguaje Morse. A finales del XXI ya no se usaba, pertenece a la era digital.

—¡Ya lo sé, maldita sea! —el general se esforzaba por mantener el control, pero aquella pandilla de sabihondos se lo estaba poniendo difícil.

—Lo que mi colega le choca, y creo que es lo que intenta decir, no es tanto el tinte obsoleto de la emisión detectada, sino el lugar. Hay cientos de colonias repartidas por los sistemas más cercanos, y a partir de ellos se han ido extendiendo otras colonias. Pero según nuestros datos, nunca nadie ha ido allí —y señaló con un dedo un punto luminoso marcado en el mapa estelar cuya imagen veían proyectada sobre la mesa. Todos los ojos siguieron el dedo de Stanton, el asistente técnico biomolecular.

—Sin embargo —el general recuperó su tono y sus modales estrictos—, ahí lo tienen. Todos ustedes lo han comprobado igual que nuestro equipo antes.

Hemos recibido una señal de socorro, de procedencia humana, desde Trifiss 3. El sistema Trifiss se descubrió hace varios siglos, pero su colonización se descartó en favor de otros lugares más propicios a la vida humana. Y hace tres días apareció en la pantalla lo que ven, una radiofrecuencia dual, técnica en desuso desde las primeras expansiones humanas. Recalco esto por un motivo más que evidente: se emitió hace varios días. Todos ustedes saben —su afirmación fue coreada por un coro de murmullos en signo de acuerdo— la rapidez con que se desplazan esas señales. Desde que se salvó la barrera cuántica, la velocidad de la luz dejó de tener sentido y los medios tradicionales de comunicación desaparecieron a favor de la generalización del enlazamiento cuántico. Si alguno de ustedes desconoce las bases técnicas, tiene toda la información en el dossier —y señaló un fajo de documentos impresos en fullerenos que había sobre la mesa. Nadie dijo nada, pero todos miraron a Roland. Este no se inmutó ni dijo nada.

—Lo comprendemos, general —Dileh, el encargado de programar el Decodificador Orgánico, fue quien habló—. Pero debe usted comprender nuestro escepticismo. Lo que nos plantea es, desde un punto de vista lógico, imposible. Si, de algún modo, una expedición humana hubiera llegado hasta Trifiss 3 y se hubiera establecido hasta un grado suficiente como para emitir señales hacia el exterior, no lo haría mediante radiofrecuencia dual. Eso implica que unos seres humanos que usan tecnología anticuada se habrían establecido allí hace mucho tiempo, sin que nadie lo sepa, y que emitieron una señal de socorro hace tanto tiempo que, a pesar que por algún motivo se encuentren allí, quizás ya no estén vivos.

—Sea como sea —el general dio por zanjada la cuestión—, por ese motivo se les ha llamado. Junto a un refuerzo militar, claro está. Irán allí, comprobarán el origen de la señal y volverán. Es bastante sencillo. La atmósfera de Trifiss 3 es delgada pero respirable y la temperatura adecuada para la vida humana. No tienen que establecerse, así que deberán llevar suministros para unos días nada más. Cualquier duda la pueden tratar con el capitán Benton, aquí presente. El mando de la misión le corresponde a él. La partida será en cuarenta horas.

Roland observaba, a través del enorme ventanal, el espacio estrellado. Su mirada estaba fija en la Tierra. El planeta verde, lo llamaban los antiguos humanos que lo habitaban. Lo que él veía era de un color gris blancuzco, una mezcla de sulfuros y carburos venenosa. El ser humano había firmado el

destierro de su propio paraíso, siglos antes. Por suerte, ya se habían establecido en la Luna y en otros planetas para aquel momento. El proceso de generación atmosférica era lento, pero gracias a él y a la fusión fría, que permitió llenar de agua lugares áridos, la humanidad se había asentado en varios centenares de mundos, algo impensable de no ser por el descubrimiento y el control de las correlaciones no locales entre partículas cuánticas.

Stanton se acercó a él con tanto sigilo que cuando le oyó ya le tenía al lado.

—¿No puedes dormir? ¿Nervioso por el viaje? Sería conveniente que descansaras un poco. No sabemos qué encontraremos en ese planeta, pero lo mejor es llevar todas las fuerzas intactas.

—¿Crees que hallaremos algo? Vida humana, quiero decir.

—Lo dudo, la verdad. Aunque sea cierto que alguien se estableció allí en algún momento con el nivel tecnológico tan atrasado que hemos detectado en la señal, esta debió ser emitida hace mucho, ese tipo de ondas tardaría varios siglos en trazar la distancia de ese planeta hasta nosotros, y eso suponiendo que pertenece a un asentamiento humano. Si hubo alguien y estaba en un aprieto, me temo que llegaremos muy tarde.

—Si estuvieron en un aprieto, quizás nosotros también lo estemos al llegar allí.

—Mi opinión es que lo que hemos recibido es un eco de una señal emitida desde otro lugar y desde otro momento. De alguna manera la señal de radio se perdió en el espacio y ha llegado ahora a través de alguna irregularidad en la continuidad del universo. Un agujero negro o un pliegue temporal, quién sabe.

—Lo cierto es que ya en el siglo XXI sospechaban que el universo no se rige por el espacio-tiempo, sino por las conexiones a nivel subatómico. Los enlazamientos de partículas fueron los que permitieron dejar a un lado el límite de la velocidad de la luz. De lo contrario, la población humana estaría reducida a los pocos miles que vivimos aquí en la colonia lunar.

—Aún así me pregunto una cosa. Yo diría que esta misión es de carácter militar por encima de todo. Es lógico que los técnicos también tengáis que acompañarles, pero ¿un antropólogo? ¿Qué pinto yo aquí?

—Si es verdad que hay personas en ese lugar, necesitaremos a alguien que sepa cómo tratar con ellas. No olvides que, después de todo, deben ser muy anticuados. Tú eres el más adecuado para esa labor. Los demás manejamos la técnica, tú las costumbres arcaicas. Creo que es mejor que nos retiremos a

descansar. Mañana será un día intenso.

No había un hangar, ni una pista de despegue. Roland ya lo sabía, pero nadie le había explicado muy bien el hecho concreto de la descodificación, así que lo que menos esperaba era aquella especie de ataúd de nueve plazas más equipaje. Miró a sus compañeros, cada uno preparando su exotraje y comprobando los medidores vitales.

—¿Tenemos que meternos ahí?

—¿Te refieres al traje o a la cámara de transporte? —respondió Dileh.

—Ambas cosas, creo.

El científico sonrió, con expresión condescendiente. A Roland le parecía estar leyendo su pensamiento: «novatos...» o algo así. Típico de los todos los hombres de ciencia: pensar que sus conocimientos sobre biología molecular o mecánica cuántica les situaban sobre los demás mortales.

—El traje te mantendrá con vida si las condiciones de habitabilidad de Trifiss 3 no son tan benévolas como pensamos. Recuerda que no hemos llegado a establecernos en ese lugar, todo lo que sabemos son medidas recogidas por sondas o a través de análisis espectroscópicos. Y ahí —señaló la cápsula metálica que reposaba sobre el suelo de la Sala de Transporte— llevamos nuestro equipaje: el equipo técnico y suministros para un par de días. No deberíamos necesitar más.

—Eso suponiendo que no haya fallos, claro.

—¿Fallos? ¿A qué te refieres?

—En la transcripción molecular. Quiero decir que lo que se materialice allí seamos nosotros mismos. No estoy muy convencido de que si a uno le desmontan y le vuelven a montar lo que quede al final sea lo que había al principio.

A Dileh la observación le pareció graciosa, porque tuvo que hacer un esfuerzo por no echarse a reír.

—No funciona así. No se desmonta nada. Lo que hay aquí «es» lo mismo que lo que hay allí —enfaticó el término—. Esa visión materialista del universo se abandonó hace ya tiempo. Quizás a la vuelta tengas tiempo y te apetezca echar un ojo a los trabajos de Heisenberg y Schrödinger. Son muy antiguos, pero también sencillos de entender. Toda la materia del universo está conectada a nivel subatómico. Las partículas están aquí y allí. Eso es lo que permitió desechar la barrera de la velocidad de la luz. Y es lo que nos ha permitido expandirnos por unas cuantas galaxias. De otra forma, estaríamos

prácticamente extinguidos.

Roland pestañeó. «Aquí y allí a la vez» era un concepto difícil de asumir.

—¿Y si hay algún fallo técnico? Alguna avería en el equipo o algo así.

—La probabilidad es mínima, puesto que el equipo hace el mismo «viaje» que nosotros, pero en caso de cualquier imprevisto la cámara —y señaló el ataúd magnificado— está equipada con un dispositivo que activa de forma automática la función de onda inversa. Estaríamos de vuelta en menos de lo que se tarda en pensarlo.

—¿Y si ese dispositivo no funciona de manera automática?

—Se activa manualmente. En el cinturón de tu exotraje hay un control para hacerlo. Mira —Dileh señaló un pequeño cuadrado negro poco más grande que un botón en la parte derecha de su cinturón—. Para evitar duplicidades, todos llevamos uno pero siguen un orden jerárquico. El de Benton es el que manda, por así decirlo, y si ese se avería se van sucediendo los demás. Todos podemos emitir la orden de vuelta, llegado el caso.

Roland no se sentía muy convencido, pero no argumentó más porque a través del sistema de megafonía anunciaron la partida en breve. Dilehle ayudó a ajustarse el uniforme protector, una cobertura transparente que se ajustaba al cuerpo, capaz de generar oxígeno y soporte vital durante unas decenas de horas. Roland se veía a sí mismo como plastificado, igual que un alimento deshidratado.

Varios miembros del equipo revisaron el ajuste y el funcionamiento de los trajes y comprobaron que todo estaba listo dentro de la cámara. Los miembros del grupo se fueron acomodando en el estrecho espacio, unos junto a otros como las zanahorias en bandeja. Finalmente la tapa de la cámara descendió desde el techo y la cubrió. Los minutos que siguieron se le hicieron eternos. Roland no padecía claustrofobia, pero en ese momento la sensación fue muy cercana. A través del circuito de audio del traje escuchó unas breves órdenes y una cuenta atrás.

Una vez le introdujeron un tubo hasta el estómago para efectuar una biopsia. Él, tan valiente, decidió que no necesitaba anestesia para algo tan nimio. Así se sentía cuando abrió los ojos. Su cerebro apenas había tenido tiempo de registrar más que una vibración, una sensación de mareo y todo se detuvo de nuevo. La voz de Benton sonó a través del sistema de audio del exotraje.

—¿Todo bien, señores?

Unos murmullos de asentimiento respondieron al capitán.

—Yo estoy algo mareado —Roland no se encontraba del todo bien. No le dolía nada ni sentía síntoma alguno en concreto, pero una sensación extraña se le había agarrado al estómago.

—¿Dolores, náuseas, pérdidas de visión u oído? ¿Desorientación, memoria de corto o largo plazo afectada? —Stanton preguntó todo de un tirón, como si de un patrón se tratase.

—Todo bien —replicó Roland—. Solo me siento un poco raro.

—Es normal. Se trata de su primer viaje, ¿verdad? Ansiedad del novato, sin duda.

A Roland no le hizo gracia la observación, pero no contestó nada más.

—El sistema detecta un balanceo extraño en la cápsula —uno de los técnicos habló. Roland no recordaba su nombre—. No se muevan hasta que haga un chequeo general... Temperatura... 26 grados. Nivel de oxígeno... 20 por ciento. Humedad ambiental... 12 por ciento. Aparte de la sequedad, con la que ya contábamos, el entorno es favorable. Sin embargo, la estabilidad de este trasto me preocupa. Un segundo, capitán.

—Espabile, Stypes, no tengo intención de permanecer en este sucio rincón de la galaxia ni un segundo más del estrictamente necesario.

—Me temo que hemos «aterrizado» sobre el borde de un terraplén, capitán. Una parte de la cámara no apoya sobre el suelo.

—¿Profundidad del desnivel? —la voz de Benton no reflejó señal alguna de pánico. El estómago de Roland por fin se decidió a revolverse.

—Un segundo... —Stypes tocaba los controles a toda velocidad, el sonido de las pulsaciones se escuchaba alto y claro a través del sistema de audio—. Solo unos metros. No estamos al borde de ningún precipicio —su voz sí que sonó aliviada—, solo es una irregularidad del terreno.

—Correcto entonces. Saldrán primero los que están sobre la parte que cuelga, así el peso de los otros evitará que la cápsula se deslice hacia abajo. Antes de salir todos, los demás tiraremos de ella lejos del borde. ¿Por qué lado empezamos?

Stypes toqueteó los controles un poco más.

—Roland el primero.

—¿Yo? —La protesta de Roland atronó a los demás— ¿Yo tengo que ser el primero en salir de esta «nave», por llamarla de algún modo? ¿Yo, un civil y ni siquiera soy un científico como los otros? ¿Están locos?

Benton habló con voz autoritaria.

—Tranquilícese, Roland. Hemos comprobado todo. No hay señales de vida cerca. El punto de emisión de la señal está solo a un kilómetro de distancia, así que esto será breve. No somos estúpidos, joder. No hubiéramos traídos a un civil inexperto si hubiese la más mínima señal de peligro, ¿qué se cree? Usted está aquí solo a causa de sus conocimientos culturales y sociales de los hombres antiguos, así que pulse el sensor de salida y fuera. ¡Ahora!

Roland dudó un segundo, mientras contenía el impulso de poner a aquel imbécil en su sitio. Sin embargo, se dio cuenta de que el imbécil tenía en sus manos las vidas de todos ellos, así que decidió que sería más prudente dejar sus quejas para cuando estuvieran de vuelta en L-17. Tocó el cuadradito que le habían explicado y el sistema de apertura se desbloqueó. Empujó suavemente la cubierta de la cámara y esta se abrió. Cuando se irguió y se asomó, sintió algo de alivio. El paisaje era similar al que podía ver en la estación lunar si se alejaba un poco de la colonia. La roca no era grisácea como allí, sino de una tonalidad violácea y azulada. Se asomó y comprobó la veracidad de lo dicho por Stypes. Gateó sobre la cámara y se apeó por el lado de la vasta meseta. Tres de los hombres le siguieron y entre todos tiraron de la cámara hacia el terreno firme. La gravedad en Trifiss 3 era similar a la de la estación lunar, y la cápsula estaba construida con materiales ultraligeros, descendientes del grafeno y el fullereno, descubiertos allá por el XXI.

Cuando todos estaban fuera, el capitán señaló un saliente rocoso cercano. A Roland le recordó las fotografías que había visto mil veces de las formaciones que existían en la Tierra, en un lugar llamado Colorado. Se sintió más tranquilo con todos a su alrededor y sin señal alguna de vida.

—¿Por qué las rocas y el suelo tienen ese color? —le preguntó a Stanton.

—No sabría asegurarte, lo más lógico es que haya algún elemento muy abundante por aquí, como el unilquadio o incluso el yodo. En la Tierra este último era muy común, pero en otras partes del universo es bastante raro. Yo me decantaría por el otro, en esta parte de la galaxia su abundancia es mayor.

Después de sacar el equipo y algunas provisiones en un transporte ligero, se pusieron en marcha. A buen paso, no les llevaría más de media hora llegar a su objetivo. Roland miró el cielo, pero no encontró nada familiar. «Normal, estás mirando el vecindario desde otro ángulo», pensó.

Tal y como había supuesto, el paseo duró poco rato. En seguida alcanzaron la elevación que había señalado Benton, llegaron al extremo y la rodearon. Lo

que vieron les dejó pasmados.

Era una construcción. Literalmente, varios edificios adosados en un extraño grupo. Todos ellos con forma de prisma, unos más elevados y otros achatados y largos. En alguno de ellos se veían grandes ventanales, pero la más grande, en el centro, solo permitía visualizar un simple muro de alto en bajo, sin puertas ni accesos.

—Está claro quién envía la señal, ¿no? —aseveró Benton.

—No tanto —dijo Dileh—. Los sensores no detectan señal alguna. Ni radio, ni magnetismo, ni ningún tipo de frecuencia. Solo ruido blanco, como en el resto del universo. Es más, los detectores de calor tampoco dan ninguna medida. Si hay alguien o algo ahí dentro, no es humano y no desprende calor.

Un silencio atenazó las palabras del técnico.

—Eso no puede ser —el capitán recibió la noticia con un tono de contrariedad—. La señal recibida era alta y clara ¿Seguro que el equipo funciona en condiciones?

—Por supuesto. Todo revisado hasta el detalle más ínfimo. También es posible que la señal se emitiera hace tiempo y cesó en su momento.

—Eso no es correcto. Aún persistía hace unas horas, antes de nuestra partida. De todas formas no nos queda otro remedio que acercarnos e inspeccionar, señores. Estamos a un paso. Aunque a simple vista no haya signos de vida, hemos de presentar un informe completo.

—Si me permiten —Roland les interrumpió—, hay algo más que no cuadra. Esas construcciones datan de hace mucho tiempo. Muchísimo, de hecho. La edificación con aristas se abandonó hace siglos. Resultaba frágil en atmósferas más erosivas que la terrestre. Si encontramos seres humanos ahí dentro, en estado crioscópico, por ejemplo, aún pudiendo revivirlos, sufrirían un choque psicológico enorme. Se encontrarían en un mundo radicalmente diferente al que dejaron.

—Mejor no perdamos tiempo. Detecto una anomalía energética en la microatmósfera. Y se acerca a gran velocidad.

—¿Una tormenta? —la sorpresa en la voz de Benton fue genuina. Nadie le había informado de la existencia de tormentas en ese planeta. Las condiciones de temperatura y humedad eran las esperadas, y por ello no podrían permanecer allí demasiado tiempo. Pero una alteración atmosférica...

—Vamos allá, entonces. Síganme.

No les llevó demasiado llegar hasta un acceso al complejo. Dileh necesitó

poco tiempo para descifrar la clave —«Sencillísima», aseguró— y las compuertas se deslizaron a ambos lados. El grupo entró en una amplia cámara y, tras cerrarse de nuevo las puertas, el recinto se presurizó. Tecnología antigua, pero eficaz. Aún funcionaba. Replegaron la cobertura de la cabeza de sus trajes. El aire era respirable. Olía a artificial, pero era aire puro y aséptico.

Las luces se encendían a medida que avanzaban por los corredores. Dileh les comunicó un nuevo parte, sin quitar el ojo del visor cuántico instalado en su exotraje.

—La alteración es de tipo gravitacional, capitán. Pero afecta también a la microatmósfera del planeta. Llegará en unos minutos.

—¿Estaremos resguardados aquí?

—Es de suponer que sí —afirmó el técnico—. Si estas anomalías son propias del planeta y los edificios siguen en pie es porque están adaptados.

Llegaron a una especie de hangar, con maquinarias, transportes ligeros y bultos por todas partes. Solo faltaba gente moviéndose por allí, no daba la sensación de que los antiguos habitantes hubiesen abandonado la colonia. Todo estaba en perfecto orden, como si hubiesen parado para comer.

—¡Aquí está! —Dileh comenzó a contar hacia atrás—. Diez, nueve, ocho...

Lo que notaron fue un temblor, una sacudida violenta que les hizo perder el equilibrio y quedar sentados en el suelo.

—¡Un terremoto! —Se quejó Stanton—. ¡Hemos sufrido un terremoto! Nadie nos dijo que aquí hubiese terremotos.

Todos miraron al capitán, pero en su semblante se hizo evidente su ignorancia.

—Por fortuna, ha sido rápido —Benton se puso en pie—. Acabemos con esto y volvamos a casa.

—Un momento —Dileh se llevó un dedo a los labios para requerir silencio—. No es solo un terremoto. Escuchen.

Nadie lo advirtió al principio. Después resultó innegable. Una vibración se fue elevando desde debajo del suelo, y con ella un extraño sonido. Si hubieran podido compararlo, alguien hubiera dicho un aullido. Pero los lobos habían dejado de existir cientos de años antes y, aunque no hubiera sido así, la tierra no aúlla.

—Si alguien me preguntara —dijo Roland—, yo diría que el planeta está

despertando. Eso es lo que a mí me parece, por lo menos. Noto una vibración profunda en el aire y en el suelo. No la escucho, la siento dentro de mí.

El sonido subió más y más de volumen, hasta que todo les temblaba por dentro. De nada servía taparse los oídos, pues lo oían dentro de sí mismos. Un minuto después, desapareció de repente. El nerviosismo se apoderó del grupo. Aquello no era una anomalía, sino algo peor. No tenían un nombre adecuado que lo definiera, pero todos pensaron lo mismo.

—¡Terminemos esta mierda y salgamos de aquí ya! —Stanton enfiló en corredor.

Revisaron los almacenes, los comedores, la cocina, el gimnasio... La vida no había cambiado tanto a lo largo de los siglos. Sin embargo, al girar un pasillo que parecía conducir a la sala central de control, se lo encontraron sellado.

—No podemos seguir, y me da la impresión de que tampoco tiene mucho sentido. Aquí no hay ni un alma.

—A eso hemos venido —le cortó Benton—. A ver qué ha pasado. Tenemos que volver atrás hasta la anterior bifurcación. Es de suponer que el acceso a la sala de control no es único.

No lo era. Benton estaba en lo cierto. Lo que no sabía era que, tras retroceder y tomar la otra vía, a través de un ventanal iban a poder averiguar el motivo de que el pasillo estuviera sellado. En la parte de atrás del edificio había un hueco enorme en un muro. Un agujero oscuro lo bastante grande para que entrase un vehículo ligero.

—Ese era el misterio. Un muro derrumbado —Roland pareció desilusionado—. Una explicación sencilla siempre suele ser la verdadera. Creo que nos estamos dejando arrastrar por algo así como un caso leve de histeria colectiva.

—El muro no está derribado —terció Stypes—. Ha sido horadado. Mire los bordes irregulares del orificio. Lo han hecho estallar. Desde el exterior.

Todos permanecieron unos segundos digiriendo las palabras del soldado.

—Mejor dejamos la cháchara. Ahí delante tiene que estar la sala de control.

La sala de control era una estancia amplia y bien iluminada. Vacía y silenciosa, como el resto de las dependencias. Benton se dirigió hacia un enorme tablero de mandos junto a un ventanal cuando Dileh dio un grito apagado. Todos se volvieron, el hombre señalaba un punto en la pared. Se

acercaron y entonces lo vieron. Allí en el muro había una mano. No una mano viva, ni sobresaliendo del muro. Estaba dentro del muro.

—Vean —Dileh se esforzaba en hallar las palabras—, es como si alguien estuviera atrapado dentro de la pared. Como si hubiera presionado para salir de ella antes de quedar inmovilizado.

—Aquí hay más —Roland inspeccionaba una sección un par de metros más allá—. No solo hay manos, sino también otros bultos que sugieren que los que aquí habitaban fueron... fueron...

—Introducidos por arte de magia dentro de los muros —Benton se burló de los otros—. No sean tan imaginativos, caballeros. Yo no veo manos ni caras ni pies, solo irregularidades en la construcción. Se están autosugestionando.

Tanto los civiles como los soldados miraron de forma alternativa al muro y al capitán. La similitud sugerida por Dileh parecía desvanecerse por momentos.

Stanton mientras tanto se había acercado al panel de mandos y peleaba por averiguar su funcionamiento. De repente, un par de indicadores se iluminaron.

—¿Funciona aún? —Benton lo dijo con el tono ilusionado del que acaba con una obligación incómoda—. ¿Puede sacar alguna información?

—Funciona —dijo el técnico—. Si podemos o no extraer algo útil depende de...

Un monitor cobró vida de súbito. La imagen era defectuosa, pero era una grabación de video. Durante treinta segundos no vieron ni oyeron nada claro, pero luego la imagen se aclaró. Era un hombre hablando a la cámara. Pálido como la superficie lunar. Sudaba a mares. Intentaba hablar tan deprisa que les costaba comprender lo que decía.

—Ellos... ahí fuera. No podemos... Moriremos todos... ¡Ayuda... favor!

Y entonces una sombra apareció tras él y la imagen se llenó de sangre antes de apagarse. En total, el mensaje duraba menos de diez segundos.

—¿Qué... qué era eso?

Stanton pasó la grabación hacia atrás, poco a poco. Al transcurrir a baja velocidad la definición era menor, pero no hubo forma de identificar eso que presuntamente había matado al hombre que hablaba a la cámara. Solo un destello violáceo, nada definido.

Roland tenía mal aspecto. Parecía a punto de desmayarse. Benton miró hacia la pared, hacia los abultamientos que él mismo había negado que

podieran pertenecer a seres humanos. Lo había hecho para que no cundiera el pánico mientras averiguaban lo que había ocurrido allí. De repente ya no le importó tanto.

—Miren la parte inferior de la pantalla —Stanton tocó con un dedo un sector de la misma—. Esto es una fecha. No se ve bien, pero justo debajo hay un marcador de grabación. Este video ha sido grabado hace... ¡menos de dos semanas!

—Pero eso no tiene sentido. Este complejo está abandonado hace siglos, ya ven cómo está todo. No es posible que alguien haya grabado un vídeo hace poco. Salvo que...

Fue Benton quien finalizó el razonamiento.

—Salvo que al trasladarnos aquí desde la base no solo hayamos trascendido el espacio sino... también el tiempo. ¡Joder, vámonos ahora mismo! ¡Eso que había en el video puede andar aún por ahí! ¡Solo hay que llegar hasta la cápsula y estaremos a salvo en casa!

El viaje de vuelta hasta el lugar donde habían abandonado la cámara se les hizo eterno a pesar de que les llevó menos de la mitad que el de ida. La arcaica Ley de la Relatividad se hizo patente mientras avanzaban tan rápido como la intranquilidad les permitía. Cada pocos pasos se volvían y oteaban en todas las direcciones, temerosos de encontrarse algo inimaginable a punto de aplastarles el cráneo.

El algo, sin embargo, no llegó. Al girar el borde escarpado que lo ocultaba de la vista, el bulto de la cápsula apareció ante sus ojos.

—Pero... —Roland se les adelantó; todos se habían quedado pasmados—, la cámara... no la dejamos exactamente en ese lugar ni en esa posición. ¡Se ha movido!

—Avancen con cuidado —Benton asumió su papel, aprendido desde que no era más que un cadete en la academia—. No se ha movido la cámara, miren —señaló hacia el lugar donde la habían dejado—, se ha movido todo el terreno. El terraplén donde aparecimos ya no está. Tengan listas las armas...

Los soldados obedecieron, conscientes de la inutilidad de sus impulsores de antiprotones frente a algo que era capaz, literalmente, de mover montañas. Llegaron hasta doscientos metros de la cápsula cuando el terreno comenzó a vibrar delante de sus ojos. Dileh había presenciado una vez la voladura de un cráter lunar para abrir una mina de argentita. Aquello era muy, muy similar, pero sin explosivos.

Al lado de la cámara el suelo se abultó igual que una tela a punto de rasgarse cuando uno la presiona desde abajo. Luego se resquebrajó como el cascarón de un huevo picoteado por el pollo en su impulso por salir. Pero no salió ningún pollo, sino una masa pétreo, del mismo mineral que formaba la orografía del planeta, con algo parecido a unas extremidades sobre las que se apoyaba, y unos abultamientos informes a los lados. Trepó desde el interior del terreno hasta emerger por completo. Durante un segundo permaneció inmóvil. Si hubiese sido aplicable el paralelismo, se hubiera dicho que estaba recobrando el resuello. Tras ello, la mole se estremeció con violencia, agitando el suelo bajo aquella suerte de patas que poseía. La llamada surtió efecto. Antes de que los hombres pudieran reaccionar, dos abultamientos más quebraban la superficie cerca del primero. Este, ya recuperado del esfuerzo emergente, se volvió y pulverizó la cápsula.

—¡La hostia! ¡Todos de vuelta al complejo! ¡Pediremos ayuda desde allí mediante el equipo auxiliar! ¡Corran!

Y corrieron. A nadie se le pasó por la mente contradecir al capitán, pese a lo absurdo de su huida. La evidencia del desastre inminente se había abierto paso en el pensamiento de todos. A pesar de ello, cubrieron de nuevo la distancia hasta el edificio principal del complejo. Una vez dentro, Stypes extrajo el emisor de emergencia y lo instaló en la sala de control. En total no necesitó más de diez minutos, todo un récord del que dudaba poder presumir algún día. Inició la secuencia de carga y esperó dos largos minutos.

Un estremecimiento sacudió las paredes y el techo. Los habitantes de Trifiss 3 habían alcanzado el complejo, y no eran favorables a las visitas. Su manera de tocar a la puerta era poco elegante.

—¡Stypes, ponga en funcionamiento esa mierda ya! ¡Desde que lancemos la señal, aún tendremos que esperar un poco hasta que nos reintegren a la base lunar!

—¡No puedo ir más rápido, capitán! Lo único que podemos hacer es confiar en que los muros aguanten el tiempo suficiente.

Los golpes cesaron igual que habían comenzado. Los hombres sudaban, y eso era lo único que podían hacer en su estado de shock. Stypes los sacó del trauma con su grito de alegría.

—¡Ya! ¡Carga completa! ¡Allá vamos! —y empezó a reír como un poseso. Tecleó la secuencia de inicio y la introdujo. Tres... dos... uno... nada. No ocurrió nada.

—¿Qué pasa? —a Benton se le había solidificado el sudor en medio segundo.

—No funciona. No funciona. No f...

—¡Ya lo veo, joder! ¿Por qué no funciona?

—Yo lo sé —Roland se adelantó y dio su explicación con frialdad—. Estamos emitiendo una señal hacia una base que todavía no existe. Recuerden que, además del espacio, hemos trascendido el tiempo. Hacia el pasado. No hay nadie en L-17 para recibir la señal, eso es lo que pasa.

La comprensión los hundió como la onda expansiva de la explosión de un dispositivo de fusión nuclear averiado.

—¿Eso es lo que nos queda? ¿Morir aplastados por esos...? —y señaló al ventanal que daba al exterior. Todos miraron allí, pero no había ni rastro de los seres rocosos.

—Tenemos una opción —Stypes no se rendía ante nada—. Los hombres que vivieron aquí llegaron de alguna parte. En algún lugar hay una base esperando que se comuniquen. Quizás incluso han enviado ayuda al no recibir informes o lo que sea. Seguro que desde ahí —con la barbilla señaló el tablero de controles— se puede activar alguna señal de socorro. Alguien la oirá. Tenemos una posibilidad. Mientras tanto, nos ocultaremos en el sótano más profundo. Quizás esos entes desistan si no nos encuentran aquí. Tenemos provisiones para varios días.

Sin esperar órdenes Stypesse acercó al panel de control y empezó a teclear y probar. Entonces los golpes se reanudaron, con más violencia esta vez. En un lateral de la sala se dibujó una fisura de alto en bajo mientras Stypes daba con la señal de emergencia. Todo se movía a cada embestida, y entonces la encontró. No dudó, la activó y la radiofrecuencia comenzó a emitir un S.O.S.

Varios pedazos se desprendieron del techo. Se volvieron para correr hasta el acceso al sótano, pero Roland los detuvo.

—No se molesten. Escuchen.

Solo se oía el retumbar del edificio y la señal emitida.

—¿Qué pasa ahora? —Benton acusaba la tensión y se notaba en su voz—. Solo se oye la señal. No empiece a joder ahora, Roland.

—A eso me refiero, a la señal. Igual que la que llegó a L-17 desde el pasado.

A sus espaldas, la puerta termosellada cedió.

El monitor dejó de reflejar las pulsaciones y se convirtió en una línea

horizontal. Un pitido monótono se adueñó de la sala hasta que Dileh se acercó y lo apagó.

—Se acabó. Una vez más, hemos fracasado.

La expresión de McYntire se ensombreció un poco, pero consiguió recomponerse antes de decir:

—No podemos desistir. El paso más importante ya está dado.

Dileh cubrió el cuerpo inerte de Roland con una sábana de benzotrivinilo. Mientras desconectaba aparatos, se volvió hacia McYntire.

—Yo no estaría tan seguro, general. Hemos conseguido desplazar la materia a cualquier parte del universo, eso es verdad. Incluso la materia viva, con resultados maravillosos, dentro de nuestra colonia. Pero el pensamiento no se transmite. El motivo es muy simple: no hay moléculas que transportar. El software interior —dijo mientras se daba golpecitos con un dedo en la sien— se pierde. Este hombre es solo el último de una larga lista. No podemos seguir así.

—Claro que podemos. Piense en la ventaja de sacrificar a un individuo para garantizar la supervivencia de la especie. Los miles que vivimos aquí no podemos perdurar de forma indefinida. Desapareceremos.

—Si se llega a saber lo que hacemos aquí, nos extinguiremos nosotros: usted, yo y el resto del equipo.

—Nadie lo sabrá. Por eso inventamos la treta del viaje de salvamento. Por eso no les damos tiempo a que salgan y lo comenten con sus conocidos o sus amigos. Dileh, si la humanidad tiene un futuro, nosotros somos los encargados de asegurarlo.

El médico permaneció en silencio contemplando el planeta gris. La humanidad había socavado su propio futuro. Mucho tiempo atrás.

FORTUNATO

Fortunato era coleccionista. Su afición no eran los sellos, ni los cromos, ni tan siquiera los llaveros. Tampoco era un hombre elitista, su colección particular no se componía de barquitos en botellas ni nada similar.

Coleccionaba fobias. Él prefería llamarlas “manías” y cuando la gente se quedaba mirándole, mitad fascinados, mitad escandalizados, pero siempre atónitos e incrédulos, él ofrecía una sonrisilla y, encogiéndose de hombros, se excusaba: *Todos tenemos nuestras manías...*

Jamás en su vida, desde que tuvo consciencia de ser el dueño de su destino, había pasado por debajo de una escalera, ni se había casado o embarcado en 13 y martes —para mayor detalle, las escasas candidatas al matrimonio habían acabado huyendo despavoridas cuando, al ahondar en la relación, habían empezado a descubrir el interminable rosario de “rituales” que Fortunato desplegaba como la cosa más natural del mundo—.

Él lo ignoraba, pero la que había sembrado poco a poco aquella faceta en el Fortunato niño había sido su madre. Religiosa de misa diaria, doña Jacinta reunía, bajo aquel perfecto moño que la coronaba, los dos polos opuestos de la creencia más tradicional: un catolicismo a ultranza adornado por crucifijos, imágenes y rosarios profusamente distribuidos por toda la casa, junto con una atávica convicción en la efectividad de un sinfín de prácticas que acarreaban buena suerte y contrarrestaban la mala.

Ni ella ni su amado hijo se dieron cuenta cuando este último traspasó la delgada línea que separa la superstición de la obsesión. Esta fue la que le hizo entrar en aquella extraña tienducha de antigüedades, medio escondida entre un buen número de llamativos escaparates iluminados por neones de colores.

Fue un aciago sábado, de camino hacia el tinte a recoger un edredón por encargo de su madre. Ni siquiera conocía la existencia de aquella minúscula tienda pero una extraña sensación de vacío en el estómago le hizo detenerse y mirar al otro lado de la calle.

“ANTIGÜEDADES CHU-LIN. REGALOS Y AMULETOS”

Amuletos, la palabra resonó en la mente de Fortunato. Inexplicablemente, un segundo después se vio a sí mismo cruzar la calle como impulsado por un vendaval, y traspasó el oscuro umbral.

La primera impresión no fue excesivamente favorable. La iluminación era tenue, *demasiado tenue*, pensó Fortunato. El aire era denso, lleno hasta la saciedad de una infinidad de aromas en su mayoría imposibles de identificar: polvo, cera rancia, incluso un vahído de sudor se mezclaban con esencias exóticas desconocidas para él.

—¿Hola? ¿Hay alguien?

Nada. El mostrador se hallaba vacío y no se vislumbraba ni rastro del dependiente. Avanzó unos pasos, titubeante, hacia una estantería con una puerta de cristal. En su interior, anillos, colgantes y todo tipo de bisutería. Y entonces lo vio.

En un rincón, dentro de una cajita de madera forrada de un precioso terciopelo granate. No era especialmente llamativo, pero nada más fijar la vista en él una especie de influjo se estableció entre ambos. *Ha de ser mío*, pensó. *Si tan sólo pudiera acariciarlo un poco*. Se aseguró de que nadie le miraba y tiró de la puerta de la vitrina, rezando para que no estuviera cerrada con llave. No lo estaba. *No me lo voy a llevar*, mintió para sí mismo, *luego lo dejo en su sitio y ya está*.

El colgante en sí no era gran cosa. Una bola metálica del tamaño de una canica perforada por diminutos agujeritos que encerraban una oscuridad total. La levantó por la cadena, acariciándola con una intensidad casi sexual. Pesaba más de lo que hubiera esperado. *No es la bola lo que pesa, es lo que lleva en su interior*. ¡Qué estupidez se le había ocurrido! Se trataba de una simple bola metálica *made in Hong Kong*. Sin embargo, al tocarla, le pareció que algo se movía en el interior. Se la acercó a los ojos para poder mirar de cerca a través de los agujeritos, quizás al trasluz...

—¿Le gusta?

Fortunato dio un respingo. Un instante antes no había nadie en la tienda, pero la voz había sonado muy cerca, justo a su espalda. Al volverse descubrió un anciano de corta estatura, cabello ralo y gris y una enorme barba que predominaba en su persona. *Rasputín vuelto de la tumba*, pensó. Un huesudo índice señalaba el colgante. Con ojillos brillantes, el anciano esbozó una leve sonrisa apenas perceptible entre tanto vello facial.

—Ho-hola, no le había visto. ¿Qué es esto? —le mostró la pieza, sin separarla ni un centímetro de sí mismo.

—Es un amuleto chino, caballero. Su origen se pierde en los siglos de la tradición de mi cultura. No es una imitación en latón, si es lo que está

pensando. Protege al que lo lleva contra los malos deseos de los demás. Está lleno de magia y sabiduría ancestrales —susurró, con un tono áspero que contrastaba con su amable voz—. Pero no lo puede llevar cualquiera. Ha de usarse con prudencia y sensatez, señor. De lo contrario podría volverse en su contra. Es esencial que sea el amuleto el que lo acepte a usted.

—¿Aceptarme? ¿Qué significa eso?

El anciano rió. Su risa sibilante hizo que los pelos del cogote de Fortunato se erizasen al instante.

—Póngaselo, joven. *No muerde.*

Fortunato dudó un momento, pero finalmente se pasó la cadenita plateada por el cuello. Cuando la bola tocó su pecho, sintió un chasquido eléctrico y una corriente de energía tensó hasta la última fibra de su cuerpo. Durante unos segundos no pudo articular palabra, ni siquiera le llegaba el aire a los pulmones.

Cuando recuperó el aliento, el anciano permanecía inmóvil, con una mirada intensa que parecía atravesarle.

—Me lo quedo. ¿Cuánto cuesta?

—La magia no tiene precio, mi querido amigo. Pero lo justo es que usted deje algo a cambio. Digamos que se lo cambio por ese crucifijo de oro que lleva al cuello, si le parece bien.

¿Cómo puede saberlo? Lo llevo dentro de la camisa...

—Asoma entre los botones de la camisa, si es que se lo está preguntando. Si el precio le parece excesivo, podemos anular el trueque...

—Me parece justo —Fortunato detuvo la perorata del anciano con un gesto de la mano—. Aquí tiene.

Se sacó el crucifijo y lo miró unos instantes. Se lo había regalado su madre años atrás. Para ella tenía un valor incalculable. Si se enteraba de que lo había cambiado por un amuleto, tendría un desagradable espectáculo en casa, con soponcio incluido. *Pero ella no tiene por qué saberlo ¿verdad?* Despejando sus dudas con una sacudida de la cabeza, se lo entregó al anciano, mientras acariciaba aquel colgante que desprendía una sensación tan cálida justo al lado de su corazón. El anciano guardó el crucifijo en un bolsillo, sonriente y satisfecho con el negocio.

—No se arrepentirá. Le traerá suerte. Mucha suerte.

—¿Qué humor ha traído hoy?

Fortunato hablaba con Vero, la secretaria del señor López, dueño y gerente de la empresa. Es decir, su jefe. Cuando un rato antes había llegado al trabajo había encontrado sobre su mesa una nota que rezaba. “El jefe quiere hablar contigo. Urgente”. Archiconocido era el mal genio del señor López. La palabra amabilidad había sido desterrada de su vocabulario desde tiempos inmemoriales. Nadie osaba llevarle la contraria abiertamente y enfrentarse a aquella mole de ciento veinte kilos vociferando de un modo atronador ante el más mínimo contratiempo.

—No sé qué decirte —contestó ella—. Entre malo y peor. Como de costumbre.

Respiró hondo antes de tocar con los nudillos la puerta del despacho. Hoy iba a tener uno de esos días del mes.

—Pase —la voz sonó ahogada. *No parece la de él*, pensó Fortunato.

Cuando entró en el despacho encontró la explicación sobre la enorme mesa de caoba que presidía la habitación. El señor López, sentado en su sillón, se disponía a engullir su “desayuno”: un par de huevos fritos generosamente adornados con patatas fritas, salchichas y bacón. Fortunato se quedó mirando alternativamente a su jefe y al banquete que reposaba sobre la mesa. Tenía los cubiertos y el salero preparados, así como un vaso lleno de una oscura bebida que desprendía un inconfundible olor alcohólico. Se había colgado la servilleta del cuello de la camisa y todo. *Algún día vas a reventar, cerdo*.

—¿Qué está mirando como un pasmarote? Siéntese.

Fortunato se apresuró a cumplir la orden recibida y tomó asiento del otro lado de la mesa.

—Le he llamado porque estoy esperando el informe de facturación que le encargué anteayer. Esperaba tenerlo ayer, recuerdo haberle dicho que lo necesitaba con mucha urgencia.

—Ya casi lo tengo, señor López. Me faltan unos datos de la división internacional. Aún no me los han enviado pero...

—¡Ese no es mi problema! —la voz de tenorio resentido empezó a elevarse y Fortunato se arrugó un poco en su asiento— ¡Le dije que quería el informe y QUIERO el puñetero informe! ¡Si tiene que bajar a la planta baja y darles una patada en los huevos, pues baja, pero antes de la hora de la comida me trae usted el informe o le pongo de patitas en la puta calle! ¿Me he expresado con claridad?

—Claro que sí, señor López, pero...

—¡PERO NADA! ¡Aquí las excusas sobran! —y dio un puñetazo sobre la mesa para subrayar sus palabras.

La providencia hizo que la mesa retumbara por el golpe y que el salero cayera, derramándose su contenido por doquier. A Fortunato se le cortó la respiración. Instintivamente, se puso en pie, pálido, haciendo caer la silla donde había estado sentado. Con un dedo señalaba la sal derramada. Inconsciente de sus palabras, exclamó:

—¡Dios mío! ¡Ha volcado la sal! ¡Eso trae muy mala suerte!

El señor López se quedó mirándole, estupefacto. Pestañeó un par de veces, como para convencerse de que lo que había oído era cierto. Y entonces estalló.

—¿Mala suerte? ¿Pero es usted idiota? ¿Le estoy abroncando por no cumplir con su trabajo y me sale con que tirar el salero trae mala suerte? ¡LARGO DE AQUÍ, BOTARATE! ¡FUERA DE MI VISTA! Eso me pasa por contratar a inútiles y a subnormales —pulsó el interfono y una voz femenina le respondió—. Vero, llame a la señora de la limpieza y que venga ahora mismo a limpiar mi mesa.

Ojalá te destripe un camión, hijoputa. Fortunato rechinaba los dientes mientras huía despavorido del despacho de su jefe. De forma compulsiva y sin darse cuenta, iba acariciando el amuleto que colgaba sobre su pecho.

El informe, naturalmente, estaba preparado a la hora indicada, antes de salir para comer. Aunque ese día Fortunato no pudo comer. El nudo que tenía en el estómago no se lo permitió. No tenía porqué aguantar aquello, se dijo a sí mismo.

Cuando volvió al trabajo por la tarde, había tomado una decisión. Sin pensarlo dos veces, se dirigió por segunda vez ese día al despacho del jefe. Por el camino se encontró con Vero, que venía desencajada y nerviosa.

—¿Está esa mala bestia en su despacho? Tengo que hablar con él. Me voy.

Ella se quedó mirándole un momento. Parecía no haber comprendido sus palabras. Luego reaccionó y contestó.

—No, no está. No va a estar nunca más. Cuando salía a comer, le atropelló un camión mientras cruzaba la calle.

—¡Madre! ¡Ya estoy aquí! —Fortunato levantó la voz al atravesar el umbral de la puerta. Doña Jacinta había perdido el oído a ojos vistas en los últimos tiempos.

Aún se sentía confundido por lo acontecido, y aliviado, aunque jamás lo hubiera reconocido en voz alta ni bajo tortura. *Ojalá te pudras en el infierno, cabrón.* Eso es lo primero que había pasado por su mente cuando Vero le explicó lo ocurrido. Ni un asomo de pena se había permitido. El resentimiento volvió a inflamarse en su corazón, donde el calor de aquella curiosa bolita le hizo llevarse la mano al pecho una vez más.

No hubo respuesta. Sólo el rumor del televisor le llegó desde el salón. Se asomó a la puerta del mismo. Allí estaba su madre, dormitando. La ventana del balcón estaba abierta. “Para que corra el fresco”, decía siempre ella.

—Madre, ya estoy aquí.

Ella se sobresaltó en el sofá y le dirigió una mirada cubierta aún por las brumas del sueño.

—¡Me has asustado, hijo! ¿Tan tarde es? ¡Oh, Dios mío! Y yo sin prepararte la cena...

—No te levantes, ya comeré lo que pille por ahí. Tengo una cosa que contarte. Mi jefe ha sufrido un accidente hoy. Ha muerto. No sabemos qué va a ser de la empresa. Es posible que muchos de nosotros, o todos, seamos despedidos.

Doña Jacinta le observó y se las apañó para componer una expresión compungida.

—¡Pobre hombre! —aseveró, aunque con el rabillo del ojo no perdía detalle de lo que estaban poniendo por la tele, que parecía ser mucho más interesante que el hecho de que el sustento de ambos pendiese de un hilo— ¡Qué Dios le tenga en su gloria! —y se santiguó, como para remarcar el fingido pésame.

—Si Dios es justo, arderá en las llamas del infierno, madre.

—¡No digas eso! ¿Es que no te enseñé nada cuando eras niño? Anda, ponte cómodo que voy a preparar algo de cena. Mientras yo viva, no permitiré que vayas comisqueando como si no tuvieses nadie que te cuide —y se levantó para dirigirse a la cocina.

Fortunato se aflojó la corbata y se desabrochó un par de botones de la camisa. Como impelido por una fuerza antinatural, el amuleto saltó fuera de la misma justo cuando doña Jacinta pasaba al lado de su hijo. Clavó la vista en aquel objeto desconocido, con una mueca de sorpresa.

—¿Qué es eso? ¿De dónde lo has sacado?

Doña Jacinta miró por encima de sus lentes para apreciar mejor aquella

especie de garbanzo hinchado que pendía del cuello de su hijo. Hizo un intento por contactar con el objeto no identificado, pero Fortunato se apartó un poco para evitarlo.

—Es un amuleto, madre. Trae buena suerte. Lo compré hace unos días —*fue algo similar a una compra, pensó. Más bien un intercambio de poderes.*

—Pero quédate quieto. No puedo verlo bien si no dejas de moverte.

—Es que... no se puede tocar. Perdería su efecto.

La excusa le salió sin pensar. Después de decirlo, se sintió ridículo.

—Qué tonterías dices, hijo. ¿Cómo se va a estropear un amuleto por tocarlo? Anda, trae, déjame un momento —y alargó la mano una vez más.

—Es porque... porque... —su mente trabajaba a toda máquina, desesperada por elaborar un pretexto plausible— porque está hecho de un material muy sensible y puede romperse.

Fortunato le apartó la mano bruscamente. No fue su intención herir la susceptibilidad de su madre, pero no quería que nadie *ensuciase* el poder del amuleto. *No voy a permitirlo. De ninguna manera.*

Doña Jacinta se exasperaba ante la futilidad de sus intentos por examinar el objeto. A saber qué porquería habría comprado su hijo y en qué tienducha de mierda. Es que no se le podía dejar solo ni un minuto... Y entonces cayó en la cuenta de un pequeño detalle que se había escapado.

—¿Y el crucifijo que te regalé? ¿Dónde lo has puesto?

—¿El crucifijo? Esto... yo... lo he perdido. No te dije nada porque sabía que te produciría gran disgusto, madre. Lo siento.

Doña Jacinta no se movió durante un segundo. Parecía una actriz de cine en una película en el televisor cuando le das al pause para ir al baño. Su expresión iba de la contrariedad al enojo a medida que el rubor de sus mejillas iba tornándose más y más amarillado. Finalmente abrió la boca con exasperante lentitud, sin saber qué palabra articular. Igual que una trucha fuera del agua.

—¿Perdido? ¿Cómo que perdido? Hijo mío, tú nunca me ocultarías algo semejante. No creas que soy tan ingenua como para no darme cuenta, por la expresión de culpabilidad que tienes ahora mismo, de que me estás mintiendo.

El rostro de la mujer experimentó una repentina transmutación. Una revelación había atravesado su anciana mente.

—Supongo que no habrás sido capaz de... —la severidad y el reproche se

adueñaron de ella.

Fortunato dio un paso atrás. Siempre ocurría lo mismo. Su madre se hacía dueña de la situación y él se empequeñecía, como un niño al que pillan mirando fotos obscenas.

—Lo que te digo es cierto... como iba yo a... yo no...

Ella no vaciló. De un zarpazo, agarró el colgante y lo arrancó del cuello de su hijo.

—¡Trae aquí esa basura! ¡Ahora mismo lo voy a poner en el lugar del que nunca debió salir!

—¿Qué haces madre? ¡NO! ¡El amuleto! ¡NO LO TOQUES! ¿ME OYES? ¡NO PUEDES TOCARLO! ¡DEVUÉLVEMELO!

Doña Jacinta se disponía a finiquitar aquel objeto, y se acercó al balcón. Fortunato la interceptó en intentó arrebatarse el amuleto de la mano, pero ella apretó el puño con tal fuerza que él se vio en el dilema de tener que forzarla para hacer abrir los dedos.

—¡Dámelo! ¡Es mío, madre! ¡No tienes ningún derecho! ¡Devuélveme mi amuleto!

—¡Antes muerta! ¿Me oyes? ¡ANTES MUERTA!

Se produjo un breve forcejeo entre ambos. Él tiraba de los dedos de ella desesperadamente, intentando recuperar su pequeño tesoro. Ella se resistía con una fuerza inusitada en una persona de su edad, dispuesta a defender su honorabilidad por encima de todo. En una ínfima fracción de segundo, ambos perdieron el contacto, las manos se escurrieron y doña Jacinta quedó suspendida, como si fuera a echar a volar, pero sus pies recuperaron el ansiado apoyo, trastabillando hacia atrás para no caer, unos cuantos pasos hacia el balcón.

Cuando llegó a la baranda, chocó de espaldas y, a cámara lenta, fue sobrepasándola poco a poco, como si una extraña fuerza antigraavitatoria tirase hacia arriba de sus hombros... y se precipitó al vacío.

La calle se llenó de gente en un santiamén. Las sirenas de las ambulancias y la policía se mezclaban en una extraña polifonía que acalló las murmuraciones del vecindario cuando Fortunato fue arrastrado fuera del portal por la policía, esposado, y empujado dentro del furgón.

El cuerpo de doña Jacinta aún yacía inerte sobre la acera, en medio de un gran charco de sangre. De entre la multitud arremolinada, una mano huesuda

abrió los dedos de su mano y extrajo un objeto esférico unido a una cadenita rota. Sin que nadie se percatara, introdujo el objeto en el bolsillo de una túnica roja y dorada. Una leve sonrisa se dibujó debajo de una poblada barba.

IDA... Y VUELTA

—¡Pásame el nivel, Luis!

—¿Cómo?

—Hoy estás *más pallá que pacá*, me parece a mí...

Y era verdad, esa mañana se había levantado con la antena orientada en otra dirección, le hablaban y no se enteraba, así que al cabo de un rato los compañeros decidieron que era mejor dejarle en su mundo, ya volvería.

—Por cierto, ¿qué pasa con el arnés? ¿estáis reñidos?

—No pasa nada Jaime —qué pesado era algunas veces el encargado de la obra- estamos en un primer piso y tengo cuidado dónde pongo el pie. Vale, ahora mismo me lo pon...

Justo entonces, Luis tropezó con un cubo y se cayó del andamio. Sólo fueron dos metros, suficientes para quedarse inconsciente. Al menos llevaba el casco, pensó en la décima de segundo que tardó en impactar contra la acera.

Al abrir los ojos estaba rodeado de un buen número de personas, y entre el barullo y el desconcierto al volver en sí, oyó:

—Déjenme pasar, soy médico.

De repente, notó que le tomaban el pulso, le palpaban la nuca, las costillas...

—Ha tenido usted suerte joven, podía haberle matado el coche, hay que mirar cuando uno cruza la calle.

¿Qué coche? ¿Qué calle? ¿Qué estaba diciendo aquel hombre? Le había llamado joven y era mucho más mayor que él. Se sentó en el suelo y echó un vistazo alrededor. Estaba donde había caído pero... la calle no era la misma, los escaparates, el tráfico, ¡los coches no eran normales! El andamio no estaba allí, la obra que estaban llevando a cabo tampoco se veía por ninguna parte, ni hormigoneras, ni materiales, ni el personal...todo había desaparecido, pero todo era muy familiar. Era la misma calle, él llevaba toda su vida viviendo en aquel barrio y la conocía bien, pero no era el mismo lugar donde estaba trabajando. Desconcertado, levantó la vista al hombre que le estaba atendiendo.

—No tiene nada roto. Váyase a casa y descanse, que para eso es domingo.

Y la próxima vez mire el semáforo antes de cruzar.

Pero si hoy es martes... Algo no estaba es su lugar, pensó Luis para sí mismo. Además, allí no había semáforo desde hacía por lo menos diez años. De repente, una chispa de entendimiento saltó en su cabeza. Se volvió y miró cincuenta metros más atrás, en los mismos soportales donde se hallaba.

¡Pues claro, ahí estaba! La floristería de Doña Carmencita. Ya había encontrado la clave, pero no la explicación. ¿Estaría soñando? Desde luego, para ser un sueño, todo se veía muy real, especialmente el dolor de la espalda y de la cabeza. Doña Carmencita se murió hace siete u ocho años, y sus hijos vivían fuera en otras ciudades, así que vendieron el negocio y se acabó la floristería. Por eso todo le resultaba conocido, la ciudad era la misma pero hace ¿cuánto? ¿Quince años? Se levantó y se acercó al quiosco de la plaza, a la vuelta de la esquina. Al llegar, vio a Lorenzo (otro que estaba ya criando malvas) y saludó:

—Buenos días, vengo por el periódico.

—Pues claro, cójalo usted mismo.

Cuando fue a pagar, se dio cuenta de que el periódico costaba cien pesetas y en su cartera llevaba... ¡pesetas!. Esto era increíble. Estaba empezando a acostumbrarse a la nueva “experiencia” (a ver si luego, al despertar, se acordaba de todo). Miró la fecha del periódico: 26 de mayo de 1984. Pues no eran quince, eran veinte años. Empezó a sonreír, y decidió disfrutar de ese soleado día de primavera.

La sonrisa se borró de pronto de su cara, cuando los fantasmas del pasado empezaron a llamar a la puerta. En 1983 había perdido al sol de su vida, su hijita, su preciosa Carolina. Sólo tenía cinco años. El viejo dolor conocido y arrinconado en su alma volvió a llenar su pecho una vez más. Una vez más, las lágrimas quisieron adueñarse pero él se hizo fuerte y las contuvo, como tantas veces a lo largo de tantos años.

Mientras pensaba, le dio una patada a algo que había en el suelo. Se agachó y lo cogió. Era una chapa de esas que se prende en la ropa con la foto de Michael Jackson y su eterna sonrisa con ese traje blanco. Sin pensar en ello, se la metió en el bolsillo de la camisa. A su niña le encantaba bailar, y la volvía loca el vídeo de los zombies tan famoso del cantante.

No podía dejar de pensar en su hija ni un minuto. Carolina había nacido con un pequeño defecto en el corazón, algo que la cirugía actual hubiera reparado sin mayor dificultad pero en aquel momento resultó letal. Con ocho

años empezó a fatigarse por todo. Llevar la mochila al colegio era misión imposible. En poco tiempo ni siquiera podía levantarse de la cama. Sus enormes ojos castaños se fueron apagando, ni una sonrisa salía de sus labios, hasta que un día...

Al llegar al escaparate de la floristería, levantó la vista y, por un momento, todo se le fue de la cabeza. No podía dar crédito a lo que estaba viendo. ¡De nuevo era joven!. Ya no recordaba su aspecto de entonces. Mirarse al espejo cada día le había hecho olvidar su propia imagen, qué ironía. Veía, a menudo, las fotos de su hija y las de su mujer, pero apenas reparaba en sí mismo. Por supuesto, siempre procuraba tener un aspecto pulcro, pasada la mala racha el tiempo fue empañando la ventana de sus recuerdos y el dolor también había adquirido un matiz de lejanía, ya se sabe, la vida sigue...

De pie frente al escaparate, volvió a retomar el hilo de sus pensamientos. Pensó en Bárbara, su mujer. Ella no había podido superar la muerte de su hija. Después de enterrar a la criatura, él había intentado que siguieran adelante, le había propuesto viajar, proyectó reformar la casa, pero ella no quería hacer nada. Intentó que se mudaran a otro barrio, pero ella se negaba a dejar su casa... que era donde había vivido su hijita. Y así fueron transcurriendo días, semanas...

Bárbara era como un robot programado. Hacía sus tareas diarias de una forma tan minuciosa como ausente. Cuando Luis volvía del trabajo, intentaba entablar conversación, aunque fuera sobre cualquier tema sin trascendencia, algo que estuvieran poniendo en la tele, lo primero que se le venía a la mente con tal de romper aquel silencio aterrador. Su mujer respondía de vez en cuando sí, no, ya ves...

Al final, había tirado la toalla y la vida de ambos se tornó gris, monótona, repetitiva. Hasta el cariño pareció diluirse en un mar de abandono. Hasta que un día, al volver de comprar el pan y el periódico, con un ramo de flores en la mano, entró en casa y Bárbara no respondió a su llamada.

Tras unos segundos de desconcierto, volvió a pronunciar su nombre pero tampoco hubo respuesta. El momento permanecía en su mente, claro y fresco, como congelado en el tiempo, resistente al paso de los años. Al final la encontró, sumergida en la bañera en medio de un mar se sangre. Luis no recordaba nada de lo que había sucedido después. Según le habían explicado, había salido gritando al rellano de la escalera y los vecinos del C se habían encargado de llamar a una ambulancia y todo lo demás.

En menos de un año tuvo que ir de entierro dos veces, y perdió todo lo que hacía avanzar su existencia. Él siguió yendo al trabajo, como una sombra que se arrastra pesadamente, sin rumbo, sin fin. Sus compañeros le invitaban a ir al fútbol, o al cine, o a cenar con ellos a su casa, pero él declinaba todas las ofertas. Sólo quería estar a solas con su pena, morirse, dejar este mundo sin sentido donde el tiempo transcurría lento, implacable...

- ¡Uy, perdone, no le he visto!

El muchacho había tropezado con él, casi le hizo caer, sacándole de su ensimismamiento.

—Ten cuidado, chaval, mira por dónde vas...

—Lo siento —dijo. Y salió corriendo.

Luis se dispuso a entrar en la tienda, a comprar el consabido ramo de flores, pero al echar mano a su cartera en el bolsillo de atrás del pantalón, se dio cuenta de que no la tenía. ¡El chico!. Se volvió, dispuesto a correr detrás de él, pero se detuvo al instante.

De repente, todas las piezas del puzzle encajaron a la perfección. Recordó la fecha del periódico, aquel día le habían robado la cartera y se fue a presentar una denuncia a la comisaría. Por eso había tardado tanto en volver a casa. Por eso Bárbara había tenido tiempo de preparar todo y llevar a cabo su plan. Si él hubiera vuelto antes...pero...pero...

¡Podía evitarlo! Ahora se daba cuenta. Hoy era el día que había encontrado a Bárbara muerta, pero eso aún no había sucedido, aún estaba a tiempo de impedir que todo ocurriera. Era como si alguien hubiera puesto en su mano una segunda oportunidad.

Sin pensarlo dos veces salió corriendo calle arriba. En menos de diez minutos, estaría en su casa y podría salvar a su mujer. Se la llevaría lejos de allí, si quería como si no, y empezarían una nueva vida, juntos, a salvo de tanta tristeza que los había arrastrado al desastre. Acudirían a un psicólogo si era preciso, pero esta vez no dejaría escapar su futuro como lo hizo entonces.

Avanzaba a toda velocidad entre la gran cantidad de gente que abarrotaba las aceras de la ciudad en un domingo de primavera. Varias veces tuvo que pedir disculpas a alguien por haberle arrollado literalmente, pero la ansiedad le hacía volar entre el gentío. Cuando dobló la esquina de su calle, estaba completamente sin aliento, pero él ni siquiera lo notaba, sólo sentía la necesidad de llegar, de llegar a tiempo...

Sacó las llaves del bolsillo del pantalón y con las prisas se las dejó caer

dos veces hasta que por fin consiguió introducirla en la cerradura y hacerla girar. Sin esperar al ascensor, enfiló las escaleras veloz como una centella, saltando los escalones de dos en dos o de tres en tres, todo lo que sus piernas abarcaban. Por suerte vivía en un segundo, tras la carrera y en el estado de tensión en que se hallaba, no le quedaban muchas fuerzas. Al girar el último descansillo, una voz rompió el silencio.

—¡Ya estoy más que harto de ti! Si no estás conforme, vete con tu madre, o donde te dé la gana.

Eran los del A. Buena gente, pero no se soportaban el uno al otro. Algunas veces, había tenido que venir la policía a poner paz porque la situación amenazaba con ponerse violenta. No habían tenido hijos y cada uno culpaba al otro de su frustración. Un día ella había cogido el pasavolante y no había vuelto. Él se había dado al alcohol hasta que una fría noche de enero, cuando volvía a casa con una cogorza de campeonato, se había quedado dormido en la acera para no volver a despertar. La vida, a veces, es un asco.

—Pues eso mismo voy a hacer, ¡desgraciado!,irme y no volver.

—Ahora mejor que mañana, inútil, ni siquiera has servido para tener un hijo.

Justo cuando pasaba por delante de la puerta, esta se abrió y una maleta salió volando, golpeando a Luis en pleno rostro. Ni siquiera le dio tiempo a reaccionar. El impulso le hizo trastabillar y retrocedió dos pasos. Al tercero, el suelo desapareció bajo sus pies, y cayó rodando escaleras abajo. Antes de llegar al rellano, ya estaba inconsciente.

Oía voces en medio de la bruma, según volvía del limbo.

—... conmocionado por el golpe, pero no tiene fracturas ni tampoco se ha observado ninguna anomalía que indique una lesión interna. El escáner no muestra ningún daño craneal, como puedes ver. ¡Hombre, está usted despierto!

Abrió los ojos, le dolía todo. Delante de él, un médico, que era el que estaba hablando, y a su lado uno de esos que están en prácticas. Estaba en la cama de un hospital. Recordó lo ocurrido.

—¡Tengo que irme! ¡Mi mujer!

El médico le detuvo con un gesto de la mano.

—Estaba diciendo que ha tenido usted suerte de no romperse nada. Puede marcharse a casa pero le recomiendo un par de días de descanso sin ir a trabajar. Caerse de un andamio no es una cosa para tomársela a broma.

Tómese un analgésico para el dolor durante una semana. Sus efectos personales están en el cajón de la mesilla. Buenos días... —y se dio media vuelta y salieron los dos por la puerta.

¿Cómo? ¿El andamio? Luis permaneció quince minutos en la cama antes de levantarse y vestirse. Mientras volvía a la realidad, revivía los detalles uno por uno. Todo había parecido tan real...

Se puso la ropa y fue a coger su reloj y su cartera. Cuando abrió el cajón de la mesilla allí estaba, sonriente, Michael Jackson.

HURACÁN

Hacía ya unos días que esperábamos la tormenta. Con un poco de miedo, como de costumbre, pero en este país tenemos medios suficientes para hacer frente a estos envites de la naturaleza. Más bien vivimos convencidos de ello hasta que recibimos una bofetada que nos saca de nuestro estupor, o quizás debería decir de nuestra estupidez.

El pronóstico meteorológico de aquel día decía que el huracán iba perdiendo fuerza a medida que se acercaba a nosotros, que vivíamos en Nueva Orleans, de modo que ya estábamos más o menos acostumbrados a la serie anual de huracanes, tormentas tropicales y demás fenómenos atmosféricos. Mi marido Bill, que trabajaba en el aeropuerto, ya había clavado tablas en todas las ventanas y taponado todos los orificios de la casa con sacos de arena, puesto que nuestro hogar estaba situado justo en el extremo inferior de la calle, en la parte externa de un recodo, con el añadido de haber sufrido ya varias inundaciones en anteriores ocasiones.

Las últimas noticias nos trajeron el imprevisto: la tormenta cobraba fuerza en lugar de debilitarse, de modo que se recomendaba a la población no salir de casa hasta que volviese la calma. Telefoneé a Bill, que estaba de guardia:

—Hola cariño, ¿has oído las noticias? Creo que deberías dejar el trabajo y venirte a casa conmigo y con los niños, estaremos más seguros todos juntos.

—No te preocupes tanto, ya hemos pasado por otras como esta y aún vendrán más huracanes. Tranquila, la casa es un búnker, nada malo puede pasar. Da un beso a los niños. Te quiero.

Mis niños, mis pequeños. Tommy, de 6 años y Ellie, de 2. El mayor era un poco consciente de lo que pasaba, en el cole ya les habían explicado cómo iba a ocurrir todo y luego vino el aluvión de preguntas en casa, así que

ya había elaborado su particular dossier de cómo transcurriría esa noche. Me preguntó si podía dormir conmigo al no estar papá y yo accedí. La pequeña, naturalmente, también se apuntó. Pero yo sabía que no iba a poder dormir con la que se nos venía encima.

Primero fue el viento. Nubes negras que se acercaban a una velocidad impensable. Lluvia, a ráfagas al principio, luego a mares. El bramido del huracán parecía que iba a arrancar de cuajo la casa. Saltaban las alarmas de los coches, de las casas. A lo lejos se oyeron varias sirenas. Los niños estaban asustados y no quisieron ir a dormir, de modo que nos quedamos en el salón hasta que lo peor hubiera pasado. Un ruido sordo, cercano, rompió la monotonía del diluvio, y asomándome por entre las rendijas de los tablones de la ventana pude ver que un árbol había caído en mitad de la calle unos metros más abajo. También vi, horrorizada, cómo el agua subía ya de nivel en el exterior, en la calle. Me asomé al pasillo, pero apenas un hilillo entraba por debajo de la puerta de la calle. El dique funcionaba.

Volví al sofá con los niños. No se veía la tele, probablemente la emisora estaba averiada o simplemente la fuerza del viento o las descargas eléctricas no permitían que llegara la señal. Para tranquilizar a mis hijos empecé a leerles un cuento. «Maldita sea, Bill, ¿tenías que ir a trabajar precisamente hoy?». Todos los vuelos estaban cancelados, pero el personal de mantenimiento tenía un servicio mínimo, y ahí estaba él, lejos de su familia, lejos de nosotros.

De repente, se fue la luz. Esto era corriente durante las tormentas, pero ya estaba tan nerviosa que la circunstancia no me ayudó mucho. Tommy se asustó bastante y yo traté de infundirles calma:

—Tranquilos, iré a la cocina a buscar unas velas hasta que vuelva la luz.

Medio a tientas, con la única iluminación de los relámpagos que se sucedían con cierta frecuencia, llegué a la cocina y rebusqué en el cajón donde estaban las velas y los fósforos, y recé para que aún prendieran, porque no recordaba cuándo había sido la última vez que habíamos encendido una cerilla. Con tanta tecnología a nuestro alcance, confiamos nuestras vidas a la diosa electricidad y olvidamos lo frágiles que nos volvemos bajo esa dependencia.

La primera falló, pero la segunda chisporroteó y conseguí encender la vela. Aproveché y volví a escudriñar por la ventana (Era más bien poco lo que podía ver, dado que era de noche, no había luz y la cortina de lluvia

tampoco me permitía atisbar más allá de unos metros). El panorama era devastador. El agua había subido más, y por la parte superior de la cuesta se veían varios árboles enormes derribados, atascando la calle, y que el torrente intentaba arrastrar hacia abajo, es decir, hacia mi casa. Algunos porches se habían venido abajo o, simplemente, habían volado. Lo más inquietante era que la corriente fluía hacia mi casa y yo prefería no pensar en toda esa masa de agua y detritos chocando contra nosotros.

—Mamá, ¿por qué tardas tanto? No vemos nada.

—Ya voy, cariño; es que no encontraba las cerillas.

Ahora sentía verdadero pánico, más por los niños que por mí. Unas gotas de sudor resbalaron por mi frente. No podía dejar de pensar qué haría si ocurría algo verdaderamente grave. Una idea atravesó mi cerebro: «Mierda, Bill, deja el puñetero trabajo y ven aquí ahora mismo. Nosotros te necesitamos, ellos no».

—Me marcho. Esto se pone feo por momentos y aquí no pintamos nada — anunció Bill a sus compañeros—. Si el supervisor dice algo, ya me las veré con él.

—Nos vamos todos —aseveró otro—. A fin de cuentas esto está desierto y la tormenta arrecia.

Una vez dentro del coche, la seguridad y el valor le abandonaron. Solo quedó el temor y la urgencia por llegar a casa y abrazar a su mujer y a sus hijos. Las calles habían quedado sumidas en la oscuridad, el alumbrado había fallado. Los limpiaparabrisas no daban abasto y los faros del automóvil apenas iluminaban unos metros por delante. «Ya llego, aguantad», se repetía una y otra vez, avanzando lo más rápido posible entre el diluvio que caía del cielo. «Oh, Dios, cuida de ellos mientras llego». No era un hombre religioso, pero rezaba presa de la ansiedad.

Los semáforos tampoco funcionaban. Al pasar un cruce, una intensa luz se le vino encima por la derecha. Mientras su mujer encendía una vela, su vida se apagó.

Mi pobre Bill. No supe nada hasta mucho después. Tuvieron que utilizar una radial para sacarlo de entre el amasijo de hierros al que su automóvil quedó reducido. Me dijeron que el impacto había sido tal que no se había dado cuenta de nada, y yo prefiero seguir creyendo eso antes que pensar que

estuvo allí desangrándose, sufriendo por nosotros en aquellos sus últimos momentos.

Ignorante de la tragedia, volví al salón y los niños se sintieron más tranquilos. Ellie dejó de llorar cuando yo la cogí en brazos para confortarla. Tommy se quedó mirando hacia la luz como si fuera lo único a lo que podía aferrarse en medio de tanto trueno, viento y lluvia.

—¿Tardará mucho en volver la electricidad, mamá? No me gusta estar a oscuras.

—No te preocupes, cielo, eso no depende de nosotros. Alguien como papá irá y arreglará la máquina que produce la luz y entonces volverá. Mientras tanto, no nos queda otro remedio que esperar aquí todos juntos hasta que la tormenta haya pasado. Tienes que ser valiente para que tu hermana se calme; para eso eres el mayor. Podéis dormir en el sofá si queréis, yo me quedaré aquí vigilando que no ocurra nada malo.

Justo entonces todo tembló. El impacto y el estruendo fueron tales que por un momento me sentí desorientada. Estaba mojada, pero no acertaba a adivinar qué estaba pasando. Tommy miraba fijamente hacia la pared y entonces yo me volví y me quedé petrificada.

El agua de la calle había arrastrado una furgoneta de algún vecino y la había estrellado contra la pared del salón, abriendo en ella un boquete enorme. Se podía ver perfectamente el exterior a través del mismo, lo recuerdo vivamente, como una estampa. La calle, en primer plano, desde el interior de mi casa. La corriente arrastrándolo todo. Innumerables objetos flotando a la deriva por donde antes solo circulaban los coches y los niños en bicicleta. A los lados del agujero la pared se había resquebrajado. La furgoneta se quedó ahí, como un tapón, apenas unos instantes, antes de ser engullida por el torrente. Eso me dio unos segundos para entrar en acción. Un tiempo insuficiente. A veces imagino qué distinto habría sido todo si la providencia me hubiera ofrecido siquiera tres minutos. Solo tres. Cada vez que mi mente repite la imagen, la angustia se apodera de mí y vuelvo a vivir aquel espantoso momento. Pienso en cómo todo se puso en mi contra. Pienso que quizás todo estaba ya escrito, pero yo no lo sabía. A veces pienso... e inmediatamente borro los pensamientos de mi cabeza. Ya no tiene sentido.

Sin pensarlo dos veces, pasé a la acción: tenía que llevar a los niños al piso superior. No había querido hacerlo antes por si se derrumbaba el tejado, pero ya no tenía elección, la situación era desesperada: el agua comenzó a

invadir mi casa, primero a un ritmo muy lento, como si tuviera que inspeccionar el terreno antes de aventurarse a sus anchas, luego el caudal aumentó vertiginosamente. De inmediato agarré a Tommy de la mano, tomé a Ellie sobre el otro brazo y me dirigí hacia la escalera.

Pero no llegué. Nada más tenía que dar diez pasos para llegar al recibidor y subir. Diez pasos que jamás pude dar. Apenas había cogido a los niños cuando se oyó un chirrido que provenía de la furgoneta y sin darme tiempo a girarme para mirar, *supe*, pues no me dio tiempo a pensar, que todo había terminado para nosotros.

Fueron apenas dos segundos, pero no podré olvidarlo mientras quede algo de vida en mí. Espero que no sea por mucho más tiempo.

El agua empujó la furgoneta a un lado y se la llevó calle abajo, de modo que de repente tuvimos el salón inundado por una enorme avalancha de agua. La fuerza de la misma me hizo tambalear y casi perdí el equilibrio, pero me afiancé y di un paso más hacia nuestra salvación. Para entonces los niños chillaban y lloraban desesperados, pero, histérica como estaba en ese momento, tiraba frenéticamente del mayor sin importarme si le hacía daño o no, y apretaba a la pequeña contra mi cuerpo con toda la desesperación que la Naturaleza proporciona a las madres en esos instantes.

Tanta agua de repente no permitió que saliera del salón hacia el resto de la casa, ya me cubría hasta la altura de las caderas. En ese preciso instante, una estantería que teníamos en el salón llena de libros nos cayó encima, golpeándome la cabeza y dejándome atontada durante unos segundos. Todos caímos al suelo, debajo del mueble, sumergidos bajo del agua. El frío me despabiló y entonces, empujando con pies y manos, conseguí levantar el mueble gracias a que los libros se habían caído y flotaban a la deriva, lo que aligeró el peso que nos aprisionaba. Instintivamente grité:

—¡Niños! ¡Niños! ¿Dónde estáis?

—¡Mamá, ayúdame, por favor!, ¡no puedo aguantar más!

Me giré y vi a Tommy en el agujero de la pared, aferrado al borde, arrastrado hacia la calle por el caudal del agua. Lloraba y gritaba.

—¡Mami! ¡No me dejes llevar! ¡Me ahogaré! ¡Socorro!

Me abalancé sobre él, porque no podía correr a causa del agua, y le agarré como pude de su manita. No conseguí cogerle de la muñeca, sólo de los dedos. Si hubiera saltado unos centímetros más...

—¡No te sueltes, cariño, no te sueltes...!

—¡No puedo más, mami, me escurro! ¡No me dejes, mamá, ayúdame...!

Pero tenía las manos mojadas y se me resbaló. Su carita desapareció del agujero como un fantasma que jamás hubiera existido. Me abalancé hacia adelante, dispuesta a alcanzarle a cualquier precio, cuando algo se me vino a la cabeza, igual que un relámpago, dejándome paralizada: ¡Ellie!

Volví la vista al salón, pero no la veía por ningún lado. Sentí el corazón estallar, desesperada, fuera de mí. Nadie en el mundo debería verse en una situación tan brutal: decidir por la vida de uno de mis hijos a cambio de la del otro. Hubiera preferido mil veces estar muerta antes que pasar ese trago. Inconsciente de lo que hacía, levanté la estantería caída y tanteé debajo: un bracito. Con una mano sujeté el mueble y con la otra saqué el cuerpo de mi hija.

No respiraba. Tal y como había visto en la tele, insuflé aire en sus pulmones y le di un masaje en el pecho con la esperanza de verla escupir agua. Nada. Repetí la operación diez veces, quince, en una agonía interminable. Acerqué mi oído a su pecho, anhelando oír sus tiernos latidos. Nada.

—¡Nooooooo! ¡Dios mío, no lo permitas! ¿Por qué? ¿Por qué?

A partir de ese momento, ya no recuerdo nada. Me lo fueron explicando después, con el tiempo.

Cuando las fuerzas de emergencia del ejército llegaron al día siguiente me encontraron allí tirada, cubierta de barro, y abrazada al cuerpo de mi hija, como una demente con su muñeca sin vida, como una demente sin vida con su muñeca.

Entre brumas, a retazos, recuerdo los funerales. El cadáver de Tommy fue hallado unos cientos de metros calle abajo, enredado en unos arbustos que detuvieron su deriva. Durante las exequias me desvanecí en varias ocasiones. Finalmente me llevaron al hospital, donde hube de permanecer durante dos meses, bajo tratamiento psiquiátrico. Cuando por fin me dieron el alta, mi hermana Amy, que vive con su marido y su hija en San Fernando Valley, California, me obligó a ir a vivir con ellos.

—Aquí no hay huracanes —dijo Amy.

—No, aquí hay terremotos —repliqué.

Conseguí (me consiguieron) un trabajo de cajera en un supermercado, de forma que acabé aparentando cierta normalidad, una rutina habitual, de casa al

trabajo y vuelta por la tarde.

Empeñados en que rehiciera mi vida, organizaron cenas, barbacoas, a las que invitaban a algunos amigos. Yo cumplía con el trámite, era amable e incluso agradable con ellos. Y así se fueron sucediendo las semanas, los meses, los años. Pero por dentro estaba vacía, no me quedaba nada en absoluto, el Katrina se lo había llevado todo. No había alegría, ni pena. Ni cariño, ni odio. Ni siquiera estaba resentida con el destino, con Dios, o con quien quiera que maneje los hilos de nuestra existencia. Absolutamente nada.

Antes del verano cogí un catarro muy grande, que no acababa de curarse. En septiembre, mi hermana me convenció para ir al médico, y después de hacerme unas cuantas pruebas, me dijeron que solo era un incómodo enfriamiento de verano, que no tenía pulmonía, ni bronquitis... En fin, jerga de médicos.

Hace unas semanas, en un acceso de tos, escupí sangre. Amy, alarmada, me volvió a llevar al hospital, donde me sometieron de nuevo a una interminable serie de pruebas, análisis y demás.

Ayer fui a recoger los resultados y mi hermana vino conmigo. El doctor, circunspecto, aseveró:

—Me resulta muy duro decirle esto, pero tiene derecho a conocer la verdad: tiene usted cáncer.

Tras la sorpresa inicial, Amy se echó a llorar, desconsolada:

—¡No es posible, doctor! ¡No puede ser! Tiene que haber un error... ¡Dios, no puede ser!

El doctor me miraba a mí, esperando una reacción. Como no la hubo, intentó escudarse en su calidad de profesional, para dejar todo claro.

—Intentaremos con unos ciclos de radio y de quimioterapia, pero por desgracia no puedo darle muchas esperanzas: la enfermedad está muy extendida y además su avance es muy rápido, no creo que podamos detenerlo. Lo siento.

Amy seguía llorando y abrazándome, pero yo no dije nada. Ellos no tenían ni idea. Yo ya había muerto aquella fatídica noche, bajo aquel huracán. Y ahora, por fin, volveríamos a estar todos juntos de nuevo. Muy pronto estaría de nuevo con Bill, volvería a abrazar a Tommy y a acariciar los rizos sedosos de mi muñequita.

Muy pronto.

SEÑALES DEL CIELO

Suecia, 4 de agosto de 1418. Monasterio de Santa Brígida, Täby.

Dos figuras caminaban presurosas por la galería que rodeaba el patio de la abadía. Portaban oscuras nuevas. La de mayor estatura y edad, la madre Margolyn, tiraba y arrastraba a la otra, que intentaba sin resultado impedir el avance. En voz baja e iracunda lanzaba imprecaciones y amenazas con el objetivo de amedrentar a la joven, de albas vestiduras indicadoras de su condición de novicia.

Hacía frío, un frío inusitado e inquietante en pleno verano. La lluvia amenazaba granizo, y este a su vez hambruna durante el siguiente invierno —interminable como todos en aquellas tierras septentrionales—, pues la mayor parte de las cosechas ya se habían echado a perder. El buen tiempo se había negado a visitarles ese año. «La hambruna rematará a los pocos que ha dejado la peste», pensó la madre mientras daba un nuevo tirón del brazo de Estrid, la novicia. Tomaron a la derecha por un largo pasillo escasamente iluminado hasta llegar a una reducida sala sin ventanas, con una candela sujeta a la pared como fuente de luz. El único mobiliario consistía en un rudimentario banco de madera pegado a uno de los lados. En el otro, una puerta cerrada les esperaba.

—Quédate aquí hasta que yo salga. —La voz de la superiora, helada como el viento que llegaba desde el norte, sonó amenazadora.

—No he hecho nada, madre. Soy inocente. ¡Soltadme, por favor!

El chasquido del bofetón arrancó ecos agudos de las paredes desnudas.

—¡Cállate y afronta las consecuencias de tu pecado! Ahórrame tus súplicas y tus lágrimas, ya es tarde para eso.

De un empujón, la joven quedó sentada en el banco, presa de nuevos sollozos. La abadesa tocó a la puerta. Una voz masculina replicó desde dentro un seco «adelante».

El prior Josephus, un monje ya entrado en años y en canas, la esperaba sentado tras una mesa. El cuarto donde despachaba los asuntos cotidianos de la abadía de Täby no era espacioso ni acogedor, pero al menos estaba bañado en luz gracias a una ventana en el lateral.

El prior indicó a la madre que tomase asiento. El rostro severo de la mujer le producía una leve sensación de inquietud. Más aún que esa mañana, cuando

se había acercado a él al acabar los maitines.

—Contadme, madre, cuál es ese asunto tan importante que os trae con tanta premura y misterio.

—No se trata de ningún misterio, padre, pero sí es algo que requiere discreción. Por eso no quise deciros nada hoy al abandonar el templo tras la oración.

—Veamos, entonces.

—Se trata de una de las novicias, la más joven. Está encinta.

Josephus se removió inquieto en su silla.

—Por desgracia, no es la primera vez que ocurren estas cosas. Tendremos que expulsarla, por supuesto. ¿Quién ha sido? Me refiero al padre de la criatura. No me digáis que ha sido uno de los hermanos; eso conllevaría medidas severas... y por fuerza muy discretas, me temo.

La madre Margolyn carraspeó, como si el nombre se le hubiera pegado a la garganta.

—Lo ignoro. Estrid no ha querido decirlo, ni siquiera bajo la fuerza ni las peores amenazas. Cuenta una estúpida historia sobre un elfo oscuro cuyas formas no pudo atisbar en la noche. Lo cierto es que casi está a punto de parir. La holgura del hábito y el reducido volumen de su vientre le han permitido ocultarlo hasta ahora. Una de las hermanas la vio mientras se aseaba y me lo contó.

Josephus palideció hasta que el color de su faz casi se mimetizó con el del muro que tenía detrás. La madre pensó, convencida por la austera devoción del prior, que la terrible nueva le había afectado mucho, cosa que ella ya preveía. El padre siempre andaba preocupado por la dificultad de evangelizar a aquel pueblo rudo y salvaje, apegado a sus dioses y criaturas a pesar de la labor que tanto las hermanas como los monjes llevaban a cabo. Pero cuando el monje se puso en pie y vaciló durante un momento, ella temió un desmayo o algo peor. La endeble salud del padre estaba en boca de todos los integrantes de la congregación. Sin embargo, Josephus se rehízo, se acercó a la ventana y miró a través de la misma unos instantes antes de abrir la boca.

—Que pase. Dejadme a solas con ella, madre.

8 de agosto, cerca del pueblo de Täby.

Señales. Una tras otra, pensaba Jörs. Inconfundibles.

Los cascotes del caballo del conde JörsSygfastdotter levantaban

salpicaduras del barro que llenaba el pequeño camino. Tras él, una mesnada reducida por la guerra y las calamidades se arrastraba hambrienta, agotada bajo un cielo plomizo preñado de agua y granizo. A medida que ascendían por la costa hasta el castillo del conde en Danderyd, lo único que les impelía a dar un paso adelante era la esperanza de ver de nuevo a sus familias, después del tiempo pasado luchando en la cruzada promovida por Calixto III.

Hicieron un alto en un prado cercano al camino para que la soldadesca —reclutada mediante leva, pobres campesinos obligados a endurecerse aún más antes de morir en tierras lejanas— pudiera recuperar el aliento y comer unos cuantos conejos famélicos que habían logrado atrapar.

Mientras roían los huesos en silencio, el conde se desesperaba contemplándolos. Su pueblo, los siervos que deberían producir riquezas para sus arcas. Sacudió la cabeza, consciente de que aquellas ruinas humanas poco iban a dar de sí. La muerte negra se había llevado a más de la mitad de los que habitaban bajo sus dominios. Por todos lados era lo mismo: los cuerpos incinerados para intentar lo imposible, evitar el contagio. En las últimas leguas habían atravesado dos pueblos vacíos. Sus últimos habitantes habrían huido lejos con la esperanza de librarse del mal, y habían dejado a los enfermos o muertos allí mismo, en sus catres, a juzgar por el olor que les llegaba según se acercaban. Ni se habían atrevido a entrar en las aldeas. Se habían limitado a dar un rodeo lo más rápido posible. Los hombres aceleraban el paso, supersticiosos por naturaleza y por el temor que el catolicismo les había infundido acerca de todo lo que no fuese el nuevo Dios traído desde fuera. Al conde Jörs no le hacían ninguna gracia esos esperpentos manejados por el Papa, que nada sabían sobre la tierra que pisaban, pero eran los que ostentaban el poder en toda Europa y a los que Jörs soportaba unos días mejor que otros.

De nuevo se pusieron en camino, aún les quedaban unas jornadas por delante y las nubes ya estaban derramando las primeras gotas. A juzgar por la dirección del viento, helado al atravesar sus ropas húmedas, no tardaría demasiado en arreciar una buena tormenta.

El conde hizo una señal y un vasallo se acercó chapoteando por el barro.

—Haremos noche bajo aquel bosquecillo. Di a los hombres que planten el campamento rápido.

A cierta distancia del camino, bajo uno de los árboles, un hombre estaba sentado, dormido según le pareció al conde, cubierto el rostro con un raído

capuchón, como si se estuviera protegiendo de un sol inexistente.

—Acércate —agregó Jörs— y pregunta a aquel piojoso si conoce algún lugar mejor para pernoctar.

El lacayo hizo lo mandado y volvió con el rostro descompuesto, temblando.

—¿Qué te ha dicho?

—S-señor, nada —con la vista baja, el hombre estrujaba lo que quedaba de su cofia entre las manos.

—¡Nada! ¿Acaso no sabe hablar? ¿Es uno de esos lapones que aparecen desde el norte de vez en cuando en busca de una vida mejor?

Un nuevo estrujamiento antes de contestar.

—Ya no habla, señor. Está muerto. La... la muerte negra.

Jörs palideció, pero consiguió mantener el control. Tras la muerte cesaba el contagio, eso decían los físicos. Si se desmoronaba delante de aquel puñado de desgraciados, no le quedaría otra que regresar solo a su casa. Ni la peor de las muertes conseguiría disuadirles de huir aterrados. El conde llamó a uno de los soldados, natural de la aldea cercana de Täby.

—¿Cuánta distancia queda hasta tu aldea, muchacho?

—Algo más de media legua, señor. Pero allí hay una iglesia y un monasterio. Quizás nos ofrezcan algo caliente, para llenar la barriga y para dormir.

El aludido casi no podía hablar. Lo único que se distinguía en su cara cubierta de mugre eran unos ojos color acero. Era solo un muchacho, sin la barba que caracterizaba a los hombres. El chico, temblando por tener que hablar directamente con el conde, tragó saliva y acertó a decir.

Jörs miró hacia el cielo, a punto de reventar.

—Ya es demasiado tarde hoy. Mañana haremos un descanso allí, si encontramos quien nos reciba.

Y lo encontrarían. Eso y el fin del mundo. Sin embargo, la suerte pareció sonreírles. El joven encontró algo de fuerza para añadir algo.

—Cerca, de aquí, si me permitís, hay una cueva. Una bastante grande, creo que podrá albergarnos a todos, aunque estemos un poco apretados.

El conde sopesó la información. Dormir apretados era el menor de los males. Una perspectiva mucho más halagüeña que hacerlo en un campamento levantado a toda prisa bajo una tormenta.

—Eso haremos, entonces —dictaminó el noble—. Mañana proseguiremos

hasta tu pueblo.

Pasaron esa noche al amparo de la cueva, secándose al calor de unas hogueras, mientras el cielo parecía desplomarse en el exterior. Alrededor del fuego, en voz muy baja, los hombres susurraban acerca de las malas señales enviadas por los dioses antiguos y de los castigos que llegarían si permanecían empeñados en adorar a esos falsos ídolos traídos de fuera en lugar de continuar con sus ofrendas y sacrificios, como desde el principio de los tiempos. Sin embargo, no hablaban tan bajo como para escapar del fino oído del conde. La nueva religión no había calado del todo en el pueblo sueco. Los relámpagos y el viento en pleno verano aún eran capaces de encoger los corazones de aquellas gentes medrosas.

Jörs se arrebujó bajo su capa antes de acomodarse para dormir. Un relámpago de gran magnitud consiguió convertir la noche en día por un momento. El trueno consiguiente hizo temblar la tierra y desprendió algo de rocalla del techo de la cueva. «Thor está enfadado», pensó el conde mientras se daba la vuelta y tiritaba sobre el duro suelo. Como tantos otros, había abrazado el catolicismo más por imposición que por convicción. El rey y sus relaciones con el Papa de Roma se habían encargado de eso. No se quejaba, sus dominios habían crecido desde entonces a la par que sus riquezas. Pero el rescoldo de las creencias antiguas persistía, y estaba muy vivo. Antes de cerrar los ojos, se cuestionó si el escalofrío lo producía la temperatura o quizás era otra cosa. En lo más profundo de su pensamiento se arrastraba la certeza de que los hombres tenían razón: algo terrible estaba a punto de ocurrir. Cada fibra de sus músculos, de su espíritu guerrero así lo gritaba.

5 de agosto, en el monasterio de Santa Brígida.

El hermano Nukka y el padre Josephus habían llegado a un desacuerdo total acerca de la interpretación de los hechos. Ambos paseaban por un rincón apartado del patio de la abadía y se habían sentado sobre un banco de piedra, bajo la sombra de un frondoso abeto. El hermano era natural de la región, su cabello casi blanco y sus ojos grises como el acero le distinguían de la mayoría de los otros hermanos, venidos de tierras lejanas para ayudar a la evangelización de las agrestes regiones del norte. Josephus le había apartado para hablar con él, pero Nukka estaba intranquilo. El prior se veía ojeroso, macilento y alterado, todo ello inusual en él, pues solía ser un hombre tranquilo y razonable. Nukka gozaba del favor y la confianza del prior, y

procuraba no sentirse muy orgulloso de ello para no pecar de vanidad, pero sí se permitía un cierto gozo de saberse poseedor de ese privilegio. Sin embargo, cuando el padre le contó lo acaecido y la decisión que había tomado, pensó que Josephus no estaba en su sano juicio.

—¡No podéis hacer eso! —Nukka se escandalizó—. Sería más pecaminoso aún que el hecho a castigar. Además, no tenéis autoridad para hacerlo. Aún no es público, padre. Estáis a tiempo de rectificar. Mis labios están sellados, no temáis. Podéis tomarme confesión y así el secreto estará garantizado.

—No se trata de un pecado como los demás, hermano. Estamos hablando del Maligno. Está claro que intenta volver a reinar sobre la tierra. No tienes más que mirar los signos que nos rodean. Tantas catástrofes seguidas... y ahora esto.

—Sigo sin verlo tan claro como decís —remató Nukka—. La única prueba consiste en el testimonio de la novicia. Una muchacha que diría cualquier cosa con tal de justificar su vergüenza y evitar ser expulsada de la orden.

Josephus suspiró, impaciente. Diríase que no entendía el motivo de tener que dar tanta explicación.

—Hermano, ignoro si no lo ves o quizás no lo quieres ver. Ese viejo rijoso de Thäm era el séptimo hijo, y el feto engendrado en la hermana Estrid también sería su séptimo hijo... Eso aparte del hecho de que estás poniendo en tela de juicio el testimonio de una hermana, entregada a la fe como tú y como yo.

—Que nosotros sepamos, padre, no es más que una cría muerta de miedo. Y respecto al viejo herrero, solo es eso, un viejo que no controla sus impulsos. Puede haber hecho lo mismo innumerables veces antes. Merece castigo, pero no la muerte.

—No digas bobadas, Nukka. Esas cosas andan en boca de todo el mundo. Nos habríamos enterado, la gente no murmura estas cosas, las pregona. Tú mejor que yo conoces la manera de conducirse de tus gentes. El séptimo hijo de un séptimo hijo es una mala señal. La tormenta desatada tras su engendramiento, según afirma la hermana, otra. El retorno de la peste a estas apartadas tierras, el fracaso de la Santa Cruzada... «*Cuando el cordero abra el séptimo sello, el silencio poblará el Cielo*». Ya conoces la profecía. Los innumerables pecados cometidos por la humanidad han llenado el purgatorio, eso es lo que ha ocurrido. Ese hombre debe morir y no podemos permitir que

esa criatura nazca. Desataría el Apocalipsis sobre el mundo.

«Decididamente, este no es el Josephus que yo conozco. Algo le pasa, la paz ha desaparecido de su alma». Decidió reforzar sus oraciones por la salud del padre. Si perdía el juicio, no quería ni imaginar qué sería de la comunidad.

Nukka quedó pensativo. Conocía a la hermana Estrid, y siempre le había impresionado sobremanera. En momento alguno le había parecido una pecadora, todo lo contrario: la había visto ingresar el año anterior. Resplandeciente aún sin su hábito, el cabello del color del trigo en verano, la candidez irradiada por aquel rostro dominado por unos enormes ojos verdes como el mar destacaban como un rayo de luz. Si en algún momento de su vida Nukka había estado cerca del amor terrenal, fue en ese. Hubo de recordarse a sí mismo la exigencia de la Regla de San Benito, reconoció con rubor. Le costaba imaginarla según la describía el padre prior, una criatura poseída por la lujuria fornicando con el Maligno. Solo pudo contemplar una de tantas jóvenes de su edad, una futura madre obligada a ello, como tantas otras. La visualizó protegiendo su vientre con los brazos y su único pensamiento fue el amor por la criatura que llevaba dentro, el temor a perderla. No, no podía aceptar lo decidido por el prior. Ya tenían bastantes muertes a diario.

—Entiendo lo que me queréis decir —aseveró mientras buscaba la manera de defender su posición sin contravenir al prior, la estricta obediencia era uno de los pilares de la Regla—. Solo creo que no somos quienes para disponer de las vidas de nuestros hermanos y hermanas. Esa es una labor que corresponde solo al Señor. Él decidirá.

Josephus, literalmente, bufó de pura exasperación.

—¡Ya lo he decidido, y no admito más discusión! —el hermano Nukka se sobresaltó por el exabrupto y por el acceso de ira del padre. Nunca le había visto en semejante estado de alteración. Tenía que hacer algo, pero enfrentarse de forma directa al desquiciado prior no serviría de mucho.

—¿Qué habéis hecho con ambos? Me refiero al herrero y a la hermana Estrid.

El prior contestó después de considerarlo unos segundos. La confianza entre ambos se había esfumado, y Nukka tomó dolorosa conciencia de ello.

—Los he mandado encerrar en sendos calabozos. El herrero morirá mañana al amanecer. Espero que el castigo a su pecado sirva de ejemplo para el resto de los aldeanos.

Nukka se despidió del padre y se refugió en la capilla, donde oró el resto

de la tarde en busca de una respuesta. Antes de reunirse con el resto de la congregación a rezar *completas*, ya la había obtenido.

8 de agosto, en el monasterio.

La acogida en la abadía de Täby fue, por comparación, tan fría como el día. Jörs casi tuvo que obligar al prior a darles cobijo, pues sabía que no se podía negar, pero lo único que deseaba era descansar un poco después del largo y fatigoso viaje. Acomodaron al conde en la residencia del prior y a la soldadesca en cuadras y establos. Casi anochece cuando llegaron. El prior Josephus se presentó y excusó la pobreza de su congregación.

—Los tiempos nos son desfavorables, conde. Antes la tierra era abundante para nosotros, ahora malvivimos y rezamos porque pase la época de las calamidades. Os ruego me disculpéis, es lo único que podemos ofrecer. No está a la altura de vuestra condición, pero el que da lo que tiene obtiene el perdón de Nuestro Señor.

Jörs comprendió los motivos del prior. Nunca había visitado en persona la villa, un vicario se había encargado de ello. El abad le pareció un hombre más bien enfermo, con un extraño brillo febril en los ojos y mirada huidiza. Los monjes caminaban en silencio, con la cabeza gacha, cual si tuviesen que soportar el peso del mundo sobre su espalda. No le dio más importancia. Su único afán era recuperar fuerzas para proseguir el camino hasta su residencia. Nada se le había perdido en aquel pueblucho.

Poco sabía él lo equivocado que estaba. Solicitó algo de comer para él y sus hombres antes de retirarse. Su afán por charlar con el prior era ínfimo, y tenía la impresión de que era mutuo.

—Descuidad, prior. Solo permaneceremos aquí esta noche. Mañana mismo partiremos. Las desgracias nos persiguen a todos. Supongo que ya lo sabréis.

El religioso casi pareció aliviado, al menos a los ojos del conde. Este solo pensaba en que la causa de tanta calamidad hallaba sus raíces precisamente en la conversión del pueblo al catolicismo y el hecho de haber olvidado su culto primigenio. Los dioses antiguos no debían de estar nada satisfechos, y les estaban preparando un buen castigo. «Hasta un ciego puede verlo», pensó el conde, ceñudo.

El día siguiente amaneció tan triste y húmedo como el anterior, casi igual que todos ese año. El conde y sus hombres, aún cansados pero de un talante algo mejor, prepararon sus escasos enseres para proseguir su camino. Acudió

a despedirse del prior, pero encontró que se hallaba postrado en cama, indispuesto. Le hizo llegar su agradecimiento y partió tras reunirse con sus hombres fuera de los muros del monasterio.

Al atravesar el pueblo, en la plaza, se quedó perplejo al contemplar el cuerpo de un hombre colgado. En un principio no fue capaz de encajar lo que veía. Solo él estaba en disposición de condenar a alguien. Se acercó a un grupo de campesinos que supuso se dirigían a sus labores en el campo.

—¿Quién es el hombre? ¿Qué ha pasado aquí?

Los hombres le miraron, temerosos de su apariencia señorial. A nadie se le ocurrió cuestionar la autoridad de aquel noble. Al final uno de ellos habló:

—Es el viejo Thäm, el herrero. Bueno, lo era. El prior le acusó de brujería. La gente rumorea que hechizó a una de las hermanas, pero no puedo daros más detalles. El resto lo tenéis a la vista.

Jörs se enfureció de tal manera que enrojeció. Apretó los dientes y dio la orden:

—Regresamos al monasterio. Esto hay que resolverlo ya.

El conde Jörs se fue directo a ver al prior Josephus. Lo encontró discutiendo con la madre Margolyn, partidaria de una solución inmediata en lugar de su delegación en manos del prior. El caballero se acercó a la mesa que ambos compartían en las estancias del prior y dio tal puñetazo sobre la misma que los recipientes de terracota de donde sorbían el aguamiel, el candil que sujetaba un par de velas y los demás enseres se elevaron un palmo sobre el aire antes de caer de nuevo, quebrarse o derramarse, según el caso.

—¿Quién os habéis creído para disponer de la vida de mis siervos? —bramó.

A ambos religiosos les llevó un cierto tiempo reponerse. Jörs se alzaba casi seis pies sobre el suelo, y poseía una voz que parecía salida del mismísimo averno. Eso y su entrada como un vendaval dejaron a los contertulios sin habla, sin respiración y casi sin sangre corriendo por las venas.

Josephus, en contra de lo que hubiera pretendido dado su rango, hizo un intento de balbucir algo. En lugar de seguridad, su voz sonó timorata, para su pesar.

—Ve-veréis, como vos estabais en la guerra, el máximo responsable de...

—¡Silencio! —Atajó el caballero—. No quiero escuchar vuestras excusas.

El único en estas tierras que puede juzgar y hacer justicia soy yo. ¿Dónde está la muchacha? Quiero que sea ella quien me explique todo eso de la brujería. De momento lo único que he sacado en claro es que el único herrero que teníais en el pueblo, aunque fornicador —como tantos otros, aquí y en cualquier otro lugar, ya sabéis a qué me refiero—, cuelga de una soga en la plaza. Yo estaría más preocupado por eso que por unos estúpidos chismes sobre brujerías.

El prior, ya recuperado, se armó de valor. Dirigió una mirada a la madre Margolyn, tan blanca como un cadáver, inmóvil en su silla. La indignación de ver su intimidad violada de aquella manera superaba cualquier otra consideración en ese momento. Se puso de pie, rojo de ira, y se enfrentó al conde.

—¿Acaso estáis poniendo en duda mi criterio sobre esos temas, conde? Os recuerdo que quien tiene la cura de almas en esta grey de Dios soy yo. Además de alimentarlas, si se me permite la observación. Ningún señor viene aquí y se preocupa de que sus siervos no perezcan de hambre o frío. Vuestros lugartenientes aparecen por el pueblo solo para cobrar los tributos. El resto del año somos nosotros, los hermanos y hermanas del monasterio, los que atendemos a ese hatajo de fornicadores, como decís. Y ahora, si sois tan amable, dejad esta casa de Dios que habéis atropellado sin contemplaciones. Sabed que el arzobispo tendrá noticias de esto.

Demasiado tarde, Josephus se dio cuenta del error que acababa de cometer. Por muy prior que fuere, retar a un conde era mucho más de lo que podía permitirse. Jörs se acercó hasta que el religioso pudo sentir su apestoso aliento sobre el rostro, se agachó un poco y le agarró por el escapulario del hábito, alzándole un poco hasta que el monje quedó de puntillas.

—Más vale que encuentre a esa chica sana y salva. Quizás entonces salvéis la vida. No ha nacido aún un prior que amenace al señor de estas tierras. Menos aún uno que regresa de defender a Dios más de lo que hacéis vosotros. Uno que está muy, muy enfadado por el recibimiento obtenido a su regreso. Os lo preguntaré solo una vez más: ¿Dónde está la chica?

—Os ruego que me dejéis —la voz de Josephus era implorante—. La muchacha se encuentra retenida en una mazmorra. El arzobispo decidirá qué hacer con ella.

Jörs le soltó y las sandalias del prior emitieron un curioso chasquido al aterrizar de nuevo. El conde miró de forma alternativa a ambos. La madre

parecía haberse convertido en una estatua. El prior temblaba de pies a cabeza.

—No me iré sin hablar antes con ella. Os guste o no, habré de quedarme aquí una noche más. Ahora necesito descansar, igual que las menguadas tropas que me acompañan, pero mañana de madrugada la veré y me marcharé con mis hombres. Espero —añadió con retintín—, que no os suponga gran trastorno, padre Josephus. Y escuchadme bien. Esto no va a quedar así. Ya podéis ir con el cuento al arzobispo.

Se giró y, cerrando la puerta con gran estrépito, abandonó la estancia.

8 de agosto, mientras todos dormían

Era ya noche cerrada. El aire olía a tormenta lejana, pero no en las mazmorras bajo el suelo de la residencia. Allí solo se podía respirar miseria humana: heces, orines, sudor y sangre. El hermano Nukka se acercó con sigilo al monje que hacía las veces de guardia, pues en el monasterio no los había verdaderos. El padre prior había elegido algunos aldeanos para desempeñar el encargo, pero por la noche el turno lo hacían algunos hermanos designados por él mismo. El que celaba la mazmorra cabeceaba medio adormilado, pero al oír los pasos se espabiló.

—¿Qué hacéis aquí, hermano? Este no es lugar de paseo.

Nukka soltó la mentira que traía preparada. Ya la enmendaría con oración y ayuno.

—He venido a dar la extremaunción a la hermana Estrid.

—Tiene prohibido todo tipo de visitas —afirmó el hombre, con ese acento cerrado del norte que tan familiar resultaba a Nukka.

—No es más que una muchacha, guardia. Poco daño puede hacer, y más a punto de parir como está. No podéis negarle la entrada en el reino de los cielos. ¿Desearíais eso para vos mismo?

El guardia bajó la vista, confuso. Refunfuñó algo y al final accedió.

—Solo un tiempo corto. En seguida llegará el cambio de guardia y preferiría que nadie se entere de esto.

—Nadie lo hará, os lo aseguro. Sois un buen hombre con un cometido ingrato.

Nada más volverse e introducir la pesada llave en la cerradura, Nukka sacó una tabla alargada que había mantenido oculta bajo el hábito y le sacudió con ella en el cogote. El guardia cayó como un fardo sobre el suelo de tierra y el hermano Nukka se santiguó.

—Señor, ten piedad de este pecador. Espero no haberle dañado

demasiado. Te ruego que comprendas mis motivos.

Estrid se apretó contra la pared del fondo cuando Nukka traspasó el umbral y se detuvo unos segundos tratando de acostumbrar sus ojos a la oscuridad. Cuando se percató de quién era el visitante, se refugió en sus brazos, llorando. Nukka notó que el rubor le llegaba hasta la raíz del cabello. Debía evitar el contacto físico, a fin de cuentas Estrid era una mujer. Sin embargo, era un alma atormentada, y el consuelo a los condenados era un deber cristiano. «¿Es eso, Nukka, solo consuelo?» El pensamiento arañó la superficie de su conciencia, pero le apartó como quien se sacude una araña venenosa de la ropa.

—Tenemos poco tiempo. Sígueme y no hagas ruido alguno.

—Me van a matar, hermano. A mí y a mi hijo. No lo permitáis, por favor. Apelad a quien sea, os lo ruego.

—Por mucho que diga o haga me temo que será inútil. Se os acusa de yacer con el Diablo. Sois poco menos que la concubina del demonio.

Ella tembló, y por un momento pareció que iba a decir algo, pero no fue así. Se deslizaron como sombras por los pasillos desiertos, temerosos de que cualquier movimiento indebido pudiera causar un sonido imperceptible en pleno día pero revelador en el silencio de la noche. Un relámpago iluminó sus pasos, seguido unos instantes después por un trueno. La tormenta se acercaba, así lo confirmaba el aire revuelto que se transformaba en fuerte viento. Consiguieron llegar hasta el claustro que rodeaba el patio. En lugar de atravesarlo y así hacerse más visibles, se decidieron a circundarlo bajo la protección de la galería. Pasaron por delante del pasillo que llevaba al despacho del prior, ese que Estrid había conocido solo unos días antes, y siguieron de largo. No habían avanzado más que unos pasos cuando una voz les sobresaltó en la oscuridad.

—¿Dónde crees que vas, hermano? ¿Dónde te la pensabas llevar?

La figura del prior se adelantó en la oscuridad. El viento empezaba a amordazar la luz de la luna con grandes nubes preñadas de lluvia, pero el semblante de Josephus se dibujó con claridad cuando se detuvo entre dos columnas. «No puede ser, no debería estar aquí a estas horas». Como si le hubiese leído el pensamiento, el prior siguió.

—Ahora puedo decir que este insomnio mío ha resultado ser providencial. Dios lo ve todo, él se ha encargado de que estuviera aquí para descubrir la traición de mi mano derecha. ¿No tienes nada que decir, Nukka?

El aludido no supo qué contestar. En el breve lapso de silencio que siguió, ninguno de los tres se percató de una sombra que se acurrucaba tras unos arbustos, cerca del final de la galería. El conde Jörs también padecía insomnio esa noche. «Providencial», repitió en su mente mientras se disponía a escuchar.

—Mal cristiano sería si permitiese que se cometa otro crimen sin intentar evitarlo —contestó Nukka, resuelto, creyéndose en posesión de la Verdad.

—No eres quién para juzgar nada. Solo eres un monje ignorante y presuntuoso. Esa bruja —señaló a la muchacha, cobijada tras Nukka— tiene en su vientre al mensajero de Satán. El fin del mundo está aquí mismo si no lo evitamos.

Nukka miró hacia su protegida. Había dejado de llorar. El miedo había sido reemplazado por algo diferente e inesperado: odio, aversión... una mirada despreciativa que fulminaba al prior y que desconcertó a Nukka. La cabeza de la muchacha negaba mientras sus ojos irradiaban tanta repulsa que un escalofrío sacudió al monje.

—No tienes más que mirar alrededor: la peste, la derrota en la Santa Cruzada, las malas cosechas. El hijo de esa mujer, el séptimo hijo de un séptimo hijo, lleva consigo la perdición de toda la humanidad. Si ese niño nace, el infierno se llenará. Te repito, hermano —reiteró el padre—, que el día ha llegado. El mismo San Juan lo dice en su libro sobre el Apocalipsis, capítulo 10, versículos 15 a 19. Cito de memoria:

El séptimo ángel tocó la trompeta, y hubo grandes voces en el cielo, que decían: Los reinos del mundo han venido a ser de nuestro Señor y de su Cristo; y él reinará por los siglos de los siglos.

Y los veinticuatro ancianos que estaban sentados delante de Dios en sus tronos, se postraron sobre sus rostros, y adoraron a Dios, diciendo: Te damos gracias, Señor Dios Todopoderoso, el que eres y que eras y que has de venir, porque has tomado tu gran poder, y has reinado.

Y se airaron las naciones, y tu ira ha venido, y el tiempo de juzgar a los muertos, y de dar el galardón a tus siervos los profetas, a los santos, y a los que temen tu nombre, a los pequeños y a los grandes, y de destruir a los que destruyen la tierra.

Y el templo de Dios fue abierto en el cielo, y el arca de su pacto se veía en el templo. Y hubo relámpagos, voces, truenos, un terremoto y grande

granizo.

Un nuevo relámpago iluminó la escena, acompañado de un trueno que retumbó sobre sus cabezas. El repiqueteo de un suave granizo se hizo eco sobre la piedra del patio. En su escondite, el conde empezó a temblar. El temor atávico y supersticioso no hizo sino alimentarse de las palabras del prior, mientras el hielo se derramaba desde el firmamento, confirmando sus sospechas.

—Conozco la cita, padre, como todos nosotros. Pero aún seguís sin sostener vuestras afirmaciones salvo con circunstancias ajenas: no es la primera ola de peste, ni la primera guerra perdida. Las hambrunas, por desgracia, nos son tan familiares como las épocas de abundancia.

—¡Ese niño no debe nacer! ¿Es que no lo comprendes? Es muy sencillo: una sola alma a cambio de todas. El precio es muy bajo.

—Padre, debéis entrar en razón. No es sino por vuestra obcecación que me he visto obligado a transgredir la regla de obediencia. Tenéis que comprenderlo y dejar atrás las sombras que oscurecen vuestro intelecto. Esta muchacha solo es culpable de haber sido forzada.

Josephus, reconcomido por su mala conciencia, dio un paso en falso. Se veía a sí mismo descubierto, expulsado con deshonor y vergüenza no solo de su cargo, sino de la orden. Tanto tiempo dedicado a servir a otros y a Dios para acabar como un menesteroso más. Peor aún.

—¡No es cierto! —el prior elevó la voz demasiado, pensó Nukka. Su obsesión era excesiva. Sus ojos tenían ese brillo que rozaba la demencia. «¿Por qué? ¿A qué viene tanta insistencia?». Nukka daba vueltas a la cabeza con la sensación de que algo se le escapaba, y ese algo estaba cerca de aflorar a la superficie—. ¡Yo no la forcé! ¡Ella consentía! ¡Todas las veces! ¡Es una bruja que nubla la mente de los buenos hombres! ¡Entrégamela! Y entrégate tú también. Te dejaré marchar y nadie sabrá nada de todo esto, te lo garantizo.

El rayo iluminó la noche y la mente de Nukka. Por eso el prior se mostraba tan empeñado en hacer desaparecer al herrero y la chica. ¡Él era el verdadero padre de la criatura!

—¡Jamás! ¡Pagaréis por vuestro pecado, padre, pero no seré yo quien os acuse. El Señor se encargará de ello. Me la voy a llevar lejos de aquí. No volveréis a saber de nosotros. Pero no voy a permitir otro asesinato.

—Esto ha ido demasiado lejos —el padre se acercó, amenazador—. Eres

más insensato de lo que pensaba si crees que voy a permitiros escapar.

—No podéis oponeros. Vamos —le dijo a Estrid, mientras avanzaba hacia el final de la galería.

Sin mediar palabra, un cuchillo apareció en la mano del prior. Se abalanzó sobre Nukka, que detuvo el golpe letal con el antebrazo. Un pequeño reguero de sangre comenzó a empapar la manga del hábito. Sin embargo, la juventud del monje jugó a su favor. Hubo un forcejeo, durante lo que pareció una eternidad, Estrid contempló la escena con un mano sobre la boca para no gritar y despertar a todo el mundo. Al final, un empujón del monje seguido por un traspies de Josephus condujeron la cabeza de este contra la base de una columna. Su cuerpo quedó exangüe.

Nukka apremió a Estrid.

—Era él, ¿verdad?

—Sí —afirmó ella con un hilo de voz.

—¿Por qué no dijiste nada?

—Me amenazó con la muerte de mi hijo y el peor de los tormentos para mí si revelaba algo. Hermano, tenéis que aceptarme en confesión. Todas las semanas, al menos una noche...

—¡Silencio! Ahora no es el momento. Debemos llegar hasta las cuadras.

Eso hicieron. Tomaron un caballo y salieron en medio del aguacero que había reemplazado al granizo. El conde, empapado en su cobijo, seguía temblando, y no era a causa del frío. Las palabras del prior resonaban en su oído: las profecías, el fin del mundo, el séptimo hijo.

En medio de la tormenta y la oscuridad propiciada por las negras nubes que habían ocultado la luna roja de su vista, galoparon hacia el norte, hacia la costa. El viento húmedo y gélido cortaba sus rostros y congelaba sus ropas húmedas. Poco después, la lluvia arreció, transformando el aguacero en temporal. Para colmo de males, Estrid dio un grito.

—¡Tenemos que detenernos! ¡Ya viene!

Nukka detuvo el caballo y ayudó a bajar a la joven, que se agarraba el vientre. El resto fue fácil de deducir. Un rayo coincidió con el siguiente grito de Estrid. El fraile murmuró una oración mientras la lluvia arreciaba. «Ahora no, Señor. No aquí, en medio de ninguna parte. ¿Qué haré yo solo con un niño en camino?»

La plegaria pareció dar resultado. El siguiente rayo iluminó el paisaje. A

cierta distancia, Nukka distinguió una débil luz. El milagro que estaba esperando.

—Hermana, aguanta. Creo que por allí hay una aldea. Pero tienes que ser fuerte un poco más. Sube al caballo, hemos de continuar. Luego acabará la pesadilla, te lo prometo. Dios está de nuestra parte.

Nukka tenía razón, pero ignoraba que solo a medias. Cerca de un elevado acantilado se arremolinaba un reducido grupo de casuchas que a duras penas podía llamarse aldea. Con Estrid aullando, martilleó la puerta de la mayor de las construcciones, tras uno de cuyos ventanucos se entreveía algo de luz. Era la casa de reuniones, según pudo comprobar. Un hombre de ropajes raídos y cara de hambre abrió mucho los ojos cuando vio al fraile, al caballo y a la monja.

—Os lo explicaré después, pero esta mujer está dando a luz y necesita ayuda. Yo no sé nada de niños ni de partos.

Le hicieron pasar. Una treintena de rostros sucios y asustados se hacinaba sobre unos bancos o sobre la paja amontonada, junto con un par de mulas, una vaca, tres o cuatro cabras y unas gallinas.

Una mujer de edad indefinida se acercó y se hizo cargo de la situación.

—Ya veo al niño asomar, pero... ¡Viene atravesado! —afirmó, tras levantar los faldones del hábito—. Dejados solas, esto es cosa de mujeres.

Varias mujeres acudieron. En un momento aparecieron trapos y una jofaina. La media docena de hombres que había se apartó hasta el lado opuesto de la casa. Las mujeres llevaron a la hermana a un rincón y la tumbaron sobre una tela de saco encima de un montón de paja.

—Aguanta, muchacha. Obedece mis indicaciones. Cuando yo te lo diga, empuja.

Estrid solo gritaba y lloraba, implorando por la vida de su hijo. Nukka, de tan nervioso como estaba, no podía parar quieto. Unos murmullos llegaron desde el grupo de las mujeres. Las dificultades del parto eran cada vez más grandes

—Hermano —dijo uno de los hombres—si el niño es vuestro, es mejor que esperéis fuera.

—No... yo no... —a Nukka le pareció una idea terrible ser el padre de la criatura—. No es...

—Da igual —dijo el hombre—. Es mejor que salgáis fuera. No se os ve capaz de soportar esto.

Nukka obedeció. Era lo que siempre había hecho hasta esa noche, obedecer. El agua helada le pareció menos gravosa que lo que estaba ocurriendo dentro de los muros de aquella casa. Decidió alejarse para despejar su mente y poder orar, dar gracias al Santísimo por cuidar de ellos esa noche. En un par de centenares de pasos, llegó a lo alto del acantilado, junto al borde rocoso.

Si bien lo había olvidado todo en su obsesión por poner a salvo a la hermana, en ese momento, mirando al cielo y al mar embravecido, las palabras de Josephus regresaron a su mente.

Las señales. Un aviso del cielo. El purgatorio lleno de almas y la salvación de la humanidad. Nukka permaneció allí de pie, impresionado por las olas gigantescas que chocaban contra el acantilado y hacían temblar el suelo con cada envite. Había visto tempestades cerca del mar, pero nada como aquello. Con cada trueno el cielo parecía que iba a reventar en mil pedazos, a desmoronarse sobre su cabeza. Eso si antes la fuerza del mar no lo echaba todo abajo.

En ese momento, algo cayó sobre su capucha. «Granizo también», pensó. Pero cuando miró a sus pies, no eran diminutas bolas de hielo lo que rodaba por la roca, sino ranas. O sapos, no lo distinguía bien entre los fregonazos de los relámpagos. La siguiente ola, tan alta como una docena de hombres uno sobre otro, estalló contra las rocas y casi le hizo caer.

Nukka se arrodilló y comenzó rezar. Se acordó del niño que estaría a punto de venir al mundo, quizás ya lo había hecho. En medio del fragor del mar, el diluvio, el cielo que se caía, tuvo una revelación. Dios, en su infinita sabiduría, había cuidado de ellos esa noche, y vencido al Maligno, que hablaba por boca del prior muerto. La convicción del monje le llenó de gozo y alivio su alma. Su éxtasis fue tan intenso que olvidó viento, lluvia, olas y evitó que escuchara unos pasos acercarse hasta que fue demasiado tarde. Cuando se percató de que estaba acompañado y se giró, la enorme figura ya estaba detrás de él.

—¡Conde Sygfastdotter! ¿Cómo...?

Los ojos oscuros del conde le miraban, pero no le veían. El terror, la superstición y la locura los habían cegado a todo lo que no fuese evitar la catástrofe. Sin embargo, replicó al monje.

—Os he seguido, hermano. Estaba presente cuando tropezasteis con ese miserable de Josephus. También escuché vuestra conversación... y sus

palabras. El fin del mundo está aquí. Pero podemos evitarlo, sin duda.

—¿Cómo? ¿Qué decís? —Nukka se devanaba los sesos mientras pensaba a qué se refería el conde con «las palabras del prior»— ¿No os dais cuenta de que el prior había enloquecido? ¡No se puede dar crédito a las palabras de un loco!

Si el mensaje había llegado al conde, este no lo demostró, sino que siguió con su letanía.

—«Es muy sencillo: una sola alma a cambio de todas». Tenemos que salvar el mundo. Vuestro Dios, como todos, necesita un pago a cambio de su favor. Loki, el mío, exige un sacrificio de sangre. Hemos apartado nuestra mirada de los verdaderos dioses, y ese es el motivo de nuestro castigo. Como siempre, el precio a pagar es la sangre de los impuros. Un representante de vuestra religión será perfecto para empezar a redimir la ofensa de tu Dios sobre nuestro pueblo.

La sangre de Nukka se heló, mucho más que el viento y el agua que le azotaban. La luz se hizo en su mente. Demasiado tarde, quizá. El conde era más alto, corpulento y fuerte. Y estaba demasiado cerca para poder escapar.

—No estéis triste, hermano —dijo el conde—. Os corresponde la salvación de todos los pecadores. Y de nuestro pueblo, aplastado y engañado por los que han traído las falsas creencias, es decir, vosotros. Después ya me ocuparé de esa monja y su hijo, y del resto de los habitantes del monasterio, que han tenido la osadía de retarme en la tierra de mis ancestros. Pero vos seréis el primero. Consideradlo un honor.

Nukke pensó, por un instante, defenderse. Todos habían enloquecido esa noche. Ese instante fue suficiente. Jörs le agarró del cuello y le levantó hasta que solo podía alzarse de puntillas. El conde avanzó hacia el borde del acantilado unos pasos, mientras empujaba a Nukka, incapaz de superar lo inevitable.

—Orad por todos nosotros cuando lleguéis junto a vuestro Dios.

Nukka perdió pie. Eso fue justo antes de que el conde le soltara.

HOUSEMORPHING

Perfecta. Era, de principio a fin, perfecta. Eso pensaba Brian mientras veía cómo Susan acariciaba los muebles de caoba con suavidad, dejando surcos sobre la fina capa de polvo que los cubría —«¡A la mierda el polvo!», había exclamado su esposa mientras se contemplaba en el inmenso espejo que coronaba el aparador en el salón. Lorraine, la pequeña, jugaba en el — fabuloso, la verdad— jardín delantero con Topo, el único miembro de la familia que era casi humano, un setter irlandés de pelaje cobrizo.

Cuando le dijo a Susan el precio que el agente inmobiliario le había pedido por ella, su mujer había arrugado la nariz.

—Imposible. Tiene que haber truco. Seguro que el tejado está a punto de caerse o que todas las cañerías están para el arrastre.

—Hay que cambiar alguna teja, sí, pero pocas: un grifo que gotea y el consabido mapa de pequeñas grietas en la pintura. Todo se puede reparar con facilidad y, desde, luego, no justifica ese precio.

Brian ya había pasado por esa fase de desconfianza, pero el agente le había ofrecido una cláusula adicional de garantía en el contrato de compraventa que aseguraba el perfecto funcionamiento de todas las instalaciones.

—¿Por qué, entonces, está en venta en un precio tan ridículo? —le había preguntado al hombre, un sujeto bajo y calvo, con lentes redondas y de montura metálica—. Es un caserón digno de una estrella de cine, en un barrio residencial, muebles de lujo, jardín, comodidades... Si me hubiera pedido el triple me hubiera parecido razonable.

El agente había dudado un instante. Brian tuvo la lejana impresión de que el hombre no quería revelar el motivo verdadero, pero apartó la idea a la vista de la casa. Y del precio. Y del interior y el exterior. Esas cosas no pasaban a menudo, y no era cuestión de dejar pasar la oportunidad. No había ni soñado en encontrar algo así cuando había empezado a buscar una alternativa al reducido piso en que vivían.

—Los dueños anteriores se tuvieron que mudar aprisa. Mi negocio consiste en vender y obtener mi comisión. El precio de salida me lo dan mis superiores —un leve titubeo, de nuevo.

—¿Se mudaron... aprisa?

—S-sí. Algo relacionado con el trabajo, creo. Si no les interesa, le puedo ofrecer otras opciones —había añadido con habilidad—. Es usted el primero que la ve. En una hora tengo otra cita.

Brian captó la estratagema, pero a decir verdad no le veía pega alguna. Llevó a Susan otro día para verla y cerraron el trato. Un mes después llegaron junto al primer camión de la mudanza. Todo lleno de cajas y trastos. Pero felices, que era lo importante.

Brian empezó a sospechar que algo no iba bien el día en que Topo se fue. Al menos, eso es lo que le habían dicho a Lorraine cuando esta había regresado de la escuela. Esa tarde había regresado antes del trabajo porque había quedado con el cerrajero. Susan había afirmado no fiarse de que alguien tuviera copia de las llaves de las puertas exteriores y, por mucho que él se había empeñado en la fiabilidad de las inmobiliarias, al final había accedido a cambiar las cerraduras. Aún quedaban cajas de la mudanza por abrir y estaba en ello cuando escuchó un quejido de Topo, un ladrido igual que si le hubieran pillado la cola con la puerta.

—¿Qué pasa, chico? —Brian esperaba verle aparecer por la puerta, pero como el perro no llegaba le llamó— ¡Topo! ¡Ven aquí, muchacho!

Nada. Más bien fastidiado, dejó lo que tenía entre manos y bajó las escaleras. Se asomó a la cocina, pero no había rastro del can, y luego al salón. Empezó a preocuparse. Resultaba raro que el perro no hubiera acudido a su llamada, pero que no apareciese moviendo la cola cuando había bajado, rayaba lo inaudito. Entonces lo oyó. Un gemido débil, apagado, cerca de él. Se quedó quieto unos segundos, y sin apenas respirar para poder localizar la procedencia del lamento, que se repitió un momento después. Provenía de la entrada de la casa. Brian cubrió los pocos metros que le separaban de allí en tres zancadas y lo que vio —o creyó ver, pues al día siguiente ya no lo tenía tan seguro— le dejó tan sorprendido que no pudo reaccionar. Tampoco le dio tiempo.

De la parte baja de la pared, frente al recibidor, asomaba algo. Dos algos, en realidad. Uno de los extraños apéndices que sobresalían del gotelé era una pata; el otro, la parte delantera de un hocico. El de Topo. «Se ha metido dentro de la pared», fue lo primero que pensó. «No, la pared lo está engullendo», matizó para sí mismo. El estómago se le revolvió al momento. Se agachó para tirar de la pata en un impulso irracional cuando la puerta de la entrada se

abrió. Era Susan, que volvía del trabajo. Brian casi dio un respingo del susto. Ella se quedó mirándole con una expresión a medio camino entre la confusión y el asombro, no fue capaz de adivinar qué podía estar haciendo su marido allí, inmóvil, medio agachado detrás de la puerta, blanco como un cadáver.

—¿Qué se supone que estás haciendo ahí? —espetó.

«Topo ha desaparecido dentro de la pared», fue lo que se le vino a la boca. Pero no podía contestar eso a Susan, lo tacharía de loco como mínimo. Miró a la pared; ni rastro del perro. Debía estar perdiendo el juicio, o había sufrido una alucinación. Sí eso era. Había bajado pensando en el chucho y...

—Topo no está.

Ella le miró, aún más estupefacta.

—¿No está? ¿Y por eso estabas detrás de la puerta?

—En realidad, yo... ¿qué le vamos a decir a la niña cuando vuelva de la escuela? —«Buena salida, viejo», pensó. La respuesta pareció surtir el efecto deseado. Susan frunció el entrecejo. Su atención se había focalizado en otro punto.

—¿Has mirado bien por todas partes, y por el jardín?

—Sí. Debe de haber saltado la valla. Eso es. Se ha escapado.

A Lorraine le dijeron que el perro había aprovechado el momento y había salido corriendo cuando el cerrajero entró. Le dijeron que en un día o dos volvería, cuando el hambre apretase. Pero no volvió. Un par de semanas después, las lágrimas se secaron y la vida siguió adelante para ella. No así para Brian. En unas cuantas ocasiones, en medio de la noche, había despertado, nervioso. Se había levantado para ir al cuarto de baño o a la cocina a beber un poco de agua y lo había oído. El aullido lastimero del perro, dentro de la pared del cuarto de baño, la cocina o el salón. Un sonido débil pero cercano que hacía que el sudor se le congelase según le resbalaba por la espalda. Estuvo tentado de despertar a Susan, pero al final se había metido en la cama para no pegar ojo ni esa noche ni las siguientes.

Los sollozos caninos fueron desvaneciéndose y todo quedó lejos, se convirtió en un mal sueño. Brian llegó a convencerse de que Topo realmente había escapado, de que nada de lo que había visto u oído sucediese en realidad. El peso de lo cotidiano aplastó aquel recuerdo incómodo y se ocupó de reprimirlo cada vez que intentaba salir de la oscura madriguera donde lo había relegado. Sin embargo, los cadáveres se empeñan en salir de nuevo a flote, no sirve de nada empujarlos de nuevo hacia el fondo.

Era un sábado por la tarde, uno cualquiera, después de comer. Brian estaba tendido bajo la camioneta, escuchando *Until it sleeps* a un volumen bastante alto y lleno de grasa hasta las cejas mientras intentaba parchear una fuga en el depósito del anticongelante, al menos hasta que llevase el vehículo al taller. Por suerte la primavera estaba punto de ceder el relevo al verano, las heladas ya habían quedado atrás.

—¡Brian! ¿Andas por ahí? —gritó Susan desde la puerta del garaje. Se acercó y apagó la radio—. Si se te cayese el tejado encima, ni te darías cuenta.

—Me entretiene mientras hago de mecánico por un rato y no molesta a nadie.

—Voy a ver a mi hermana —casualmente se habían mudado a veinte minutos en coche de ella—. Estaré de vuelta antes de la cena. Quédate pendiente del teléfono, por favor. Ya le he dicho a la niña que si necesita algo venga y te lo pida, así que deja el concierto para un poco más tarde.

—Vale, mamá —refunfuñó él.

Quince minutos más tarde, le pareció que su hija le llamaba.

—¿Qué quieres? —gritó él—. No puedo ir, estoy pringado hasta las cejas. Ven y dime lo que sea.

Esperó, pero la niña no venía. Escuchó, pero tampoco la oyó de nuevo. Se afanó en lo que tenía entre manos, pero no por mucho tiempo. La sensación de que la niña *sí que le había llamado* se apoderó de él. Y si así era, ¿por qué no venía? Quizás había sufrido algún tipo de percance y mientras tanto él estaba allí matando el rato.

—Joder, seguro que está viendo la tele y yo aquí en plan agorero —gruñó mientras hacía lo imposible por limpiarse las manos con un trapo que estaba más sucio aún que él mismo.

Arrojó el trozo de tela a un lado y entró en la casa, más preocupado por no manchar nada que por otra cosa. Solo por no escuchar los gritos de Susan si se encontrase una mancha de grasa en alguna parte. «¡Eres como un elefante en una cacharrería!», gritaría como una posesa, «¡no tienes cuidado con nada!», hasta los vecinos de la calle de abajo...

—Pa...pppá...

El gorgoteo le llegó como algo lejano, una voz amordazada que apenas si traspasaba la barrera que le impedía hablar. La pata de Topo, sobresaliendo de la pared, se apareció en su mente, salida de la nada. Habría saltado hasta el

techo si le hubieran pinchado con un dedo, pero aguzó el oído para localizar la procedencia del sonido.

—Aaaaaq... uiiiií...

El salón. En dos zancadas atravesó la puerta de la cocina, por donde había entrado y se plantó en el salón. Ojalá nunca lo hubiera hecho. Allí, en la pared, al lado del precioso ficus, que era la niña bonita de Susan, había un extraño objeto.

No era extraño, era...

—¡Lorraine!

De la pintura color crema sobresalía una mano. Eso y la mitad de la cabeza de su hija. Solo podía ver de la nariz para arriba, la boca ya había desaparecido entre la pintura y el yeso. Solo los ojos, llorosos, desesperados, le miraban suplicando por su liberación.

Las manchas de grasa dejaron de importarle. Saltó y agarró la mano de su pequeña. Tiró cuanto pudo, intentando no lastimarla, pero la niña se hundía en el muro sin que él pudiera hacer nada. Algo se quebró dentro de él tras lanzar un alarido desgarrador de furia e impotencia. Lo último que Brian pudo contemplar antes de que se perdiera fue un mechón de pelo moreno disolviéndose igual que una amalgama de cabello y pintura.

Nada más desaparecer la niña, la casa entera se estremeció, o quizás sólo fue la mente rota de Brian la que lo imaginó. Fue como un suspiro, leve, casi imperceptible; un suspiro de satisfacción, hubiera dicho él de estar en condiciones de decir alguna cosa. Después vinieron las voces, susurros en su oído. La casa le estaba hablando, las paredes murmuraban, le decían qué hacer. Cuando cogió el papel y el bolígrafo y se puso a escribir, ya no era la misma persona. Su mente ya no era suya.

—Le hemos sometido a todo un juego de pruebas, pero físicamente no hay nada, está sano. Se encuentra en estado de shock —aseveró el doctor mientras guardaba la pequeña linterna en el bolsillo de la bata—. Mañana puede traerlo y me encargaré de que le atiendan en psiquiatría, a estas horas ya no hay nadie allí. Yo diría que ha vivido algún tipo de experiencia traumática, pero eso lo debe asegurar un especialista. ¿Y dice que no sabe lo que ha pasado?

—Cuando llegué a casa estaba tumbado en el suelo del salón —dijo ella mientras negaba con la cabeza a la pregunta del médico—. Había una nota sobre la encimera, en la cocina, la que le he mostrado. Él estaba boca abajo, acariciando las baldosas como el que se halla sobre una manta mullida y

cálida. Sonreía, pero no respondió a mis preguntas. Ya le ve, se ha ido a otro mundo.

—¿Puedo ver la nota de nuevo?

—Claro —dijo Susan. La sacó del bolsillo de sus vaqueros y se la entregó al hombre. El leyó de nuevo las escasas líneas sobre el papel. La caligrafía era clara y estable, había sido escrita por una persona tranquila, desde luego no por alguien sometido a ninguna presión emocional o anímica.

“Llamó Brenda, la madre de Ellie, para invitar a Lorraine a su casa el fin de semana. Así podrán estudiar juntas y también mencionó una fiesta de pijamas o algo semejante. Le metí ropa de cambio, el pijama y sus cosas de aseo y luego vinieron a recogerla”.

El médico pensó unos momentos. Una idea oscura planeó como un buitre en el interior de su mente.

—¿Ha comprobado usted que su hija está en casa de su amiga? Quiero decir si ha llamado por teléfono y hablado con la otra madre.

Susan pareció confusa y sorprendida.

—Pues no, no lo hice, la verdad. Me asusté mucho cuando vi a Brian en esas condiciones y en ese momento, tras leer la nota, me pareció normal, no vi nada anómalo. Somos nuevos en el barrio e intentamos que nuestra hija se integre lo antes posible. En seguida hizo buenas migas con Ellie, hemos quedado un par de veces con sus padres, son una gente muy normal. La niña también —Susan hizo un esfuerzo por seguir el razonamiento del doctor. Pensó en llamar para hablar con su hija, pero todo se había vuelto borroso cuando había encontrado a su marido en aquellas condiciones—. De hecho, si le soy sincera, cuando vi a Brian casi me sentí aliviada de que mi hija hubiese salido. Lo primero que se me cruzó por la cabeza fue traerle aquí. Fui a llamarla desde el móvil, pero se ha quedado sin batería durante la tarde. Pensé que luego la llamaría, ¿por? ¿Es importante?

—No, no —el doctor le devolvió la nota—. Solo era una pregunta. Bien, puede usted llevarse a su marido, en principio no hay nada en su salud que deba preocuparnos. No veo motivo alguno para que pase la noche aquí. Si observa algún cambio en su consciencia, o en su actitud, si ve algo raro, vuelva por aquí. El EEG ha salido normal, su cerebro también parece funcionar bien.

Cuando regresaron a casa, era casi la una de la madrugada. Ya llamaría a casa de Brenda al día siguiente. Y pensaría de qué manera decirle a Lorraine

que su padre, ese ser encantador y activo, se había convertido en un trozo de carne con ojos.

Aparcó en el camino de la entrada, ni se molestó en meter el coche en el garaje. Ayudó a bajar a su marido, que era como un robot. No tuvo que cargar con él, caminaba solito, solo tenía que ir tirando de la mano para conducirlo. Le llevó hasta el sofá y le sentó, mientras ella iba a la cocina. Su mente no funcionaba bien después del estrés, la confusión y el hospital. Se acercó a la cocina, llenó una jarra de agua, se sirvió un vaso y se sentó a beberlo.

Hizo un esfuerzo por ordenar sus ideas, no acertaba a pensar con claridad después del torbellino. ¿Qué podía haber ocurrido para que Brian entrase en ese estado de trance? No había signos de violencia en la casa ni fuera, todo estaba en su lugar. Sacudió la cabeza, frustrada, y miró dentro del vaso de agua. Se acordó de repente de algo, tomó la jarra y dirigió sus pasos de nuevo al salón.

Brian seguía en el mismo lugar, en la misma postura. Por un momento, a Susan le pareció que ni siquiera había respirado durante el tiempo que había estado solo. Permaneció un par de segundos quieta, mirándole, preguntándose dónde estaría su marido en ese momento, a dónde había ido a parar y por qué. Sacudió la cabeza, por más vueltas que le diera no conseguiría llegar a ninguna conclusión. Se acercó al ficus con la jarra.

—Es un milagro que estés vivo, casi ni me acuerdo de...

Entonces vio algo negro en la pared, cerca de donde se encontraba. Primero pensó que era una mancha, que alguien se había acercado con las manos sucias o con algún objeto mugriento, pero se inclinó para contemplarla mejor. No era una mancha, sino un poco de...

—¿Pelo? —el pensamiento salió por su boca sin proponérselo.

Tendió una mano para quitar el mechón de pelo negro. No llegó a tocarlo, se sintió mareada de repente. La casa entera pareció cobrar vida, producir su propio latido, un palpito que Susan podía sentir. El salón empezó a oscilar a su alrededor, sintió que el techo parecía girar como un tiovivo y la pared... La pared era como si se abultara hacia afuera, como si anhelara su contacto y también le tendiese un abrazo amoroso. Notó que algo tiraba de ella hacia adelante, una fuerza a la que era incapaz de oponerse. Dentro de su cabeza el eco de voces y susurros se despertó. «Ven con nosotros, aquí se está bien» decían. La llamaban por su nombre y le hacían sentir a gusto, «necesitas estar ahí, junto a...»

—¡No! —gritó una voz a sus espaldas.

El hechizo se disolvió al instante. Confundida, con una espantosa sensación de vértigo en el estómago, Susan se giró, aún borracha de lo que fuese que le había pasado. Su marido se había puesto en pie y había dado un paso adelante, levantando un brazo hacia ella, en un gesto que indicaba claramente que debía detenerse, parar de hacer lo que fuese, pero ¿qué?

—¿Brian? —la luz que había iluminado los ojos de él desapareció y el hombre se quedó inmóvil como una estatua de sal, allí de pie en medio del salón, con la mirada de nuevo perdida.

Susan se acercó a él, le tocó, le acarició la cara, le besó. Por un instante tuvo la certeza de que aquel beso rompería el encantamiento.

—Cariño... soy yo, Susie, ¿qué te pasa? Hace un momento estabas aquí conmigo, y ahora... Vuelve, Brian. La niña y yo te necesitamos, no puedes...

Sí, sí que podía. Una lágrima de rabia rodó por la mejilla de Susan. Se estaba volviendo loca, no podía imaginar que su marido pudiera estar así durante semanas, meses o quizá años, como esas personas que entran en coma y despiertan al cabo de toda una vida.

Sollozando, se dio la vuelta para recoger la jarra que había depositado en el velador junto a la planta.

Si se hubiera dado la vuelta en ese momento, habría contemplado cómo su esposo se hundía en el suelo, absorbido por la casa.

Antes de que amaneciera, las tejas habían vuelto de nuevo a su lugar, las grietas en la pintura habían desaparecido y el grifo había dejado de gotear.

Volvía a ser la casa perfecta.

EL CONEJO DE LA SUERTE

«¡En qué hora se me ocurrió buscar en internet la puñetera tienda de animales exóticos!», se dijo Juli mientras caminaba por la acera, llena de desperdicios, papeles y sabe Dios qué más cosas, porque ni a mirar se atrevía. «Y menos con la niña», concluyó sin darse cuenta de que casi arrastraba a su pequeña Reme —la niña no llegaba a los diez años—, en medio de aquel barrio asqueroso y lleno de indeseables que no le quitaban el ojo de encima.

En lugar de achantarse, levantó la barbilla mientras pensaba que a más de uno de aquellos golfos le gustaría verla en cueros y, quizás, más que verla puede que... «Si les demuestras temor se te echarán encima, que se note quién eres», se animó. Dedicó un nuevo vistazo a su retoño, con aire protector. La niña no tenía el aspecto de estar muy impresionada por la hediondez del suburbio. Claro, la culpa era de Enrique, que se había empeñado en llevarla a un colegio público. «Rodeada de chusma, negros, sudamericanos y toda esa purrela». Bien que se lo había advertido su madre antes de casarse, que él no era hombre para ella, que le daría una vida de perros, que... De hecho, todos los días se lo repetía, puesto que moraba en la casa de al lado. Pero él se había emperrado, que si el mundo estaba lleno de toda clase de gente, que si había que aprender a vivir con todos, y al final su cachorrito se echaba a perder en esa mierda de escuela. Por un momento le vino a la cabeza la idea de que tampoco se hubieran podido permitir un colegio privado, el sueldo de Enrique no daba para más y ella no tenía la más mínima intención de buscar un empleo, pero desechó tal barbaridad de inmediato, no era un pensamiento digno de una mujer como ella.

—Vamos, cielo, no te detengas, cuanto menos tiempo pasemos aquí, mejor. Si no te hubiera prometido una mascota exótica ya no andaríamos por este arrabal —«y antes saltaría por el balcón que retractarme delante de tu padre», pensó, sin reparar en que vivían en un primero.

—No vayas tan deprisa, mamá —respondió Reme—. Me haces daño y ya estoy cansada de correr. No hay nadie raro en la calle.

«Igualita que su padre», se lamentó Juli mientras sacaba del bolso el papel donde había apuntado la dirección de la tienda. Para colmo de desgracias,

cuando iba a salir de casa el móvil estaba sin batería. Había trazado un pequeño plano para orientarse. Según el mismo, la tienda estaba nada más girar a la derecha por la primera calle.

Cuando volvió la esquina, se preguntó si lo que veía llegaba a la categoría de calle. Un apestoso callejón lleno de cubos de basura, cajas, ropa y muebles desparramados. Pero un poco más adelante, sin embargo, se veía un cartel rojo con letras amarillas de aire oriental que rezaba: «Animales exóticos y de importación Xin-Gong». Una sonrisa asomó a su rostro a pesar de tanto contratiempo. Cubrió veloz la distancia que las separaba de la puerta del comercio, ignorando las protestas de Reme, empujó la puerta y entró como un huracán mientras sonaba la campanilla.

Un olor denso como el petróleo bruto le llenó las fosas nasales. No era el típico tufillo a serrín de las jaulas y agua de acuario que suele emanar de una tienda de animales. «Es algo que se quema —pensó Juli—, algo vivo que se quema». Apartó la idea estúpida que se había formado en su mente y se unió a Reme, que ya recorría las jaulas y pegaba las narices a los terrarios donde reposaban diversos tipos de lagartos, iguanas o lo que fuese. También había serpientes, unas de colores vivos y otras de tonos apagados, grandes y pequeñas. La niña lo observaba todo con fascinación, para consternación materna. Cuanto más asco le daba el animal a la madre, más interés demostraba la hija. Después de ojear los reptiles con patas, pájaros, aves y serpientes, el desfile culminó frente a un cristal dentro del cual una culebra gruesa como un brazo humano permanecía inmóvil. Al acercarse Juli, el ofidio rotó sus ojos y les dedicó una larga mirada vidriosa, como invitándoles a entrar y hacerle compañía. A Juli se le revolvió el desayuno en el estómago, y eso que hacía varias horas que lo había tomado.

—Es mejor que no te hagas líos, nena. En mi casa no entra una anaconda mientras yo viva. Cuando tengas tu casa metes dentro lo que quieras. De momento, más vale que pienses en algo más... común. Un periquito estaría bien, ahora que lo pienso.

—No anaconda —susurró una voz justo detrás de ellas—. Pitón india; no lo mismo.

Juli dio un respingo; no había oído llegar al hombre y su voz rasposa la había pillado desprevenida. Al girarse, casi se cae patas arriba. Una figura de corta estatura, tocada por un sombrero chino de esos que parece un cucurucho al revés ocultando en parte su rostro, pero que dejaba ver una larga y fina

barba negra que acababa casi a la altura del ombligo.

—Hola... esto... no le habíamos oído. Venimos a ver si, bueno, ¿le importaría subirse un poco el gorro? Es que me pone nerviosa no ver la cara de la gente cuando hablo con alguien.

—No llama «golo» —contestó el hombre—. *Doŭli*. No impolta —.Y se subió la parte delantera del sombrero.

Por un momento, la mujer había imaginado que era un anciano, pero resultó ser un hombre relativamente joven. Los ojos eran meras hendiduras en el rostro. Por lo demás podía tener la misma edad que ella misma.

—Pues veré, como le decía, venimos en busca de...

—Mascota «pala» niña, ya veo.

El chino miró a Reme, que iba de jaula en jaula y de expositor en expositor fisgando todo lo que se movía o tenía ojos y boca, más interesada a cada paso que daba.

—Sí, pero me gustaría que fuese algo exótico e inofensivo, ya me entiende. Nada de bichos que se arrastren o tengan lengua bífida.

—Ajá. Ya veo que niña sabe encontrá cosas ella solita.

Reme había traspasado unas cortinas de cuentas de colores y se había colado en la trastienda. A Juli le dio mucha vergüenza el descaro.

—¡Reme! ¡No puedes entrar ahí! ¡Sal ahora mismo! Oh, discúlpeme, nunca se había portado así, yo...

Reme salió de inmediato y, con toda la seguridad del mundo, dijo:

—Ya sé lo que quiero, mami. Acabo de encontrarlo.

Juli miró de reojo al chino, esperando un gesto de fastidio o algo semejante, pero para su desconcierto lo que vio fue una sonrisa un tanto torcida, como si todo fuera parte de un plan premeditado. A pesar de todo, ella siguió con sus disculpas.

—Es una niña, son impredecibles, ya sabe...

El hombre levantó una mano con un gesto que detuvo la oleada de tópicos.

—No pleocupa. Vamo a vé.

Dicho lo cual, rodeó el mostrador, seguido por una perpleja madre y una niña tan hinchada de satisfacción que casi no cabía en el local.

La trastienda era más amplia de lo que Juli habría esperado, y tan oscura y llena de cachivaches como espaciosa. No solo eran cajas lo que se veía apilado de un modo aparentemente caótico, pues sobre ellas reposaban una multitud de objetos: lámparas, relojes, alfombras, cuadros, ceniceros y así

hasta completar lo más parecido a un basurero, teniendo en cuenta que allí, que ella supiera, no había basura sino mercancía para vender. Para vender en un bazar, no en una tienda de animales. Se imaginó que todo eso pertenecía a la casa del hombre y, una cosa tras otra, que seguramente vivía y dormía allí. Por un breve instante sintió un escalofrío solo de pensar no ya que pudiera encontrar, a la vuelta de alguna montaña de cacharros, una cama o un infiernillo para calentar la comida, sino un montón de calzoncillos pendientes de lavar o algo así. Olía a polvo rancio, a especias y a otros aromas cuyo origen no pudo descifrar. A un lado, sobre una mesita para el teléfono, había algo que parecía la jaula de un loro, como las de las películas, curvada hacia arriba, más grande y alargada, pero no podía saberlo, pues estaba cubierta con un paño de terciopelo rojo. Reme se adelantó y tiró del paño, con un atrevimiento y una desinhibición que la dejaron muy sorprendida, y eso que era su madre y pensaba que la conocía como si la hubiera parido. Parirla la parió, pero le resultaba difícil reconocer a su niña en esa especie de monstruo descarado. ¿Cuándo se la habían cambiado? Antes de que pudiese hacer recuento hacia atrás en el tiempo, la tela cayó y dejó a la vista un bola blanca y enorme de suave pelo blanco inmaculado. La bola se giró y dos grandes orejas se irguieron, alerta, en respuesta a la molestia.

—Pero... —Juli intentaba procesar lo absurdo de aquello—, pero si... ¡es un conejo! Un simple conejo blanco. Grande como un submarino, pero un conejo.

—Es precioso, ¿verdad, mami? Tan suave...

—¿Y por qué lo tiene cubierto con un paño? Que yo sepa los conejos no se tapan.

—Muy sensible a luz. Tiene ojo lojo, ¿ve?

Era cierto. El conejo, tan encantador, tenía unos ojos color sangre que se clavaron en Juli produciéndole un vacío en el estómago.

—Pues a mí me parece un conejo crecidito y ya está —aseveró ella—. Un gato o un perro también son suaves. Para comprar un conejo normal y corriente no hace falta venir a una tienda de animales exóticos.

—No conejo «normal». Conejo muy especial —el vendedor terció entre el dueto madre-hija.

—¿Y qué tiene de especial, si puede saberse?

—Conejo tiene suelte pala ti —replicó el chino—. Y muy caliñoso también —agregó con una risilla.

—Tendrá usted que esforzarse más si quiere venderlo. Puede que en su país con eso baste, pero aquí resulta falta de imaginación y de originalidad.

El hombre se molestó visiblemente ante la alusión a su tierra, pero tragó aire y se mostró lo más diplomático que le fue posible. Cuando contestó lo hizo con un tono seco y ofendido.

—Conejo muy sensible. No puede dá comida después medianoche.

Juli soltó una carcajada barriobajera. Hubiera esperado cualquier cosa menos aquello.

—Eso ya lo he oído yo antes, señor. Ahora es cuando viene lo de que es un *mowai* y que si le damos comida por la noche se convierte en una fiera peligrosa y sangrienta —rio otra vez, de un modo más fuerte e incluso más chabacano que la vez anterior—. Joder con el chino, andamos un poco atrasados de noticias, ¿eh? Esa peli es de cuando yo iba en triciclo.

Las hendiduras que formaban los ojos del hombre se abrieron un poco, para dejar salir el fuego que emanaba de ellos, como el aliento de un dragón Lung. De haber tenido a mano un *da dao*, habría atravesado el corazón de aquella mujer estúpida y engreída. Tras unos esfuerzos por contener la rabia, infructuosos e insuficientes, la proverbial paciencia china se desbordó como las aguas del Yangtsé en primavera.

—¡Será pija de mierda! —exclamó—. No es un *mowai* ni un *gremlin*, espabilada, pero si no deja de darle comida ni por la noche le entrará tal cagalera que la mierda se le va a salir por las ventanas de la casa, eso es lo que quería decirle.

Juli abrió la boca tanto que casi dio con la barbilla en el suelo. Boqueó como una trucha fuera del agua mientras intentaba articular alguna palabra entendible, pero no fue capaz. La que habló fue Reme, que por un momento se había olvidado del conejo.

—¡Mamá! ¡Este hombre no es chino!

—Mira, princesa —respondió él—, mi madre sí que es china, pero yo me llamo Tomás. Y ahora —continuó dirigiéndose a Juli—, si no les importa, decídanse acerca del conejo, porque tengo que alimentar a la pitón y ando escaso de ratones y de tiempo.

Enrique llegó a su casa, como cada día. Solía oler a comida, pero ese día debía de ser comida de perro, porque lo que llegó a su nariz se parecía al tufo de los sacos de pienso de las tiendas de animales.

—¿Hola? ¡Ya estoy aquí! ¿Nadie viene a darme un beso? —se refería, por

supuesto a la peque, que solía saltar sobre él cuando regresaba del trabajo. Sin embargo, la casa no estaba vacía, un murmullo de voces llegaba de la cocina.

Colgó el abrigo en el perchero, soltó la cartera y se lanzó a descubrir qué podía ser tan interesante. Abrió la puerta de la cocina, y entonces comprobó que las voces provenían de la galería, la terraza acristalada a la que se accedía desde allí. Se asomó y se asombró, ambas cosas a la vez. Juli y Reme contemplaban absortas una enorme jaula y dentro de ella un conejo blanco de ojos rojos. Y qué conejo. Como para preparar paella para todos los invitados de una boda. Cuando recuperó el habla, carraspeó para delatar su presencia. Ambas, madre e hija, se volvieron con un pequeño sobresalto, no habían escuchado la puerta abrirse ni el saludo paterno.

—¿Qué es eso? —inquirió Enrique.

—Es un conejo, papá, ¿no lo ves?

—Como para no verlo —replicó él—. La pregunta era ¿qué hace aquí un conejo? Creía que ya habíamos hablado acerca de lo de tener mascotas en casa —y le dedicó a su mujer una mirada cargada de reproche.

—Es que la nena se empeñó. Ha sacado muy buenas notas, y le prometimos un premio, si te acuerdas.

—Un premio y un conejo de ocho kilos no son la misma cosa. Los niños normales se conforman con una videoconsola o una bici.

—Vamos, hombre, no te enfades —terció Juli con voz melosa, lo cual enervó más a su marido—. Tampoco es que le demos muchos caprichos. Acordé con ella que podría tener un animal que pudiera cuidar sin tener que sacarlo a pasear por la mañana y por la noche, uno que no arañe. Mi idea no era esta, pero tampoco es para tanto. Se puede quedar aquí, en la galería no hace frío en invierno. Tampoco requiere muchos cuidados.

—Trae suerte —intervino la niña—. Lo dijo el hombre de la tienda. También dijo que no le demos...

—¡Chist! —Interrumpió Juli—. Come pienso, pero también le podemos dar los restos de las verduras, supongo. Y no hay que sacarle a pasear ni va a llenar de pelos los sofás. No nos molestará.

—Relativamente —Enrique se iba enfadando poco a poco—. Un conejo del tamaño de un hipopótamo significa montones y montones de cagarrutas a juego con su ojete, ¿quién se va a ocupar de eso?

Madre e hija se miraron mutuamente y luego miraron al padre.

—Ya veo —Se contestó él mismo—. Y cuando nos vayamos de viaje o de

vacaciones, ¿qué vamos a hacer con él? ¿Eh?

Juli desvió el tema y lo llevó a su terreno. En ese momento y en ese lugar la batalla estaba perdida.

—Mucha gente tiene animales y se las apaña. Macarena, la vecina, también tiene una coneja *belier* y se va de vacaciones como todo el mundo. Ya nos las arreglaremos. Igual nuestro nuevo «nene» se lleva bien con la coneja de la vecina —y soltó una risilla traviesa.

—Ya. Y así en vez de un megaconejo tendremos catorce; ¿y luego?

—Qué tremendo eres, jolín. Vamos, ya tienes la comida preparada. Podemos seguir hablando mientras comes. Reme, tú quédate con el conejo, ¿te parece?

—Se llama Roger, mamá. Ya te lo he dicho.

—¿Roger? —Exclamó Enrique—, ¿ya ha pasado por la pila bautismal y todo?

—El vendedor dijo que traía buena suerte, es una bobada. Vamos dentro, anda —y arrastró a su marido de un brazo hacia el salón y hacia el plato de comida. Ella sabía cómo convencerle.

Reme se dio la vuelta y siguió mirando al conejo recrecido.

—Nos vamos a llevar bien, ¿verdad, Roger? Eres un conejo bueno, no hagas caso de papá. Es un poco exagerado —dijo mientras introducía los dedos entre los barrotes para acariciar al suave animalillo.

El conejo permitió que le sobetearan un poco el lomo e incluso las orejas, dócil. Sin embargo, cuando la mano de la niña se acercó al morro, que se movía nervioso como en cualquier conejo que se precie, abrió la boca y la mordió.

—¡Ay, me has hecho daño! —Reme sacudió la mano y se la miró. Una gota de sangre salía de un pequeña herida—. ¡Qué bruto eres!

Roger relamió el resto de sangre que se había quedado entre sus labios tiritones y sacudió las orejas de gusto. El sabor a sangre activó el retrovirus que una pulga que aún vivía sobre él le había transmitido, con dos efectos secundarios: uno, el inocente animalillo empezó desde entonces a mutar el carácter, el adorable conejo se transformó en una bestia asesina; dos: de un modo imperceptible, su tamaño disminuía poco a poco.

Ni la comida, ni la siesta. Caía la tarde y el malhumor de Enrique iba de mal en peor, como la galerna en el Cantábrico. Juli cantaba, o algo lejanamente similar, en la ducha, y la peque miraba atontada la tele —esa es la

mejor forma de ver la televisión, sin duda— con su dedo vendado.

«Qué pena que los humanos solo aprendamos a golpes», pensó Enrique mientras observaba el dedo de la niña. Había chillado, llorado y moqueado un rato, pero al fin se le había pasado el berrinche. «Eso por acariciar al bicho asqueroso ése —refunfuñó para sus adentros—. Con tal de tocar las pelotas y llevarle la contraria a uno lo único que se le ha ocurrido a esa insensata es traer un animalejo pulgoso a casa». El día había empezado mal ya en el trabajo, pero al volver a casa el asunto estaba alcanzando tintes casi dramáticos. Nada más faltaba, para completar la paella: era su suegra.

Llamaron al timbre. Enrique casi rezaba para sus adentros. No podía tener tan mala suerte. «Todo en un día no, Señor», murmuró mientras iba a abrir, sin acordarse siquiera que no era creyente.

Abrió la puerta y a punto estuvo de cerrarla de nuevo, de un golpe bien fuerte.

—Hombre, doña Encarnación —dijo con toda la sorna que su mala leche le permitió, que fue bastante—, qué extraño verla por aquí a estas horas.

Doña Encarnación, de profesión señorona, vivía en el bloque de al lado. Por más que lo pensaba, no se explicaba cómo su hija se podía haber casado con semejante deficiente mental. Ni era guapo ni —sobre todo— tenía donde caerse muerto. El afecto, desde luego era recíproco. La mujer, compuesta y repeinada como si viniera de misa de a ocho, hizo un esfuerzo por dominarse. «Cada vez que te alteras se te descontrola el Sintrom, Encarni. Relájate y no hagas ni puto caso de este memo», mascó en su cerebro. Respiró hondo y entró en la casa, ignorando a Enrique.

—¿Dónde está mi hija? ¿Y ese amor de nieta que anda por aquí? ¿No vienes a darle un beso a tu *abu*, nena?

Reme llegó, sin prisa ni pausa, con el dedo enarbolado cual capitán Garfio espada en ristre. Se alzó, besó a su abuela y esperó la pregunta obvia.

—¿Pero qué te ha pasado, reina mía? ¿Te has pillado el dedo?

El que contestó fue Enrique.

—No, le ha mordido la fiera que su hija ha tenido a bien comprar esta mañana. Por cierto, está en la ducha. Juli, quiero decir. Debe de estar frotándose bien para sacarse el olor del bicho de encima.

Si las miradas matasen, Enrique había pasado a mejor vida en ese instante. Pero no había peligro, había sobrevivido a ese lance en multitud de ocasiones antes y esa tarde fue una más.

—Tengo un conejo —espetó Reme— ¿vienes a verlo, abuela?

—Claro —respondió doña Encarnación—. Cualquiera cosa será mejor que quedarme aquí mirando la cara de vinagre de tu padre.

Reme corrió hacia la cocina. Enrique bufó.

—Hasta el conejo tiene mejor pinta que una que yo me sé. Una que, dicho sea de paso, vive mil kilómetros demasiado cerca de nosotros.

La mujer se detuvo un segundo antes de seguir el rastro de su nieta.

—Mi hija debía de estar loca, ciega, borracha o algo para caer al lado de un inútil como tú. Aunque llegue a los cien años, no tendrá tiempo suficiente para arrepentirse.

—Aunque YO viva cien años no llegaré a aborrecerla a usted tanto como se merece, so bruja. Es una pena que con tanta desgracia que pasa por el mundo ninguna le haya pillado cerca, coño. Injusta que es la vida. De todas formas no desespere, que con lo patoso e inepto que soy igual un día se me cae un martillo o un destornillador cuando esté arreglando algo y quien sabe...

—No tienes huevos, maricón.

—Mejor no se ponga debajo si me ve subido a una escalera, culebra del demonio.

Entonces sonaron los pasos de Juli en el piso de arriba. Un instante más tarde bajaba la escalera, con el cabello repeinado en un moño alto y perfecto y arreglada como una ejecutiva que va a salir hacia la oficina, «como si alguna vez en su vida hubiera ido a una oficina a trabajar», refunfuñó Enrique en su interior. Se quedó inmóvil y estupefacta un momento, mirando a su marido y a su madre hablando en la entrada de la casa. Algo inaudito, pues no se podían ni ver ni oler.

—Hola, mamá ¿qué hacéis ahí parados? ¿De qué habláis?

Doña Encarnación iba a replicar, pero entonces un grito de espanto se oyó desde la terraza. Era Reme.

—¡Venid, venid! ¡Roger se ha escapado!

Nadie en la familia fue capaz de explicar lo ocurrido después, y después de después. Para ellos fue una catástrofe, para el mundo fue la purga definitiva, el mecanismo para librarse del exceso de población humana. Ni plagas, ni hambrunas, ni guerras. Todo gracias a una simple pulga que vivía en el sobaco de una rata. La rata, a su vez vivía en un laboratorio donde se realizaban experimentos genéticos. El objetivo de estos, irónicamente, era curar enfermedades mortales y mejorar las condiciones de vida humanas. La

rata, inteligente como todas ellas, encontró un resquicio en su jaula y salió por patas de allí, pulga incluida. Demasiado tarde para la primera, pero vivió lo poco que le quedaba de vida libre y feliz. Cuando se encontró de bruces con un gato callejero, la pulga se vio obligada a trasladar su residencia, y así fue mudándose de piso hasta que llegó a uno confortable, tupido y cálido: una frondosa mata de pelo blanco y largo. Allí se instaló de forma indefinida, alimentándose hasta hartarse de la sangre del conejillo al tiempo que le transmitía la enfermedad que portaba, inocuo para los invertebrados como ella, pero altamente peligroso para seres más complejos, digamos un conejo blanco cuyos ojos enrojecieron de un día para otro.

La familia al completo se reunió en la cocina. Reme lloraba por la fuga de su nuevo amor, el conejo. En su mente infantil le veía atrapado debajo de algún mueble, muriéndose poco a poco de hambre, gritando su nombre para hacerla acudir en su rescate. Como en la televisión, ella temía no llegar a tiempo, hallar al bicho convertido en un guiñapo de pellejo y huesos.

—¿Por dónde se ha metido? —inquirió Enrique, que a su vez se veía desmontando todos los muebles de la cocina para sacar al bicho de su escondrijo—. Era muy grande, no cabe en cualquier lado.

—Nooooo... —decía Reme entre hipidos y mocos—. Se había vuelto pequeño de nuevoooooo, como un conejo normaaal...

Enrique miró a la niña y pensó que veía demasiada tele. «No sé a quién ha salido tan fantástica, desde luego ni a su madre ni a mí. Y de la abuela mejor ni hablamos». En ese instante una bola de pelo blanco salió corriendo de detrás del frigorífico y, por debajo del mueble que sostenía el fregadero, se metió a través de una rendija del zócalo que Enrique pensaba arreglar justo ese fin de semana. El hombre actuó rápido e intentó agarrar al bicho, pero erró el viaje y el animal escapó.

—¡La madre que lo trajo! —exclamó—. Es verdad que ha encogido. Si lo no veo no lo creo.

—Hay que sacarlo de ahí —añadió Juli, a quien no se le ocurrió nada más obvio. Ya vislumbraba en su mente al conejo muerto, pudriéndose y lleno de gusanos, con toda la casa oliendo a bicho muerto y, lo peor, tener que limpiar eso con sus propias manos, aunque se pusiera tres pares de guantes. ¡Qué asco!

—No me digas —replicó Enrique—. ¿Y qué sugieres, le ofrecemos una recompensa si sale?

—¡Jolín, que pinchaúvas eres! Le ponemos una zanahoria y cuando tenga

hambre y salga a comer le agarramos.

—Hija mía —Enrique le dio un tono condescendiente a la respuesta—, pareces nueva en el mundo. Lo de que los conejos comen zanahorias es un mito erótico de los setenta. Lo saben hasta los niños de guardería.

—Ya habló el entendido en zanahorias —rezongó doña Encarnación a las espaldas del matrimonio, desde el umbral de la puerta.

Enrique se giró a tal velocidad que a punto estuvo de causar una onda expansiva.

—Mira quién fue a hablar. Una que, lo más parecido a una zanahoria que ha visto en su vida ha sido un melón, y no precisamente entre las piernas de un mozo, sino más bien sobre sus hombros. Sí, ya sé, lo del sargento de artillería fue un accidente, no me lo explique de nuevo.

—¡Juli! —bramó la mujer como una pantera— ¿Vas a permitir que este mequetrefe que te has echado por marido me hable de esa manera?

Juli estuvo a punto de enfrentarse al mequetrefe, pero luego consideró que, de entre los presentes, era el más capacitado para atrapar a la infame bestezuela, y optó por cambiar de estrategia, aunque fuese sólo una vez y sin que sirviera de precedente.

—¡Mamá, esto es una situación de emergencia! Deja de chincar por un rato. Si seguís discutiendo no cogeremos al conejo, y no quiero ni pensar en lo que ocurrirá si se queda atrapado ahí dentro y se muere.

Los sollozos de la niña se tornaron alaridos.

—¡Ahora te pones de su parte, ¿eh?! ¡Mira lo que has conseguido! La niña con tal disgusto que le va a dañar el corazón y yo, pobre anciana, no sé si no me va a dar un síncope también.

Juli, por primera vez en su vida, se exasperó tanto que hubiera jalado a su madre de los pelos y la hubiera arrastrado hasta la puerta de entrada. Pero no lo hizo, había algo más urgente que resolver, así que se limitó a replicar, con muy mala leche:

—¡Cállate, joder! Me estás poniendo tan nerviosa que puedo notar cómo se me resquebraja el esmalte de las uñas.

Estuvieron a punto de llegar a las manos, pero de nuevo el decrecido conejo blanco irrumpió en escena. Salió corriendo por la rendija a través de la cual se había metido tres minutos antes, dispuesto a abandonar la cocina en busca de un lugar menos ruidoso, pero se topó con doña Encarnación. Se detuvo en seco, dubitativo durante un segundo, mientras consideraba otras

opciones. Enrique se lanzó en plancha, pero Roger reaccionó rápido y saltó. El hombre poseía unos reflejos estupendos, alargó la mano y atrapó al animal por una pata.

—¡Te pille! —exclamó victorioso.

El animalillo no estaba por la labor de acabar con la historia ni en aquel lugar ni en aquel momento. Se revolvió, lanzó una dentellada y abrió una buena herida en el dorso de la mano que lo sostenía, mano que se vio forzada a liberar su presa.

—¡Hijo de la grandísima...! —gritó Enrique, mirando la herida.

El bicho, acorralado, no tuvo otra opción que la huida hacia lo alto. De un salto se plantó sobre la placa vitrocerámica. Juli, decidida a terminar de una vez por todas con la zapatiesta, tomó una sartén por el mango y se planteó cambiar de mascota sin perder ni un segundo. Describiendo un amplio arco para imprimir mayor poder destructor al objeto, sentenció al imprudente animalillo. Sin embargo, el mencionado, imprudente pero sin ganas de pasar a mejor vida, saltó de nuevo y aterrizó en el escurrer platos. La sartén se estrelló contra el vidrio de la vitrocerámica, que sonó como una bomba de cuatro megatones antes de resquebrajarse en mil pedazos. Toda la encimera tembló a causa del seísmo, haciendo volcar una cacerola llena de agua que Juli había dejado allí en remojo hasta el día siguiente. El maremoto acabó en una cascada y esta en un charco sobre el suelo. Enrique se arrojó sobre el animalejo, que utilizó su cabeza como resorte para huir de nuevo, mientras el hombre chocaba contra el mueble alto. El reloj de muñeca de Enrique se enganchó en la rejilla de escurrir los platos de manera que el hombre perdió el equilibrio y quedó, con todo su peso, colgando del mueble. Este emitió un suave crujido antes de desprenderse de la pared, rebotar sobre la encimera y caer al suelo con gran estrépito, haciéndose pedazos y llevándose por delante a Juli. Ambos quedaron despatarrados sobre el charco de agua sucia.

Con dos de sus enemigos fuera de combate de momento, Roger adoptó una decisión arriesgada para salvar su suave y blanca piel. Tomó impulso y se lanzó sobre doña Encarnación, quien ni por asomo esperaba semejante ofensiva. Las uñas del animal dibujaron unos surcos paralelos de un lado al otro del rostro de la mujer, tan profundos que incluso atravesaron las siete capas de maquillaje y le hicieron sangrar y gritar desesperada. La ventaja lograda le permitió salir corriendo por el pasillo hasta el salón. Una vez allí oteó un escondite pero, como no encontró ninguno que le satisficiera, subió

saltando las escaleras hacia el piso superior.

El primero en aparecer por el umbral de la puerta tras el descarado conejo fue Enrique, junto a un buen puñado de moratones, arañazos y golpes distribuidos de modo uniforme a lo largo y ancho de su anatomía. Dio un par de pasos, vacilante, y se detuvo en medio del salón, mientras realizaba un rápido escaneo en busca del algún rastro de la bestezuela. Un par de segundos después, cual aparición llegada directamente del otro mundo, Juli entró en escena, descompuesta como jamás antes en su vida. El moño, de usual ordenado pelo por pelo, se había desmadejado, y los mechones caían sobre su rostro formando una maraña que ocultaba a medias el maquillaje corrido y desparramado, en una suerte de borrones multicolores que mezclaban, como un pintor modernista, el rojo del pintalabios, el azul de la sombra de ojos y el negro brillante del rímel. El cuadro se completaba con la ropa desmadejada, la blusa fuera de la falda y una carrera perfilando la media derecha de arriba a abajo. El aspecto no habría resultado del todo dantesco de no ser por el enorme cuchillo que llevaba en la mano, al que Enrique se refería como «el matacochinerero». Se detuvo un segundo para tomar aire antes de bramar:

—¿¿Dónde está ese puto roedooooor??

Enrique ya había acabado la inspección y concluido que el bichejo había huido escaleras arriba. Hizo una seña a su mujer y ambos enfilaron los escalones hasta la planta superior. Tras ellos llegaron doña Encarnación y Reme, que se detuvieron un segundo abajo. La anciana se giró y le dijo a su nieta:

—Esto no es algo que deba contemplar una niña como tú. Puede que lo que ocurra arriba si esos dos rematan la caza del conejo no sea de tu agrado y no puedas olvidarlo en muchos años, así que es mejor que te quedes en la cocina. Mejor pensado, espera en la terraza, así ni verás ni oirás.

La niña, solo de escuchar aquello, tan imaginativa como era, casi pudo ver a su madre, cuchillo en mano, dando alcance al pobre Roger. Cerró los ojos con fuerza intentando bloquear la imagen posterior y corrió de nuevo a la cocina. Salió a la terraza y tiró de la puerta tras de sí. Solo cuando esta se hubo cerrado cayó en la cuenta de que el pestillo estaba echado y no podía abrir desde fuera. «Oh, Dios mío, ahora pasarán horas, quizá días, antes de que se acuerden de mí de nuevo», pensó con la rapidez mental que la caracterizaba. Abrió una de las ventanas correderas, y se asomó. Hacía frío, los vecinos no oirían sus gritos con las ventanas cerradas. Se sentó junto a la

jaula de Roger y se quedó dormida mientras esperaba a que la rescatasen.

Arriba, Enrique y Juli habían inspeccionado ya, tras cerrar todas las puertas para bloquear cualquier intento de huida, la habitación de Reme, el despacho y el cuarto de baño común, sin resultados. Solo quedaba el dormitorio conyugal y el baño interior. Con cautela abrieron la puerta, vigilando el movimiento en las capas inferiores, entraron y encajaron la puerta de nuevo, encerrándose con la bestia. Juli se acercó a la puerta del baño, encendió la luz y echó un ojo dentro: no había muchas posibilidades de camuflarse allí, ni siquiera para un conejo misteriosamente reducido. Tras el examen y posterior cierre de la puerta, miró a Enrique y le indicó por señas la cama, debajo de ella para concretar más.

Él asintió, se arrodilló y se dispuso a levantar el edredón. Si el níveo roedor salía corriendo, lo atraparía. Juli se situó detrás de él, lista para rematar al engendro de ojos rojos.

El engendro, sin embargo, estaba bien decidido a presentar batalla hasta el último minuto de su conejil vida. Apenas el hombre comenzó a levantar el faldón se lanzó contra su rostro, arañándolo y mordiéndolo. Enrique no estaba prevenido contra semejante ataque frontal, fue a incorporarse y chocó contra su mujer. Ella trastabilló unos pasos hacia atrás y se empotró contra el espejo vestidor de cuerpo entero, regalo de bodas de su tía Vicenta. Ambos, mujer y armatoste, cayeron con violencia contra el suelo, con el resultado de uno a cero a favor de Juli: el espejo estalló en un surtidor de vidrio y azogue que se esparció por el suelo del dormitorio, no sin antes tomar venganza en forma de un rosario de cortes en todas las partes visibles —y algunas de las no visibles— de la mujer, que gritó de dolor y frustración. Sin embargo, la adrenalina cumplió su función y se puso en pie de nuevo, dispuesta más que antes a acabar con la pesadilla peluda que había tenido la desgracia de comprar esa misma mañana.

La pesadilla peluda luchaba con Enrique a pata partida. Este sujetaba al enfurecido roedor, mientras pugnaba por salvar los ojos y la mayor porción posible del resto de sí mismo. Roger tomó impulso con los cuartos traseros y consiguió desequilibrar a Enrique. Ambos cayeron sobre la cama justo en el momento en que Juli se erguía de nuevo. Ella atacó con el maxicuchillo y lanzó un tajo dirigido a defenestrar a la indefensa criatura que no la vio venir por la retaguardia. El que sí la vio fue Enrique, por el rabillo del ojo. En una exigua fracción de segundo calculó la trayectoria de la hoja afilada al láser y se vio

guillotinado como Robespierre. Encogió las piernas y detuvo a Juli, empujándola con fuerza hacia atrás. La hoja del cuchillo pasó rozando a Roger, dejando tras de sí una nubecilla de pelos blancos flotando. El astuto conejo saltó fuera de la cama en una maniobra de repliegue y contraataque, y Juli realizó un corto vuelo sin motor que finalizó contra el tocador. El resultado: un nuevo montón de astillas y esquirlas de vidrio.

La puerta se abrió y apareció la figura de doña Encarnación.

—¿Qué es lo que pasa aquí? ¿Necesitáis ayuda para atrapar a un piojoso animal?

El susodicho aprovechó la ocasión y escapó por entre las piernas de la abuela.

—¡Joder, que se nos escapa! —gritó el ser sanguinolento antes conocido como Enrique—. ¡Quítese del medio, coño!

El hombre corrió detrás del animal, pero tropezó en un pliegue de la alfombra, chocó con su apreciada suegra y, en un acto reflejo a medio camino entre evitar la caída de ella o la suya propia, quedaron unidos en un abrazo fatal. El impulso les hizo retroceder hasta la escalera y precipitarse por ella en un amasijo de brazos, piernas, maldiciones y rebotes.

Juli corrió detrás de ellos y llegó a tiempo para contemplar dos cosas: una, los dos cuerpos desmadejados sobre el suelo en la parte de abajo, por fin separados; otra, el conejo saltando al exterior por una ventana que alguien había dejado entreabierta.

Bajó los escalones, con los pies sangrando tras haber perdido las zapatillas, y atendió a su madre.

La niña despertó en la terraza, tomó conciencia de lo desesperado de su situación y abrió de nuevo la ventana corredera del acristalamiento con intención de saltar. Demasiado alto y aún no tenía tanta hambre, de modo que prefirió esperar unas horas más.

Juli, arrodillada, sostenía el cuerpo exangüe de su madre. Esta se las apañó para abrir los ojos, tomar un poco de aire y decir:

—Hija mía, ¿darás un poco de felicidad a esta anciana antes de que exhale su último aliento?

—Claro, mamá, dime.

—¿Mandarás a la mierda a ese puñetero calzonazos y enderezarás por fin tu vida? —y entonces feneció, sin poder llevarse esa pizca de felicidad al otro mundo.

Enrique hizo un intento de responder, pero varias costillas y una clavícula rotas se lo impidieron.

Juli se acordó del chino de pega, mientras le decía: «Conejo especial. Tiene suelte pala ti», y maldijo a todos sus orientales antecesores.

Si hubiera mirado a través de la ventana, habría visto a Roger llegar al extremo del jardín. Allí se encontró con la coneja *belier* de los vecinos, fugada también de un modo misterioso, y juntos cruzaron la calle en dirección al parque de enfrente, decididos a llenar el mundo de gazapos mutantes.

El planeta se llenó de conejos antes de completar su traslación alrededor del sol, y estos heredaron el ansia de sangre de su antecesor común. Antes de que la guerra, el hambre o la superpoblación consiguieran acabar con la especie humana, ciertos roedores de suave pelaje se encargaron de ello. No hubo manera de combatirlos: ni el fuego, ni el veneno ni la mixomatosis consiguieron aplacar su número ni su agresividad. Y ello supuso la extinción de la humanidad antes de que a nadie pudiese descubrir el modo de acabar con la plaga.

LEJOS EN LA PRADERA

Bajo un cielo invernal del color de la galena, los integrantes de los distintos clanes esperaban. Daban patadas en el suelo para entrar en calor y murmuraban alrededor de los fuegos si lo que descargarían aquellas nubes negras sería nieve o agua helada. Los Ancianos, uno de cada clan, llevaban dentro tres largos días, vigilando la correcta celebración de la ceremonia hamblecheyapi, la petición de una Visión. El que se había sometido al ceremonial era Sapo Hablador, un Soñador del clan del Cielo, perteneciente a la tribu de los Nube Clara. Permanecía tumbado sobre una estera, más allá del dolor físico, el hambre o la sed, mientras su espíritu volaba lejos.

—Aún es muy joven —dijo Montaña Azul, uno de los Ancianos—, apenas cuenta con veinte y dos inviernos. Quizás deberíamos hacer algo. Me preocupa el tiempo que lleva así.

—No tan joven como para no superar la prueba —replicó otro—, ya desde una edad temprana fue señalado por su especial capacidad de comunicación con el mundo de los muertos. Además, ahora está hablando con Primer Hombre. No debemos alterar el Poder que se extiende entre nosotros. Nos traería innumerables desgracias. Su vida ya no está en nuestras manos, ya no nos pertenece.

Los clanes se reunían cuatro veces al año, durante los solsticios y los equinoccios, en la Ciudad de los Muertos, donde se erigían túmulos y desniveles en el terreno en cuyo interior reposaban las cenizas de los muertos del año, traídas por los propios familiares en ocasiones desde muy lejos. En esas reuniones los Danzarines bailaban y cantaban en petición de buenas cosechas y salud, se discutía qué terrenos había que roturar y las jefas de cada tribu decidían si cultivar quenopodio, chayote o arándanos, acordaban matrimonios para establecer alianzas entre tribus o simplemente charlaban sobre las novedades de las últimas lunas.

Aquella fría mañana las charlas habían perdido el tono alegre, la tensión se había acumulado en el ambiente durante los tres días que los Ancianos llevaban encerrados dentro de la empalizada que rodeaba el templo, una construcción grande de troncos y ramas cubierta de bálago y corteza de

abedul. Por su chimenea una delgada saeta de humo se clavaba en el cielo. La ceremonia se prolongaba más de lo habitual, y lo inusual del hecho había conseguido que todos los ojos se volviesen nerviosos y con frecuencia en dirección a la edificación que ocupaba un lugar central en la Ciudad de los Muertos. Las murmuraciones se extendieron como el moho en primavera, algo no marchaba bien.

Poco antes del mediodía, la cortina de tela de colores que cubría la puerta del templo se abrió. El primero en salir fue Montaña Azul, el Anciano que representaba al clan de la Tierra, seguido por los representantes de los otros clanes, el del Fuego, el del Agua y, en último lugar, el del Cielo, abuelo del Soñador que había protagonizado la ceremonia.

Las conversaciones, los bailes, la música y los festejos se detuvieron y la gente se arremolinó alrededor de la pequeña comitiva. Montaña Azul, con rostro ceniciento, carraspeó y se dispuso a hablar ante una audiencia inquieta. Su expresión no denotaba la alegría que todos esperaban cada vez que se completaba la Visión de un Soñador. Eso solía reportar buenos augurios para el futuro del clan al que pertenecía, acarreaba prosperidad, buenas cosechas, excelentes negocios si la tribu se dedicaba al trueque, presas abundantes si eran cazadores. Sin embargo, la voz del Anciano se alzó sombría como un trueno.

—La ceremonia se ha completado. Sapo Hablador ha hablado con Primer Hombre y se le ha concedido su Visión.

La multitud contuvo una expresión de júbilo. Aunque la noticia merecía una celebración, Montaña Azul parecía no haber terminado. Sin embargo, las palabras no llegaron. En ese momento, Sapo Hablador salió del templo y se presentó ante los aturcidos espectadores. Caminaba hacia atrás.

El guerrero señaló a la joven. Mediante gestos y las pocas palabras que él y sus hombres habían aprendido durante las casi dos decenas de días que llevaban en la tribu de los Anhinga, en los pantanos del sur, señaló que deseaba incluirla en el trueque. Los Serpiente de Cascabel habían viajado más de dos lunas desde el norte, a lo largo del Padre Agua, cargados con platos de arcilla decorada, cuarzo, carretes de cobre para ornamentar las orejas, mica y diorita, con el objetivo de cambiarlos por conchas, dientes de tiburón, pieles de cocodrilo, plumas de colores y otros enseres. El anciano jefe de la tribu Anhinga gustaba de prolongar el regateo, lo cual, junto con la dificultad de entenderse en diferentes lenguas, había alargado su visita más de lo previsto.

Al final habían conseguido entenderse en lengua mercader, que tanto unos como otros chapurreaban de mala manera. El comercio no era su actividad principal, como en el caso de los Nube Clara.

La joven Garza miró a la matriarca, su abuela, que acompañaba y aconsejaba a su marido durante los trueques y las negociaciones, implorando que no la incluyese a ella en el cambio. La anciana murmuró unas palabras a su marido y este accedió, tras un cruce airado de cuchicheos, a entregar a su joven nieta junto con la promesa de que Puma Sanguinario, pues así se llamaba el joven jefe de los guerreros llegados del norte, la desposaría al regresar a su aldea.

—¡Abuela! —Se quejó ella después a solas— ¿Cómo puedes haberme cambiado como una simple estera?

—Tus obligaciones con el clan son ineludibles, niña —respondió la anciana—. Ningún hombre de la tribu querría como esposa a una joven que se pasa el día pescando y buceando, en lugar de pensar en su matrimonio y su preparación como esposa. No conozco a ningún marido que desee una mujer que sea más hombre que él mismo. Tu compromiso garantiza para nosotros una alianza provechosa con los Serpiente de Cascabel. Nuestro comercio prosperará con unos amigos tan lejanos.

—Pero...

—¡Silencio! —un gesto cortante de la mano de la anciana cortó la réplica—. Irás al norte y te casarás con el joven jefe. Todo el clan saldrá beneficiado, y tú también. He hablado.

Varios días después, Garza se mecía sobre las aguas del río en la proa de una canoa, escoltada, a los lados, por otras dos entre las que se repartían docenas de guerreros que la miraban con lascivia. Estaba segura de que si su futuro marido no hubiera estado presente ya la habrían tomado por la fuerza la primera noche. Su rostro moreno y ovalado, su figura esbelta, su largo pelo recogido en una trenza y sus ojos grandes y oscuros hacían de ella una de las más hermosas jóvenes de la tribu. Puma Sanguinario, por su parte, también había contenido su apetito y la trataba con cierta deferencia a pesar de la brusquedad de sus modos y la aspereza de su lengua.

Esa noche se detuvieron en una isleta en medio del cauce, y ella se alejó un poco del grupo y se sentó en la arena, contemplando el agua negra mientras pensaba que jamás volvería a ver a los suyos.

—Cuando me case con ella —Puma Sanguinario hablaba con sus hombres

alrededor del fuego— y la alianza con los Anhinga sea firme, entonces el comercio de los Nube Clara quedará eclipsado, no en vano su territorio se encuentra entre el nuestro y las tierras de los pantanos. Entonces se verán en una posición desfavorable, atrapados entre tribus aliadas. Y sus tierras serán nuestras, a la fuerza si es necesario. En alguna ocasión antes han resistido nuestro ataque, pero si nuestros nuevos amigos Anhinga unen sus fuerzas a las nuestras, caerán en la batalla.

Una voz se elevó entre el grupo de guerreros. Una voz llena de rencor y odio.

—Yo digo que regresemos a nuestra aldea y traigamos una decena de canoas de guerreros hasta la tribu de los Nube Clara en seguida. ¿Por qué esperar para obtener lo que de todas formas va a ser nuestro? Acabemos con ellos ahora. Los sorprenderemos y no podrán defenderse. Si es preciso los mataremos a todos —el que habló fue Tres Calaveras, cuyo nombre hacía honor a los cráneos humanos que colgaban de su cinturón.

—Puede que lo hagamos así —dijo Puma Sanguinario después de meditarlo unos momentos. Había suficientes guerreros entre los Serpiente de Cascabel como para doblegar a sus enemigos—. Lo pensaré y lo hablaré con los ancianos de la tribu. Aún nos quedan muchas jornadas de viaje.

Un murmullo de aprobación flotó sobre el grupo mientras Garza se preguntaba qué sería eso que tanto parecía satisfacer a su compañía forzada. Esa noche, y las siguientes, durmió inquieta, arrebujaada en una manta dentro de una de las canoas.

En una de las cabañas que servían para alojar a los visitantes de la Ciudad de los Muertos, permanecía Noche Estrellada a cuidar a su abuela, Caña Cantarina. La matriarca de los Nube Clara había enfermado durante el viaje desde su aldea, y tiritaba debajo de las pieles a pesar del fuego encendido no lejos de su lecho. Cantaron, danzaron y presentaron ofrendas a los Espíritus, todo a cambio de una mejoría escasa. La joven había preparado una bebida a base de hierbas medicinales, cuyo conocimiento le fue transmitido por parte de la enferma desde su niñez, pero apenas si había conseguido que tragara un par de sorbos.

A través de la cortina que hacía las veces de puerta le llegaba la algarabía de los festejos que se celebraban en el exterior, pero la preocupación la había mantenido amarrada junto a la anciana. Sabía, por los otros miembros de la tribu, lo que estaba ocurriendo en el templo, la inquietud que flotaba en el

ambiente a causa de la prolongada ceremonia. Sapo Hablador siempre había sido algo raro, un muchacho despistado y flacucho que vagaba solo por la aldea. A veces desaparecía durante varios días y luego regresaba como si el tiempo no hubiera transcurrido para él. Se acercaba a la casa del clan y preguntaba si ya estaba preparada la comida, pues le rugía el estómago. Entonces todos se quedaban mirándole y Montaña Azul solía decir con solemnidad: «Ese chico es especial. El Poder se siente a su alrededor». Si alguien le preguntaba dónde había estado, él miraba extrañado y respondía: «Sólo he estado dando un paseo por el bosque, cerca del río». Con el paso de las estaciones cada uno de los habitantes de la aldea había aceptado su rareza y sabía que era cuestión de tiempo que acudiese a pedir el Sueño. Ese día había llegado, pero al parecer las cosas no estaban transcurriendo de la forma habitual.

El bullicio fuera de la cabaña se detuvo de súbito, como si el viento helado del norte se lo hubiera llevado todo. Caña Cantarina abrió mucho los ojos sin previo aviso, con una expresión asustada. Pequeña Flor, la hija de Noche Estrellada, entró corriendo por la puerta, dejando entrar una corriente de aire frío. Era muy alta y espabilada para sus cinco primaveras. La abuela a veces la observaba y movía la cabeza sonriendo. «Será una jefa magnífica. Lo lleva en la sangre».

—¡Mamá, ya han salido! —dijo casi sin aliento.

—¿Han salido? ¿Quiénes? —respondió ella, aunque de inmediato supo a quién se refería la pequeña.

—¡Los Ancianos! —Replicó la niña—. ¡Y Sapo Hablador! ¡Ya han abandonado el templo!

Antes de que Noche Estrellada pudiese preguntar, la abuela se incorporó. La enfermedad había cesado tan bruscamente como llegó. Haciendo gala de una energía insólita hasta en alguien tan activo como ella, se puso en pie y agarró un abrigo de pieles que colgaba de un gancho tallado en asta de ciervo y colocado en la pared. Se arrojó con él y se dispuso a salir.

—¡Abuela, aún no te has recuperado! —protestó Noche Estrellada.

—¡Algo terrible ha tenido lugar! —La mujer parecía aterrorizada de verdad— ¡Acompañadme, me necesitan!

Los ancianos de los clanes acompañaron al Soñador a la casa común, seguidos por una nube de curiosos que no cesaba de murmurar acerca del extraño comportamiento del visionario. La casa común consistía en una

construcción oblonga de treinta pasos de largo por casi otros tantos de ancho. Su interior se dividía en dos estancias comunicadas por un estrecho pasillo. La primera, la sala de visitas y de reuniones, ocupaba algo más de la mitad de la casa. El interior, umbrío, estaba presidido por una hoguera alrededor de la cual se sentaban hombres y mujeres por orden de influencia y de edad. Algunos bancos se apoyaban junto a las paredes y en un lado se hallaba un horno de tierra, donde las mujeres cocinaban pastelillos de pescado y de quenopodio. La segunda sala, al fondo de la casa, era más reducida y oscura, y era utilizada por los ancianos para hacer ofrendas a los ancestros y celebrar los rituales.

El primero en entrar fue el Soñador, que se sentó de cara a la pared, en contra de lo usual. Los ancianos también tomaron asiento cerca de él, pero vueltos hacia la gente. Los siguientes en acomodarse fueron los jefes de las tribus o las ancianas matriarcas, cuya importancia en las alianzas entre clanes era vital para la armonía entre ellos y cuyo rango era igual e incluso más importante que el de sus maridos o hijos. El resto de la gente que cupo en la casa se apretaba como podía en la parte de atrás, ansiosa por enterarse de los detalles.

El murmullo cesó. El anciano Cielo tomó la palabra.

—El Soñador ha tenido su visión —afirmó con solemnidad—. Ha hablado con Primer Hombre y este le ha revelado en su sueño hechos futuros de gran importancia para todos los clanes del valle, en especial para los Nube Clara, su tribu.

—Te equivocas —replicó Sapo Hablador sin volverse—. Yo no sé nada. No he visto nada en mi sueño, y la tribu no corre peligro alguno.

Los asistentes se removieron, incómodos por el extraño comportamiento del Soñador. Replicar de tal modo a un anciano era un hecho insólito, pues no sólo eran los más sabios y experimentados, sino que también se encargaban del cuidado de los espíritus de los ancestros y de dirigir los rituales y las oraciones. Sin embargo, ninguno de los cuatro ancianos se inmutó. Montaña Azul se dirigió hacia Sapo Hablador, dejando boquiabiertos a los asistentes, que se apretaban dentro de la casa para no perderse detalle.

—Por supuesto, Soñador. Ahora puedes seguir mirando a la pared, si es lo que deseas.

Sapo Hablador hizo exactamente lo contrario: se giró y se sentó de cara al asombrado grupo. Sus ojos se movían y daba vueltas como si estuvieran

sueltos dentro de las órbitas, sus facciones permanecían inexpresivas, ausentes. El murmullo se elevó en la sala. Ese no era el comportamiento esperado de alguien tan poderoso como un Soñador. Cuando un hombre entraba en contacto con el Poder, irradiaba un aura de sabiduría y de fuerza que en nada se asemejaba a aquel guiñapo flacucho y despistado.

—Primer Hombre no me ha revelado nada en absoluto. No quiero que me llevéis a la aldea, ni tampoco hablar con Caña Cantarina ni con Rostro Negro. Y todo esto no corre ninguna prisa, no tiene que ser hoy.

Aunque el rumor de que el Soñador había perdido el juicio flotaba y sobre la sala, el anciano Tierra acalló los susurros y habló con una voz tan potente e inesperada en alguien de su edad que el silencio fue absoluto.

—Sapo Hablador ha sido tocado por el Poder. Su visión ha sido tan intensa que dice lo contrario de lo que en realidad quiere decir. Esto ya ha ocurrido en más ocasiones. Los Soñadores así señalados son los que reciben las visiones más claras, y también los que mejor suerte traen a la tribu. Hemos de acompañarle hasta su aldea con urgencia. Algo grave está a punto de ocurrir. Démonos prisa. Si estoy en lo cierto, hemos de evitar una catástrofe.

La reunión se disolvió con rapidez. Al salir de la casa, los ancianos tropezaron con Caña Cantarina, que llegaba acompañada de su nieta.

—Abuela, prepárate. Regresamos a la aldea. Sapo Hablador quiere hablar contigo allí. Y con Rostro Negro, que quedó montando guardia en nuestra ausencia. Es urgente.

Rostro Negro era el mayor guerrero que en muchas generaciones habían tenido los Nube Clara. Su nombre se debía a las quemaduras sufridas durante un incendio en la casa del clan, unos veranos atrás.

La anciana los vio alejarse con celeridad. Iba a regresar sobre sus pasos cuando Sapo Hablador apareció por la cortina que hacía de puerta de la casa. El Soñador se detuvo y su mirada se enfocó durante unos instantes. En ese momento de lucidez se quedó mirando a la pequeña asustada y agarrada a las faldas de Caña Cantarina. La señaló con el dedo antes de decir:

—Tú también vendrás. Te vi en mi sueño.

Después su mirada se nubló y se alejó en pos de los ancianos.

Los actos del solsticio se suspendieron antes de lo habitual, y cada clan retornó a su poblado, unos decepcionados por el final abrupto de los festejos, otros inquietos por la ominosa predicción de Sapo Hablador.

—Ya está bien de permanecer en la canoa como un fardo inútil —dijo

Puma Sanguinario un día—. Cocinarás para nosotros y transportarás las mantas de todos a partir de ahora. Así te irás haciendo a la idea de tu papel como mujer una vez llegemos a la aldea. Los tiempos de pescar caimanes o salir en canoa por tu cuenta han quedado atrás. De ahora en adelante te comportarás como una más de las mujeres de los Serpiente de Cascabel. Me obedecerás y me satisfarás cuando yo lo precise. Y nada de fingir malestares para justificar tu pereza o serás castigada. Somos una tribu guerrera, olvida a tus blandos Anhinga.

Desde ese día, Garza cocinaba lo que los guerreros de su flamante marido en ciernes cazaban o pescaban cuando tocaban tierra para hacer noche. Ella recogía hierbas aromáticas para el guiso, siempre bajo la estrecha vigilancia de algún guerrero. Hasta para aliviar sus necesidades tenía que ir acompañada. «De ese modo evitaremos que huyas», le había advertido el jefe de la tribu, «veo de qué manera miras hacia el sur, hacia tu ya lejana tierra. Si se te ocurre escapar, te encontraremos. Y entonces, desearás estar ya en el mundo de los Muertos». A ella no le daba vergüenza que la estuvieran observando mientras aflojaba el vientre o la vejiga, había pasado largas temporadas en canoas durante las partidas de pesca. Lo que la molestaba era la insinuación constante de los guerreros. No se habían atrevido a más por temor a Puma Sanguinario, pero se levantaban el taparrabo y se meneaban el pene, invitándola a compartir las mantas con ellos. «Soy bueno, te haré feliz», le había insinuado un día entre risas Tres Calaveras mientras la acompañaba en busca de vegetales para aderezar la comida. Ella se había apresurado a regresar al campamento, y cuando Puma Sanguinario la vio llegar debió de imaginar algo por la expresión con la que miró a Tres Calaveras.

Una noche, mientras dormía acurrucada dentro de una de las canoas, notó que la empujaban. Abrió los ojos y vio la cara de Puma Sanguinario. El temor se le agarró al estómago, pero no contestó. No fue necesario, él no le dio tiempo.

—Ya es hora de que te comportes como una esposa. Baja de la canoa.

—Lo correcto sería que esperes hasta después de celebrado el matrimonio —espetó ella—. En mi pueblo, la costumbre cuando un hombre y una mujer acuerdan su unión...

—He dicho que bajes de la canoa —gruñó él agarrando el cabello de Garza y arrastrándola a la orilla arenosa—. Y ya te advertí que debes obedecerme sin replicar. Vamos.

Garza trató de resistir, si bien sabía que no podía hacer nada.

—¡Déjame! Un marido debe tratar bien a su esposa.

—Ya no estás con los tuyos. Ahora te someterás a mis necesidades. Así será tu vida desde ahora.

—¡Eso ya lo veremos! —gritó ella forcejeando para intentar soltarse.

Un puñetazo en la cara acabó con la discusión. Garza cayó despatarrada en la arena húmeda, confundida por el golpe inesperado. El hombre aprovechó el momento y le retorció el brazo a la espalda, la obligó a volverse y se arrodilló, obligándola a abrir las piernas. La cara de la mujer quedó contra el suelo, el rostro pegado a la arena. Él le subió las faldas del vestido y la penetró con fuerza. Un dolor lacerante la desgarró cuando él comenzó a empujar y resollar, pero no pudo gritar porque la arena se le metía por la boca y la nariz con las arremetidas. Sentía su peso sobre ella, se asfixiaba contra el suelo, se desesperaba por inhalar un poco de aire. Durante un corto tiempo que se le hizo eterno, suplicó para que todo aquello terminase de una vez, para que él se saciase y la dejase en paz. Poco después la respiración de Puma Sanguinario se aceleró, sus músculos se tensaron y se vació dentro de ella. Un instante más tarde, se dejó caer sobre la arena a su lado.

La impotencia y la furia de Garza eran mucho más intensas que su dolor físico. La humillación le impedía pensar en su mejilla ajada y su ojo amoratado, ambos hinchándose y adquiriendo un color oscuro e insano. Entonces él dijo:

—Ahora, quizás alguno de los muchachos quiera jugar un poco también.

Garza, durante un instante, se imaginó forzada por las dos decenas de hombres que conformaban la expedición. La imagen de una vida futura así la llevó a tomar una determinación. Prefería reunirse con los antepasados ya. En el mundo de los Muertos estaría mejor que en esta parte. Estiró un brazo y tanteó. Su mano dio con algo. Palpó la rama, larga y gruesa como el brazo de un hombre, y la agarró con fuerza. Impulsándose con todo su cuerpo, la elevó y la estampó en la cabeza de Puma Sanguinario. No supo si el crujido fue emitido por la madera al romperse o por el cráneo del hombre, pero tampoco le importó. Si le había matado, la perseguirían hasta encontrarla y entonces tendría la peor de las muertes. Si no lo había matado, en ningún lugar del mundo estaría a salvo de su furia y su sed de venganza. Ya daba igual. Soltó el trozo de rama que colgaba de su mano y corrió. Tan rápido como sus piernas le permitieron se internó en el bosque. No se detuvo en toda la noche; de ese

modo, al alba se encontraría lejos, dispondría de una pequeña ventaja sobre ellos.

Mientras las ramas de los arbustos arañaban sus brazos, piernas y rostro, no se dio cuenta de que sangraba por la entrepierna, dejando un rastro inconfundible para sus perseguidores.

Cuando las canoas salieron del cauce del Padre Agua y se deslizaron sobre la orilla, en el pueblo de os Nube Clara, Rostro Negro ya los esperaba con impaciencia. Las noticias se deslizaban con más celeridad que las embarcaciones por el curso del río. El primero en saltar a tierra fue Sapo Hablador, quien echó a correr como si hubiera perdido el juicio y luego regresó sobre sus pasos hasta quedar al lado del guerrero. Era este un hombre descomunal, una cabeza más alto que el más alto de la tribu, de anchas espaldas, hecho que le confería una envergadura capaz de atemorizar a cualquiera. El entrenamiento y la disciplina habían marcado las fibras de sus músculos hasta el punto de que daba la impresión de que iban a desgarrar la piel de un momento a otro. Su rostro, deformado por las quemaduras, aterrorizaba a los chiquillos cuando cruzaba el pueblo. Colgados al cinto iban su cuchillo y su *atlatl*, arma tallada en asta de ciervo que permitía lanzar flechas con una potencia extraordinaria. Estas últimas, de madera de arce con punta metálica, colgaban a su espalda. Se decía que el hombre poseía tal fuerza que en una ocasión había atravesado a un oso con una de ellas. También llevaba su garrote de guerra, una pieza de nogal con punta de piedra y púas de cobre incrustadas en la madera. Nadie sabía a ciencia cierta cuántas muertes había causado, pero todos procuraban guardar una distancia prudente con el arma y una actitud respetuosa hacia su dueño.

Sapo Hablador le miró con ojos desenfocados, suspiró y dijo:

—¡Justo la última persona a quien deseaba ver! ¡El más feo y pusilánime de todos los guerreros! No quisiera tener que depender de ti en ninguna ocasión.

Rostro Negro se quedó desconcertado un segundo. El muchacho había cambiado tras su visita a la Ciudad de los Muertos. Le habían dicho que había tenido su Visión, que ahora era un Soñador, pero él esperaba otra cosa, no un idiota. Abrió la boca para decir algo pero Caña Cantarina le dedicó un gesto tajante: «Ni se te ocurra» decían los ojos arrugados de la abuela.

El Soñador siguió dando brincos hacia la casa del clan, seguido por la pequeña comitiva. Algunos llevaron sus enseres hasta sus hogares, pero la

mayoría o bien entró en la gran cabaña o se quedó fuera, expectante. Hasta el niño más pequeño de la tribu era consciente de lo importante que iba a ser la reunión que tendría lugar en el interior.

Una vez dentro, la gente rodeó a Sapo Hablador, que se acuclilló cerca del fuego. Rostro Negro recibió un veloz resumen, por parte de Montaña Azul, de lo acontecido en la Ciudad de los Muertos. Cuando ambos entraron en la casa del clan, y a pesar de que no cabía ni una brizna de paja, se abrió un pasillo que les permitió acercarse hasta el Soñador. El anciano pensó que le facilitaban el paso por respeto a su rango, pero luego cayó en la cuenta, con cierta decepción, de que el temor que todos experimentaban por la proximidad de Rostro Negro también había tenido algo que ver. Nadie deseaba verse pisoteado, apartado a golpes o ser el centro del mal humor y la ira del guerrero.

El joven Soñador levantó los brazos en un gesto que nadie comprendió, miró en derredor, pareció adquirir conciencia de donde estaba, y los murmullos cesaron. Con una voz clara y un tono diferente al delirante que acababa de usar, proclamó con voz serena y poderosa:

—He tenido un Sueño —afirmó—. En él estaba la Montaña. He de llegar allí, a la cueva que hay cerca de la cima. De lo contrario, nuestro pueblo sucumbirá. Pero en mi Visión no estoy solo, no por miedo, sino porque Primer Hombre así lo ha determinado. Tú —señaló a Pequeña Flor— vendrás conmigo.

Un murmullo apagado recorrió la sala como el viento del norte sacude la hierba de la pradera durante el frío invierno. La niña, lejos de acobardarse por ser el centro de todas las miradas, asintió con la cabeza igual que hubiera hecho un adulto. Su abuela fue la única que osó levantar la voz sin solicitar el turno, aprovechando su condición y su rango en la tribu.

—Solo es una niña pequeña —objetó Caña Cantarina—. Todos conocemos el poder que te ha sido conferido, y no pretendo censurar tus palabras, pero es posible que tu sueño no fuese claro.

—Lo fue —reiteró el joven—. Ella estaba allí. Su presencia es tan importante como la mía. Más incluso. La Visión no tendrá éxito salvo que ella venga. Es imprescindible.

Noche Estrellada no pudo contenerse. Sabía que no era quien para oponerse a los dictados de un Soñador, pero aquello le pareció excesivo.

—Es un viaje largo y peligroso —sentenció con rotundidad mientras los

rostros se volvían hacia ella—. Mi hija es demasiado pequeña. Iré yo en su lugar.

Sapo hablador desechó la idea con un gesto de la mano.

—Primer Hombre me lo mostró todo. Tú no tienes lugar en este viaje.

—¿Y yo? —Interrumpió Caña Cantarina— ¿Puedo ir yo? Dudo que una anciana interfiera en tus premoniciones. Yo llevaré a la pequeña.

Sapo Hablador miró al techo ennegrecido por el humo y lo recorrió de un lado a otro como si siguiera los pasos de alguna atrevida araña. Sin bajar la vista, asintió. Después se golpeó a un lado de la cabeza e introdujo un dedo por uno de los oídos. Los susurros en voz baja recorrieron varias veces al gentío sentado antes de que el hombre elevara la voz.

—Vendrás. Saldremos mañana mismo. Ya hemos perdido demasiado tiempo.

El bastón de Montaña Azul golpeó el trasero de Rostro Negro. Este se volvió, furioso, pero la mirada severa del anciano le detuvo. Un nuevo golpe de bastón le apremió a decir algo, pero el guerrero no entendía el significado de los gestos del anciano. Finalmente, este le propinó una patada en una espinilla. De haberse tratado de otra persona, no habría salido sana y salva de la casa, pero el guerrero contuvo su ira. Montaña Azul doblaba la cabeza en dirección al Soñador, pero como Rostro Negro no decía nada, al final fue él mismo quien tomó la palabra.

—Rostro Negro se ofrece voluntario para protegeros a los tres durante el camino. Acaba de decírmelo.

La cordura abandonó el semblante de Sapo Hablador. Sus ojos volvieron a girar sin control, su vista se desenfocó una vez más.

—¡No! ¡Ese cobarde tampoco vendrá! ¡Ni siquiera quería venir a verle para decirle nada!

Si hubiera podido saltar sobre la gente sin lastimar a nadie, el guerrero habría machacado la cabeza del famélico joven. En su lugar asintió y guardó silencio. Montaña Azul sonrió, satisfecho.

—Perfecto. El Soñador ha dado su visto bueno. Ahora podemos estar tranquilos. Todos harán el viaje seguros.

Se detuvo apenas lo suficiente para vaciar la vejiga y seguir corriendo hacia el sur. Una voz lejana le martilleaba en la cabeza, le decía que había perdido el juicio. Jamás podría regresar a su hogar antes de ser atrapada por los Serpiente de Cascabel. Ellos eran más, disponían de canoas para avanzar

por el río y de experiencia sobrada para seguir un rastro. Y si llegaba a su aldea, ¿Qué haría? ¿Cómo reaccionarían sus parientes ante el deshonor que suponía lo que acababa de hacer? ¿La devolverían a su futuro marido de nuevo? ¿La repudiarían? Todo daba vueltas en su mente, se mezclaba y resultaba casi imposible resistir la tentación de rendirse, dejarse atrapar y morir de una vez. Quizás sólo estaba prolongando el momento de enfrentarse con lo inevitable, pero era una cazadora Anhinga, orgullosa y valiente. Darse por vencida no entraba en sus planes, nunca antes había sido así y no permitiría que eso ocurriera hasta el momento de expirar su último hálito.

Antes de proseguir su huida desesperada hacia ninguna parte, olisqueó la brisa. Le pareció que arrastraba trazas del áspero olor de los Serpiente de Cascabel, pero también se mezclaba otro rastro, diferente y desconcertante. No pertenecía a ningún animal, al menos no a uno que ella pudiera reconocer, ni tampoco era vegetal. Echó a correr de nuevo, sin dedicarle demasiado tiempo a sus sensaciones. Cada instante contaba, prefería caer en las garras de algún monstruo de las tierras del norte que en manos de los guerreros de Puma Sanguinario. Un escalofrío la sacudió al imaginar lo que harían con ella.

El viento cambió de dirección, pero Garza se encontraba tan exhausta que bajó la guardia. No fue durante mucho tiempo; suficiente, sin embargo, para que la presa no se percatase de que el depredador se le echaba encima. Al tomar un recodo del río por entre unos árboles, de repente se vio arrojada contra el tronco de uno de ellos. El golpe, de tan brusco e inesperado, la dejó sin respiración. Un peso se le echó encima, caliente y sudoroso; le impedía moverse o escapar. Una mano le agarró el rostro con fuerza, le hacía daño.

—¿Dónde pensabas que ibas? —el aliento asqueroso de Tres Calaveras inundó sus fosas nasales y su boca abierta, llegando hasta la garganta— ¿De verdad creías que escaparías? No hay mujer capaz de despistar a los Serpiente de Cascabel.

Garza abrió los ojos. El rostro del hombre estaba muy cerca del suyo. Por el rabillo del ojo, a pesar del escaso ángulo de visión que el cuerpo del guerrero le dejaba, le pareció ver otras dos o tres siluetas.

Ella no replicó. Bastante tenía con respirar bajo el peso asfixiante del hombre.

—Me temo que ahora que te hemos capturado tendremos que devolverte a tu dueño legítimo —babeó él—. ¿No os parece, muchachos? Puma Sanguinario decidirá qué hacer contigo, eres de su propiedad y puede que sea

condescendiente —rió entre dientes—. Puede que incluso te permita vivir como su esclava.

Unos murmullos corearon las palabras de Tres Calaveras. Él los acalló con una mano antes de continuar con su perorata.

—Nuestra obligación es devolverte —se apretó contra ella, y Garza pudo sentir su dureza y su deseo—, pero eso no significa que antes no podamos jugar un poco. No será difícil convencerle de que opusiste resistencia. Eso sería lo normal en una hembra valiente como tú, ¿verdad?

Los otros rieron, complacidos con la idea. Tres Calaveras restregó su cuerpo contra el de Garza, anticipando el gozo que le esperaba. Ella, a pesar de que tenía la garganta y la boca secas, se las arregló para lanzar un escupitajo en la cara del guerrero. Un pestañeo después se encontró tirada en medio de la hojarasca tras recibir un tremendo golpe en el mismo lado de la cara en el que Puma Sanguinario le propinase otro no mucho tiempo antes. «El cielo ha estallado sobre la tierra»; esa fue la sensación que el dolor lacerante despertó dentro de Garza.

—¡Maldita mujer! —bramó Tres Calaveras entre dientes mientras enjugaba la saliva de su cara—. Desde el momento en que puse el ojo en ti supe que solo nos traerías problemas. Se lo advertí a Puma Sanguinario: «Puedes tener las mujeres que te plazca, pero esa no es buena hembra». Sin embargo, insistió una y otra vez, no conozco el motivo del encaprichamiento, quizás alguien de tu tribu o tú misma lanzastéis un hechizo para atraparlo, y mira dónde nos ha traído tu presencia. Él se encargará de darte tu merecido, si bien antes tomaré un poco de lo que me he ganado.

El guerrero se arrodilló entre las piernas de Garza y se aseguró de reducir la resistencia de ella mediante una retahíla de puñetazos y golpes. Finalmente, le arrancó el vestido y se dispuso a cumplir su amenaza.

Garza tenía el ojo definitivamente cerrado por la hinchazón, cada rincón de su cuerpo palpitaba magullado. Se dio cuenta de que al fin había llegado el momento, no serviría de nada seguir resistiendo. Dispuesta a aceptar lo inevitable, dejó de pelear, morder y arañar. Sin embargo, cuando Tres Calaveras se inclinó sobre ella, ya resignada, algo extraño sucedió a su alrededor. Los pájaros callaron, las hojas de los árboles cesaron en su baile con la brisa. Solo el rumor de la corriente del Padre Agua permaneció. El aire a su alrededor se tensó de repente. Tres Calaveras adoptó una postura extraña, quedó inmóvil durante un instante y cayó sobre ella como un fardo, un peso

muerto. Cuando abrió el ojo bueno, vio una flecha atravesada de lado a lado en el cuello del guerrero. La sangre manaba con abundancia y goteaba sobre ella. Una especie de caos estalló entre los hombres que aguardaban su turno. Al carecer de ángulo de visión, no pudo apreciar más que sombras en movimiento, gruñidos de dolor semejantes a los emitidos al quedarse sin aire cuando te dan un golpe en el estómago. Lucha. Crujido de huesos. Una sombra rápida, ágil, se movía entre las figuras de los guerreros Serpiente de Cascabel. Sonó un golpe sordo, luego otro y otro más, una cadencia parecida a la de las mujeres de la tribu cuando sacudían las mantas con una vara gruesa para librarlas del hollín y de la tierra acumulada dentro de las cabañas, pero en este caso lo aporreado no eran las pieles de los animales, sino las de los guerreros. Confusa, por el rabillo del ojo bueno pudo apreciar cómo la sombra saltaba de un lado a otro sin emitir sonido alguno, solo danzaba y golpeaba, arrancando gritos, quejidos apagados. Ella no tenía suficiente campo de visión para contemplar la elegancia con que la sombra trazaba arcos con su cuchillo, salpicando el suelo y las ramas cercanas con pequeñas gotas de color carmesí. Fue privada de deleitarse ante el espectáculo que hubiera supuesto para ella ver cómo las cabezas eran aplastadas, las costillas eran quebradas y los torsos hundidos bajo el mortífero garrote de esquiras metálicas. No pudo alegrarse al pensar en la manera como los guerreros, los mismos que habían estado a punto de tomarla por la fuerza, se ahogaban con sus propios dientes arrancados a puñetazos, patadas y codazos. Lo único que pudo constatar fue que, en menos tiempo del que tarda un conejo en esconderse en su madriguera, el aire se llenó con el olor de la sangre que flotaba a su alrededor. El baile cesó, el barullo desapareció. Del mismo modo súbito en que el tumulto había comenzado se detuvo. El cuerpo de Tres Calaveras desapareció de encima de ella, como si pudiera volar después de muerto. En su lugar, una figura enorme y oscura, salida de una pesadilla, la contemplaba.

—Veo que estás viva —chapurreó en la lengua de los mercaderes—. Es una suerte para ti que haya venido al río a pescar algo para la cena. Supongo que puedes caminar —sin previo aviso, la puso en pie sin esfuerzo, como si fuese una muñeca de paja—. Toma, cúbrete —dijo mientras se despojaba de su camisa y se la entregaba. Le quedaba tan grande como un vestido, pero lo único que acertó a decir fue el esbozo de un agradecimiento. Miró a su alrededor. Los cuerpos rotos y ensangrentados de los Serpiente de Cascabel yacían sobre el suelo. Se fijó con más detalle en el gigante. Su rostro era

deforme, severo, pero la había tratado con amabilidad y la había salvado de una muerte segura.

—Ven conmigo —espetó él—. Caña Cantarina sabrá qué hacer contigo. Ella o el loco —añadió mientras arrojaba los cuerpos al río.

—Espera —dijo Garza—. Me has salvado de una muerte cierta. Nunca podré saldar esa deuda contigo. Mi nombre es Garza, pertenezco al clan de los Anhinga, en los pantanos del sur, muy lejos de aquí. ¿Puedo saber tu nombre?

—Supongo que sí. Me llamo Rostro Negro. Ahora voy a pescar algo o esta noche no cenaremos.

Puma Sanguinario y sus hombres esperaban impacientes el regreso de la partida de «caza». Si algo caracterizaba a su clan era la pericia en el rastreo y la captura de piezas y de enemigos. Le costaba creer que cuatro de sus guerreros llevasen fuera dos días enteros y aún no hubiesen regresado con la mujer. Sin pensarlo se palpó la cabeza en el lugar donde había recibido el golpe. En él se abría una brecha de un tamaño y profundidad considerables. Maldijo una vez más, a ella y a todos sus parientes. Les deseó todas las calamidades que pudo imaginar mientras daba vueltas, impotente, en la orilla donde habían acampado, solo para pasar la noche. Eso había sido dos noches atrás. La noche en que ella le había abierto la cabeza. Su futura esposa, una simple mujer se había atrevido no ya a rebelarse contra su marido. Había golpeado al mismísimo jefe de los Serpiente de Cascabel. Cuando la tuviera cerca, antes de abrirle la barriga como a un jabalí y meter sus tripas en agua hirviendo para contemplar como agonizaba, tanto él como sus hombres dispondrían de un poco de diversión. No iban a desperdiciar una hembra como aquella sin antes saciarse.

—Si no vienen iremos nosotros a buscarlos —determinó en voz alta—. Tres Calaveras me ha decepcionado por su incompetencia. Preparaos. Salimos de inmediato.

Dos de los guerreros se quedaron vigilando las canoas. El resto partió tras los pasos de la avanzadilla que enviaron en busca de Garza. No tardaron en encontrar las huellas y las marcas dejadas en el suelo y en la vegetación, ni en llegar al lugar donde los Serpiente de Cascabel habían dado alcance a la mujer. Solo que allí no estaban ni sus hombres ni ella. Tan solo la evidencia de algún tipo de pelea, manchas de sangre por todas partes, cabello humano arranchado a mechones, arbustos aplastados y ramas partidas. Y algo más. La presencia de alguien más en aquel lugar. Si sus guerreros no habían vuelto era

evidente que les había ocurrido algo, y ese rastro diferente tenía, con total seguridad, mucho que ver con ello.

—Solo hay una manera de saber quién o quienes se toparon con los nuestros —dijo—. Acabemos lo que hemos empezado.

De nuevo encauzaron sus pasos tras esas nuevas huellas. Parecían pertenecer a dos personas. Una era Garza, y la otra... a Puma Sanguinario le costaba imaginar cómo era posible que un solo hombre hubiera reducido a cuatro de sus mejores guerreros. Ansiaba encontrarlos aunque fuese solo para satisfacer su curiosidad, salir de esa duda.

La noche cayó y tuvieron que detenerse, aún en contra de sus planes, debido a que el cielo estaba cubierto de nubes que ocultaban la luna. Casi no había amanecido cuando retomaron la marcha. No les llevó muchas horas distinguir, lejos en la llanura, un delgado hilo de humo que se elevaba hacia el cielo encapotado. A una señal suya, los hombres se agazaparon entre el herbazal y se acercaron sigilosos, hacia el enemigo.

Caña Cantarina aplicaba un ungüento sobre el rostro de Garza. Llevaba en la bolsa sus hierbas sanadoras, machacadas y mezcladas según la sabiduría que le había sido transmitida a través de las generaciones. Ella misma hacía lo propio con Pequeña Flor a pesar de la corta edad de la niña. La pequeña escuchaba las explicaciones atenta y guardaba en su memoria cada detalle.

Acamparon para que la anciana y la nieta descansaran un poco de la caminata, a pesar de que ambas afirmaban no estar cansadas. Se sentaron al lado de un riachuelo de agua clara, helada por ser invierno. Sapo Hablador brincaba y correteaba tras una mariposa mientras Rostro Negro le contemplaba con expresión iracunda. El guerrero ya había manifestado en varias ocasiones las ganas que tenía de «aplantar el cráneo a ese idiota».

Garza no se quejaba, si bien la anciana sabía que tantas magulladuras debían dolerle muchísimo.

—Estás loca, niña. Te has buscado un buen problema con esos Serpiente de Cascabel. Siempre han sido una tribu violenta. Ningún mercader quiere detenerse en sus tierras. No hay viajero que busque hospitalidad entre ellos. Son taimados, mentirosos y ladrones, pero no te podemos ayudar. Hemos de llevar a cabo nuestro propósito antes de regresar a casa. Si ellos van tras de ti, nadie querrá acogerte. Eso traería problemas a la tribu.

El Soñador seguía trazando círculos alrededor de ellas tras su mariposa. Parecía absorto, pero dijo:

—Claro que no puede venir, eso sería inaceptable. Además aún nos falta un largo camino por recorrer.

Caña Cantarina le miró atentamente. ¿Estaba diciendo que la muchacha podía ir con ellos? Entonces el escuálido joven enfocó la vista en ellas, su expresión cambió por completo, reflejando una lucidez repentina.

—Ella forma parte de mi Visión —afirmó—. Ya casi estamos. Vamos allí —y señaló con el dedo una elevación sobre el terreno a menos de dos jornadas de camino. El herbazal terminaba junto a un bosquecillo y este ascendía por las faldas de la montaña.

—¿La Montaña Sagrada de los Pato Silbón? No podemos subir ahí —sentenció la mujer—. Ni siquiera ellos se atreven a hacerlo. Si nos descubren, eso significará la guerra entre nuestros clanes.

—No si no se enteran —contestó el joven—. Ahí arriba es donde tenemos que subir. Mi sueño nos lleva a ese lugar, a una pequeña cueva que hay ladera arriba. Y ella vendrá con nosotros.

—No quiero causar problemas —intervino Garza—. Os debo la vida, no podría perdonarme poner las vuestras en peligro.

—Vendrás. Es la única opción —tan de repente como había recuperado la cordura, Sapo Hablador volvió a corretear tras un gazapo aparecido entre las hierbas—. Estamos protegidos. Para eso hemos traído a ese cobarde —dijo señalando a Rostro Negro.

El aludido puso la mano sobre su garrote de guerra.

—¡Estúpido! ¡Todo esto es por tu culpa! ¡Ven aquí y te demostraré lo cobarde que soy!

Caña Cantarina le detuvo con un gesto de la mano.

—Calma, guerrero. Ya sabes cómo es. Si estamos aquí es debido al Poder que representa ese hombre. No somos nosotros quienes decidimos. Ya has usado bastante ese garrote, déjalo para una ocasión mejor. Me temo que la habrá.

Puma Sanguinario ya se impacientaba cuando el rastreador regresó.

—Aunque parezca increíble, solo son cuatro: una anciana, una niña, un hombre flacucho y otro enorme. Este es un guerrero, va bien armado.

—¿Solo cuatro? ¿Y un solo hombre pudo abatir a cuatro guerreros Serpiente de Cascabel? Mis hombres se están relajando —reflexionó, enfadado—. Tendremos que aumentar el entrenamiento y la disciplina. ¿La llevaban con ellos?

—Sí, eso es.

—¿Pudiste reconocer a qué tribu pertenecen? ¿O qué dirección llevan? Aunque les aventajamos en número, es mejor evitar cualquier sorpresa como la de Tres Calaveras. Prefiero emboscarlos y acabar con ellos antes de que puedan reaccionar. Habla.

—Por la forma de recogerse el pelo sobre la frente y por el tejido de las vestiduras de las mujeres, yo diría que son Nube Clara.

A Puma Sanguinario no pareció agradarle aquello.

—Me siento abochornado. Unos simples comerciantes han dado muerte a cuatro guerreros experimentados y fuertes. ¿Sabes dónde iban?

—Pues... hacia allá —señaló hacia la montaña con el dedo—. Sí, ya sé lo que vas a decir.

—Deben de estar locos. Los Pato Silbón los destrozarían si se enterasen. No se debe penetrar en lugares sagrados. Eso solo atrae las desgracias y la enfermedad, cualquiera lo sabe. De todos modos, no les daremos tiempo a llegar tan lejos. Escuchadme bien todos —dijo, volviéndose hacia los hombres que se ocultaban entre las altas hierbas de la pradera—: que a nadie se le ocurra tocar a la mujer. Eso es cosa mía. Los otros deben morir. Hay una niña, pero puede delatarnos si consigue regresar viva a su tribu. No ha de quedar nadie con vida.

Los guerreros asintieron. A una señal de su jefe, avanzaron en dos líneas, protegidos por los tallos de hierba, como alimañas.

La tarde tocaba a su fin y el viento iba cediendo cuando la pequeña comitiva, por fin, vislumbraba su destino. Se habían adentrado, poco después del mediodía, en el bosque que rodeaba la montaña y la base de la subida se hallaba ya a menos de un tiro de flecha.

—Creo que debemos acampar aquí para pasar la noche —sugirió Rostro Negro mientras observaba los rostros cansados de Caña Cantarina y la niña.

—Mala idea. Muy mala —coreó Sapo Hablador. El guerrero no hizo caso y prosiguió.

—Cuando amanezca estaremos en mejores condiciones de afrontar el ascenso. Quizás si nos apresuramos lleguemos antes de que oscurezca por completo, pero no creo que sea necesario ese esfuerzo.

Garza le dedicó una mirada de agradecimiento. La abuela parecía al borde de la extenuación y Pequeña Flor, aunque no se quejaba, arrastraba los pies como si le hubieran atado unos troncos a ellos.

Prendieron un fuego soplando unas ascuas dormidas que el guerrero portaba envueltas en unas hojas verdes dentro de un saquito. Al contacto con las ramas secas, el alma del fuego se avivó y prendió. Comieron sin ganas un poco de carne seca y algo de papilla de chayote. El único que devoró la cena, inconsciente de lo que le rodeaba, fue el Soñador, hecho que le hizo merecedor de una mirada furiosa por parte de Rostro Negro. Tras eso se envolvieron en sus mantas y se quedaron dormidos. El guerrero permaneció montando guardia. Un par de horas después cabeceaba cuando una mano se posó sobre su hombro. Era Sapo hablador. Su voz, llena de sensatez, sorprendió a Rostro Negro.

—No te duermas. No ahora.

—No lo haré. ¿Por quién me tomas? Vuelve a tu lecho.

Entonces el hombretón lo notó. De un salto, se acercó a los bultos que dormían y los movió con cautela.

—¡Despertad! ¡Vamos, tenemos que partir!

—¿Qué pasa? —la anciana luchaba por incorporarse y ocuparse de la pequeña.

—¡Shhhh! Escuchad.

Todos permanecieron unos instantes quietos. Garza se inquietó. Ella también era una cazadora.

—No oigo nada. Nada raro —dijo Caña Cantarina.

—Eso es lo que pasa —respondió Rostro Negro—. El bosque ha enmudecido. Algo no va bien.

Un grito desgarró la noche. Le siguieron otros, y entonces el bosque cobró vida. De la nada surgieron unos demonios dando alaridos y blandiendo cuchillos, hachas de piedra y garrotes. Garza empujó a la vieja y la niña detrás de unos troncos, tomó un cuchillo de la bolsa de Caña Cantarina y se dispuso a matar o morir. Los Serpiente de Cascabel los habían encontrado.

El Soñador desapareció entre los oscuros troncos, pero Rostro negro no dudó. En menos de un pestañeo, tres flechas partieron de forma casi simultánea de su *atlatl* y atravesaron sendos torsos enemigos. Sus ojos negros estaban entrenados para ver en la oscuridad. Cuando la distancia hizo que las flechas resultasen inútiles, tomó su garrote de guerra y atacó. Los huesos empezaron a crujir bajo la fuerza de su musculatura, los hombres caían uno detrás de otro. Garza fue agarrada por uno de ellos, pero se revolvió y le abrió la garganta de un tajo. Dio media vuelta y destripó uno más. Durante unos

minutos que se alargaron como horas, el improvisado campamento bulló con la lucha, la sangre tiñó de oscuro los troncos de los árboles. Puma Sanguinario aprovechó la confusión y se acercó a donde Pequeña Flor se ocultaba con su abuela. La vieja intentó defender a la niña, pero el jefe se deshizo de ella de un puñetazo. Entonces agarró por el cabello a la pequeña, que comenzó a chillar, y la arrastró cerca de Rostro Negro y Garza. Antes de hablar acercó su hacha a la cabeza de la niña. Solo quedaban cuatro guerreros Serpiente de Cascabel con vida, pero la escena se detuvo de súbito.

—¡Quietos! Si seguís peleando, la mataré. No queremos nada de vosotros —se dirigió a Rostro Negro—. Solo deseo recuperar lo que me pertenece —señaló con la barbilla a Garza—. Esa mujer me fue entregada en virtud de un acuerdo amistoso entre su tribu y la mía. Cuando lleguemos allí, me casaré con ella. Si no me la entregáis, eso llevará a la guerra entre clanes.

Rostro Negro dudó. Por más que detestase a los Serpiente de Cascabel, el jefe estaba en lo cierto. Si ambas tribus habían acordado el matrimonio para sellar un acuerdo, ella le pertenecía, más teniendo en cuenta que iba a ser su mujer. Sabía que entregarla era asegurar su muerte, pero también que no hacerlo traería muchos problemas a los suyos, cuando no la muerte o la esclavitud. La miró a modo de disculpa. No deseaba hacerlo, pero el agravio sería demasiado grave. Garza sabía tan bien como él que no había escapatoria, y dejó caer el cuchillo.

—Lo sé —le dijo en voz baja—. Aquí termina todo. Durante un instante pensé que había vencido a mi mala suerte.

La mujer dio un paso hacia su captor, aquel que la había forzado no mucho tiempo antes, dispuesta a hacer lo que tenía que hacer, por mucho que supiera que ello implicaba su muerte. «No debes ser tan ingrata como para meter en problemas a estas personas que te han tratado como si fueses de los suyos», pensó. «Adelante, siempre has sido valiente. Debes seguir siéndolo una última vez». Antes de llegar hasta Puma Sanguinario, un horrible alarido los asaltó a todos. Una sombra menuda apareció de nuevo y saltó sobre el jefe Serpiente de Cascabel. La silueta rechoncha de Caña Cantarina, con una agilidad y una fuerza inusitadas, estampó una gran piedra que llevaba en las manos sobre la cabeza de Puma Sanguinario. El sonido del impacto se repitió en la noche como un eco y el jefe se desplomó. La anciana se dejó caer, desfallecida, bajo la mirada incrédula del guerrero, que no era capaz de imaginar de dónde podía haber sacado la abuela la fuerza necesaria para hacer lo que había hecho. Sin

un jefe que los guiara, los escasos Serpiente de Cascabel que habían sobrevivido al garrote de Rostro Negro huyeron y desaparecieron en la noche del mismo modo que habían aparecido. El Soñador apareció de entre la oscuridad, tomó a Pequeña Flor de la mano y les apremió:

—¡Corred! ¡Esto no acaba aquí ni ahora! ¡No es así en mi Sueño!

Los otros no dudaron. Rostro negro se acercó y levantó a Caña Cantarina en brazos. La vieja, aún mareada por el golpe recibido y el esfuerzo realizado, no se resistió ni se empeñó en seguir por su propio pie. El guerrero, seguido de Garza y del Soñador, se adentró entre los árboles y corrió en la única dirección posible: ladera arriba.

Solo cuatro guerreros Serpiente de Cascabel quedaban con vida, y se afanaban en reanimar a Puma Sanguinario. La herida de su cabeza ya había dejado de manar sangre, y esta formaba una masa pegajosa sobre su rostro y su cabello. Por fin, el jefe abrió los ojos a fuerza de empujones. Le llevó unos segundos situarse, una tormenta había estallado dentro de su cabeza. Se llevó una mano a la frente y cuando la retiró, oscura y húmeda, comprendió.

—¿Qué ha pasado con ella? ¿Y con los otros? —de buena gana hubiera gritado, pero temió que le reventara la cabeza por el esfuerzo.

—Huyeron —respondió Cuervo Pelado, el mejor de sus rastreadores—. Por allí.

—¿Montaña arriba? Deben de estar locos. No hay escapatoria por allí. Están atrapados. Esperaremos hasta el alba. Ahora no podría pelear aunque quisiera.

El ascenso fue duro. Iban tan rápido como les era posible. Casi no podían ver, tropezaban todo el tiempo y les azotaban los arbustos y las ramas bajas de los árboles, pero nadie se quejó. Al final llegaron a un escalón rocoso en medio de la pendiente, cerrado por un acantilado imposible de superar.

—No podemos pasar de aquí —dijo Garza con decepción.

—¿Y ahora qué, idiota? —dijo Rostro Negro al Soñador—. Todo este camino para quedar indefensos entre los Serpiente de Cascabel y esa pared de piedra.

Sapo Hablador se volvió, lúcido.

—Detrás de ese saliente hay una cueva. Podemos refugiarnos ahí. Aquí termina mi sueño.

—No dices más que estupideces —replicó el guerrero con acritud—. En la cueva estaremos aún más atrapados. No debí dejarme convencer para llevar

a cabo este viaje. Hubiera preferido reunirme con los antepasados de otra manera.

—Tu hora no ha llegado aún, puedes estar tranquilo. Vamos, la cueva es un lugar sagrado. Y dentro hará menos frío.

Sapo Hablador tenía razón. Dentro la temperatura era bastante agradable. Encontraron los restos de una hoguera, con algo de leña aún por arder. Prendieron el fuego y Rostro Negro depositó a una Caña Cantarina malhumorada y refunfuñona por no poder valerse por sí misma y suponer «un estorbo», según sus propias palabras, para los demás. Pequeña Flor se acurrucó junto a ella, pero el guerrero no se acomodó.

—Yo montaré guardia ahí fuera. Los demás podéis descansar un poco. Cuando amanezca, nuestro amigo el espabilado —señaló al Soñador— nos dirá qué hacer, espero.

—Iré contigo —dijo Garza—. Todo esto es por culpa mía. Además, no podría dormir aunque quisiera.

Sapo hablador no se dio por aludido y se tumbó junto a la abuela y la nieta. El guerrero y la mujer salieron.

No faltaba mucho para el amanecer cuando abrió los ojos. Nada se había movido a su alrededor, al menos nada audible o visible, pero conocía el motivo de su despertar repentino. El aire, helado y denso, le hería al entrar por sus fosas nasales. Retiró la manta con desgana y se acercó a ella. La empujó con suavidad y le susurró al oído:

—Despierta.

Ella abrió los ojos, asustada al verle tan cerca, pero no gritó.

—Necesito que vengas conmigo. No hagas ruido.

Pequeña Flor terminó de espabilarse y acompañó al Soñador al otro lado de la cueva. La abuela se removió inquieta pero continuó roncando y resoplando. Unos metros más allá, Sapo Hablador se acuclilló frente a la niña.

—Ha llegado el momento. He de explicarte algunas cosas, esa es la razón por la que hice que vinieras aquí. El Poder rebosa en ti con gran intensidad, pero aún eres muy pequeña para comprenderlo. Has de ver algo, no es necesario que se lo cuentes a nadie si no quieres. Sé que con la edad harás lo correcto, pequeña. Dame tus manos.

Pequeña Flor accedió con desgana. Cuando el Soñador tomó sus deditos con sus manos ásperas, Pequeña Flor sintió una sacudida. Ni en aquel momento ni nunca fue capaz de aclarar en su mente si el hombre convulsionaba

o si era ella quien lo hacía, su mente infantil, quizás sugestionada por el cansancio o por la tensión sufridos en los días anteriores, solo pudo discernir que el aire se hacía difícil de respirar, que las sombras producidas por la luz ambigua del amanecer al filtrarse por la entrada de la cueva se movían y se alargaban.

—Cierra los ojos —dijo el hombre—. No temas.

Rostro Negro no se hallaba dormido, pero sí había acabado por amodorrarse. Garza, durante las dos horas que logró permanecer despierta, se dedicó a relatarle multitud de detalles sobre su vida hasta llegar al trueque en que había sido «vendida» como prenda de un acuerdo amistoso entre tribus. La contribución del guerrero a la conversación fue más bien escasa, nunca se le había dado bien abrirse a los demás, era un guerrero por encima de todo. La disciplina y el entrenamiento marcaban su vida. La muchacha se había quedado dormida sobre su hombro, y él no quería despertarla. Su cuerpo le transmitía calor en la fría noche y esa sensación le agradaba. Había estado con mujeres, retozado con ellas bajo las mantas, pero únicamente para satisfacer sus necesidades. En las horas de vigilia se dio cuenta de que nunca había puesto sus ojos en ninguna de ellas pensando en formar una familia, en tener un hogar menos solitario que su cabaña. Se sorprendió a sí mismo contemplando la idea de que quizás no le quedara mucho tiempo entre los vivos, y que era posible que se hubiera perdido una parte importante de su tiempo de vida. La calidez del cuerpo de Garza le hizo sentir mejor, se dejó llevar por el sorprendente pensamiento de que aquella mujer cazadora era una buena candidata para el tipo de hombre que era él. Los Serpiente de Cascabel vendrían, de eso estaba seguro, y entonces, gracias a la estupidez del Soñador, estarían perdidos. Miró a su izquierda, donde la plataforma de roca daba paso a la pendiente boscosa por donde habían ascendido; luego a la derecha, donde la pared pétrea les impedía avanzar. Y por delante, el borde irregular del peñasco se precipitaba muchos metros hacia abajo en una caída letal. Atrapados, así es como estaban. Llegado el momento defendería con su vida la de los otros, pero los enemigos eran más y esta vez no habría sorpresa en el ataque, ellos vendrían con una estrategia trazada y él solo contaba con una anciana, una niña, una muchacha y un loco. El resultado de la refriega estaba claro.

Unos metros a la izquierda, más debajo de donde él permanecía de guardia, una ramita se quebró. Casi inaudible, pero no escapó a su fino oído.

Sapo Hablador regresó a su Visión una vez más: muerte y destrucción, la aldea de los Nube Clara en llamas, hombre, mujeres y niños sin vida desperdigados por todas partes. La imagen se plegó sobre sí misma, volviendo hacia atrás, para ofrecerle un camino alternativo. Los Serpiente de Cascabel llevaban consigo una joven atada en una canoa. La joven escapaba tras ser forzada por el jefe, y entonces... entonces las cosas podían cambiarse, podía evitarse la catástrofe, si detenían a Puma Sanguinario y a sus guerreros.

Cuando abrió los ojos, se encontró frente al rostro aterrorizado de Pequeña Flor. Unas lágrimas relucían en sus ojos, a punto de desbordarse. Entonces estuvo seguro de que ella había compartido lo que él había visto.

—¿Lo entiendes ahora, pequeña? Era necesario hacer este viaje, era la única manera de librarnos de los Serpiente de Cascabel, de salvar nuestras familias, nuestras tierras, nuestro futuro. El precio a pagar por la vida siempre es la muerte.

Un destello de inteligencia cruzó la mirada de Pequeña Flor. El tono infantil de su semblante había desaparecido, como si de repente varias primaveras hubieran caído sobre ella.

—¿Por qué no lo dijiste en la aldea? Los ancianos podían haber pedido ayuda a otras aldeas.

—A pesar de que el Poder también te ha tocado, aún eres muy pequeña. Los Serpiente de Cascabel son taimados, agresivos, y Puma Sanguinario muy ambicioso. Nadie hubiera querido enfrentarse a él. Solo había un camino: atraerlos hasta aquí y eliminarlos, por eso traje a Rostro Negro. Ese hombre puede, por sí mismo, vencer a dos decenas de guerreros. Aquí, en la Montaña Sagrada de los Pato Silbón, nadie los buscará. Ni los propios Pato Silbón se atreven a venir aquí por respeto a sus espíritus. Si un día alguien encuentra los cuerpos, ya habrán sido devorados por las fieras, no quedará mucho de ellos. Una vez eliminado Puma Sanguinario, su clan tendrá que elegir a otro jefe, que no será ni tan agresivo ni tan beligerante como él.

El relente de su aliento se condensaba más y más. El Soñador creía ver los espíritus danzando a su alrededor, susurrándole. Pequeña Flor, expectante, esperaba que él siguiera con la explicación. Caña Cantarina se rebulló entre sueños. Parecía que notaba el aire enrarecido a su alrededor.

—Necesitaba que vinieras tú también. Puede que ahora no entiendas lo que te voy a decir, pero eres la única persona capaz de llevar a nuestra tribu por el camino de la prosperidad. Y solo en un lugar como este, lugar de reposo de

los ancestros, podías tener acceso al Poder.

Ella iba a replicar algo, pero el Soñador lo evitó poniendo los dedos en su boca.

—¡Shhhh! Ya están aquí. He de hacer lo que me corresponde. Vuelve con la abuela. Y recuerda todo lo que te he dicho.

Sapo Hablador se puso en pie y dirigió sus pasos a la entrada de la cueva. La niña volvió junto a Caña Cantarina y a sus ronquidos, y se acurrucó junto a ella.

Los Serpiente de Cascabel cayeron sobre ellos como avispas furiosas. Eran pocos, pero la rabia de Puma Sanguinario le impulsaba más allá del dolor de su cabeza. El golpe en su orgullo había sido mucho más fuerte.

Con un alarido, uno de los guerreros saltó sobre Garza. Puesto que aún no se había espabilado, rodó junto con su atacante hasta la pared rocosa en una maraña de brazos y piernas. La sorpresa impidió que pudiese utilizar el cuchillo atado a su cinturón o el *atlatl* que le había prestado Rostro Negro. Este, por su parte, reaccionó al instante, saltó y maniobró con agilidad su garrote de guerra, tan pesado que pocos hombres de la tribu hubieran podido siquiera sostenerlo. Sin embargo, en sus manos giraba y bufaba como si de una pluma se tratase. El hombretón giró sobre sí mismo para dar impulso al arma y aplastó la barbilla y el cuello de otro de los guerreros que se le venía encima, el cual cayó como un fardo sanguinolento y agonizante, entre espasmos y dolores, sin poder siquiera gritar debido a que tenía la tráquea destrozada. El enorme hombre realizó una finta que parecía imposible en alguien de su tamaño, se revolvió y clavó su cuchillo en el vientre de otro de los enemigos. Con la misma destreza con la que destripaba ciervos o jabalíes viró el cuchillo y abrió a su enemigo en canal. El guerrero Serpiente de Cascabel tuvo tiempo de preguntarse qué hacían sus tripas desparramadas por el suelo antes de desplomarse sin vida.

Garza se libró de su oponente apoyando los pies en el pecho del hombre y pateándole con fuerza. El guerrero trastabilló y el garrote con púas metálicas de Rostro negro se hundió en su cabeza. Como salido de la nada, Puma Sanguinario agarró a la mujer del pelo y presionó su garganta con un cuchillo, abriendo un corte horizontal por el que brotó un hilillo de sangre. La herida, superficial, cumplió su cometido, haciendo que el gran guerrero Nube Clara quedara paralizado al instante.

Rostro Negro se detuvo, impotente.

—Arroja tu garrote por el precipicio o ella morirá —Puma Sanguinario hablaba entre dientes y la espuma salía por entre ellos de pura rabia.

El guerrero vaciló solo el tiempo que dura un pestañeo. No tenía otra opción. Dejó caer su arma por el borde de la terraza de arenisca. Puma Sanguinario se echó a reír.

—¡Qué estúpido eres! ¿De verdad creías que eso la salvaría?

—Si la matas, te arrancaré los brazos del mismo modo que se arrancan las alas a una mosca. Enfréntate primero conmigo, si eres el gran jefe que presumes ser. En caso de que me venzas, ella será tuya y podrás hacer lo que quieras. No tengo miedo a reunirme con los antepasados.

—Por supuesto que no. Ahora verás que...

Un alarido rasgó el silencio del alba. En el breve lapso de tiempo que duró la sorpresa, Sapo Hablador saltó sobre Puma Sanguinario y le agarró de la mano, impidiendo que degollase a Garza. La mujer cayó a un lado, respirando con dificultad a causa de la presión del brazo del enemigo, que casi no le había permitido respirar. El jefe Serpiente de Cascabel se liberó de la tenaza y arrojó al Soñador contra la roca. Rostro Negro acudió en su ayuda, pero tardó demasiado y Puma Sanguinario le asestó un garrotazo en la sien, abriendo una fea herida y dejando al guerrero sin sentido. Sapo hablador tomó impulso y se subió de nuevo a la espalda del guerrero, esta vez con tanta fuerza que Puma Sanguinario dio un traspies, más debido al impulso que a causa del peso del Soñador, se desplazó unos pasos y perdió pie. Ambos se despeñaron por el borde del precipicio, dejando tras de sí un silencio más aterrador que la batalla librada.

En aquel momento aparecieron por la entrada de la cueva Caña Cantarina y Pequeña Flor. No necesitaron que la joven les explicase lo ocurrido, les bastó una mirada de Garza por encima del borde del precipicio. La cazadora Anhinga dejó las explicaciones para más tarde y se centró en lo que en ese momento más urgente le parecía. Se acercó al cuerpo del guerrero para comprobar si había muerto.

—Aún vive —afirmó con un hilo de voz—, pero esta herida tiene mal aspecto.

Durante dos días y dos noches cuidaron del guerrero, que se debatía entre accesos de fiebre a causa de la infección. Deliraba y sudaba bajo las mantas, y Caña Cantarina le aplicó varios ungüentos de los que portaba en su bolsa, pero el mal parecía no remitir. Sin embargo, al amanecer del tercer día abrió

los ojos y se incorporó con dificultad, para alivio de las mujeres. Tan pronto comió algo y estuvo en condiciones de andar, descendieron la montaña y buscaron el cuerpo de Sapo Hablador. Lo encontraron, roto, cerca de un enorme tilo. Lo sepultaron en un agujero e improvisaron un túmulo con las rocas sueltas que encontraron por los alrededores. No pudieron depositar, como hubiera ocurrido en la aldea, algunas piezas de cuarzo sagrado o de obsidiana junto al cuerpo, ni llevar a cabo, junto al resto de los miembros de la tribu, la ceremonia *nagigluhapi*, de purificación de las almas, para poder facilitar el tránsito del espíritu del Soñador al mundo de los muertos. La anciana murmuró unas oraciones para que encontrase descanso junto a los ancestros y después emprendieron el viaje de vuelta.

La anciana trenzaba fibras, sentada en un tronco cerca del río. Su vista se deterioraba cada día que pasaba, pronto no podría hacer ni siquiera eso. Mientras un grupo de niños de corta edad jugaba en el barro cerca de ella, detuvo un instante su labor y se dejó arrastrar, una vez más, por los recuerdos. Había disfrutado de una vida satisfactoria, sus hijos habían medrado y ella se encargó de negociar provechosos matrimonios para ellos y para la tribu, que había ido extendiendo sus ramas sobre un gran territorio y aumentando su poder y su influencia. Todos en la aldea la reverenciaban más que a ningún otro anciano, nunca faltaba alguien que la ayudase a caminar si sus piernas fallaban, ni comida en su cabaña, ni gente a su alrededor para brindarle compañía. «Una vida maravillosa, sí», pensó, «ya estoy lista para reunirme con mis antepasados».

Los niños susurraron algo y se echaron a reír. Se acercaron a la abuela y se detuvieron. Uno de ellos dio un empujón suave a la más pequeña, que dio un paso adelante.

—Abuela —dijo la pequeña—, ¿nos cuentas una historia?

—Claro —respondió la anciana—, acercaos. Tú, pequeña, siéntate aquí a mi lado —la niña obedeció y la mujer comenzó a acariciarle el cabello—. Tienes un pelo precioso.

—Niños, dejad en paz a la abuela. Está cansada y no creo que le apetezca soportar vuestros juegos —dijo Mocasín de Agua, el joven que lideraba la Sociedad de Guerreros. Había visto a la anciana sentada a la orilla del río y decidió librarla del jaleo de los críos.

Era un guerrero singular, maduro para su edad pero con una capacidad de liderazgo natural. «No es para menos», pensó la anciana, en especial si tenía

en cuenta que se trataba de unos de los nietos de Rostro Negro y Garza. «Mi cuerpo está viejo, pero la memoria aún luce brillante como cuando era bella, lozana y joven». Se acordaba a la perfección de ambos, de las historias que contaba la guerrera de espíritu indómito, cómo les había explicado decenas y decenas de veces cuánto le gustaba cazar caimanes en los pantanos cuando vivía con su tribu, los Anhinga, lejos en el sur. También recordaba el temor que le había inspirado él, antes de conocerle a fondo, tan grande y fuerte, tan temible. Ambos habían cruzado al mundo de los muertos muchos inviernos atrás, pero su estirpe infatigable permanecía entre ellos, infatigable, valerosa. Dirigió una cálida mirada al joven antes de despedirle:

—No, guerrero, no me prives de esta joven audiencia. Los días se tornan cada vez más largos para mí y me viene bien distraerme. Vete tranquilo, estos pequeños y yo disfrutaremos de una historia juntos, ¿no es así?

Los niños asintieron, en silencio. El guerrero dio media vuelta y se marchó sacudiendo la cabeza. La mujer casi ni se tenía en pie, pero la testarudez no la había abandonado.

—¿Qué historia preferís?

—Cuéntanos otra vez la historia del viaje del Soñador, el que salvó nuestra tribu de desaparecer invadidos por los taimados Serpiente de Cascabel.

La anciana sonrió. Había contado la historia mil veces, pero siempre querían escucharla de nuevo. Para la pequeña que se sentó a su lado era su primera vez, así eran las cosas, su audiencia iba y venía, pero ella seguía allí una primavera y otra más.

—Está bien. Esta historia comienza con un viaje realizado por un gran guerrero, una anciana y una niña pequeña. Les acompañaba un Soñador muy poderoso, que había visto en sueños a Primer Hombre, y este le encargó una importante misión.

—¿Cómo se llamaba la niña? —preguntó la pequeña sentada a sus pies.

—Pequeña Flor —respondió la anciana.

—¿Cómo tú?

—Exacto. Esa niña era yo.

La anciana sonrió, melancólica. Su vida había sido maravillosa.

Guardián, por Vidal Fernández Solano y Carlos Polite Caveró

Fronteras de Nueva Granada, 1532.

Una fina cortina de lluvia, tibia como el aire que atravesaba, se filtraba por entre las ramas de los árboles. Acariciaba la tupida alfombra de hierba que cubría el claro en medio de la selva. Sobre ella, una treintena de pares de ojos observaban a *Tshaawii*, Jaguar, el viejo chamán. Había convocado a todos los miembros del poblado, niños y mayores, hombres y mujeres, y ellos permanecían quietos y en silencio, incluso los más pequeños.

Tshaawii paseó su vista sobre el poblado, sobre la casa común que presidía el centro y sobre las chozas más cercanas. Cambió de postura, la edad pesaba más sobre sus huesos con cada luna que transcurría. Pese a ello se erguía, de pie, sobre una roca, apoyado en su nieta *Eeyituí*, que significaba «ojos de cielo», pues tenía los ojos claros. La niña, cuyo padre se internó en la selva años atrás y desapareció sin dejar huella, había sido instruida por *Tshaawii* en la magia de los ancestros. «Ya casi está preparada», pensó el viejo, «pronto ocupará mi lugar». Antes de que él comenzase a hablar, ambos cruzaron las miradas. Se reconocieron. Eso afianzó el vínculo especial que los unía. El chamán tomó aire e inició su discurso:

—Entré en mi choza. Mi espíritu se elevó y pude ver. Vi la muerte abatirse sobre nuestro pueblo. Extraños hombres pálidos que cubren su cuerpo de un tejido brillante. Dominan el trueno y siembran la desolación a su paso. Asesinarán a nuestros hijos, mujeres y ancianos. El día ha llegado. Ella — miró a su nieta— os conducirá más arriba de las nubes, a lo alto del tepui.

Todos los ojos se desviaron con temor hacia la pared rocosa que se elevaba alto, muy alto, tanto que no se veía su cima. Desde allí caía la gran *hiipá*, el agua que ruge. En su cima vivían los dioses, y también *Mapinguari*, la bestia terrible.

—Pelegaremos —aseveró un joven guerrero—. No nos está permitido subir ahí. Moriremos todos.

—Nada salvo la muerte nos espera aquí.

—*Mapinguarise* enojará, despertará y se comerá nuestras entrañas y nuestros ojos. No debemos molestarle.

—Ellos traerán su cólera. No nos queda otro remedio.

Todos los miembros de la tribu quedaron en silencio. El anciano nunca erraba en sus visiones. Una de las mujeres, con un niño pequeño en el regazo, alzó la voz.

—¿Qué hemos de hacer entonces? ¿Partiremos o esperaremos?

El viejo reflexionó unos segundos antes de contestar.

—*Eeyitui* y yo estuvimos cerca del tepui, ella sabrá qué hacer.

El viejo cerró los ojos. Unos días antes, se había adentrado en la selva y caminado varias horas hasta llegar al muro rocoso del farallón. El anciano había arrancado un tramo de vegetación para descubrir una senda casi invisible entre la maleza. La niña inquirió con la mirada.

—Por aquí es por donde debes conducirlos cuando el trueno del hombre extraño desgarré el bosque. No miréis atrás, recordadlo, ni os detengáis hasta llegar arriba. Solo allí estaréis a salvo de ellos.

—¿Y de *Mapinguari*? —observó la pequeña.

El anciano apartó la vista sin responder.

La gente retornó a sus quehaceres al tiempo que una nube negra, más negra que la de la tormenta que tenían encima, se cernía sobre ellos.

El capitán Alonso de Mexía pasó un paño de lienzo por su rostro para enjugar el sudor. «¡Maldita y asquerosa selva!», se dijo, y estrujó con rabia el retal empapado. Su humor y el de su gente se había venido endemoniando desde que, abandonando a don Diego de Ordás en el Orinoco, habían empezado a remontar el Cuquenán, su afluente.

—¡Vargas —voceó para llamar a su sargento mayor—, tráigame al indio!

De inmediato, Vargas empujó hasta su capitán al enjuto caribe que, por conocer el terreno y mal entender castellano, habían incorporado a las bravas como guía.

—Si nos has dicho verdad, maldito pagano, eso de ahí arriba es la Montaña del Diablo, nuestro destino —Alonso señaló en la lejanía una elevación rocosa de paredes verticales, desde cuyo borde se despeñaba una imponente corriente de agua.

—*Ayantepui* es, sí. Yo dije. No engañe, no trampas —afirmó el arahuaca, pero titubeó y sus ojos le desmentían.

—¿Dónde está, pues, el poblado del oro?

—Bajo *Kerepakupai Vená*. Cerca. Llevo..., yo llevo.

—Tu piel y tus huesos van en juego, indio —le recordó Mexía, agrio.

—¡Vamos allá, caballeros! —ordenó a los suyos—. ¡Vargas, que los arcabuceros sigan a este pequeño mono. Si lo pierden, los despellejaré!

Mientras todo se preparaba y sus hombres reiniciaban la marcha en columna de a dos, el avinagrado capitán se congratuló. El Dorado estaba aquí, seguro, escondido en alguna parte de esta selva y no en las fuentes del Orinoco donde lo buscaba Ordás. Alonso le iba a ganar por la mano y ni el rey vería su quinto. Animado con estos pensamientos, se ajustó el oxidado capacete, desenvainó su espada ropera y reemprendió camino junto a su sargento mayor.

Avanzada la media tarde y abandonada la agobiante espesura de la selva, llegaron frente a la ensordecedora catarata, aún distante por mediar entre ellos la hondonada que aquella formaba a sus pies. Alonso, Vargas y el medroso pero taimado indígena se asomaron al pequeño valle, ocultos aún por los últimos guayabos. El arahuaca señaló hacia delante, a un cuarto de milla más abajo de su posición. Un pequeño poblado se erguía, mísero, junto al cauce que el salto alimentaba.

—¡Pemones! —dijo el caribe.

—¿Los *pemones* son los custodios de El Dorado? —preguntó Mexía casi sobrecogido por la excitación.

—Sí —mintió el caribe, aunque el temor le hizo bizquear.

Desde su posición dominante, Alonso observó alguna suerte de reunión en un extremo del poblado. Todos los indios parecían atender a un viejo que mostraba algo a los demás. «El cacique ha de ser ese, a buen seguro», pensó Mexía y, de inmediato, le dio utilidad a su descubrimiento: «¡Mejor rehén no podremos tener». El capitán trazó en su cabeza el plan de batalla. Una primera línea de catorce rodeleros y dos alas de arcabuces, con apoyo en una segunda línea de medias picas. El resto, todos sirvientes, quedarían a resguardo con la reata de carga y su magra montura.

Todo dispuesto, ordenó descender en silencio, sin tintineo de armas. Pero no habían llegado a distancia de disparo, cuando, no se sabe cómo, una chispa prendió la cazoleta de un arcabuz. El estruendo del disparo reverberó contra la falda del tepui e inundó el valle. Mexía se encomendó a todos los diablos, blasfemó como renegado y mandó completar la andanada. Los indios, salvo los cuatro o cinco descalabrados por los tiros, tomaron dirección al gran salto. Solo el anciano, fuera lo que fuese, quedó plantado en medio del poblado,

salmodiando alguna especie de conjuro y gesticulando ante los españoles con aire de amenaza.

—¡Prended al viejo loco, que no escape! —vociferó Mexía, mientras atravesaba con su estoque la espalda de una mujer demasiado gruesa para correr con la presteza necesaria y, aunque unos pocos, viejos o enfermos, no alcanzaron a huir, otros muchos pemones se desvanecieron entre la espesura y el manto de agua.

Dos soldados trajeron ante Mexía al prisionero, persistiendo en sus conjuros, pero el capitán calló sus trinos de un revés que le quebró la nariz, desnudó su daga vizcaína, la apoyó bajo el ojo izquierdo del *pemón* y señaló al guía.

— ¡Ven a ganarte el rancho, gandul! —le dijo y se volvió hacia el cacique —: ¡A ver qué nos cuentas tú, hideputa!

Eeyitui corría por la selva, ajena al cansancio, a la falta de aliento y al escozor de los arañazos producidos por la vegetación en todo su cuerpo. Solo pensaba en llegar, en cumplir el cometido asignado por su abuelo. Las imágenes no dejaban de aparecer en su mente. El gran estallido, los extraños gritando con voces horribles y ásperas. Cubiertos de extrañas vestiduras, con sus rostros pálidos como la luna, poblados de pelo hirsuto. La sangre, la muerte de los más débiles, su abuelo vociferando para exhortarlos a huir.

Los otros se dispersaron, desaparecieron entre la maraña vegetal. *Eeyitui* se apresuró pero no pudo evitar ver cómo agarraban a su abuelo, y captó la mirada que él le dirigió, un gesto que indicaba la importancia de su misión por encima de todo. «Mi tiempo se acaba», le había dicho junto a la pared de la montaña, «comienza el tuyo. El bienestar de nuestra gente quedará en tus manos, no lo olvides».

La niña no se detuvo hasta llegar al lugar indicado. Entonces se preguntó cómo haría para llamar a los demás, para reunirlos a todos; no fue necesario, poco a poco los rostros conocidos, deformados por el espanto, fueron apareciendo entre la vegetación. En unos minutos todos se hallaban junto a ella.

—Es por aquí —señaló el lugar y apartó la vegetación del mismo modo que *Tshaawii* había hecho antes—. Seguidme.

Comenzó a ascender, pero nadie la siguió. Se giró y les interrogó con la mirada. No se atrevían a subir a la montaña sagrada. Podía leer el terror en

sus rostros.

—Es preciso que vayamos —espetó ella—. Si permanecemos aquí moriremos. Mi abuelo así me lo indicó.

Poco a poco, reticentes, fueron entrando en la senda oculta. La niña esperó a que todos hubieran pasado para volver a ocultar la entrada con la maleza. En ello estaba cuando una mano enorme la agarró. El rostro extraño y pálido hablaba con palabras desagradables mientras su dueño la sujetaba y miraba hacia los suyos, que ascendían ya por la pared rocosa. Ella gritó de dolor. Se revolvió como una fiera y mordió la mano del hombre. Él también chilló y le propinó un fuerte golpe que la hizo caer despatarrada. Cuando se agachaba sobre ella, se quedó parado con los ojos muy abiertos. Se tocó el cuello y tiró de una pequeña espina que tenía clavada. Acto seguido cayó fulminado.

Eeyituí miró hacia arriba. El joven guerrero que había hablado durante la reunión la apremiaba, con la cerbatana aún en la mano. Bajó y la ayudó a arrastrar el cuerpo del extraño dentro de la senda, oculto de la vista de cualquiera que estuviese del lado de fuera. Ella se incorporó, se frotó el moratón que empezaba a extenderse por su rostro, terminó de camuflar la entrada de la senda y se dirigió, junto a los otros, ladera arriba. El ascenso fue duro, les llevó todo el día culminarlo. Una vez en la cima, hubieron de caminar un buen rato hasta encontrar un arroyo donde se dejaron caer abatidos y atemorizados. Entonces la niña habló:

—Nos quedaremos aquí. Reconstruiremos nuestro pueblo. Mi abuelo así lo quiere.

A la mañana siguiente, muy temprano, la niña se levantó, se llegó a la ribera del riachuelo y lo siguió. Una idea se iba formando en su cabeza. Apenas unos cientos de metros después llegó hasta donde esperaba. Delante de ella, varios cursos de agua confluían y se despeñaban hacia el vacío. *Hiipá*, allí estaba su nacimiento. *Eeyituí* se acercó, se armó de valor y trepó hasta una roca, al borde de la cascada. La roca no era muy estable, se movía un poco. Con cuidado bajó y regresó al poblado. Había mucho trabajo que hacer.

Vargas dejó al caribe con Alonso e, intuyendo los deseos de su capitán, de inmediato organizó la persecución de los huidos con media escuadra.

Entre tanto, Mexía se relamió de anticipación. Deslizó la punta de la daga por la mejilla del anciano y la hincó con delicadeza bajo su sotabarba. Una pequeña gota de sangre resbaló hasta la guarda.

—Pregúntale por el oro —dijo entre dientes, con sus ojos fijos en las

pupilas del *pemón*. Este, a pesar de la presión de la vizcaína, reinició su salmodia, sordo a las palabras del intérprete. Mexía, irritado, empujó un poco más y la sangre manchó buena parte de la hoja, pero cuidó de que la cosa no pasara a mayores. Tras aflojar un poco y, con tono cortés, volvió a pedir la intervención del intérprete:

—¿No me dirás dónde está ese oro, viejo malnacido?

El anciano, sin darse por aludido ni por la pregunta ni por su traducción, intentó elevar el tono del sonsonete. La ira del español se prendió, tumbó al *pemón* de una patada en el vientre que le vació los pulmones y cortó el canto de raíz. Alonso se sentó a horcajadas sobre la espalda del viejo y con el pomo de la daga martilló sobre una piedra uno de sus dedos haciéndole, ahora sí, aullar de dolor

—¡Responde ya, indio cabrón! —le gritó al oído, mientras aquel sofocaba los gemidos apretando los dientes.

El capitán, por su deseo, hubiera seguido la labor iniciada. No le importaba ya sino hacer cuanto más daño mejor. Le interrumpió el regreso de Vargas, quien sin atreverse a mirarle, le informó:

—No hemos podido alcanzarlos, señor. Se los tragó la selva.

Mexía, obcecado con el problema que le planteaba la resistencia del cacique, se limitó a musitar, para sí, un simple «¡Inútiles!», y continuó buscando un medio que quebrase la voluntad del cautivo. Necesitaba algo aparatoso, algo que infundiera tanto dolor como miedo. «¡Ah, si tuviera a mano una *cuna de Judas!*», pensó. Ese recuerdo le trajo la solución. No tenía una verdadera cuna del Santo Oficio, pero se apañaría con un remedo. Requirió de sus hombres un tronco de madera mediano y buenas sogas.

Pronto estuvo todo dispuesto. Ataron las manos del viejo con un fuerte nudo y lanzaron el cabo de la cuerda sobre la rama de un recio árbol. Con dos grandes piedras lastraron cada uno de sus pies. El *pemón*, estólido de nuevo, contemplaba sus manejos sin mostrar interés. Tres hombres alzaron lentamente su cuerpo a una vara del suelo. Otros, desde los lados, tiraron de sendas cuerdas obligándole a abrir las piernas, mientras el resto empujaban el madero bajo ellas. No sería la cuna, pero... valdría: una vez soltada la cuerda principal, el reo caería sobre el tronco impulsado por su propio peso y por el de los lastres. Y si el endemoniado no soltaba prenda con el golpe, bastaba con ganar altura cada vez.

Alonso de Mexía indicó al intérprete caribe que preguntara por la

localización de El Dorado. No hubo respuesta. Ninguna. El anciano continuaba entero y ausente. Otro gesto de Alonso hizo que sus hombres aflojaran la tensión. El cautivo recibió la violencia del golpe entre la horcajadura de los muslos y las nalgas. Se retorció de dolor y Alonso sonrió. «¡Ya es mío!», se dijo, y ordenó subir media vara más.

Contra lo esperado, el viejo, dolorido y sangrante, no se amilanó. Tomó, con esfuerzo, el poco aire que su posición le permitía y, ante el estupor de los presentes, elevó el tono de su rítmico son, para rematar con lo que a todos pareció una demoníaca imprecación:

—¡*NujásaliishanikéeshikishakuáMapinguari!*
¡¡Wáashiualikwatuíitshaiáikaba!! ¡¡¡Mapinguaaaariiii!!!

No hubo lugar a que Mexía ordenara subir más. Desde lo profundo del bosque, el aire hirvió con un pesado y estridente zumbido. Miríadas de avispas se precipitaron, a través de la jungla, sobre los hombres de Alonso que, intentando defenderse de las picaduras, soltaron la cuerda. El propio Alonso de Mexía se arrojó al suelo, ocultando, entre maldiciones y blasfemias, manos y rostro.

Al tiempo, el viejo cayó sobre el tronco, lastimándose de nuevo, pero resbaló hasta el suelo y, por fortuna o por destino, encontró a mano la vizcaína del español. Se liberó de los lastres y, al otro lado del enjambre, se perdió entre la enmarañada selva, sin que sus manos atadas, ni su edad, ni el tremendo castigo le restaran presteza.

A duras penas, *Tshaawii* se arrastraba sobre los restos vegetales en putrefacción, como una serpiente moribunda. Descoyuntado, sajado y aplastado, casi ni sentía la vida fluir por sus venas. Lo único que le impulsaba para seguir adelante era la vida de los suyos, de su nieta, de la tribu. Si no conseguía llegar a tiempo al lugar secreto y se reunía con los ancestros antes, todo estaría perdido.

Avanzaba con la vista nublada, guiado más por el instinto que por sus sentidos, al borde del colapso. Los hombres extraños le habían preguntado por oro. ¿Qué oro? Ellos no poseían nada de gran valor, excepto ellos mismos, su unión como tribu, su vida. Le habían roto todo, pero él había aguantado el dolor físico, se había inhibido del sufrimiento. Ahora le quedaba tomar un camino decisivo, con un enorme peligro latente, a pesar de lo cual no le quedaba otro remedio que correr el riesgo. Las avispas no los detendrían por mucho tiempo y entonces... ellos hallarían el rastro de su sangre, subirían al

tepui y acabarían con todos. Solo en sus manos estaba el evitarlo. En las suyas y en las de... *Mapinguari*.

Unas horas después, llegó al lugar. Casi no lo reconocía, su corazón se negaba a seguir latiendo por momentos, los insectos que poblaban el suelo de la jungla habían comenzado ya a alimentarse de su carne, pero eso no le preocupaba, su tiempo ya había concluido mucho días atrás. Intentó enfocar la vista junto a una pequeña cascada que caía por entre unas rocas. Tras la cortina de agua crecía la planta. Era de una importancia absoluta no cometer ningún error en ese momento, equivocarse de planta resultaría fatal. Sabía que no podía permitirse una mala elección.

Le pareció discernir las hojas de la *húubabánabai*, cerca, apenas unos metros más allá. Sus hojas asemejaban delgadas serpientes multicolores que se enroscaban alrededor de los tallos más cercanos, estrangulándolos y sorbiendo sus jugos vitales hasta secarlos. Un parásito, eso era la planta. Y también la llave, según le había explicado su padre, y a este su padre antes, generación tras generación. El secreto transmitido a través de tanto tiempo, que ahora tocaba a su fin, pues ya no había lugar a que pudiese transmitírsele a su nieta. La planta prohibida, la que podía atraer una catástrofe sobre la selva. Sin embargo, en este caso el peligro era menor que el riesgo que implicaba no utilizarla.

Se arrastró y la olió, hedionda, su olor a carne en putrefacción era inconfundible. Arrancó una de las hojas, se la llevó a su desdentada boca y arrancó un pedazo. El amargor casi le hizo vomitar, pero eso ya no era importante. Tragó y después engulló un poco más antes de caer desfallecido.

Al cabo de un tiempo indefinido la sangre volvió a fluir por sus venas. Las niguas, moscas y jejenes que le devoraban vivo habían huido a causa del sabor insoportable de su carne y de su sangre. Los huesos y tejidos de *Tshaawii* comenzaron a cambiar a medida que la genética de la planta se recombinaba con la suya, haciendo que su morfología mutase. Los huesos crujieron al ensancharse, las extremidades humanas se tornaron en gruesas patas, la piel se cubrió de espeso y duro pelo rojizo, las pupilas se estrecharon en vertical para favorecer la visión nocturna.

Las avispas invocadas, gruesas como crías de murciélago, se desvanecieron una vez huido el chamán. Los españoles no supieron reaccionar. Bastante tenían con defender cada pulgada de su piel desnuda o las rendijas de su ropa.

Tras el ataque, Mexía los reunió, maltrechos, ante la casa comunal. En medio de un coro de quejidos y maldiciones, se lamentó:

—¡Ese viejo es un maldito brujo hechicero, pero no le valdrá! Esta noche —el sol se escondía ya tras la copa de los árboles— nos repondremos, pero mañana..., mañana exterminaremos a esta ralea de paganos tras ordeñarles todo su oro. Tú, Vargas —continuó—, haz que se monte guardia tras las chozas. Después, con algunos arcabuceros rastrea las huellas de esos indios y del viejo. Te relevaré a su hora. No olvides llevar fuego...

Así se hizo. Se prendió una gran hoguera central con maderos arrancados de las casas y a su luz los hombres se dedicaron a arrancarse los aguijones con la punta de sus dagas y a aplicarse lodo en las picaduras.

La noche avanzó intranquila. Los españoles, temerosos, agachaban la cabeza bajo las mantas de campaña al sentir el zumbido de los insectos nocturnos que la luz de las llamas atraía. Mexía, sentado en los toscos peldaños del salón ceremonial, rumiaba su desventura y apretaba los dientes.

Aún faltaba mucho para que despuntara el sol, cuando uno de sus rodeleros le despertó:

—Vuesa merced venga a la vela... El sevillano está muerto...

En efecto, el vigía yacía sin vida en la espesura. La antorcha, clavada en el suelo, alumbraba las manos del cadáver sobre su garganta. El rostro, tumefacto y oscuro, lucía unos desorbitados ojos y su lengua llenaba su cavidad, descolgándose medio palmo sobre las barbas del cadáver.

—¡Los indios! —afirmó uno.

—No —Mexía se inclinó sobre los restos—. He visto esto antes. No ha resistido la picadura de las avispas.

—Tantas mataduras no lleva... El hechicero ha debido de ser —dudó otro.

Mexía encogió los hombros y no hizo más caso, pues creyó adivinar entre la maleza las teas de Vargas, que tornaba. Iba a organizar su relevo cuando creyó ver cómo los árboles se abrían tras la patrulla. Se extrañó. De súbito, la selva se hundió en un silencio espeso y los ánimos quedaron en suspenso. El ominoso bramido de un gran animal reverberó en la espesura y las aves nocturnas de los alrededores huyeron despavoridas. Las luminarias del sargento se abrieron en abanico y, entonces, reventó un pandemónium de gritos, golpes y arcabuzazos.

—¡Voto al diablo, una emboscada! ¡Formad línea para proteger su

retirada! ¡Mechas listas! —rugió Mexía.

Todo acabó tan bruscamente como había comenzado. Las luces se extinguieron y tornó la calma. «Aún se habrá dejado matar por esos piojosos...», masculló Alonso. «Bueno, pues no queda sino verlo» se dijo.

—¡Vamos! —voceó.

Avanzaron en fila, escudriñando con sus antorchas cada recoveco de selva, los serpentines prestos al disparo. Pero no estaban preparados. No lo estaban para hallar a sus compañeros de armas. Desembocaron en un pequeño claro lleno de plantas aplastadas, arbustos quebrados y árboles casi desenraizados. Los hombres yacían desperdigados allí. Literalmente desperdigados. Ellos, sus miembros y sus vísceras.

—¡Endemoniados salvajes! —exclamó Mexía con estupor ante el tronco de un arcabucero encajado entre el ramaje, sanguinolento y descabezado. Un soldado tocó su hombro y señaló hacia un grupo de bejucos.

—Señor, el sargento mayor...

Recostado en un ángulo imposible por el espinazo partido, yacía Vargas con los ojos congelados en el más puro pánico, sin lengua y sin mandíbula inferior. No era muy dado en batalla a tales cortesías, pero Mexía le cerró los ojos. Fue al levantarse, cuando apreció los rastros de un extraño olor. «Por Dios Vivo, ¿qué es esta fetidez?», se interrogó. No se pudo responder. Del poblado llegaron nuevos disparos y sonidos de pelea. Todos creyeron adivinar. «¡Qué astutos, los indios! ¡Bien hían sabido dividirlos!». Contra toda prudencia y regla, corrieron al poblado sin poner el cuidado que debieran. Tampoco Mexía lo puso, ansioso por tomar venganza de esas bestias inhumanas.

No habían hecho medio camino, cuando uno de los rezagados aulló de dolor y espanto, al ser impulsado fuera de la carrera con la espalda rastrillada en sangre de nalgas a nuca. Mexía miró, pero no vio nada. «¿Un jaguar? ¡Solo nos faltaba eso!», pensó y avivó el paso.

Reanudada la frenética marcha, se sucedieron los alaridos de quienes se descolgaban. «¡Dios, están por todas partes!», se desesperó. Todo iba mal, muy mal. Ya no le quedaban sino tres o cuatro hombres a lo sumo. El miedo devino en pánico al alcanzar el poblado. Era un verdadero calco del claro, un campo sembrado de miembros humanos y restos eviscerados de cadáveres.

El ominoso rugido se repitió y el aire se tornó pútrido, insoportable. Los españoles se giraron, espantados, hacia el sonido. Un horrendo ser, alto como

un oso en pie, entró pesadamente en el poblado, con ojos ávidos. Mientras sus pocos compañeros intentaban huir en todas las direcciones, Mexía, paralizado y sin habla, perdió el control de su cuerpo, esfínteres incluidos. Nada pudo hacer, salvo chillar como un cerdo cuando unas garras de dos palmos, atravesando el peto de hierro, se hundieron en la carne y lo alzaron del suelo. Aún vivía cuando el monstruo le masticó el cráneo.

El olor metálico de la sangre atrajo a todo tipo de insectos y animales hambrientos. Los primeros se lanzaron al banquete en cuestión de minutos, los de mayor tamaño se mantuvieron fuera del alcance del monstruoso ser que permanecía de pie en medio de los restos de la aldea y de quienes la habían invadido. El animal dudaba si terminar de saciar su hambre, su instinto le indicaba algo pendiente de hacer, pero su mente primitiva solo se había centrado en destrozar a esos seres. Ahora que ya no quedaban más, permanecía confundido, como si esperase un nuevo impulso.

Los seres que habitaban el bosque se acercaron poco a poco, atraídos por el alimento fácil, pero no le importó. Se puso en movimiento con lentitud, abandonó el claro y se internó en la selva. Después de un trecho, cuando el aire volvía a estar limpio de sangre, se detuvo, elevó el hocico y olisqueó. Detectó un efluvio familiar y sintió la pulsión de seguirlo, de acudir a su llamada.

La niña abrió los ojos a la claridad del alba. Los otros se desperezaban, tristes por lo ocurrido, pero dispuestos a recomponer su existencia. Sin embargo, ella despertó inquieta, tras una noche terrible, llena de pesadillas. Había soñado con, con unos ojos rojos y horribles, gritos, sangre, destrucción y muerte. Y también con su abuelo. Pese a su inocencia infantil, sabía que no volvería a verle, no hasta que se reuniera con él y los ancestros. Se incorporó con la sensación de que el cielo había cambiado, de que las nubes de apariencia algodonosa traían un mal presagio. El sonido de las aves y de los animales la desorientaba, no eran los mismos en la cima que abajo, en su hogar. Recordó al hombre pálido muerto. ¿Lo encontrarían? ¿Los perseguirían hasta la parte superior de la montaña, los acorralarían y los cazarían como animales indefensos? ¿Era eso lo que le decía ese aire tan diferente al de la selva inferior o solo su imaginación impresionada por lo acontecido?

Una mujer a su lado le indicó que la acompañase para recoger hojas grandes, de las que usaban como tejado para sus casas. Ella la siguió, silenciosa, nerviosa, pero no dijo una palabra. Cuando el sol llegó a su cénit

la estructura de la casa común ya había sido erigida. Esa noche dormirían bajo techo y al calor de los rescoldos del fuego. Eso elevó el ánimo de la tribu, que se dedicó con más energía para acelerar el proceso. Tomaron descanso para comer. Habían pescado unos peces gato en el riachuelo y habían cazado un par de aves incautas. *Eeyitui* no tenía hambre, así que se retiró a la sombra de unos arbustos y cerró los ojos con intención de dormir un poco.

Apenas iniciado el sueño, cuando algo la sobresaltó, una exclamación procedente del grupo que aún comía en la orilla. Se espabiló y cayó en la cuenta. Todo permanecía en silencio, sólo se escuchaba el rumor del agua y la brisa soplando entre las ramas de los árboles. La naturaleza se había callado, los hombres, mujeres y niños permanecían en silencio. Se levantó y corrió junto a los otros, que permanecían reunidos y abrazados. Algo estaba a punto de ocurrir.

Un instante después el aire se volvió denso y fétido. El olor era insoportable. Un murmullo se extendió entre los miembros de la tribu, pero *Eeyitui* supo qué ocurría.

—¡*Mapinguari*! —gritó el joven que se había mostrado valiente en la reunión.

Por entre los árboles, una bestia enorme apareció, se lo quedó mirando y rugió.

El joven reaccionó con presteza. Mientras los demás se desperdigaban y desaparecían en todas direcciones, se adelantó y arrojó su lanza, que rebotó en el pecho del animal. El bramido, desde la cima del tepui, inundó toda la selva. La bestia, de un zarpazo, se deshizo del joven, que golpeó contra unos troncos abierto en canal. La niña no había huido, permanecía inmóvil en el suelo. De nada les serviría correr. Si el animal los había encontrado allí, estarían perdidos. Entonces, un recuerdo trajo la solución, se levantó y echó a correr, mientras gritaba y movía los brazos para mantener la atención del ser.

—¡Aquí! ¡Ven! ¡Sígueme!

El animal se lanzó en pos de la pequeña. No era veloz ni ágil, pero ella tenía piernas cortas y un olor intenso.

Eeyitui atrajo al animal hacia la catarata y la roca inestable. Si conseguía que la bestia subiera a ella, la hundiría con su peso y caería al abismo mientras que ella podía saltar y agarrarse a las ramas del árbol que crecía justo al lado de la roca.

No tardó en llegar. El resuello de la fiera la seguía a corta distancia. La

pequeña no se detuvo, trepó a la roca y esperó.

El animal apareció un poco después, se detuvo y se quedó mirando a su presa. Su instinto intentó frenarle, pero el ansia de sangre le impidió atenderlo. Levantó las extremidades delanteras y descargó un golpe mortal. *Eeyituí*, ágil, se echó a un lado, con el hocico de la fiera muy cerca. La roca se tambaleó unos instantes y comenzó a ceder. En el corto lapso de tiempo que el animal necesitó para recuperar el equilibrio tras el intento fallido, el gran bloque de piedra se desgajó del borde del tepui. La niña tomó impulso para saltar, pero resbaló, y ambos dos, ella y el monstruo, quedaron suspendidos un instante en el vacío. En ese breve instante sus ojos se encontraron. Sus miradas se reconocieron. Recordaron el amor que habían compartido, el vínculo que los unía.

Agradecimientos

Esta colección de historias es también un álbum de momentos, unos mejores que otros, separados en el tiempo y en la distancia por tantas y tantas circunstancias.

A lo largo de todos los días, semanas y meses, mi Little Big Family, mi esposa Mar y mi hija Inés, son las que han sostenido con su comprensión, su apoyo y con el tiempo robado que estas alucinaciones salgan a la luz por alguna suerte de espita en mi cerebro. Va por ellas, una vez más.

En esta ocasión, de un modo muy especial, me gustaría añadir al trío a mi amigo y colega Carlos Polite, coautor del último relato de la colección y de hasta media docena de ellos. Con inalterable paciencia ha releído y llevado a cabo la última (la penúltima, se dice) corrección de este libro y de tanto y tanto texto descabalado que he dejado en sus sabias manos, dejando un resultado apropiado para la ocasión. Siempre es un placer, *có*.

Y, por último, para ti, lector, que siempre estás ahí (todos vosotros), insuflando aire bajo mis alas, para seguir volando alto, muy alto.

Nos vemos pronto, en otros mundos.

Vidal Fernández Solano (Madrid, 1969), licenciado en Económicas. Aunque hizo algún intento como escritor en su edad adolescente, no fue hasta finales de 2011 cuando decidió compartir su obra con el público.

Desde entonces hasta la actualidad ha visto publicados en papel más de una treintena de relatos, en antologías como *Calabazas en el trastero* o *Hislibris* (de cuya X edición resultó ganador) y algo más de una docena en revistas digitales —*mi Natura*, *Vuelo de Cuervos*—, blogs, además de otras colaboraciones.

En septiembre de 2013 se vistió «de largo» al publicarse su primera novela, *Molobo*. En diciembre de 2015 le siguió *Ecos de gente muerta*, tras obtener un segundo puesto en el concurso de novela corta de terror Dagón, y a finales de 2016 intervino en gran medida dentro del librojuego Portal oscuro. En 2017 *Jack vuelve* resultó elegida como ganadora en el certamen Dagón III y fue publicada en abril de ese año. Entre las cenizas, una novela de corte cifi, publicada en abril de 2018, supuso un nuevo giro en su temática. Por último, en 2019 se ha reeditado una versión revisada y ampliada de *Molobo*, después de varios años descatalogada. Estos títulos se pueden conseguir en el catálogo de Ediciones Rubeo.